

PROPUESTA DE TESIS DOCTORAL

**LA CUESTIÓN PALESTINA:  
IDENTIDAD NACIONAL Y ACCIÓN COLECTIVA**

Doctorando: José Abú Quevedo

Director: Dr. Ludolfo Paramio

Departamento: Sociología I (Cambio Social)

Facultad: Ciencias Políticas y Sociología

Universidad: Complutense de Madrid

## I N D I C E

I. INTRODUCCIÓN .....	1
II. LA APUESTA METODOLÓGICA .....	13
1. De la frustración a la agresión .....	15
2. La lógica de la acción colectiva .....	16
3. Movilización de recursos y oportunidades ...	18
4. Proceso de identificación .....	29
5. Ciclos de acción pública y de protesta .....	34
Notas .....	40
III. PROTOHISTORIA DE LA CUESTIÓN PALESTINA .....	42
1. La irrupción del capitalismo en Palestina ..	43
a) Tanzimats (reformas otomanas) .....	43
a.1. Redistribución territorial .....	44
a.2. Orden socioeconómico .....	44
a.3. Ámbito sociopolítico .....	45
b) La dominación egipcia .....	45
c) Las potencias europeas .....	46
d) El movimiento sionista .....	47
2. El impacto del capitalismo en Palestina ....	50
a) Los efectos de las reformas otomanas ....	53
b) Socieconómicos .....	53
c) Sociopolíticos .....	57
3. Orígenes del nacionalismo palestino .....	61
a) Otomanismo .....	61
b) Arabismo .....	62
c) Nacionalismo árabe .....	62
d) Nacionalismo palestino .....	63
4. Bases sociales del nacionalismo palestino ..	64

5. El Mandato británico .....	68
a) Correspondencia Hussein-McMahon .....	69
b) Acuerdo Sykes-Picot .....	69
c) Declaración Balfour .....	69
d) El sistema de mandatos .....	70
e) Objetivo del Mandato .....	71
f) Comisiones de investigación .....	71
6. Aspiraciones sionistas/demandas palestinas .	76
6.1 Recursos del movimiento sionista .....	77
a) Humanos .....	77
b) Materiales .....	78
c) Internacionales .....	78
6.2 Recursos del movimiento palestino .....	79
a) Humanos .....	79
b) Materiales .....	79
c) Internacionales .....	80
6.3 Estrategia: cooperación y defección ....	81
a) Movimiento sionista .....	81
b) Movimiento palestino .....	84
7. La partición de Palestina .....	87
7.1 La diáspora palestina .....	88
7.2 La cuestión palestina .....	91
Notas .....	93
<b>IV. RECONSTRUYENDO LA COMUNIDAD EN EL EXILIO .....</b>	<b>97</b>
1. Desposesión, exilio y dispersión .....	98
a) Estrategias de supervivencia .....	99
b) Los campos de refugiados .....	100
2. Movilización de recursos .....	104
a) Comunidad .....	105

b) Empresarios políticos .....	105
c) Bases sociales .....	108
Notas .....	111
<b>V. TRANSFORMANDO LA DERROTA EN OPORTUNIDAD .....</b>	<b>112</b>
a) Derrota e interpretación .....	112
b) Estructura de oportunidades .....	113
1. Del panarabismo al palestinismo .....	114
a) Devaluación del proyecto panárabe .....	114
b) Repliegue del nacionalismo palestino ....	115
c) Tendencia de la estrategia árabe .....	116
2. Emergencia del proyecto nacional palestino .	119
a) Tercermundismo e izquierdismo .....	119
b) La estrategia palestina .....	120
c) El exterior como escenario .....	123
d) La violencia redentora .....	126
3. Retos de la acción colectiva en el exilio ..	127
a) Apoyos imprescindibles .....	128
b) Alianzas precarias .....	129
c) Contradicciones inaplazables .....	130
4. Transición del movimiento nacional palestino	133
a) Institucionalización .....	135
b) Dilemas .....	138
c) Agotamiento del repertorio estratégico ..	142
d) Beirut: espacio físico y simbólico .....	145
e) Acción diplomática .....	147
f) Renovación estratégica .....	152
Notas .....	153
<b>VI. TRANSFORMACIONES EN LA SOCIEDAD PALESTINA .....</b>	<b>158</b>
1. La ocupación: condiciones de vida .....	159

a) Geopolítica (razones de seguridad) ....	160
b) Administración (regularizar ocupación).	163
b.1. Desposesión .....	165
b.2. Negación .....	165
c) Economía (recursos/dependencia/mercado)	166
c.1. Desposesión/Negación .....	166
c.2. Dependencia .....	167
d) El palo y la zanahoria .....	170
2. Decepción, estrategias de supervivencia ....	172
3. Primeras respuestas .....	174
a) Reagrupamientos organizativos .....	175
b) Movilizaciones civiles .....	176
c) Acción violenta .....	177
4. La emergencia del liderazgo nacionalista ...	178
a) La disputa jordano/palestina .....	179
b) La disputa Jordania/OLP .....	180
c) Cambios sociopolíticos y económicos .....	181
c.1. Septiembre Negro .....	181
c.2. Elecciones de 1972 .....	182
c.3. La guerra de 1973 .....	183
c.4. La revolución silenciosa .....	184
d) Relevó generacional .....	187
d.1. La élite tradicional .....	187
d.2. La élite nacionalista .....	191
Notas .....	193
<b>VII. MOVILIZACIÓN E IDENTIFICACIÓN .....</b>	<b>198</b>
a) Del interés privado a la acción pública .	199
b) Círculo de reconocimiento .....	200
c) Movilización de recursos y oportunidad ..	201

1. Los movimientos sociales .....	202
a) El Frente Nacional Palestino .....	202
b) El Comité de Orientación Nacional .....	204
2. Las olas de protesta .....	208
a) La primera ola .....	209
b) La segunda ola .....	211
3. Institucionalización del movimiento social .	212
a) Elecciones de 1976 .....	213
b) Los municipios .....	215
c) Industria de los movimientos sociales ...	217
c.1. El Frente Nacional Palestino .....	217
c.2. El Comité de Orientación Nacional ..	222
Notas .....	228
<b>VIII. LA EMERGENCIA DE LA SOCIEDAD CIVIL .....</b>	<b>231</b>
1. Recomposición del tejido social asociativo .	231
a) Características .....	233
a.1. Origen .....	233
a.2. Dirección descentralizada .....	234
a.3. Clientelismo político .....	234
a.4. Nacionalismo y socialismo .....	234
b) Organizaciones de trabajo voluntario ....	234
c) Organización de la mujer .....	236
d) Organizaciones de trabajadores .....	238
e) Organizaciones estudiantiles y juveniles.	240
f) Organizaciones de la salud .....	244
g) Organizaciones de la agricultura .....	245
h) Cárceles y prisioneros .....	246
Notas .....	250

<b>IX. LA INTIFADA</b> .....	252
1. Explicando la Intifada .....	252
2. La acción intencional .....	254
2.1. Tomando la iniciativa: MNU .....	255
a) Relación con la OLP .....	256
b) Relación con las personalidades ...	258
2.2. Composición social: comités populares .	262
a) Sectoriales .....	264
b) Sociales .....	264
c) Espaciales .....	265
3. Marco estructural .....	266
a) Vulnerabilidad israelí .....	266
b) Aliados externos .....	269
c) Disonancia cognoscitiva .....	269
c.1. Desvincularse .....	270
c.2. Integrarse .....	270
c.3. Cambio cognitivo radical .....	271
Notas .....	275
<b>X. SOCIOLOGÍA POLÍTICA DE LA INTIFADA</b> .....	289
1. Ciclos de protesta .....	290
a) Ascendiendo en la ola .....	291
b) Sosteniendo la iniciativa .....	294
c) Límites de la insurrección civil .....	297
2. Desobediencia civil o resistencia .....	304
3. Jóvenes: factor generacional .....	307
4. Grupos islamistas .....	310
a) Origen .....	311
b) Recursos .....	312
c) Organizaciones .....	313

5. Impacto de la Intifada .....	315
a) Local .....	316
b) Regional .....	317
c) Internacional .....	319
Notas .....	322
XI. CONCLUSIÓN .....	327
XII. ANEXOS .....	341
1. Plan "A" para la partición de Palestina ....	341
2. Plan "B" para la partición de Palestina ....	342
3. Plan "C" para la partición de Palestina ....	343
4. La Palestina reivindicada por el sionismo ..	344
5. EL plan de partición de 1947 .....	345
6. Distribución de la población palestina .....	346
XIII. BIBLIOGRAFÍA .....	347

## AGRADECIMIENTOS

En la realización de la presente investigación he contado con diversos apoyos institucionales que, a modo de reconocimiento y gratitud, paso a enumerar: la ayuda a la investigación de la Fundación Universitaria de Las Palmas durante el curso 1991-92, renovada con una contribución extraordinaria en el último trimestre de 1993; la bolsa de viaje concedida por el Instituto de Cooperación con el Mundo Árabe, ICMA, del Ministerio de Asuntos Exteriores, en el verano de 1992; la beca de Formación de Personal Investigador de la Universidad Complutense de Madrid durante los años 1994 y 1995.

Otros soportes a la investigación fueron los brindados por los siguientes centros docentes: en primer lugar, el Middle East Center del St Antony's College en Oxford que, durante el curso de 1992-93, me permitió consultar sus -cuantiosos y valiosos- fondos documentales; y el centro Richard Lewis Communications, que me permitió -a cambio de un modesto trabajo- residir en Oxford durante dicho curso. Seguido de las universidades palestinas de *al-Nayah*, en Nablus, y la de *Bir Zeit*, en Ramallah.

Entre las personalidades y amigos palestinos que me brindaron su apoyo, de una u otra manera, quisiera destacar al Dr. Sari Nusseibeh, catedrático de Filosofía de la Universidad de *Bir Zeit*; a Radwan Abu Ayyash, encargado de los medios de comunicación palestinos; a Freh Abu Midden, entonces presidente del colegio de abogados de Gaza y actualmente ministro de Justicia de la Autoridad Nacional Palestina; a Musa Muti, profesor de la Universidad de *al-Nayah*; a Dalal Salameh y sus hermanos, del campo de refugiados de Balata en Cisjordania; a los hermanos Odeh, en Túnez; y a la familia Tabraue El-Jaber, en Canarias. Sin olvidar la lista anónima de palestinos-as que accedieron a ser entrevistados, mostrando al mismo tiempo su generosa hospitalidad, tanto en los territorios de Cisjordania y Gaza, como en Jordania y en Túnez.

Finalmente, y de forma particular, reconocer el asesoramiento y apoyo de dos maestros y amigos: a Roberto Mesa por sus estudios sobre la cuestión palestina, de los que me he beneficiado, y a Ludolfo Paramio por su dirección de la tesis.

## **I. INTRODUCCIÓN**

El conflicto interestatal árabe-israelí tiene su origen en la prolongada irresolución del problema palestino. La cuestión palestina, a su vez, hunde sus raíces en la lucha entre dos movimientos nacionales por el control (exclusivo o compartido) de la misma tierra: Palestina. La partición del territorio del Mandato británico sobre Palestina por Naciones Unidas (1947) dio lugar a la creación de dos Estados: uno, judío, proclamado y encarnado en el Estado de Israel, en 1948; otro, árabe, que no se proclamó hasta cuarenta años después, en 1988, sin mayor materialización que el embrión institucional de la OLP.

¿Cómo fue posible que la misma colectividad que rechazó la partición de su tierra la aceptara cuatro décadas más tarde, prolongando el conflicto, su alto coste e irracional sufrimiento? ¿De qué forma la disolución de toda una sociedad -fragmentada y dispersa- pudo reconstruir su identidad nacional alrededor de la que giró su acción colectiva, y cómo superó los problemas inherentes a ésta? ¿Qué claves permiten explicar que miles de palestinos de sucesivas generaciones se adhirieran a la acción colectiva y violenta, sostenida durante más de dos décadas, con su alto coste y enormes sacrificios, y creyeran que su participación individual contribuiría a liberar su tierra o, al menos, situara a su movimiento nacional en esa dirección?

La importancia política y social que ha alcanzado el problema palestino en las relaciones internacionales justifica el interés de una investigación sobre la cuestión palestina desde el enfoque de la sociología. Su relevancia se ha visto incrementada en los últimos tiempos por los acontecimientos regionales (Intifada, guerra del Golfo) e internacionales (fin de la guerra fría) que han

hecho posible el actual proceso de paz en la región (firma de la Declaración de Principios).

La importancia académica de la cuestión palestina parece también obvia a la luz de los numerosos estudios de que es objeto, de la edición incesante de ensayos y artículos dedicados a su seguimiento, y de los centros de estudios e investigación o departamentos universitarios especializados en estudios orientales o del Medio Oriente que se ocupan de la misma con gran sensibilidad o, en algunos casos, de forma específica.

Su interés académico no desmerece el político por cuanto el problema palestino se articuló como la médula principal del conflicto del Próximo Oriente, uno de los enclaves geopolíticos más vitales en las relaciones internacionales y en el mantenimiento de la paz mundial. Importancia recobrada entre nosotros, también, por la tarea de mediación y pacificación que el Estado español trata de llevar a cabo en la región, conjuntamente al desarrollo de su notable cooperación internacional en el marco de la Unión Europea (que es el mayor donante de ayuda a la Autoridad Nacional Palestina y el primer socio comercial de Israel).

La cuestión palestina ha suscitado una ingente literatura que ha conocido tres grandes etapas en su proliferación. Una, primera, centrada en los acontecimientos históricos, políticos y bélicos que generaron el problema palestino (dominación otomana, nacionalismo árabe, movimiento sionista, sistema de mandatos, partición, guerras). Otra, segunda, ocupada en el hecho nacional palestino en la diáspora una vez que éste se reveló como piedra angular del conflicto (problema de los refugiados, fenómenos de violencia extrema o terrorismo, composición política, ideológica y militar de los grupos palestinos, y de la OLP

como actor regional no estatal). Y la tercera, por último, orientada hacia los territorios ocupados de Cisjordania y Gaza en la medida que éstos escenificaban -con creciente protagonismo- la reemergencia de la identidad nacional palestina (sistema de ocupación, organizaciones y operaciones de resistencia, sectores y movimientos sociales, acciones de protesta).

Sin embargo, una buena parte de la producción generada en España sobre su historia o su significación política es de corte periodístico, con un valor testimonial, descriptivo o divulgativo de los acontecimientos (publicados con más sentido de la oportunidad comercial que de la rigurosidad profesional); o bien, de carácter partisano que, atrincherada en los prejuicios ideológicos y en el militatismo o voluntarismo políticos, manifiesta una clara parcialidad y ausencia de objetividad.

En contraposición a este tipo de producción, pero en sintonía a algunos excepcionales y desapasionados ensayos ya clásicos, en los últimos años han ido apareciendo un considerable número de artículos y monografías sobre la cuestión palestina de mayor aproximación analítica, sobre todo en el mundo anglosajón. A principio de los ochenta, con la apertura de los archivos sionistas y el descalabro de la estrategia armada de la OLP, una serie de autores (principalmente de origen judío y palestino, afincados en universidades anglosajonas, israelíes y de los territorios ocupados) han realizado una revisión de los orígenes y desarrollo del conflicto. Sus interpretaciones revisionistas no sólo han aproximado las perspectivas de solución de la disputa israelo-palestina, con un debate abierto y enriquecedor, sino que han esclarecido nuevos horizontes en el avance de su investigación.

En esa línea analítica, la presente investigación pretende abordar un objetivo explicativo: la búsqueda de las claves sociales y políticas en la construcción y en el mantenimiento de la identidad palestina, después de un periodo significativo de exilio, dispersión y ocupación, como base para una acción colectiva violenta.

La hipótesis de trabajo consiste en interrelacionar el proceso de reconstrucción comunitaria en la diáspora y el de recomposición del tejido social asociativo bajo la ocupación; y las dos estrategias que, respectivamente, ambos procesos diseñaron: la liberacionista y la del compromiso territorial. Acotando en el tiempo ambos escenarios desde 1967 (visualización del hecho nacional palestino como una realidad innegable y ocupación de Cisjordania y Gaza) hasta 1987 (fin del protagonismo de la acción intencional palestina en la diáspora en favor de la desarrollada por sus bases sociales del interior).

En el primer caso, se trata de explorar cómo las señas de la identidad nacional palestina lograron mantenerse después de un largo periodo de exilio y dispersión; y qué claves sociopolíticas fundamentaron su recreación e instrumentalización como base para una acción colectiva sostenida y violenta. En concreto, qué elementos sociales, económicos, políticos e ideológicos interactuaron en la (re)emergencia de la identidad palestina entre los miembros de sus comunidades de refugiados y exiliados; y en el desarrollo de su movimiento nacional (de liberación) en la diáspora.

En ese desarrollo se indaga en los incentivos (expresivos e instrumentales) y en los recursos (comunitarios y organizativos) que permitieron superar los costes de la adhesión a la acción colectiva violenta, y posibilitaron la recomposición de su fragmentado paisaje social. Igualmente, se examinan las precondiciones

socioestructurales que rodearon y moldearon su acción intencional para, luego, comprender las características que registró su movimiento de liberación nacional con bases (sociales, políticas, económicas y militares) arraigadas en el exilio; y las paradojas o contradicciones que esa peculiar situación y acción generaron y concluyeron con su repertorio estratégico.

En el segundo caso, se trata de analizar el impacto socioeconómico y político de la ocupación israelí de Cisjordania y Gaza (1967). Hasta qué punto la sociedad palestina del interior fue sometida a un proceso de asimilación paulatina y forzada por el mismo sistema (de ocupación) que la discriminaba y excluía de la participación en su aparato social, político y económico. Cómo esa dinámica anexionista de los territorios ocupados de Cisjordania y Gaza en el Estado de Israel se tradujo en la sociedad palestina por un intenso cambio social, económico y político que, ante la amenaza creciente de su existencia material y nacional, le llevó a reafirmar su identidad colectiva. Y cómo, durante ese proceso de formación de la identidad colectiva, los palestinos del interior rebasaron los problemas inherentes a una empresa colectiva (la recomposición de su tejido social asociativo) que, a su vez, permitió la incorporación gradual de sus distintos grupos sociales en la actividades públicas y movilizaciones colectivas que -cíclicamente- desafiaron el orden impuesto por el sistema de ocupación.

En ambos casos, se pretende demostrar cómo una pequeña y fragmentada sociedad puede superar sus limitados recursos mediante el control de los recursos comunitarios, articulados en la formación de un amplio movimiento sociopolítico o infraestructura (organización política, ideológica, social y económica). Que a través del trabajo comunitario y asistencial genera una trabada red de solidaridad comunitaria (alianza de intereses que rebasa el marco

local), capaz de trasladar su movilización de recursos en una acción colectiva (reclutamiento de viejos y nuevos grupos que comparten identidades y estructura), al tiempo que permite la recreación de una identidad colectiva (proceso de identificación o de formación de la identidad individual y colectiva a través de la acción).

La perspectiva metodológica desde la que se acomete dicha investigación sigue la teoría de la acción colectiva desde el ángulo de la elección racional utilitaria (individualismo metodológico: decisiones y acciones individuales que dan cuenta de fenómenos sociales como la acción colectiva y la violencia) o desde la acción expresiva en función de normas y valores necesarios para recrear una identidad colectiva.

En contra de las proposiciones sostenidas por las teorías psicosociales (o volcánicas), una acción insurgente (respuesta) no se explica por la existencia de la injusticia o el descontento (frustración), ya que la gente puede haber sido socializada en la creencia de que los agravios que padece forman parte natural de su mundo o de su condición social (que son legítimos); por el contrario, lo que suele provocar dicha acción es la percepción subjetiva de esa injusticia o sentirla como tal (Thompson, 1971). De aquí no cabe inferir que el descontento o la frustración de las expectativas de un grupo social se traduce directamente en una rebelión. Por consiguiente, las corrientes psicosociales en sociología (Smelser, 1962; Festinger, 1967; Davies, 1969; Gurr, 1970), al considerar la acción como un fenómeno irracional sin cálculo sobre los resultados derivados de la misma, sólo dan cuenta de las potencialidades (motivos) existentes en los colectivos descontentos, pero no logran resolver cómo desde esa situación de agravio se pasa a una actividad comprometida con una acción colectiva sostenida, llena de costes, riesgos e incertidumbres.

Las respuestas más convincentes en ese sentido son las elaboradas desde la teoría de la elección racional (las acciones individuales son racionales por cuanto persiguen un fin) en su doble acepción: instrumental (tiene en cuenta la relación costes/beneficios de la participación y los resultados esperados) y expresiva (los medios/costes se transforman en un fin/beneficio en tanto que participar dota de identidad).

Con la exposición paradigmática del problema que entraña la acción colectiva (paradoja del free rider) (Olson, 1971), toda una serie de intentos explicativos han ido refinando las teorías de la acción colectiva. Estas aportaciones descansan en dos fundamentos: la necesidad de disponer de recursos para la acción y la existencia de oportunidades para el desarrollo de la misma.

El primer elemento, movilización de recursos, considera que la existencia de la injusticia no se convierte automáticamente en acción colectiva, a menos que los individuos agraviados cuenten con recursos que les permitan secundar esa acción. De hecho, la acción no depende de la existencia del descontento (que ocupa un lugar secundario o puede ser creado o manipulado deliberadamente), sino de la organización, que rebaja los costes de la participación y aumenta sus posibilidades de éxito (McCarthy y Zald, 1977; Jenkins, 1983).

Sin embargo, para asegurar la adhesión a la acción colectiva de los miembros de un colectivo no basta con la acumulación de recursos organizativos y comunicativos, sino que son necesarios los recursos de sanción moral y redistribución material. Las comunidades tradicionales, de densas relaciones sociales, presentan una amplia disposición de sanciones e incentivos sociales que hace impracticable la opción defraudadora, al tiempo que dota de racionalidad a la estrategia de cooperación (Taylor, 1982); mientras que los grupos no tradicio-

nales (o comunidades débiles) requieren de la creación deliberada de esos recursos comunitarios, en la que los empresarios políticos desempeñan una importante labor en la recreación de la identidad colectiva (Taylor, 1988). El modelo empresarial muestra como una comunidad débil, con grandes desajustes estructurales y limitados recursos, puede dotarse de nuevos recursos (morales y materiales) que faciliten su disposición a sostener una acción colectiva y violenta, apoyándose en su bagaje comunitario y la intervención instrumental de los empresarios políticos en su vida cotidiana, que logran la recomposición comunitaria (Popkin, 1988).

En los procesos de formación de la identidad colectiva la lógica de la utilidad (cálculo racional de los costes y beneficios de la participación) es invertida en favor de la lógica de la identidad (la participación se transforma en un beneficio en sí misma), ya que la acción no persigue la maximización de las ganancias individuales, sino la formación de las nuevas identidades. Por tanto, participar es la única vía racional para adquirir la identidad colectiva e individual (Pizzorno, 1989, 1994).

El segundo elemento, estructura de oportunidades políticas, pone de manifiesto que para la acción no basta con la disposición (o creación deliberada) de recursos, sino que tiene que existir oportunidades para su desarrollo. Son momentos significativos o periodos coyunturalmente favorables a la acción colectiva ante la vulnerabilidad que presenta el sistema, o bien, ante la mejora de las fuerzas contendientes (Tilly, 1978; Tarrow, 1989). La acción, a su vez, puede adquirir formas cíclicas, por ejemplo, los ciclos de protesta o periodos más largos en los que la gente muestra una mayor tendencia hacia los asuntos públicos, después de haber agotado (decepción) una etapa significativa de mejoramiento individual y bienestar privado (Hirschman, 1986). Igualmente, esa

propensión a la acción colectiva puede proceder de un cambio en los valores (postmateriales) en los que una determinada cohorte generacional es socializada, mostrando un creciente interés por lo público y una mayor destreza política (Inglehart, 1977, 1992).

En la organización interna de la investigación se explica la acción intencional de los palestinos (esfuerzos deliberados y organizados para traducir la injusticia en una acción insurgente) sin desligarla de las precondiciones socioestructurales que la rodearon y condicionaron (escenario de la interacción entre la estructura económica y política en el que los actores deliberan y adoptan sus decisiones). En ese sentido, y después de exponer el marco teórico desde el que se aborda la investigación, se realiza una introducción histórica de acercamiento a los orígenes del conflicto a modo de contextualización del nacimiento y bagaje del movimiento nacional palestino, del primer periodo en la formación de su identidad nacional, y del desposeimiento, desarraigo y desintegración de su sociedad.

Seguidamente se pasa al proceso de reagrupamiento y reorganización de las dispersas comunidades de refugiados y exiliados, la reemergencia de su movimiento nacional, y la interacción entre ambos -movimiento de liberación y bases sociales- en la reconstrucción de la identidad nacional y en la puesta en marcha de la acción colectiva insurgente en la diáspora. A continuación se examinan las transformaciones socioeconómicas y políticas experimentadas por la sociedad palestina bajo la ocupación israelí de Cisjordania y Gaza; así como las expresiones cíclicas de su descontento en olas de protesta a lo largo de dos décadas de ocupación, y la emergencia de la sociedad civil.

Finalmente, se estudia el último gran acontecimiento de movilización colectiva protagonizado por los palestinos, la Intifada, sus causas, su vertebración como un ciclo de protesta, con sus correspondientes fases (ascenso, cúspide y descenso), y las limitaciones de su programa alternativo de desobediencia civil; además de su relación con la OLP, la interrelación entre los diferentes grupos sociales significativos (jóvenes, intelectuales, islamistas), y su impacto sociopolítico.

Los métodos y fuentes utilizadas para la elaboración de la tesis han sido varios, como se desprende del soporte informativo de los distintos capítulos en los que, en unos, predominan las fuentes bibliográficas y documentales, y, en otros, se adjuntan las orales. Las primeras fueron realizadas, en gran parte, en el Middle East Center del St Antony's College de Oxford, durante el curso 1992-93. Estas fuentes fueron complementadas por las consultas realizadas en varios centros de investigación, estudio y documentación palestinos: en la Palestinian Academic Society for the Study of International Affairs, (PASSIA), en Jerusalén Este, y en la biblioteca de la Universidad de Bir-Zeit, en Ramallah, durante la estancia en los territorios ocupados de Cisjordania y Gaza, en el verano de 1992; y en los contactos mantenidos con el Institute for Palestine Studies, en Washington, a lo largo de la elaboración de la tesis. Y, en España, por las efectuadas en la biblioteca islámica "Félix María Pareja" del Instituto de Cooperación con el Mundo Árabe (ICMA).

Las segundas, fueron llevadas a cabo mediante entrevistas abiertas (y semiestructuradas) a un número considerable de palestinos-as, miembros de los diferentes sectores representativos de su sociedad (jóvenes, trabajadores, mujeres, profesionales, refugiados, ex-prisioneros), tanto de los territorios ocupados como de la diáspora, procedentes de medios seculares o religiosos,

urbanos o rurales. Entre las que cabe destacar, por ejemplo, las efectuados con los estudiantes y miembros del movimiento estudiantil y juvenil en el campus de la Universidad de al-Nayah, en la ciudad de Nablus, en el campo de refugiados de Balata, situado en la periferia de la citada ciudad, y en las aldeas septentrionales de Beita, Aqraba y Sebastia. O bien, en Jordania, donde se escogieron tres grupos sociales como muestra de la diáspora palestina: los marginados o excluidos (clases bajas residentes en el campo de refugiados del Hussein), los semi-integrados (clases medias de la ciudad de Zarka, donde la mayoría de la población es palestina de origen refugiado o exiliado, con la carga adicional de los expulsados o huidos de Kuwait), y los integrados (burguesía asimilada en los barrios altos de Ammán).

Dichas entrevistas fueron mantenidas a lo largo de un periodo abierto que si bien se concretaron en la estancia en los territorios ocupados y Jordania durante el verano de 1992, también estuvieron precedidas por la realizadas en la central palestina en Túnez (en septiembre de 1987 y en los meses de julio y agosto de 1989) como observador de los vivos debates entre sus cuadros políticos (procedentes desde todos los rincones del mundo para participar en el V Congreso del Movimiento de Liberación Nacional Palestino, al-Fatah). Esto es, antes y después de la Intifada y de la proclamación del Estado palestino (o del viraje estratégico de la OLP). En el mismo sentido, dichas entrevistas e intercambios de impresiones fueron prolongadas a través de encuentros con notables personalidades palestinas de paso por Madrid durante el actual proceso de negociaciones.

Por último, señalar el uso indistinto que, en referencia al movimiento nacional palestino o -igualmente- a la Organización para la Liberación de Palestina, se hace como movimiento de liberación o de resistencia a lo largo de la tesis,

teniendo en cuenta la salvedad de que antes de su existencia formal y representativa la OLP era una expresión más en el conjunto del movimiento nacional palestino, y, a la inversa, que actualmente algunas a expresiones nacionalistas (de sensibilidades islamistas, disidentes o radicalizadas) no cabe inscribirlas en el marco de la OLP.

## II. LA APUESTA METODOLÓGICA

Esta investigación tiene por objeto la búsqueda de las claves sociales y políticas en la construcción de la identidad nacional palestina como motor de su acción colectiva, después de un periodo significativo de desintegración social marcado por el exilio, la dispersión y la ocupación. ¿Qué hizo posible la recomposición del atomizado paisaje social palestino, pese a la adversidad de la diáspora y el régimen de ocupación? ¿Cómo lograron emprender las movilizaciones colectivas en un terreno tan lleno de hostilidades? Éstas y otras preguntas son el objetivo a responder por nuestra investigación.

Se emplea la teoría de la elección racional en su acepción más flexible ya que los elementos observados no se sujetan a un comportamiento estricta y exclusivamente racional o reducible a conceptos puramente económicos, también integran variables cualitativas (identidad, nacionalismo, irredentismo, fundamentalismo). En esa dirección, la metodología de investigación sigue la teoría de la acción colectiva desde la perspectiva de la elección racional utilitaria o desde la acción expresiva como recreación de una identidad colectiva.

George Tsebelis ha desarrollado un concepto de racionalidad que, lejos de ser un "modelo del comportamiento humano", trata de articularse como un "conjunto" de dicho comportamiento. Su propuesta, por tanto, no admite que la teoría de la elección racional pueda explicar cualquier fenómeno de manera exclusiva sin dejar lugar a otras explicaciones, sino que considera el enfoque de la decisión racional como el más pertinente en situaciones en las que "los objetivos e identidad de los actores están fijados y las normas de la interacción son precisas y conocidas para la interacción de los agentes" (Tsebelis, 1990: 32-3). Ahora bien, en aquellas situaciones donde no se producen claramente

esos requisitos la explicación de la elección racional es menos aplicable. Con ello, dicho enfoque no queda deslegitimado, pues conserva un valor heurístico, esto es, que diseña un abanico de posibilidades para los diferentes actores, al tiempo que evidencia por qué ciertas decisiones fueron o no tomadas (ibid.: 38).

En contra de la acepción clásica que justifica la validez de la elección racional por sus predicciones, Tsebelis la acredita por su aproximación a los procesos reales (situaciones, motivos, cálculos, comportamiento), y demuestra *cuándo* y *por qué* los individuos o colectivos se comportan según sus premisas mediante cinco argumentos (importancia de los asuntos e información, aprendizaje, heterogeneidad de los individuos, selección natural o evolución, y estadística), cada uno más genérico y débil que el anterior, pero que, en conjunto, permiten "delinear una gama de casos en los que el enfoque de la decisión racional resulta legítimo" (ibid.: 38).

Esta aplicación heterodoxa de la teoría utilitaria se debe, también, al uso conjunto tanto de la acción intencional como del medio en el que se desenvuelve y toma sus decisiones. En este sentido, se contemplan la estructura social y sus diversos factores que condicionan o determinan las posibilidades dentro de las que los actores (individuales y colectivos) deliberan, seleccionan y adoptan sus actuaciones. En otras palabras, se trata de anotar que las unidades básicas objeto de análisis son las acciones, individuales y colectivas, que han llevado a cabo los palestinos tanto en el marco de la ocupación como a lo largo de su diáspora, teniendo en cuenta las particularidades del contexto estructural de ambos escenarios.

## 1. De la frustración a la agresión

Durante años, en los círculos políticos del Próximo Oriente, se tuvo la idea de que la cuestión palestina (en su versión más reduccionista que la simplificó a un problema de refugiados) se resolvería con la marcha del tiempo. Entonces, uno de los máximos exponentes de esa extendida opinión, el ex-secretario de Estado norteamericano, F. Dulles, consideró que el problema palestino terminaría con el paso de unas generaciones a otras. Su argumentación era que la primera generación, los mayores, ya no tendrían fuerza para luchar por Palestina, mientras que las sucesivas generaciones, más jóvenes, que no habían vivido o nacido en Palestina, éstas, se preguntaba, ¿por qué iban a luchar?

Semejantes argumentos fueron seguidos por las políticas de los mandatarios regionales que rehusaron reconocer la identidad nacional palestina: negando la existencia del pueblo palestino (Golda Meir), anexionando parte importante de su territorio y bolsa de población (Abdallah), o bien asumiéndolos políticamente en su estrategia panarabista (Nasser). Paradójicamente, ni su negación, integración forzosa o manipulación política lograron desterrar las señas (o la construcción) de esa identidad colectiva, tampoco el paso del tiempo ni la sucesión de una generación a otra. Por el contrario, cada uno de estos elementos pareció actuar como un revulsivo en la (re)invención de la identidad nacional palestina, que se articuló mediante su acción expresiva e instrumental.

Desde esa misma óptica, los campos de refugiados, que mostraban el mayor ejemplo de la injusticia cometida con los palestinos, fueron contemplados como potenciales núcleos de inestabilidad política y, en ese sentido, las primeras acciones (violentas) de los grupos palestinos fueron interpretadas como producto de su precaria situación, que daba lugar a acciones desesperadas e irracionales.

En realidad, dichas interpretaciones no distaron mucho de las compartidas por la visión tradicional de la sociología, en concreto, las de las corrientes psicosociológicas (o psicosociales), que explicaron los fenómenos de violencia colectiva mediante el binomio de frustración/agresión. Recogidas en diversos modelos y desarrolladas con diferentes matizaciones explicativas: disonancia cognitiva (Festinger, 1967), frustración de las expectativas en la versión de la curva J de Davies (Davies, 1969), privación relativa o agravio comparativo (Gurr, 1970), que siguieron la teoría del comportamiento colectivo (Smelser, 1962), y vinieron a concluir que la acción colectiva violenta, primero, era fruto de la disparidad entre los valores (creencias o expectativas) integrados por un grupo social y la realidad frustrante (cambiante e injusta en lo relativo a esas percepciones y/o aspiraciones); y, segundo, que era de carácter irracional y discontinua por cuanto no seguía una intención o lógica, sino que era una respuesta espontánea al sistema o al elemento percibido como causante de la frustración.

## **2. La lógica de la acción colectiva**

El cambio de paradigma procedió de la teoría de la decisión racional en su esfuerzo por explicar la acción colectiva. En ésta, las acciones individuales son apreciadas como racionales, en tanto que se dirigen a la consecución instrumental de un fin y cuentan con la capacidad de elegir las alternativas que lograrán tal objetivo. De ahí se infiere que la acción colectiva, siguiendo la lógica del individualismo metodológico, es la suma de los intereses privados e individuales de los miembros de una coalición agrupados en la búsqueda de un bien colectivo. Sin embargo, este postulado clásico<sup>1</sup> fue hecho añicos por Olson al plantear el problema de la acción colectiva o del *free-rider*, que demostró cómo de la racionalidad individual no necesariamente se seguía la acción colectiva,

sino que, en contra de lo propuesto y en numerosas ocasiones, hacía fracasar la empresa común (Olson, 1971).

Las grandes organizaciones no son el resultado de los intereses privados -y compartidos- de sus miembros, ni dichos intereses individuales logran transformarse automáticamente en acción colectiva. La situación es algo más compleja ya que, si el objetivo de estas organizaciones es el suministro de bienes públicos a sus miembros, el componente racional y egoísta -aquel miembro calculador de los costes y beneficios o maximizador de las ganancias y minimizador de los riesgos- se abstiene de adherirse al esfuerzo común a la espera de que las utilidades o servicios producidos por sus iguales (*los otros*) recaigan sobre él, sin sufrir los costes ni riesgos de la participación. Éste es el problema de la acción colectiva o del free-rider (gorrón, parásito o polizón) que, en buena lógica, llevará a un buen número de los miembros del grupo a la pasividad calculadora (en espera del beneficio adquirido por el activismo de sus compañeros), provocando con esa actitud defraudadora el fracaso de la acción colectiva o, igualmente, la desmovilización.

Se podría decir que el parasitismo crece en la misma medida que lo hace el grupo. pues al ser mayor su tamaño (o número) menos beneficios tocan a repartirse entre sus miembros, aunque los costes se mantengan iguales; y la participación individual tiende a pasar desapercibida sin ningún rasgo de consideración que estimule la movilización o la solidaridad. Más atractiva resulta la participación en los grupos pequeños (*privilegiados*) donde, en oposición a los grandes (*latentes*), existe la posibilidad de percibir (o controlar) los esfuerzos desplegados por sus miembros y de que éstos vean "el suministro del bien colectivo y la presunción de que tal bien se obtendrá" (ibid.: 49-51). Esta dificultad que presenta la acción colectiva en las organizaciones grandes e

intermedias es resuelto por Olson mediante *la teoría del subproducto y los incentivos selectivos*, a modo de mecanismos que motivan la adhesión a la acción colectiva no por el bien público perseguido, sino por los incentivos suministrados (subproductos de la acción). Dichos incentivos se bifurcan en positivos (recompensas) y en negativos (castigos), también pueden ser cuantitativos (económicos: aumento o suspensión del sueldo) o cualitativos (sociales: reconocimiento público o exclusión del grupo) (ibid.: 60-64 y 133).

A partir de que Olson expusiera el problema de la acción colectiva o la paradoja del free-rider, que intentó resolver mediante la fórmula del subproducto e incentivos selectivos, otros autores han realizado sus aportaciones para refinar dicha teoría de manera complementaria o alternativa al paradigma olsoniano, y dar cuenta que, a pesar de las graves dificultades que entraña la acción colectiva, ésta se produce.

### **3. Movilización de recursos, comunidad, empresarios políticos y estructura de oportunidades**

La disposición de recursos para la acción colectiva es primordial en la perspectiva empresarial de McCarthy y Zald por dos cuestiones: asegura el suministro de bienes colectivos a modo de incentivos que disminuyen los costes para obtenerlos y traduce los agravios en acción colectiva. Lo primero enlaza con el problema del free-rider y el cómputo de los costes/beneficios que, trasladado al contexto de los movimientos sociales<sup>2</sup> como proveedores de bienes públicos, significa que pocos individuos correrán con los riesgos para alcanzarlos. Por lo que McCarthy y Zald enfatizan la selección de incentivos, los mecanismos de reducción de costes, y los beneficios guiados a conducir el comportamiento colectivo. En este sentido, la agregación de recursos organizati-

vos y comunicativos resulta crucial para los propósitos colectivos toda vez que disminuyen los riesgos de la participación, facilita la adhesión de nuevos miembros e incrementa las perspectivas de éxito.

Lo segundo se relaciona con las críticas de McCarthy y Zald a las proposiciones psicosociales de la acción colectiva: la existencia de las injusticias es condición necesaria, pero no suficiente para la movilización colectiva, ésta requiere de recursos organizativos. Por consiguiente, el malestar social para un potencial conflicto sólo tiene un papel secundario o débil en la formación de los movimientos sociales ya que los agravios pueden ser definidos, creados y manipulados por los empresarios políticos y las organizaciones (McCarthy y Zald, 1977: 1214-5). No existe una correlación automática entre el descontento social y la acción colectiva, tampoco cabe la medición del descontento ni la explicación del porqué en situaciones de generalizado malestar no se produce una acción colectiva sostenida. Es más, no son los que (en oposición a la muy extendida idea) están en peores condiciones los que emprenden la insurgencia, sino los que en mejores circunstancias poseen los recursos para mejorar su destino. De ahí que muchos de los colectivos con serias privaciones y con disposición para el cambio estén subrepresentados en los movimientos sociales (ibid.: 1224-6), mientras que aquellas comunidades con mayor disponibilidad de recursos (educación, tiempo, dinero, trabajo) son las que facilitan el desarrollo de los movimientos sociales e invierten en la acción colectiva<sup>3</sup>.

Este énfasis casi exclusivo en la organización no es compartido por Jenkins, que reprocha a McCarthy y Zald su argumentación economicista de la participación de la clase media y de los estudiantes en los movimientos de los años sesenta porque no advirtieron los cambios en los valores culturales (postmaterialistas) y las actuaciones de las élites. En su contribución a la teoría de la movilización

de recursos Jenkins aporta un modelo multifactorial, que contiene varios elementos: recursos, organización (destacada como factor determinante de la movilización), oportunidades políticas, y descontento. La explicación multifactorial de la formación de los movimientos sociales trata del modelo de umbral de recursos en el que, una vez superado, las aportaciones de recursos adicionales dejan de ser significativas. Así cada factor (agravios, organización y oportunidades) debe haber rebasado el umbral antes de la emergencia del movimiento, colmando las posibles lagunas de algunos factores con las aportaciones de otros (Jenkins, 1994: 13-14).

En oposición a la conceptualización tradicional (o psicosocial) que relaciona la movilización colectiva con la mejora del status de los grupos agraviados o la "revolución de las expectativas crecientes", Jenkins considera que lo que realmente crecen son los recursos disponibles y, en consecuencia, reducen "los costos de la movilización e incrementan sus posibilidades de éxito". En referencia al problema de la acción colectiva, los incentivos selectivos de los movimientos los sitúa en la solidaridad de grupo y las relaciones expresivas (compromiso moral con una causa, interiorización de valores y sentimientos), además de los cálculos de interés personal (ibid.: 22). Así, Jenkins reconoce la efectividad de los movimientos burocráticos y centralizados, señalados por McCarthy y Zald, pero también se hace eco de los descentralizados (o comunitarios) que, no menos eficientes, en ocasiones surgen deliberadamente y, en otras, por limitaciones o herencia a tenor de los objetivos (ibid.: 24-9).

La movilización de recursos descifra cómo el desencanto sociopolítico puede cristalizarse en una acción colectiva sostenida. En los veinte años de ocupación de Cisjordania y Gaza (1967-87) existió un rechazo al régimen de ocupación expresado en una serie de estallidos de protestas y violencia, discontinuos y

puntuales, que sólo se transformó en una movilización colectiva prolongada (*Intifada*) después de la acumulación de recursos organizativos y comunicativos realizada por los movimientos sociales y organizaciones políticas en la década de los setenta. En este sentido, la Intifada no fue tanto producto de la frustración de las expectativas crecientes ante la recesión económica del mercado laboral israelí y de los países árabes del Golfo, como la respuesta a una situación constante de agravios materiales y humillación nacional en la que se dispuso de mayores recursos que en experiencias pasadas.

De esta forma, a la acumulación de recursos organizativos y comunicativos se adhieren los de sanción moral y suministro material, que despejan la incógnita del porqué unas comunidades o grupos logran asegurar la cooperación de sus miembros en la tareas colectivas, independientemente de sus costes y beneficios. Michael Taylor argumenta que la movilización colectiva basada en el concepto de comunidad (campesina) permite superar la paradoja de la acción colectiva o del *free-rider* y su estrategia desmovilizadora. Las propiedades del modelo de *comunidad*, que evitan la insolidaridad o el gorroneo de sus miembros, residen en las siguientes características: primero, mundo de valores y normas compartidos (creencias, mitos, religiones e ideologías), que varían de una comunidad a otra en su grado de articulación, elaboración, sistematización e integración por parte de sus miembros; segundo, experiencias comunes ampliamente ensayadas, cierto aislamiento físico y lenta movilidad social que mantiene a sus miembros (con relaciones directas y multilaterales) al alcance de sus premios y sanciones, sin mediación de organismos ni agentes estatales; y, por último, el carácter de reciprocidad de los acuerdos, relaciones e intercambios, incluido el apoyo mutuo y la cooperación, que responden a un comportamiento altruista generalizado y equilibrado no exento de interés a largo plazo: "hoy por ti y mañana por mí" (Taylor, 1982: 25-33).

Taylor sostiene que la adhesión campesina a la movilización colectiva (revoluciones y rebeliones) se basó en el concepto de comunidad para superar el problema del free-rider (Taylor, 1988: 63-97); y partiendo de lo que denomina teoría restringida de la racionalidad, demuestra que la acción colectiva insurgente es producto de la acción racional. Su propuesta de "la cooperación condicional" recoge la tendencia (olsoniana) de que dicha cooperación es más racional en los grupos pequeños y estables que en los grandes<sup>4</sup>, y particularmente exitosa cuando se producen fuertes interrelaciones comunitarias, que son precisamente las que facilitan el control de la conducta individual a modo de incentivos selectivos: ya que "una comunidad fuerte tiene a su disposición una serie impresionante de sanciones sociales positivas y negativas". Esas mismas sanciones, que sirvieron para mantener el orden social en las sociedades tradicionales (precapitalistas o semicapitalistas), también pueden ser -y son- usadas como incentivos selectivos.

Ahora bien, cuando las comunidades son débiles (esto es, no presentan las densas interrelaciones comunitarias de las sociedades tradicionales) y, por tanto, no proporcionan las posibilidades para la cooperación expresiva, o, siendo fuertes, fracasan, la movilización puede ser fomentada por los empresarios políticos poseedores de un repertorio de suministros, que hacen las veces de incentivos selectivos (con incontables compensaciones o correctivos). La acumulación instrumental de recursos comunitarios por los empresarios políticos no sólo recrea la identidad colectiva, sino que -a partir de ésta- facilita la cooperación mediante el repertorio de sanciones morales y aprovisionamiento material entre sus miembros. Esta cercanía a las bases sociales (populares o comunitarias) les dota de la función empresarial: redefinen (recrean o manipulan) las actitudes (resignación, pasividad e insolidaridad) y creencias (percepción de la opresión como inherente al orden social) dadas en una comunidad con el

fin de lograr sus objetivos, traduciendo mediante el control de los recursos (organizativos y comunitarios) el resentimiento en acción colectiva insurgente.

Este modelo empresarial, desarrollado por Samuel Popkin en su análisis de la movilización de los campesinos durante la revolución vietnamita, demuestra como la *sociedad campesina, con limitados recursos materiales, pero con un bagaje comunitario amplio y diáfano, llega a reestructurarse -dotándose de nuevas instituciones y organización social-* mediante la intervención instrumental de los empresarios políticos en la vida cotidiana de las comunidades campesinas. La misión de estos agentes, encarnados por las agrupaciones religiosas y políticas Hoa Hao, Cao Dai, la Iglesia Católica y los comunistas, consistió básicamente en prestar ayuda a los campesinos para romper con su dependencia de los terratenientes (u oficiales de aldeas) y erosionar el poder de los notables, al tiempo que construyeron un sistema social alternativo (seguridad, bienestar social, impuestos, tierra comunal, mercado, educación, salud, redistribución igualitaria, cooperativas, acceso a las instituciones, beneficios económicos), que atrajo a un número creciente de campesinos. Una vez consolidadas las bases sociales en las comunidades campesinas, opuestas a las élites políticas y económicas (o clase compradora) amparadas por el régimen colonial, la actividad empresarial se centró en reclutar y vincular sus bases locales a la lucha nacional. En esta tarea los empresarios contaron con su prestigio, ganado entre los campesinos, y su excedente o ventaja revolucionaria, que les permitió ampliar sus respectivas organizaciones desde el ámbito local al nacional (Popkin, 1988: 9-11).

¿Cómo resolvieron el problema de la acción colectiva suscitado por la transformación social como un bien colectivo que benefició a los campesinos independientemente de que participaran o no? La respuesta de Popkin procede

del modelo empírico vietnamita en el que los bienes colectivos y los incentivos actuaron conjuntamente y redujeron los costes de producir sólo incentivos selectivos. En este sentido la naturaleza de las citadas organizaciones, al margen de su carácter religioso o político, fue primordial para el desarrollo del empresariado político (credibilidad, influencia, prestigio, legitimidad, autoridad moral, comunicación, coordinación, reorganización comunitaria, desarrollo de la cooperación, manipulación de la información), que suministró los recursos comunitarios y propició la cooperación condicional (motivando a los individuos sobre la trascendencia de su contribución como ineludible y esencial para el conjunto, y trasladando los acuerdos comunes en acción colectiva). La estructura descentralizada e informal de las comunidades (relaciones cara a cara), y su provisión de incentivos, permitió el control efectivo de la conducta individual y evitó las dificultades de la acción colectiva con la identificación nítida del *free-rider* (ibid.: 17-21). En definitiva, la recreación de la identidad colectiva de las pequeñas y fragmentadas comunidades campesinas, mediante la asistencia (material y moral) de los empresarios políticos y la acumulación de recursos organizativos, facilitó la puesta en marcha de la acción colectiva violenta (y prolongada) al servicio de la liberación nacional.

Parecen obvias las características de comunidad en las interrelaciones de los palestinos en la diáspora, especialmente en los campos de refugiados. Así como el papel de los empresarios políticos (activistas, militantes, cuadros, dirigentes, líderes). Los campos de refugiados agruparon al sector social en el exilio con más motivaciones para rebelarse (comunidades enteras de campesinos desposeídas -por la fuerza o el terror- de su fuente de sustento e identidad: la tierra), pero con escasos medios para sostener una acción colectiva prolongada. Los primeros núcleos en organizarse y movilizarse fueron los estudiantes universitarios. Eran jóvenes sensibilizados (y radicalizados) por la tragedia de su pueblo,

procedentes de la clase media mayoritariamente urbana, e impregnados del proceso descolonizador en el Tercer Mundo y, particularmente, en el mundo árabe (Argelia).

La mayoría de los miembros de las comunidades palestinas en la diáspora compartían los mismos valores y creencias, además de tener experiencias y enemigos comunes. Las relaciones entre sus miembros eran directas, sin mediaciones de agentes del Estado. Sus prácticas de reciprocidad se incrementaron con respecto a las anteriores debido a la precaria situación. En ese contexto los campesinos de la misma aldea en Palestina seguían manteniendo sus estrechas relaciones, ampliadas a los nuevos vecinos que compartían su misma desgracia y origen rural. Las redes informales de apoyo y solidaridad desarrolladas fueron tornándose crecientemente instrumentales por las incipientes organizaciones de la resistencia palestina, que habían fundado los estudiantes universitarios de clases medias radicalizadas y a las que se adhirieron los miembros de una nueva generación nacida en los campos del exilio, pero con algunos aspectos materiales (casas y educación) más consolidados o mejorados que sus antecesores. Sus ascendentes expectativas les llevaron a volcarse en los asuntos públicos; vertebrando su nueva actitud en el activismo y militancia políticas, además de su adhesión a las movilizaciones colectivas y violentas<sup>5</sup>. De modo que los campos de refugiados se convirtieron en el mayor exponente de acumulación de recursos comunitarios que recrearon la identidad colectiva en la diáspora.

Pero, además del tejido comunitario cooperativo y la disponibilidad de recursos organizativos acumulados por los empresarios políticos, es imprescindible la denominada *estructura de oportunidades políticas* para el desarrollo de la acción colectiva. En el modelo de movilización diseñado por Charles Tilly la acción

colectiva es producto de la combinación de cuatro elementos (Tilly, 1978: 7): *intereses*, ganancias y pérdidas inferidas por un grupo en su interacción con otros (ibid.: 7 y 84) o, en pocas palabras, razones para movilizarse; *organización*, estructura del grupo que concierne a su capacidad para actuar en pro de sus intereses, cuanto más extendida está la identidad común y la cohesión o comunicación interna del grupo más organizado se muestra (ibid.: 7 y 63), por ello, su potencial de movilización reside principalmente en la identidad (fuerte o débil) previa a la formación del grupo (liderazgo, recursos comunitarios, estructura); *movilización*, proceso por el que un grupo adquiere el control efectivo de los recursos necesarios para la acción o, igualmente, proceso por el que logra influenciar sobre otros (grupos o poder) mediante la participación activa en la vida pública de conjuntos pasivos (ibid.: 7 y 69). La movilización, a su vez, puede adoptar las formas: defensiva (amenaza externa que induce a un grupo a reunir sus recursos en contra del enemigo), ofensiva (pone en marcha sus recursos en respuesta a las oportunidades presentadas para la realización de sus intereses), y preparatoria (utiliza sus recursos en anticipación a futuras oportunidades o amenazas) (ibid.: 72-3).

Por último, el elemento *oportunidad*, inscrito en el paradigma de la estructura de oportunidades políticas, consiste en la relación entre los intereses de una población y la coyuntura sociopolítica que le rodea. Contiene tres elementos (poder, represión/facilitación y oportunidad/amenaza) que cuentan con una doble vertiente: política, si la interacción de los contendientes es con el gobierno, o social, si la interacción es con otros grupos o poblaciones. El poder se refiere a los resultados de esa interacción, que pueden ser favorables o desfavorables a los contendientes. La represión es la acción que incrementa los costes de la acción colectiva de los contendientes y si, por el contrario, los reduce entonces se presenta como facilitación. La oportunidad muestra la vulnerabilidad de la

interacción en favor de los contendientes y la realización de sus intereses, mientras que la amenaza produce el efecto inverso (ibid.: 55). En función de la interacción entre el grupo que sostiene la acción y los otros grupos, Tilly distingue tres formas de acción colectiva: competitiva (reivindicación de recursos también reclamados por otros grupos rivales, competidores o que participan en el mismo contexto), reactiva (cuando un grupo ve amenazado o violado sus intereses por otros se esfuerza por reafirmarlos), o proactiva (solicita reivindicaciones que el grupo no había realizado previamente) (ibid.: 144-7).

Tilly considera que un repertorio flexible es el caso más frecuente en la organización de grupos que, a su vez, permite una evaluación continua o cambios graduales en los métodos del grupo. Los cambios se producen por imitación (de otros grupos que usan nuevos o viejos recursos con éxito) o por innovación (ampliando las formas de acción más allá de las contenidas en el repertorio de un grupo). La idea de un repertorio estándar de la acción colectiva simplifica el estudio de la variación que adquiere la acción colectiva de un contexto (lugar, tiempo y población) a otro, subdividiendo el problema en dos partes: cómo una población viene a tener su repertorio particular y, derivado de éste, cómo selecciona su forma particular de acción (o ninguna). También ayuda a explicar el fenómeno del contagio y la espontaneidad en la acción colectiva. El primero, se produce (o no) ante una revuelta o manifestación que, al extenderse rápidamente, no sólo difunde el modelo de comportamiento, sino también la información -correcta o no- de que los costes y beneficios asociadas con la misma han cambiado. El segundo, sucede cuando una acción no ha sido previamente planeada por ninguno de sus participantes, ni se encuentra altamente organizada ni ritualizada (ibid.: 155-9).

En su exposición de la estructura de oportunidades políticas, Tarrow señala varias situaciones en las que los Estados son más vulnerables a la acción colectiva, no ajenas -por cierto- al aprendizaje realizado por la gente sobre los recursos imprescindibles para superar su desorganización y aprender cuándo y cómo usarlos. Su modelo presenta cuatro aspectos: el grado en que las instituciones políticas están abiertas o cerradas (presencia o ausencia de la represión) para la participación de los grupos al margen de la política; la estabilidad o inestabilidad de las alianzas políticas, expresada por los cambios en el indicador electoral; la presencia o ausencia de aliados influyentes que pueden animar a la protesta; y los conflictos o divisiones en las élites políticas que incitan a los grupos no representados a protestar. La estructura de oportunidades políticas no garantiza el éxito de la acción, pero explica la variación de estrategias, estructuras y resultados de movimientos similares en diferentes lugares al determinar las condiciones en las que la protesta tiene éxito o fracasa (Tarrow, 1989: 32-6).

La estructura de oportunidades políticas permite comprender las condiciones objetivas que rodearon a las comunidades palestinas en el exilio (modelo de Tilly): grado de coerción o represión que puede ser usado contra los contendientes, o, viceversa, grado de vulnerabilidad que el Estado u otros grupos asociados con éste presenta ante los objetivos de los insurgentes. Así la marginación socioeconómica y política de las numerosas comunidades palestinas en Jordania y Líbano, con Estados-nacionales débiles, facilitaron el desarrollo para-estatal de la OLP hasta transformarla prácticamente en un "Estado dentro de otro Estado" y hacer la situación entre ambos poderes irreconciliable e insostenible.

Por su parte, el modelo de Tarrow permite evaluar la coyuntura política previa a la Intifada: el grado de represión del gobierno de coalición Likud/laborista y su política de "puño de hierro", y vulnerabilidad de su franja de ocupación y fronteras en el sur del Líbano; las alianzas políticas logradas en el XVII CNP en Argel (abril de 1987), después de un periodo de división en el seno del movimiento nacional (1982-87); la cumbre árabe de Ammán, en 1987, que pudo coadyuvar a la protesta ante el desentendimiento de la alianza más influyente con la que tradicionalmente contaban los palestinos del interior, esto es, la fuerza redentora del exterior; y la élite política en el exterior que, ante el agotamiento de su repertorio estratégico (1982), se centró durante los últimos años en la acumulación de recursos entre sus nuevas bases en el interior con el fin de animar a la movilización.

#### 4. Proceso de identificación

La lógica de la acción colectiva no sigue exclusivamente la racionalidad instrumental (apropiación de recursos), sino que admite -y se complementa- mediante la acción expresiva (reconstrucción de una identidad colectiva). Un buen ejemplo de esto último, es el proceso de identificación que religa a los individuos a un círculo de reconocimiento en el que los medios (costes de la participación) se transforman en un fin (reconocimiento por medio de la participación). Por tanto, se elimina la contradicción entre interés individual y colectivo. En este caso, sumarse a la estrategia de *free-riding* equivale a autoexcluirse del grupo, por lo que la participación resulta ser una elección inexorable en tanto que vincula a una identidad.

Ante el deterioro de la calidad del producto o servicio ofrecido por una organización, los miembros o clientes de ésta sólo tienen dos vías para

comunicar sus deseos de corregir los desperfectos: la salida y la voz (Hirschman, 1977).

*La opción salida* estriba en que algunos clientes dejan de comprar los productos de la organización y algunos de sus miembros la abandonan, mientras que *la opción voz* consiste en que los clientes o miembros de la organización comunican su descontento directamente a la administración con la expectativa de lograr la mejora desde adentro. La salida se expresa como deserción, abandono impersonal, silencioso e individual en busca de los bienes e intereses privados (consumismo, estudios, trabajo, emigración); por el contrario, la voz se refiere a la articulación de los intereses colectivos (compromiso social, solidaridad, militancia, activismo y participación en la acción pública), que se expresa desde "el débil murmullo hasta la protesta violenta" (ibid.: 14 y 24).

La voz depende de la flexibilidad de la demanda con respecto a la calidad del producto o servicio y de la inexistencia de la salida<sup>6</sup>. En instituciones básicas como la familia, el Estado o la iglesia donde no existe la opción salida la voz actúa como un residuo de ésta. Un caso excepcional es el monopolio, con la ausencia de la salida (amenaza de pasarse a una organización rival) o de desarrollo democrático de la voz (agregación y articulación de intereses): cuando la voz resulta incómoda se puede facilitar la salida, por ejemplo, el exilio o la deportación en los regímenes dictatoriales (ibid.: 59-64).

La voz es una alternativa a la salida siempre y cuando domine la convicción de que ésta resultará eficaz, y exista capacidad y voluntad para articularla. En este caso, la salida es desechada por cuanto pierde la oportunidad de mejorar las cosas desde adentro con el uso de la voz, intento que merece la pena probar y, si es frustrado, siempre se tiene a disposición la salida como último recurso. En

este sentido, la voz es más costosa que la salida: exige tiempo, dinero y los problemas relacionados con la acción colectiva. Por ello, la disposición a recurrir a la voz tiene que ver con la inclinación de una población a quejarse y con la creación de mecanismos que canalicen las quejas con bajos costes y de manera eficaz. De ahí que cuando coexisten ambas opciones, salida y voz, tienda a predominar la primera en detrimento de la segunda, que depende de la experiencia o de su descubrimiento (costes y eficacia de la voz) (*ibid.*: 42-5).

El equilibrio de esa coexistencia entre la salida y la voz se establece con la introducción del concepto de *lealtad* (fidelidad identificadora) que activa el funcionamiento de la voz y, en cierta medida, neutraliza la salida al aumentar su coste. La voz adquiere mayor eficacia como mecanismo de negociación y de recuperación ya que amenaza con la salida de los leales o el boicoteo (salida temporal sin entrar en otra organización), que acarrea las consecuencias negativas de la salida (pérdidas) y los costes de la voz (tiempo, trabajo y dinero) (*ibid.*: 79-87). El comportamiento leal puede ser modificado por la represión de la salida y de la voz con el encarecimiento del ingreso en la organización y la penalización de su salida. Los miembros más leales e influyentes tienden a permanecer en la organización no sólo por los costes de la salida, sino también porque su salida implica un mayor deterioro del producto o servicio, que le siguen preocupando incluso cuando están fuera de la organización (*ibid.*: 92-3 y 97-8).

No obstante, cabe recordar que el desplazamiento de los individuos hacia la acción pública (uso de la voz) no deriva de "los resultados esperados de tal acción" o, en otras palabras, de la diferencia entre los costes (esfuerzos realizados) y las ganancias (resultado esperado), sino de la suma de las dos medidas ya que el producto y el objetivo de la acción colectiva son un bien

público sólo alcanzable por la propia aportación. En este sentido, la acción pública es explicada como "resultado de un cambio cognitivo radical" y por el propio "placer de la acción". Lo primero, sucede cuando se repara en la capacidad que a través de la acción, unida a la de otros individuos, cabe la posibilidad de cambiar el orden social y político. La segunda, trata del desarrollo o cambio adquirido a través de las actividades sociopolíticas, por ejemplo, de la realización personal mediante la cosa pública (Hirschman, 1986: 88-101)

Pizzorno aporta un nuevo elemento o sujeto de análisis a ese concepto de lealtad (en su crítica a las teorías de la elección racional, en concreto, a la postulada por Hirschman). Distingue entre los miembros pocos y muy leales de una organización a una tercera categoría: "los identificadores". Mientras los primeros son proclives a la salida por los bajos costes que tiene y los segundos tienden a posponer el abandono debido a su alto coste y mayor lealtad, los terceros no conciben tal opción de salida que resulta una barrera infranqueable: como si les fuera la vida (su identidad) en ello (Pizzorno, 1989: 29-30).

Los identificadores son los que nunca se van ya que su abandono implica la desaparición de la organización. Por tanto, después de la salida de los miembros poco leales y, más tarde, de los muy leales es lógico pensar que algún otro tipo de miembro permanecerá en la organización para permitir la supervivencia de ésta e incluso su recuperación. La razón de semejante fidelidad incondicional no reside en un fin o bien específico, sino en la realidad colectiva como fuente de identidad (hábitos, valores, creencias, orden de preferencias, en definitiva, reconocimiento subjetivo antes que objetivo). De ahí que sólo cabe el abandono del miembro identificador cuando la organización cambia su identidad, pero no por el deterioro de la calidad de su producto o servicio. A diferencia del

miembro leal, la voz del identificador no instrumentaliza la salida con la advertencia de abandono ya que nadie amenaza con dejar de existir, salvo que sea un suicida. Es más, si el identificador abandona la organización deja de existir como tal y pasa a ser otra persona diferente (*otro tipo de alteridad*), de manera recíproca la organización sin los identificadores no existe (ibid.: 30-1).

La lealtad viene a ser un grado de identificación con un grupo cuyo coste de acción conjunta por un fin colectivo es nulo, dado que la participación en el grupo corre por derroteros diferentes a los supuestos por el curso racional de la acción: frente a la muy racional actuación del *free rider* la del identificador es irracional. Su participación no trata tanto con los costes y beneficios asociados a la acción o el placer de tomar parte en la misma, sino con el reconocimiento que la participación (y no sus resultados) brinda para confirmar la identidad colectiva y renovar los vínculos horizontales con los yoos de las otras personas miembros de su comunidad u organización (de pertenencia o referencia) que perciben su actuación (ibid.: 31-3).

Los resultados de la acción colectiva son definidos por Pizzorno como formadores o confirmadores de identidades colectivas: que pueden o no ser deseados, que no pertenecen a la clase o beneficio del proceso, ni de los efectos "emergentes" o de "agregación", y que tienen lugar sin los incentivos selectivos (en sentido olsoniano) o, cuando éstos existen, no explican una acción colectiva duradera. La explicación de la acción social en los términos de la elección racional no tiene en cuenta la incertidumbre "valorativa" que hace, como el cambio de valores, que las preferencias e intereses de un yo actual no coincidan con sus futuros yoos y, por consiguiente, que los compromisos sean inciertos y tengan que ser renovados continuamente. Negar la incertidumbre valorativa y la ansiedad que genera implica una acción dirigida a preservar o formar el

"círculo de reconocimiento" que descarta el parasitismo (*free-riding*). La identidad personal (conexión vertical e intemporal de sucesivos yoes) sólo tiene sentido si se encuentra vinculada (por conexiones interpersonales y horizontales) a un círculo de reconocimiento común (entre diferentes yoes individuales). En este sentido, la acción se convierte en un fin en sí misma para la formación de nuevas identidades, y necesaria para la reconfirmación de identidades colectivas, sobre todo las amenazadas, cuestionadas o deterioradas, como garantía de continuidad de la identidad personal "subjetivamente sentida". De esta forma, la lógica de la utilidad es invertida por la lógica de la identidad, y los bienes materiales por el capital simbólico (ibid.: 33-42).

Resulta evidente la acción expresiva en las comunidades palestinas tanto en la diáspora como en el interior, o del uso de incentivos selectivos cualitativos (o sociales) en su acción instrumental. Desde la socialización política de las nuevas generaciones hasta las razones para movilizarse, la identidad nacional desempeña un papel central en la orientación de la acción individual. Así, desde el núcleo social más básico, la familia, hasta los grupos más o menos tradicionales (campos de refugiados, aldeas, barrios, escuelas, asociaciones) se garantiza un referente de integración simbólica mediante la cooperación comunitaria como acto de afirmación (o reconstitución) de la identidad colectiva.

##### **5. Ciclos de acción pública y de protesta**

El zigzaguear de la acción colectiva en la línea del tiempo es recogido por la teoría de los ciclos, que integra las condiciones sociopolíticas o estructuras de oportunidades que posibilitan la acción colectiva, y complementa a la de la movilización de recursos y su énfasis en un núcleo organizado como suministrador de los bienes públicos e incentivos selectivos a un mismo tiempo.

En la búsqueda de una fenomenología de la participación y la decepción, en concreto, la formulación de una explicación satisfactoria del paso de los intereses privados a la acción pública, y viceversa, Hirschman llama la atención sobre la respuesta supuestamente evidente de retorno a la vida privada que se produce ante la decepción de la vida pública, y afirma que en la situación opuesta es lógico esperar la respuesta contraria. Dichas oscilaciones, entre uno y otro ámbito, están mediatizadas por el mecanismo de la decepción (como decisión anterior errónea) y acompañadas de auxilios ideológicos (Hirschman, 1986: 77-8); de voliciones de segundo orden o autoevaluación reflexiva (ibid.: 13 y 79-83); o bien, como resultado de un "cambio cognitivo radical" y "el placer de la acción" (ibid.: 88-101).

Ese desplazamiento desde una opción privada a otra pública expresa una reevaluación de los asuntos públicos y la participación en los mismos después de un periodo significativo de "inacción y vacilación", reordenación que es propiciada por los factores de empuje: algún evento precipitante de carácter exógeno (una guerra) o endógeno (la misma experiencia decepcionante o sus contradicciones) (ibid.: 13 y 79-83).

En reciprocidad, la retirada de la esfera pública se produce por las decepciones en la misma: desilusión suscitada por la defensa prolongada de una causa que se muestra ineficaz, sin atractivo o, a la inversa, porque después de alcanzado su éxito no se sienta una nueva necesidad de actuar; disonancia entre el resultado esperado y la dura realidad de la acción pública; brecha entre las expectativas de una actividad placentera y la experiencia efectiva (que exige más tiempo y esfuerzo de los previstos) (ibid.: 103-114); y limitación impuesta por ciertas instituciones políticas a la expresión pública, que desanima la participación ya que ese límite es superior a las contribuciones que los individuos pueden

realizar. En definitiva, el problema de la participación política es que resulta demasiado absorbente (entrega excesiva) o demasiado sosegada (participación insuficiente) (ibid.: 115-133).

Estas decepciones en la arena pública explican parcialmente su repliegue a la privada, fenómeno que es acelerado por los atractivos de la vida privada tras la aparición de las primeras decepciones en la pública. Los factores de atracción privados se enumeran en su capacidad para tolerar cierta mezcla con la motivaciones públicas, en su condición de refugio ante la inutilidad y aburrimiento de la actividades públicas, y en su provisión o concentración en las necesidades primarias de mejoramiento material (ibid.: 141-3).

De estas oscilaciones pendulares infiere Hirschman que durante periodos prolongados la sociedad tiende a interesarse profundamente por los asuntos públicos (predominio de la acción colectiva), alternados con otros periodos igualmente significativos de "concentración en las metas del mejoramiento individual y el bienestar privado" (predominio del interés privado) (ibid.: 11-16).

El alcance explicativo de la propuesta de Hirschman no es compartido por Tarrow, en tanto que no se observa cómo todo un sistema social se adhiere a un mismo tiempo en un ciclo de compromiso político, ni siquiera en los ciclos de protesta en los que sectores sociales significativos no llegan a involucrarse (Tarrow, 1989: 44). Los *ciclos de protesta* "son infrecuentes e impredecibles en su duración, involucran actores, grupos y modos de actuación que difieren tanto de aquellos en periodos activos como en los de quietud" (ibid.: 48). Los ciclos suelen ser provocados por acontecimientos imprevisibles y registran diferentes periodos.

Las dinámicas cíclicas recogen, en primer lugar, una *fase ascendente* en la que la gente (individuos y grupos que previamente lo desencadenaron al retirar su confianza del mercado) se arriesga a sublevarse al confluir nuevos y viejos agravios o surgir nuevas oportunidades. En sus primeros momentos, la movilización produce el contagio por imitación, extensión, y reacción ante los resultados de las acciones o de las efectuadas por grupos cercanos (ibid.: 51-52). En este sentido, la acción colectiva se ensancha de un grupo a otro o de los sectores claves a los periféricos, y se divulga de manera irregular por canales institucionales o naturales (ibid.: 52).

*La fase de auge* o cúspide de la movilización es similar a un estado transitorio de locura colectiva, que pasa rápidamente al ser reemplazada por protestas más convencionales y con objetivos más instrumentales. Para los que no participan del movimiento parece que las normas de la sociedad se han diluido o, para los partícipes, que ha llegado el milenio. La política inunda todas las facetas de la vida. Sin embargo, el entusiasmo colectivo refleja más los deseos que la realidad, ya que ésta comienza a registrar una serie de fisuras: conflicto entre grupos, contradicciones en las formas que adopta la acción colectiva, discrepancias en torno al contenido de la acción colectiva, y cuestionamiento de la acción colectiva misma (ibid.: 52-53).

*En la fase de descenso* el ciclo toca a su fin por una involución (represión) autoritaria, o bien por la combinación de varios elementos. Las formas que adopta la acción colectiva en su fase de auge revisten la importancia de proyectarse cuasi institucionalizadas en la descendente. El periodo exiguo de la cúspide registra: primero, la formación y penetración en la acción colectiva de nuevos movimientos; y segundo, una competencia intensa y sectaria entre las viejas y nuevas organizaciones por beneficiarse del respaldo popular. La cosecha

es la acción colectiva desorganizadora, resultado también de la falta de incentivos selectivos concretos que animen a la participación o la continuación de ésta, y una espiral radicalizadora de las tácticas y los temas, que puede adquirir formas violentas mediante la formación de un brazo armado o milicia con su irrupción -de consecuencias perniciosas- en la vida pública.

Un tercer elemento lo constituye el nivel de "demanda" de acción colectiva de las masas, que decae. Ya sea por la satisfacción parcial de sus peticiones o de las más inmediatas, o porque salir a la calle se vuelve peligroso ante el incremento de los costes y riesgos, o bien, por simple cansancio, agotamiento o hastío de la acción colectiva. No necesariamente hay que asistir al desarrollo de la violencia para ver finalizado el ciclo, éste termina debido a que ha llegado su fin o a que ha consumado su repertorio y deja paso a otras expresiones, por ejemplo, que el movimiento busque identidades institucionales y, si tiene éxito, surja la pugna entre la lucha y la reforma (ibid.: 53-55).

Pese a las dificultades observadas por Tarrow en el modelo teórico de Hirschman para englobar a generaciones enteras que oscilan entre un periodo de compromiso político o de repliegue al ámbito privado, lo cierto es que su fuerza explicativa y aplicación resultan más laxas a nuestro campo de estudio, por cuanto no se pretende afirmaciones absolutas, sino corroborar cómo durante fases relevantes de tiempo predominaron unas pautas de comportamiento entre miembros significativos de una generación, que fluctuaron entre la pasividad en la escena política (ante la necesidad de cubrir las necesidades materiales de supervivencia) y la actividad intensa en el foro público (una vez que la situación no era tan precaria ni exigía invertir en dichas necesidades). Lo que permitió contemplar el relevo generacional en la diáspora (empresarios políticos e hijos de los campos de refugiados) y bajo la ocupación (liderazgo nacionalista y pro-

OLP). De otra parte, el ciclo de protesta diseñado por Tarrow corresponde a las fases registradas por la Intifada, y deja el campo abierto a los problemas seguidos por la bifurcación del movimiento social entre los que apoyan el programa de reformas (negociadores y minimalistas) y los que lo rechazan (maximalistas e islamistas).

## NOTAS:

1. Dos obras básicas de la teoría de la elección o decisión racional fueron: Downs, A. (1957): An economic theory of democracy. Nueva York: Harper & Row. [Teoría de la democracia. Madrid: Aguilar, 1973]. Buchanan y Tullock (1962): The calculus of consent. Ann Arbor: University of Michigan Press. [El cálculo del consenso. Barcelona: Planeta-Agostini, 1993].

2. Sobre los que elaboran una tipología: movimiento social, contramovimiento, organización de movimiento social, sector de movimiento social (McCarthy y Zald, 1977: 1236).

3. Por ejemplo, establecen nuevas premisas con respecto a la base de apoyo (puede ser o no elementos agraviados o beneficiarios los que proveen de recursos: dinero, trabajo, servicios, dedicación): con la estrategia y tácticas (aceptan la interacción entre el movimiento y las autoridades, al tiempo que recogen otras tareas: movilización de su base de apoyo, neutralización y/o transformación de las masas y la élite en simpatizantes); y con su relación con el grueso de la sociedad (instrumentalización del medio e infraestructura social para los propósitos del movimiento: medios de comunicación, acceso a las instituciones y redes preexistentes) (ibid.: 1216-7).

4. Resulta obligado traer a colación de las propuestas teóricas de Olson y Taylor la elaborada en el siglo XIV por Ibn Jaldún: la *asabiyya*. A lo largo de la historia del mundo árabe e islámico los grupos pequeños han probado ser más competentes que los grandes. Su carácter informal y menos numerosos los capacita más eficientemente para alcanzar sus objetivos, mientras que en los grandes, más institucionalizados, y donde el esfuerzo individual no es tenido en cuenta del mismo modo que en los pequeños, la racionalidad individual no contribuye con igual empeño al quehacer colectivo. Esto ha sido particularmente cierto en la historia social de Oriente Medio, "donde los grupos de acción no sólo eran pequeños, sino que también estaban altamente personalizados" (Bill y Springborg, 1990: 90-91).

Poca atracción y credibilidad han tenido los grupos grandes e institucionales en las sociedades mesorientales. En contraposición, los lazos personales, las relaciones de parentesco, y la afinidad religiosa o regional han contribuido más a asegurar el esfuerzo individual. Aquí entra en juego el concepto de solidaridad grupal o comunitaria, (*asabiyya*): de más fácil desarrollo en los grupos pequeños, informales y frecuentemente personalizados. La convergencia de esta concepción con la de Olson y Taylor resulta notoria, máxime si tenemos en cuenta su definición como "fuerza de cohesión social puesta al servicio de una causa política" (Cruz, 1981: 315).

5. Véase: Kuroda, Y. (1972): "Young palestinian commandos in political socialization perspective". Middle East Journal, 3: 253-270.

6. Las dificultades para combinar la salida y la voz han sido reformuladas por el autor (Hirschman, 1994). En un principio la idea básica de esa relación era su carácter inarmónico y opuesto, que se expresaba en la actuación predominante de la salida en detrimento del desarrollo de la voz debido, principalmente, a la accesibilidad de la primera (no exige coordinación con otros) y a los mayores costes requeridos por la segunda. En definitiva, la

propuesta original funcionó como modelo de balancín o hidráulico: "cuanta más presión escape a través de la salida, menos queda para el fomento de la voz" (ibid.: 67). Este paradigma fue revisado por otros autores (Pollak) y el propio Hirschman ante los acontecimientos en Alemania oriental a finales de los ochenta, que reforzaron la actuación conjunta de la salida (emigración) y la voz (protestas) hasta derribar al régimen comunista. Lo que sucedió en este caso, según Hirschman, fue que la ganada y ampliada oportunidad de salir permitió una mayor capacidad de elección y de explotación del abanico de posibilidades, que dio lugar "a una mayor participación de la voz" (ibid.: 68).

Esta variante del comportamiento tradicional de las dos opciones puede ser explicada también por el concepto de lealtad que retarda la salida y la voz, pero una vez traspasado cierto umbral por el declive de la organización la voz de los miembros muy leales adquiere una fuerza inusitada. En esa tesitura, la salida privada se transformó en salida pública y contagió a la voz (ibid.: 78).

### III. PROTOHISTORIA DE LA CUESTIÓN PALESTINA

En cierta medida Palestina debe su historia a la situación geopolítica de puente entre los continentes de África, Asia y Europa que -sin ceder a los determinismos geográficos- funcionó como ruta de paso a numerosos y diversos grupos humanos: algunos se establecieron de manera sedentaria o dominaron políticamente la región durante un periodo significativo, dejando su huella enriquecedora o devastadora sobre su suelo. Que Palestina fuera escenario del intercambio comercial o de conflictos casi siempre dependió de las relaciones entre los imperios vecinos, ya que raras veces fue Jerusalén la capital de los designios palestinos (Reichert, 1973: 19-21). A su valor geoestratégico añadió el simbólico configurado como Tierra Santa en el imaginario de las tres religiones monoteístas (judía, cristiana e islámica), que llevó a algunas de sus poblaciones a establecer una relación místico-religiosa con la tierra de Palestina (Garaudy, 1987).

El término geográfico de Palestina, pese a sus cambiantes y difuminadas fronteras, procede de la denominación romano-bizantina que la dividió en tres unidades administrativas (*Palaestina Prima, Secunda y Tertia*), y fue preservada por la dominación árabe-musulmana con ciertas variaciones bajo el periodo mameluco y otomano (Porath, 1974: 4-5). La palabra árabe que designa Palestina (*Filistín*) deriva de su nombre latino (*Palaestina*) (ibid.: 4), con la misma se hace referencia a sus ancestros o a sus primeros habitantes conocidos, los filisteos. En este sentido, los palestinos se definen no como los descendientes de los conquistadores islámicos que, procedentes de la península arábiga en el siglo VII, les dotaron de su carácter árabe e islámico, como comúnmente se cree, sino como los descendientes directos de las poblaciones preexistentes en Palestina antes de la conquista árabe-islámica (Hadawi, 1972).

## 1. La irrupción del capitalismo en Palestina

Precedido por una sucesión de imperios, el otomano dominó Palestina durante cuatro siglos (1517-1917) con el intervalo de la conquista egipcia (1831-1840). Durante ese largo periodo Palestina fue conocida como la región sur de *Bilad al-Sham* y nunca constituyó una unidad geopolítica, ni vislumbró señal alguna de su identidad nacional en el marco del imperio turco-otomano que, en la edad contemporánea, registró una serie de cambios reflejados en sus áreas de influencia. En este contexto Palestina se hizo eco de un proceso histórico de transformaciones políticas, económicas y sociales que fue perfilando su unidad geopolítica e identidad nacional (Khalaf, 1991: 10-1). En concreto, con la entrada e impacto del capitalismo en la sociedad palestina, que conoció tres vías: la del programa de centralización y modernización otomano, la intromisión política y económica europea en el Próximo Oriente que atrajo dicha región al mercado mundial, y la desarrollada por los colonos extranjeros, en particular, la inmigración de judíos europeos (Muslih, 1988: 42-3).

a) Tanzimats (reformas otomanas): en su colisión con los ejércitos europeos, el imperio otomano comprobó la inferioridad del suyo, que le llevó a exigir su reforma (servicio militar obligatorio, nuevas y más modernas armas, técnicas, instrucción y tácticas) a principios del siglo XVIII. Este intento por aumentar su potencial militar no fue ajeno a la denominada "cuestión de Oriente" que, tanto en su versión interna (emancipación nacional y provincias semi-independientes) como externa (penetración política, militar y económica de las potencias occidentales), suscitó una segunda fase de reformas en el siglo XIX. Sus objetivos eran centralizar y modernizar el Estado otomano, mediante un ejército fuerte y una administración o servicio civil eficiente, que hiciera efectiva la

autoridad central por todo el imperio y aumentara sus ingresos con el desarrollo de su potencial agrícola e industrial, y la maximización del sistema tributario.

a.1) **La redistribución de la administración territorial otomana:** regulada por la ley del *Wilayat* (1864), dividió el imperio en provincias (*wilayats*) que, a su vez, fueron subdivididas en distritos (*sanyaqs*) y, éstos, en subdistritos (*qadas*) que, finalmente, fueron divididos en pequeñas localidades (*nahiyes*). Esta jerarquía de las instituciones territoriales contó con un responsable al frente de cada una. Así, a finales del siglo XIX, en la zona del *Mashreq* existían dos provincias, la de Beirut y la de Damasco, gobernadas cada una por un *wali*. La provincia de Beirut estaba subdividida en cuatro distritos: Beirut, Acre, Nablus y Jerusalén, cada uno bajo la autoridad de un *mutasarrif*. De esta forma, la región sur de la Gran Siria o la que sería conocida como la Palestina del Mandato quedó comprendida en tres distritos: el de Acre, el de Nablus, ambos ligados a la provincia de Beirut, y el de Jerusalén que -por su importancia religiosa- adquirió la autonomía (1873) y fue dirigido directamente desde el Ministerio del Interior en Estambul. En el ámbito local regían los subdistritos de Acre, Haifa, Jaffa, Nazareth, Safad, Tiberias, Jenin, Nablus, Tulkarem, Hebron, Gaza y Beersheva, conducidos cada uno por una *Qaimakan*; y las aldeas por un *mukhtar* (Kayyali, 1979: 11; Khalidi, W., 1987: 32; Khalaf, 1991: 9-10).

a.2) **En el orden socioeconómico:** destacó la "Ley de la tierra", o "Código de la propiedad agraria" (1858), dirigida a disponer de las tierras estatales y controlar las privadas mediante el registro de las escrituras; y la abolición del sistema feudal del *iltizam* (impuestos agrícolas o diezmos), que sólo beneficiaba a un pequeño grupo de *mültazims* (recaudadores) en menoscabo de las arcas del Estado y la extorsión de los campesinos, para reemplazarlo por otro sistema de recaudación directo más justo o, al menos, para atenuarlo bajo la supervisión

de las autoridades locales y los consejos administrativos (Ma'oz, 1968: 70-1, 78 y 158).

a.3) **En el ámbito político-administrativo:** la centralización y modernización del Estado otomano exigía de un nuevo servicio civil que -por su honestidad, eficacia y lealtad- contrastara con el extendido clima de corrupción, ineficacia y cinismo (ibid.: 61), por lo que se establecieron una serie de instrumentos sobre los gobernadores a modo de control y restricción de su poder, entre los que destacaron -en el nuevo sistema administrativo- los consejos provinciales y locales (*majles*) (ibid.: 34-36 y 89-90). En ese sentido, se instauró la figura de un comandante en jefe con poderes administrativos (*serasker*), y se emprendió el desarme de la población para garantizar el orden público, la seguridad y la restauración del poder central mediante un ejército fuerte, que había reemplazado las tropas mercenarias por las de reclutamiento (ibid.: 38-44).

b) **La dominación egipcia:** el restablecimiento de la autoridad central otomana y de su hegemonía sobre las administraciones y provincias del imperio tuvo su excepción en la región de Siria y Palestina, donde las reformas otomanas no se aplicaron hasta mediados del siglo XIX, debido a su ocupación por el Egipto de Ibrahim Pasha's (1831-1840). Sin embargo, la dominación egipcia introdujo una serie de medidas en el gobierno, en la administración, y en el orden socio-económico de dicha región que erosionaron el liderazgo local, dominaron a las tribus beduinas y prepararon el terreno para el desarrollo de las reformas.

Por primera vez la población de Palestina (y Siria) no sólo gozó de seguridad en sus vidas y propiedades sino que, junto a una mejor administración de la justicia y un sistema tributario más equilibrado, conoció el florecimiento agrícola y comercial de sus comarcas. Pese a esta notable mejoría que hacía

presumir la satisfacción de la población local, ésta expresó su descontento mediante una insurrección (1834) en la que la antigua clase gobernante tomó parte activa en conexión a la revuelta campesina y fiscal. Los agravios que dieron paso a la rebelión se concretaron, primero, en el reclutamiento obligatorio de los jóvenes musulmanes, segundo, en la imposición de los impuestos personales, y, tercero, en la concesión de la igualdad de estatus a las minorías cristiana (vista con recelo porque sus jóvenes estaban exentos del reclutamiento militar, su mayor riqueza y aceptación en la administración pública) y judía, junto a la apertura de los consulados europeos y a la actividad misionera (ibid.: 15-18).

La rebelión tuvo un efecto de cohesión social de la población palestina en tanto que unió a sus dispersos grupos (beduinos, jeques rurales, notables urbanos, campesinos de la montaña y figuras religiosas de Jerusalén) en contra de un enemigo común, y propició una amplia y asombrosa coalición de esos grupos locales que, más tarde, constituirían el pueblo palestino (Kimmerling y Migdal, 1994: 7-8). En cualquier caso, el mayor impacto del gobierno egipcio en Palestina (y Siria) fue la apertura de una nueva era en su historia que la proveyó de una experiencia de seguridad y estabilidad, y la exhibió a la actividad e influencia europeas, después de un largo periodo de caos, opresión, aislamiento y vida tradicional (Ma'oz, 1968: 19).

c) **Las potencias europeas:** habían adquirido un notable poder político, económico y militar a finales del siglo XVIII que les permitió tener una considerable presencia mundial. Su influencia en el Próximo Oriente fue doble: animó a las reformas otomanas ante la amenaza que suponía dicho poderío y produjo un intercambio comercial que indujo a la transformación económica de la región (Owen, 1981: 57). Su mayor efecto sobre la sociedad palestina fue

tanto en su reestructuración económica como en introducirla en la economía mundial capitalista, en la que ocupó un lugar periférico: receptora de capitales y productos manufacturados, y fuente de materias primas agrícolas, principalmente.

La penetración europea no era ajena al régimen de capitulaciones que le brindaba ciertos privilegios y la protección de las minorías religiosas en el seno del imperio otomano. A medida que el gobierno de Estambul veía decrecer su influencia en sus provincias semi-independientes, más vulnerable era a las presiones europeas: que el país se abriera a los extranjeros y les permitiera la adquisición de propiedades, logrando una mayor presencia en la región. Esta apertura formó parte de la implantación europea en Palestina que, según Weinstock, recorrió tres fases. La primera, a mitad del siglo XIX, consistió en la instalación de las iglesias cristianas (clero y monjes) que realizaron compras de bienes inmobiliarios (tierras trabajadas por los *fellahin*) e inversiones de capital (especulación inmobiliaria). La segunda, iniciada entre 1867 hasta 1907, fue inaugurada por colonos alemanes pertenecientes a la orden de los templarios, que demandaron de la mano de obra indígena. La tercera, se inició en 1878 con el establecimiento de la primera colonia judía en Petak Tikva. Las dos primeras fases allanaron el camino a la tercera en tanto que dotaron al país de vías de comunicación, mejoras de las técnicas agrícolas, desarrollo del mercado agrícola, e instauraron la tendencia al agrupamiento en los centros urbanos (Weinstock, 1970: 93-5).

d) **El movimiento sionista**: tuvo su origen en un doble y controvertido proceso: la secularización en Europa occidental, que invitaba a la asimilación al reconocer la igualdad de sus ciudadanos sin distinguir entre gentiles y judíos, y los *progroms* antisemitas en Europa oriental, que rechazaban dicha integración

al buscar la uniformidad y pureza comunitarias. Ambos fenómenos retaron la supervivencia del judaísmo europeo en el seno del que surgieron dos corrientes en torno a su identidad: la asimilacionista, que alentaba a la integración de los judíos en sus respectivas sociedades, y la comunitaria (o protosionista), que con diferentes matices buscaba la articulación de su comunidad en una entidad nacional (Taylor, R., 1987: 11-2).

Las tesis comunitarias encontraron su base social en aquellos países (de Europa oriental) que más dificultaron la integración de sus ciudadanos judíos, de forma que la apuesta asimilacionista dejó paso a la nacionalista. De hecho las primeras elaboraciones teóricas del sionismo<sup>1</sup> reflejaron ese desplazamiento: sus autores eran judíos europeos que -en principio- participaron de las propuestas asimilacionistas y, después de abortados estos intentos, pasaron a defender los postulados nacionalistas. Dichas obras fueron escritas bajo la influencia no sólo del antisemitismo, sino también del nacionalismo y la expansión imperial europea, y tuvieron una escasa acogida entre los judíos europeos que -en su gran mayoría- participaban de las aspiraciones integradoras, sobre todo en Europa occidental. Es decir, allí donde la asimilación siguió su curso normal las ideas sionistas tuvieron una escasa recepción, fueron rechazadas o resultaron indiferentes; por el contrario, allí donde los judíos vieron imposibilitada su integración las aspiraciones sionistas tuvieron mayor aceptación<sup>2</sup>. Fenómeno que se expresó en las primeras *aliyahs* (inmigraciones judías a Palestina) y en las del periodo de entreguerras, procedentes de Europa oriental (Rusia y Polonia) y de centroeuropa, respectivamente<sup>3</sup>.

Los objetivos del movimiento sionista se concretaron en lo que también fue su nacimiento oficial, el primer congreso sionista celebrado en Basilea (1897), que propuso la colonización sistemática de Palestina, la organización y conciencia-

ción del judaísmo mundial, y las gestiones pertinentes en aras de su objetivo: asegurar al pueblo judío un hogar en Palestina, garantizado por el derecho público (es decir, obtención de una Compañía con Carta -colonial- que les concediera los derechos de colonización de un territorio, preferentemente Palestina). En esa dirección su primer presidente, Herzl, emprendió varias gestiones ante los gobiernos europeos y otomano.

El sionismo representó una amenaza para la creciente cohesión social de la comunidad palestina y su integridad material, al mismo tiempo que, paradójicamente, animó su ascendente conciencia nacional en torno y frente a ese apercibimiento de intimidación foránea. A diferencia de las comunidades judías preexistentes en Palestina, sin mayores ambiciones que las religiosas o sentimentales, las auspiciadas por el nacionalismo judío tenía una clara meta política: establecer un Estado judío en Palestina.

Ciertamente, ninguna orientación colonial existía en las ambiciones territoriales del sionismo salvo por un pequeño detalle: "Palestina estaba habitada por otro pueblo" (Rodinson, 1988: 38). La consigna de *"una tierra sin pueblo para un pueblo sin tierra"* no significó el desconocimiento sionista de la existencia árabe en Palestina, sino que trató de excluir cualquier contradicción entre sus aspiraciones y los derechos de la población palestina, mayoritaria. De ahí que los árabes palestinos fueran conceptualizados de manera que "legitimara y reforzara el proyecto sionista" (Lockman, 1992: 5-6). Es más, y en contraposición a otras colonizaciones clásicas, el movimiento sionista en Palestina no buscó explotar su mano de obra autóctona, sino reemplazarla por otra foránea; y no pretendió adquirir los bienes del país, sino apropiarse del mismo. Los instrumentos de la colonización sionista en Palestina fueron dos: la inmigración masiva de judíos y el desarrollo de una infraestructura o *Yishuv* (comunidad

judía en Palestina) separada de la población indígena que, al amparo de la Carta colonial expresada en la Declaración Balfour (1917) y corroborada por el Mandato británico (1922), permitiera su crecimiento hasta transformarla en un Estado (McDowall, 1994: 9), lo que implicaba la transferencia (léase expulsión) de la población palestina (Masalha, 1992).

## **2. El impacto del capitalismo en la sociedad palestina**

Desde el comienzo de la dominación otomana, sus gobiernos se limitaron a preservar su supremacía, recaudar los ingresos y mantener su *statu quo*, mientras que los asuntos socioeconómicos eran regulados por sus instituciones autónomas. Con la erosión del poder central otomano en sus provincias (desde el siglo XVII) la autoridad de los gobernantes locales -otomanos o no- fue en aumento hasta que (durante el siglo XVIII) llegaron a establecerse como poderes autónomos en varias partes de Siria y Palestina, donde lograron mantener cierto orden: contener a las tribus beduinas fuera de los centros de población y atraer la lealtad comunal de sus poblaciones, que habían perdido su confianza en el gobierno central. No obstante, grandes partes de dicha región continuaban sometidas a la anarquía, violencia o extorsión tributaria de las tribus, con su repercusión negativa en la vida social (seguridad individual y colectiva) y económica (agricultura y comercio) (Ma'oz, 1968: 4-5).

Esta situación de poder dual entre el gobierno central, poco efectivo en las provincias, y los periféricos, regidos por gobernadores autónomos o rebeldes, y por las jefaturas beduinas y jefes o señores de la montaña, se extendió hasta principios del siglo XIX en los distritos sirios. En Palestina existían dos conjuntos de montañas, la de Nablus y las que rodeaban Jerusalén, gobernadas autónomamente por familias poderosas o jefes locales. De vez en cuando, éstas

veían retado su poder por un gobernador otomano que, con el apoyo de una u otra facción rival en las montañas, lograba instaurar el suyo por un corto periodo, ya que las fuerzas locales, aliadas entre sí, volvían a retomarlos. Estas rebeliones, en las que -a veces- se llegaba a expulsar a los gobernantes turcos, no pretendían desafiar la autoridad del Sultán o del Imperio, sino que estaban dirigidas contra los agravios practicados por un gobernador en particular (por ejemplo, en Jerusalén durante 1808-9 y en 1825). Muchas de las rebeliones producidas en los siglos XVIII y XIX eran fiscales, provocadas por la difícil situación del campesinado que era agraviado constantemente con la tributación del diezmo, e instrumentalizadas por los poderes locales en su pugna con los centrales (Manna, 1994).

La estructura social palestina descansaba en la tierra, que era su capital y fuente de riqueza principales. La producción agraria se dividía entre el Estado otomano (o sus representantes e intermediarios) y los campesinos, que se quedaban con una pequeña parte. Sobre esa economía agraria, caracterizada por el subdesarrollo y las grandes propiedades, se asentaba una sociedad poco homogénea. La mayoría de su población eran campesinos (*fellahin*) que, a modo de gleba, estaban vinculados a las propiedades de un terrateniente o jeque local, o bien, con pequeñas propiedades o tierras comunales, gozaban de la protección de éstos frente a las incursiones beduinas. Otro núcleo local eran los beduinos que, localizados en el desierto del Neguev, el valle del Jordán y en partes de Galilea, ejercían el pastoreo (y cierto bandolerismo), al tiempo que comenzaban la sedentarización sin perder su identidad nómada (Ma'oz, 1968: 151-2).

La posición dominante la ocupaban los jefes rurales frente a los otros grupos locales existentes o emergentes (funcionarios, notables urbanos, prestamistas y comerciantes). Mediante la adquisición de los derechos de la recaudación

(*iltizam*) se convirtieron en intermediarios entre el Estado otomano y los campesinos. Su poder y autoridad derivó de su condición como recaudadores de impuestos (*mültazims*), de su reconocimiento por el poder central (que les autorizó a usar tropas en el cobro del fisco), y de su capacidad para mantener la paz local y el control social. Su prestigio social se basó en la extensión de la familia patriarcal y los clanes tribales que, a su vez, estaban coaligados en una de las dos confederaciones tribales de la división entre *Qays* y *Yaman* (dos tribus procedentes del norte y el sur de la Arabia pre-islámica, respectivamente, y sobre las que se asentó una lealtad de origen y descendencia ficticias). La dependencia del campesinado a los señores rurales se incrementó, adicionalmente, por la ausencia de un poder central y la inseguridad (incursiones beduinas y clima de guerra civil o tribal entre 1850 y 1874), que reforzaron las aldeas como lugares seguros y defensivos. Este fenómeno de lealtad entre patrón y cliente, no hizo más que instaurar, ante la apremiante necesidad de supervivencia y protección, el clientelismo y faccionalismo políticos; y expresó las divisiones sociales por medio de alianzas de clanes, locales, regionales, urbanas, sectarias y religiosas. Con ello se mantenía segmentada la estructura social en beneficio de los patronos como recaudadores, arrendatarios o prestamistas de impuestos agrícolas (Khalaf, 1991: 12-3).

Dicho sistema tribal fue erosionado por las reformas otomanas mediante la restricción o eliminación de los privilegios que gozaron los jeques rurales durante la primera mitad de dicha centuria (poderes jurídicos, recaudación de tributos y ejércitos locales). Los cambios introducidos por el *tanzimat* desintegraron el viejo sistema de clan, en el que se aseguraba la solidaridad grupal, reemplazándolo por otro en el que las relaciones sociales se diferenciaron y fueron trazadas por el mercado y la integración de Palestina en la

economía mundial (Smith, 1984: 14). Tanto las reformas otomanas como su adhesión a la economía capitalista supuso la descomposición del sistema feudal.

a) **Los efectos de las reformas otomanas:** no concluyeron en los resultados deseados, sino en los contrarios. Así, en la lucha entre los dos polos de poder, central y local, la autoridad del primero no prevaleció y tuvo que ser -en gran medida- compartida con el segundo, dentro del que un nuevo grupo social (los notables urbanos) reemplazó al anteriormente dominante (los jeques rurales o señores de las montañas) (Hourani, 1968). Esta paradoja no fue ajena a las medidas adoptadas para expulsar a las fuerzas egipcias de Siria y Palestina, que se mostraron contraproducentes al fomentar los poderes locales e impedir el desarme de sus fuerzas, además del clima de apatía, ineficacia, desorganización y corrupción generalizado. (Ma'oz, 1968: 76-7 y 81-6). Igualmente, dichas reformas, lejos de frenar la penetración económica europea o controlar ese proceso, la facilitaron e incrementaron su dependencia hacia las potencias occidentales (Owen, 1981), con los consecuentes cambios en la estructura social y en el paisaje político de la región.

b) **Socioeconómicos:** la "Ley de la tierra" (1858) no terminó con los abusos ni restauró la autoridad central, sino que favoreció la concentración de tierras por medio de la confiscación de grandes extensiones de terrenos supuestamente incultivados durante tres años (periodo que solía dejarse la tierra en barbecho); la disolución de la propiedad colectiva en favor de la individual; y por la exigencia de registrar las escrituras de propiedad. Esto último produjo un efecto de pánico entre los campesinos que, para eludir nuevas cargas tributarias y el censo del servicio militar, inscribieron sus pequeñas propiedades a nombre del cabeza del clan, familias ricas o en el *Waqfs* (fundación islámica caritativa) por

un precio nominal, al tiempo que siguieron cultivando sus tierras de manera comunal.

En un clima de connivencias y corruptelas entre los responsables de la administración otomana y los notables (paralelas a la especulación inmobiliaria del suelo ante la presencia de colonos europeos), la reforma dejó a los campesinos sin derechos de propiedad y concentró grandes propiedades en manos de los notables mediante el registro de las tierras comunales a su nombre, la confiscación de las incultivadas e inhabitadas y, sobre todo, la adjudicación de la deuda de los campesinos a cambio de cierto interés que obtuvo -a modo de contrapartida- la adquisición de tierras a bajo coste, o bien, mediante la compra directa de propiedades inmobiliarias a campesinos y pequeños propietarios adeudados. En consecuencia, muchos campesinos sufrieron gradualmente el desclasamiento y de la condición de pequeños propietarios pasaron a la de jornaleros agrícolas o, igualmente, a la de campesinos sin tierras. Mientras que desde el otro ángulo social se acumularon grandes cantidades de tierras en muy poco tiempo y en muy pocas manos.

Si esa metamorfosis de la propiedad transformó a la *élite urbana de notables y funcionarios religiosos* en terratenientes y señores burgueses, no menos contribuyó -en ese sentido- su control de la abolida -teóricamente- recaudación tributaria. Sin embargo, el dominio ejercido por los notables de los consejos administrativos, establecidos en los diferentes distritos con el fin de asesorar al gobernador y reforzar la tarea del gobierno central, fue utilizado para aumentar su poder, por ejemplo, reanudar la recaudación del fisco (Ma'oz, 1968: 87-94).

El poder e influencia de los *grandes propietarios, terratenientes o latifundistas* procedían tanto de la acumulación de bienes materiales como de la fuerza de su

parentesco o filiación familiar. Su alianza en clanes aseguró el cultivo y producción de la tierra, que la protegió de las incursiones beduinas y reclamaciones rivales, y contribuyó a incrementar sus ganancias financieras y sobrevivir en una sociedad más competitiva. En menor medida que los notables urbanos, los terratenientes ocuparon el espacio socioeconómico y político dejado por el declive de los jeques rurales. Su acumulación de capital no fue invertida en actividades económicas en expansión (la industria), que originara un sector industrial indígena o una burguesía nacionalista, sino en la especulación inmobiliaria (tierras, residencias de lujo) (Smith, 1984: 22-4).

La *burguesía comercial* era un grupo social en ascenso, con la particularidad de estar emparentado a la minoría religiosa (cristiana y judía) que, en lo jurídico, se benefició de la reforma otomana por cuanto le otorgaba igualdad de derechos y participación en la administración; y, en lo económico, se favoreció del régimen de capitulaciones con sus extraordinarios privilegios y ventajas de transacciones comerciales con Europa (concesión de firmas e importación de bienes extranjeros), y con sus valiosos contactos con las representaciones diplomáticas en Jerusalén que, además de brindar la protección consular, canalizaban la afluencia de capitales y proyectos (inmobiliarios e infraestructuras), las actividades culturales y docentes (educación secular e imprentas) y las derivadas del turismo religioso (peregrinación) (Ma'oz, 1968: 180-2 y 191-9; Muslih, 1988: 25-41). Estos cambios de posición y poder económico por parte de las minorías religiosas provocó algunos disturbios intercomunitarios (la revuelta anticristiana en Nablus, en 1856) (Ma'oz, 1968: 226-230). Dichos enfrentamientos no cabe reducirlos a su acepción religiosa o comunitaria, sino a un periodo de grandes transformaciones en la historia económica de Palestina, (1850-1880), de gran inseguridad en las zonas rurales y creciente tensión en las ciudades, que suscitaron un clima de competencia y hostilidad entre las familias

prominentes por el control de los recursos económicos y políticos (Owen, 1981: 173-4).

El incremento de la producción agrícola y la actividad comercial señaló cierta prosperidad que, aprovechada por la burguesía mercantil (junto a las ventajas socioeconómicas y la inversión en el comercio marítimo con Europa), fomentó la emigración a los centros urbanos y ciudades de la costa. Paralelamente, el aumento de la población, debido tanto al crecimiento natural como a la inmigración, marcó la tendencia a la urbanización con el consecuente tirón de la construcción, los servicios (bancos, hoteles, clínicas) y los transportes (combustible, carreteras, vías de ferrocarril). Con la consecuente mudanza del poder económico desde las ciudades del interior (y las montañas) hacia las del litoral (ibid.: 291).

La irrupción de la economía monetaria en la sociedad palestina (ilustrada por la exigencia de pagar los impuestos en metálico y no en especie) afectó a algunos grupos arraigados en la economía tradicional: los *artesanos*. A diferencia de la burguesía comercial dependiente de las importaciones extranjeras, la nueva política monetaria y de importación de bienes manufacturados tuvo un efecto negativo en el artesanado. Con el empobrecimiento del campesinado la demanda de consumo disminuyó, mientras que se incrementaba el precio de las materias primas. En las ciudades se vio más afectado que en las zonas rurales, ya que perdieron el control exclusivo de la producción local. No obstante, se produjo una diferencia significativa en beneficio de los artesanos que comenzaban a trabajar por cuenta propia, en detrimento de los que todavía dependían de los gremios controlados por los notables (Smith, 1984: 29-31), y que manifestó su capacidad de adaptación a las nuevas técnicas y creación de nuevos mercados para sus productos (Owen, 1981: 289).

Quizás el sector más perjudicado fue el *campesinado*, ya que no todo se vio inmerso en el proceso de proletarización y fue afectado doblemente: primero, por las contribuciones exigidas por la guerra (1914-18) que, al contrario que otros grupos sociales, no pudieron acogerse a la opción de salida o emigración, sino que tuvieron que permanecer en el país; y, segundo, por las ventas que de grandes extensiones de terrenos realizaron algunos terratenientes (sobre todo, absentistas) al movimiento sionista, que terminó excluyendo (y sustituyendo por otra foránea) la mano de obra campesina autóctona (vinculada por su trabajo a esas propiedades), y provocó algunos enfrentamientos intercomunitarios. Su empobrecimiento y endeudamiento les llevó a depender de los prestamistas urbanos, fenómeno que, junto a la tendencia migratoria hacia las ciudades de las familias terratenientes y la burguesía comercial, generó una división social entre los campesinos (*fellahin*) y los residentes urbanos (*madaniyyin*) o entre el campo y la ciudad.

c) **Sociopolíticos:** las reformas de centralización y modernización otomanas tuvieron que echar mano de figuras locales, ya que muchos de sus hombres de gobierno y oficiales no procedían de las zonas que administraban y, por tanto, desconocían su lengua, costumbres y demás indicadores que les permitiesen conectar con la población (y controlarla). De ahí que se valieran de los notables para tales fines y, a la inversa, éstos rentabilizaran su acceso a la autoridad (consejos, trámites, influencias, favores) para consolidar su estatus de líderes locales o regionales. Precisamente, esta posición social se retroalimentaba al permitirles actuar como intermediarios entre el Estado otomano y su sociedad. La influencia política de los notables descansó en dos pilares: tenían acceso a la autoridad, que les permitía actuar como líderes, y tenían cierto poder social, que le era necesario a la autoridad (Hourani, 1968: 46). Sus pautas de comportamiento eran prudentes y ambiguas, debían evitar ser percibidos como

meros instrumentos del gobierno o como enemigos de éste. Sin embargo, en momentos de crisis lideraban la revolución contra el poder y se convertían en gobernantes durante el interregno (ibid.: 46; Mattar, 1988: 2-3).

El concepto de notable es político, según Hourani, cabe definirlo por "aquellos que pueden jugar cierto papel político entre el gobierno y el pueblo, y -dentro de ciertos límites- como líderes de la población urbana" (Hourani, 1968: 48). Dependiendo de las circunstancias varios grupos podían desarrollar ese papel, con diferentes tipos de poder social. Primero, los funcionarios o personalidades religiosas que derivaban su poder del control religioso y su reputada religiosidad como *Mufti*, *ulama*, *Qadi* o responsable del *Waqfs* (o la memoria de un antecesor emparentado con el linaje del Profeta o el del algún héroe de la conquista islámica); segundo, los altos mandos militares locales, que disponían del recursos de la fuerza con cierta independencia de acción; y, tercero, los notables seculares enraizados con individuos o familias locales prominentes, cuyo poder procedía de su tradición familiar en materia política o militar, y con su poderío económico basado en la recaudación, la producción agrícola y las conexiones comerciales (ibid.: 48-9). Su condición de *Ashraf* (especie de aristocracia intelectual) los excluía del pago de impuestos, el servicio militar y, en cierta medida, de la ley penal.

Independientemente del origen de su liderazgo local, estos tres grupos actuaban políticamente de forma similar. De un lado, tenían el acceso al gobernador (como miembros de su *divan*, de los consejos administrativos o gobierno local); y, de otro lado, alrededor de su núcleo de poder establecían alianzas con otras familias notables, con funcionarios o personalidades religiosas, y con los oficiales de las fuerzas armadas (también podían extenderse a las organizaciones gremiales y sociales, o bien, fuera de la ciudad, a los jeques o jefaturas

beduinas) (ibid.: 49). Se trataba de un sistema muy propenso a la formación de una o más coaliciones para contrarrestar a otra. Su liderazgo, lejos de ser una institución, podía ser siempre retado. De ahí que combinaran muchos y contrapuestos intereses, e intentaran equilibrarlos con los del gobernante, lo que producía el descontento de algunos grupos que terminaban abandonando la coalición por otra. Así el gobernador, al crear y mantener las rivalidades entre sus más poderosos súbditos, evitaba que el resto de la sociedad se sublevara contra él (ibid.: 46).

Los notables urbanos fueron los grandes benefactores de las reformas otomanas, gozaron de los cargos oficiales, que monopolizaron e instrumentalizaron para multiplicar su reputación social, prestigio religioso, poderío económico e influencia política. Dados sus recursos e intereses, enviaban a sus hijos a las modernas escuelas otomanas para garantizarles puestos en el servicio civil o militar, familiarizarles con la aristocracia otomana y reproducir su función de intermediarios.

A caballo del siglo XIX y XX, el paisaje social palestino se encontraba dominado por tres grupos sociales (notables urbanos, terratenientes y burguesía comercial) entre los que destacó políticamente el de los notables, debido tanto a la elección de la que fue objeto por parte de la autoridades otomanas como a su mayor poder y base social respecto de los otros. La confluencia de intereses entre las autoridades otomanas y los notables urbanos eran obvias. Los primeros se valieron de la cooptación de los notables, cuando no de la coacción o de las divisiones internas, para controlar cualquier insurgencia y obtener -a cambio- la cooperación de la población autóctona, y mantener su interés económico (impuestos, desarrollo económico, comercio con Europa), religioso (ciudades de Jerusalén y Meca), y político (*statu quo* imperial en la región). Mientras que

los segundos consolidaban su condición de intermediarios entre el gobierno otomano y sus gentes en menoscabo de los otros grupos sociales potencialmente rivales. Así, la burguesía comercial en ascenso no podía, dado su carácter de minoría religiosa (cristiana y judía), adoptar el protagonismo político, y las familias musulmanas (terratenientes o comerciantes), carentes de fuerza para retar a los notables, se aliaron con ellos.

Por consiguiente, el panorama sociopolítico estuvo dominado por los notables urbanos. Su fuente de poder residió, además de su procedencia familiar, estudios y propiedades, en su vinculación a la burocracia imperial otomana. El proyecto de reforma otomano (administración territorial e instituciones civiles y militares) les ofertó los recursos (acceso al poder y mediación social) para mantener sus estatus y privilegios (riqueza, derechos e influencia). El contexto sociopolítico del imperio (declive del poder central y luchas intestinas) brindó la oportunidad a los poderes locales y autónomos para alcanzar su prominencia política. Pese a no poseer un reconocimiento formal en la estructura política, la burocracia les ofreció una relevante influencia social y política que mantuvieron durante la última etapa del imperio otomano y continuaron durante el Mandato británico. Prácticamente, desde las reformas otomanas hasta la desintegración de la sociedad palestina (1860-1948), los notables urbanos fueron el grupo social más fuerte que emergió y dominó el liderazgo palestino de manera casi exclusiva, particularmente el jerosolimitano<sup>4</sup>. Es más, los líderes y grupos políticos palestinos de la época emergieron del mundo de los notables, principalmente (Muslih, 1988: 8-9 y 19-21).

### 3. Orígenes del nacionalismo palestino

A mitad del siglo XIX la población de Palestina ascendía al medio millón (457.952, sin incluir a los beduinos). El 80 por ciento profesaba la religión islámica (*sunní*), el 10 por ciento la cristiana (con sus diferentes ritos greco-ortodoxos, latinos y católicos), y entre el 5 y el 7 por ciento la judía (cuyos adeptos se agrupaban principalmente -por motivos religiosos- en las ciudades de Jerusalén, Safad, Hebrón y Tiberiades) (Kayyali, 1979: 11). Además de habitar una quincena de pequeñas ciudades, su población se distribuía a lo largo y ancho de los centenares de aldeas y pueblos construidos de piedra. El predominio rural de la sociedad palestina reflejaba su base socioeconómica eminentemente agrícola, mientras que sus ciudades registraban la actividad comercial, las profesiones liberales, la pequeña industria artesanal y agrícola, y la burocracia de la administración otomana. En conjunto, los palestinos constituían una comunidad que compartían los valores socioculturales y políticos de su entorno árabe, al tiempo que se hallaban bajo la influencia modernizadora de las potencias foráneas (Owen, 1981; Khalidi, W., 1987: 33), y la amenaza que para su existencia material y nacional representó el movimiento sionista (Porath, 1974; Mandel, 1976).

En este marco institucional y sociopolítico se diseñaron las primeras corrientes del nacionalismo en la zona que, en tesis de Muslih, se resumen en el otomanismo, el arabismo, el nacionalismo árabe y el nacionalismo palestino<sup>5</sup>.

a) **Otomanismo (1956-1918)**: se configura como la ideología dominante en los territorios árabes del *Mashreq* hasta el fin del imperio (1918). La unidad imperial es su proposición como defensa a la penetración política, económica y cultural de Europa. Dentro del otomanismo Muslih distingue dos líneas: la

conservadora, que reivindica el Islam y su civilización como superior al cristianismo y la civilización europea; y la modernista, que responsabiliza del deterioro del mundo islámico a la corrupción del Islam y exige una restauración religiosa en su pureza original, pero adaptada a los nuevos tiempos (Muslih, 1988: 211-2).

b) **Arabismo (1908-1914)**: prácticamente defiende el mismo objetivo que el otomanismo (proteger la civilización árabe e islámica de las ambiciones de Occidente), pero con el matiz político de requerir la autonomía árabe dentro del imperio otomano. Su reivindicación autonómica era la alternativa a la creciente política de centralización y turquización emprendida por el gobierno turco. Antes de la I Guerra Mundial (1914) no reivindicaba la independencia árabe del Imperio, sino que buscaba (antes que la ruptura) la reforma: autonomía y restitución del idioma árabe en los centros públicos (escuelas, corte y administración local). En este proceso emergieron las asociaciones (secretas y públicas) que luchaban por la igualdad de derechos dentro del imperio multinacional.

c) **Nacionalismo árabe (1914-1920)**: fue la sucesión lógica de la impotencia del arabismo ante la intransigencia del nacionalismo turco y la política de los jóvenes turcos. El nacionalismo árabe se configuró como el movimiento independentista surgido durante la I Guerra Mundial. No ajeno, por otra parte, a la recepción y expansión de las ideas nacionalistas procedentes de Europa occidental (Abdel-Malek, 1975).

Con el fin de la primera contienda mundial (1914-18) se extinguió el imperio otomano (1517-1918), que dejó al otomanismo sin base ideológica y, en contrapartida, el nacionalismo árabe (heredero del arabismo) permaneció como la única opción viable. Su visión de un sistema pan-árabe se centró en la unidad

de Siria, que incluía el Líbano y Palestina. Pero el universalismo del nacionalismo árabe (supuesta existencia de una sola nación árabe con idénticos intereses y objetivos) no cristalizó en la realidad, sino que trascendió en otras, dirimidas por la controversia ideológica entre el nacionalismo árabe (*qawmiyya*) y los nacionalismos locales (*wataniyya*) (Ruiz Bravo, 1976); además de la división colonial impuesta por las potencias mandatarias, Francia y Gran Bretaña, en la posguerra.

d) **Nacionalismo palestino (1918-1920)**: en el debate entre el nacionalismo árabe y los nacionalismos locales prevaleció la idea nacionalista en referencia a una tierra y a una gente específica. En esta tesitura, se ubica la emergencia del nacionalismo palestino, corroborado por el protagonismo de las élites palestinas en el desarrollo del nacionalismo árabe (Abu Ghazaleh, 1991). La subestimación del papel palestino en la formación del nacionalismo árabe<sup>6</sup> tiene como contrapartida la tesis de que el nacionalismo palestino debe su existencia al sionismo. Ciertamente, la prioridad del movimiento nacionalista palestino consistió en asegurar la independencia de Palestina y, en esa línea, trató de impedir la implantación de una entidad sionista en su suelo. Pero no fue el sionismo el que creó el nacionalismo palestino, sino que le proveyó a su lucha nacional de un foco alrededor del que giró su política. En cuanto al origen y desarrollo del nacionalismo palestino sus raíces se encuentran en el proceso nacional inter-árabe (Muslih, 1988: 217).

Si bien el sionismo no tiene los derechos de autor del nacionalismo palestino, tampoco cabe subestimar su papel en la formación de éste. Lo cierto es que a medida que comenzó a despuntar una conciencia nacional palestina, más consciente fue de la cuestión sionista, por ejemplo, el nacionalismo que más articuladamente encarnó la generación más joven, con creciente protagonismo

político después de la I Guerra Mundial y durante el periodo de entreguerras (Mandel, 1976: 140). Ahora bien, esto no significó que la generación política anterior desconociera la existencia del sionismo; por el contrario, era plenamente consciente de ello y de sus pretensiones coloniales sobre Palestina y, así, lo denunciaron y reflejaron mediante sus limitados recursos: la primera protesta fue articulada por los notables al Gran *Visir* en Estambul, en la que pidieron prohibir la inmigración de judíos europeos y la venta de tierras (1891) (ibid.: 39-40); segundo, los diputados palestinos en el parlamento otomano suscitaron en el mismo dos debates en torno al movimiento sionista, cuya amenaza fue subestimada por las autoridades otomanas (1911) (ibid.: 93-116); y, tercero, ante la ausencia de otros marcos organizativos, la prensa palestina, particularmente los periódicos *al-Karmil* (1908) y *Filistín* (1911), asumió el papel socializador de su comunidad ante las consecuencias desastrosas que acarrearía la colonización sionista (ibid.: 173-185).

Sin embargo, pese a esas sistemáticas denuncias y expresión de sus temores, poco más pudieron hacer dada la naturaleza débil y descentralizada de la sociedad palestina que, carente de un liderazgo y movimiento nacionales sólidos, estaba gobernada por los otomanos que, a su vez, eran presionados por las potencias occidentales para que permitiera la inmigración de judíos europeos en masa y la adquisición de grandes extensiones de terrenos (McDowall, 1994: 9-10).

#### **4. Las bases sociales del nacionalismo palestino**

La base social del otomanismo estaba formada por los notables urbanos en las metrópolis árabes. Su poder procedía de su posición en la burocracia otomana. Esta situación privilegiada les llevó a apostar por la reforma autonómica dentro

del marco multinacional otomano. Su identificación con el otomanismo duró hasta el fin del imperio (1917) en oposición a la revuelta árabe liderada por Faisal, de la que temían que erosionara su liderazgo en favor de la generación más joven y arabista. Sólo después de la guerra optaron por el nacionalismo árabe.

El arabismo fue una posición minoritaria, sostenida por miembros disidentes de la aristocracia o familias privilegiadas (terratenientes y oficiales) con poco peso o éxito en la burocracia otomana, a diferencia de los otomanistas. El origen social de los arabistas (y, luego, nacionalistas árabes) tuvo que ver con el proceso desatado por la denominada revolución de los jóvenes turcos, que impuso la centralización (incrementar la relación directa entre la administración central y la población) y la turquización (imposición de la lengua y cultura turcas a los árabes). La frustración de expectativas de los jóvenes (procedentes de familias prominentes) ante la política del Comité de la Unión y el Progreso (CUP), y su marginación del sistema de gobierno otomano (que reemplazó a los árabes por turcos en la administración central y provincial), les animaron a optar por redefinir su arabismo (autonomía) y pasar a las filas del nacionalismo árabe (independencia).

En este contexto, muchos de los funcionarios árabes fueron destituidos de los cargos y puestos oficiales que ostentaron en el antiguo régimen. Cesados por el resentimiento, revanchismo o desconfianza de los jóvenes turcos, lo cierto fue que los notables percibieron la amenaza de perder parte importante de su fuente de poder e influencia (acceso a la autoridad y mediación social). De aquí que el arabismo (o, su derivación, el nacionalismo árabe) no fuera una actitud masivamente extendida, sino reducida a los círculos intelectuales (prensa) y a las familias de clase alta. Sus partidarios poseían escasos recursos políticos y

una base social mínima que, junto a la represión otomana, les impidió transformar sus ideales nacionalistas en una amplia organización y agenda políticas durante la guerra. Es más, sus filas como grupo social estuvieron divididas, pues muchos de los notables que conservaron su posición en la administración otomana se inclinaron, dados sus intereses, por preservar el *statu quo* otomano.

Con la desaparición del imperio otomano surgieron dos actitudes políticas: una, el nacionalismo árabe de aspiraciones panarabistas, pilotado por una minoría de jóvenes militantes, que apostaron por la unión con Siria con la expectativa de lograr la unidad árabe y un gobierno fuerte bajo el liderazgo de Faisal, capaz de hacer frente a los planes sionistas, de restaurar la primacía árabe en la escena internacional y de convertirlos en la clase dirigente de Palestina; y, dos, el nacionalismo local que, guiado por los políticos de la vieja escuela otomana, adquirió una considerable fuerza tras los acontecimientos inmediatos de la posguerra (1914-18), y rechazó la unión con Siria por amenazar su liderazgo palestino. Ambas orientaciones tenían en común su rechazo al sionismo, a la inmigración judía y a cualquier forma de protectorado o mandato.

La fragmentación del oriente árabe fue un duro golpe al panarabismo no sólo por la segmentación de la Gran Siria por Francia y Gran Bretaña, sino también por la consiguiente división del movimiento nacional árabe<sup>7</sup>. Además de la escisión de los ideales pan-árabes, surgida de las mismas realidades políticas que les separaban e hicieron insuperables los intereses locales y particulares en detrimento de los generales (por ejemplo, el entendimiento de Faisal con el movimiento sionista en aras de lograr el apoyo británico en contra de Francia). La supremacía de los nacionalismos locales (consideración de su causa como la principal), no fue una excepción en el caso palestino, que comenzó a identificar

su debate con un territorio específico (Palestina) y con una amenaza particular (el sionismo).

Pese a la convergencia nacional de arabistas o nacionalistas árabes y los otrora otomanistas (reconvertidos en nacionalistas palestinos o locales), ambas obediencias políticas estuvieron estrechamente relacionadas con el origen social y la cohorte generacional de las élites palestinas. Los viejos notables, que gozaron de un alto nivel de vida bajo el gobierno otomano, fueron la primera generación que expresó las premisas del nacionalismo palestino. Participaron del mismo proceso de socialización política (clase y posición social, estudios adquiridos en las mismas escuelas y facultades, valores de indentificación, actitud e intereses) e idénticas pautas de comportamiento sociopolítico (moderación en su actuación mediadora entre el gobierno y su sociedad, reivindicación de las demandas nacionales con métodos persuasivos y legales, petición y conciliación que evitaran la confrontación abierta excepto con el movimiento sionista, organización de base familiar, y concentración del poder político en su propio círculo con modos paternalistas y elitistas). Contaron con la adhesión de las familias cristianas prominentes (burocracia y comercio) y crearon conjuntamente la Asociación Cristiano Musulmana (MCA).

En contraposición, los jóvenes no procedían de la más alta jerarquía social en Palestina, sino de familias menos ricas ya fuera en ascenso o descenso. Disfrutaron de menor influencia social y menor seguridad en los puestos oficiales que ocuparon en la administración otomana y, por tanto, tenían menos intereses que perder o ganar con la preservación del imperio. Representaron a una nueva generación partidaria de unificar Siria, Palestina y Líbano. Su ingreso en la política fue a través del club literario (*al-Muntada al-Adabi*) y el club árabe (*al-Nadi al-Arabi*) que, de algún modo, reflejaron su mayor nivel de

estudios y su talante intelectual. Expresaron sus ideas mediante la prensa, las mezquitas y los eventos culturales. Su pauta de actuación preferida fue la movilización, mediante la que ejercitaron la propaganda y la agitación política. Se mostraron menos conciliadores y dispuestos a alcanzar compromisos.

Cada grupo actuó como representante de las aspiraciones nacionales del pueblo palestino, con la exclusión del otro e incapacidad de compartir el poder entre ambos. El resultado fue un movimiento nacional fragmentado en perjuicio de un proceso de unificación política que atrajera una amplia base social. La vieja élite intentó reproducir su papel de intermediario (bajo dominio otomano) ante el gobierno del Mandato británico. Pese a que la posición política de los notables fue erosionada y reducida su actividad política, éstos lograron mantener su estatus socioeconómico. Su legitimidad se debió a la posición social, al apoyo de los oficiales británicos, a la articulación de las demandas nacionalistas y a la oposición que ejercieron al sionismo. Mientras que la joven élite fue incapaz de tomar el relevo político y mostró un revés significativo, agravado por el desafío que supuso el sionismo.

## 5. El Mandato británico

La I Guerra Mundial supuso un reordenamiento del mapa geopolítico en el Próximo Oriente: ocaso definitivo del dominio otomano en la región, reemplazado por los mandatos británico y francés. Entre 1917 y 1918 las fuerzas aliadas, dirigidas por el general Allenby, ocuparon todo el territorio palestino (entonces dividido en los distritos de Acre, Nablus y Jerusalén), que permaneció provisionalmente bajo la administración militar británica<sup>8</sup>. Durante la contienda mundial la diplomacia británica, secreta y pública, desplegó una actividad

intensa y contradictoria en la búsqueda de un doble objetivo: sumar apoyos a sus esfuerzos bélicos y garantizar su predominio en un posterior acuerdo de paz.

a) **Correspondencia Hussein-McMahon (1915-16)**: establecida entre el *sharif* de la Meca, Hussein, y el Alto Comisionado británico en Egipto, Henry McMahon, y mediante la que se constituyó la alianza anglo-árabe: adhesión árabe a la causa de los aliados contra el dominio turco (del que se querían librar) a cambio del reconocimiento y apoyo británicos a su independencia. Posteriormente, Gran Bretaña excluyó Palestina de los territorios demandados por sus aliados argumentando que no estaba incluida en dicha alianza, en contra de la opinión de los árabes que percibieron en los siguientes acuerdos (Sykes-Picot y la declaración Balfour) el incumplimiento de las promesas británicas<sup>9</sup>.

b) **Acuerdos Sykes-Picot (1916)**: lleva el nombre de sus signatarios, el orientalista inglés Mark Sykes y el diplomático francés Charles Francois G. Picot, que fueron designados por sus respectivos gobiernos para tratar sobre la repartición del Imperio otomano: Gran Bretaña se asignaba Palestina (bajo control internacional)<sup>10</sup>, Transjordania y Mesopotamia; y Francia se atribuía Siria y Líbano<sup>11</sup>.

c) **Declaración Balfour (1917)**: mientras las tropas aliadas avanzaban sobre Palestina, el ministro de asuntos exteriores británico (Balfour) dirigió una misiva a Lord Rothschild (a quien encargó de transmitirla a la organización sionista)<sup>12</sup>. Su declaración, realizada en nombre del "Gobierno de Su Majestad", apoyaba abierta y "favorablemente" el objetivo sionista de "establecer en Palestina un hogar nacional para el pueblo judío", para lo que no dudaba en "emplear sus mejores esfuerzos" en aras de "facilitar el logro de dicho objetivo"; en cuanto a los palestinos, que constituían más del 90 por ciento de la población, se refirió

como "comunidades no judías" a las que había que respetar sus "derechos civiles y religiosos" (Mallison, 1987: 61-111).

d) **Establecimiento del sistema de mandatos (1919-20)**: auspiciado por la Conferencia de Paz de París (1919), donde las potencias aliadas y vencedoras establecieron el sistema de Estados (con sus áreas de influencias) a seguir en la posguerra, e influenciado por el último punto de los catorce enunciados por el presidente de los EE.UU., Woodrow Wilson, se firmó el Pacto de la Sociedad de Naciones (1919), que en su artículo 22 regulaba el sistema de mandatos. Se institucionalizaron tres tipos de Mandatos (A, B y C) que guardaron un orden jerárquico en función de la capacidad auto-administrativa de los países a tutelar. En el cuarto punto (o párrafo) del mencionado artículo, se estableció que los antiguos dominios otomanos en el Próximo Oriente pertenecían a la primera categoría, Mandato A, dado su grado de desarrollo. Por tanto, se les reconoció "provisionalmente" como "naciones independientes", con la única "condición" de que fueran "guiados por un mandatario". En la elección de éste debía tenerse en cuenta "los deseos de dichas comunidades".

En sintonía con el clima de posguerra, el Consejo Supremo de las potencias aliadas, reunido en San Remo (1920), concedió a Gran Bretaña el Mandato de Palestina, Transjordania e Irak; y a Francia el Mandato de Siria y Líbano. El Sistema de Mandatos resolvió los problemas jurídicos derivados de la herencia colonial en el Próximo Oriente con el reparto, entre los vencedores, de los antiguos dominios territoriales otomanos. Los problemas políticos suscitados no encontraron tan fácil solución: el caso palestino tuvo un desenlace trágico. El principal problema que afrontó el Mandato británico en Palestina fue el de conciliar sus dos compromisos contradictorios (Declaración Balfour y Sistema de Mandatos) con dos movimientos nacionalistas opuestos y excluyentes, tanto

en sus metas como en sus estrategias. La Palestina del Mandato se transformó en el escenario del conflicto entre ambos nacionalismos, mientras que la potencia mandataria, Gran Bretaña, asistió como árbitro (no siempre neutral) entre las aspiraciones judías y las demandas palestinas.

e) **Objetivo del Mandato**: antes de ser aprobado el Mandato por el Consejo de la Sociedad de Naciones (1922) y de que entrara en vigor (1923), la administración militar (1917-20) fue reemplazada por la civil, gobernada por un alto comisario británico, Herbert Samuel (1920-25)<sup>13</sup>. Su cometido como mandatario era ejecutar la política del Mandato que, inspirada en la Declaración de Balfour, le encomendó la Sociedad de Naciones: adecuar el país a las condiciones políticas, administrativas y económicas que permitieran "el establecimiento de un hogar judío" sin menoscabo de los "derechos civiles y religiosos de todos sus habitantes" (Art. 2). En aras de lograr ese objetivo, la potencia mandataria tenía que reconocer un organismo judío (la Agencia Judía) que cooperara en todos los asuntos referentes al "establecimiento de un hogar judío y a los intereses de la población judía en Palestina" (Art. 4); y facilitar la inmigración judía a Palestina y su asentamiento "intensivo" en sus tierras, incluso las estatales y no productivas (Art. 6).

f) **Comisiones de Investigación y Libros Blancos**: el Mandato no contó con la aprobación de la población palestina, que lo percibió no sólo como la negación de su derecho a la autodeterminación e independencia, sino también como el instrumento del que se valía un tercero (el movimiento sionista) para colonizar su tierra. Periódicamente, y cada vez con mayor frecuencia, surgían las protestas palestinas -pacíficas y violentas- (por ejemplo, las manifestaciones civiles ante el primer aniversario de la declaración de Balfour el 2 de noviembre de 1918), a las que respondía el gobierno británico con el nombramiento de una

comisión encargada de investigar los acontecimientos<sup>14</sup>, sin concluir en el reconocimiento de los derechos políticos y nacionales del pueblo palestino.

La tensión intercomunitaria encontraba en el más mínimo incidente una oportunidad para manifestarse. Con motivo de la festividad del profeta Moisés (1920) estallaron algunos disturbios, que adquirieron la forma de una revuelta en contra de los inmigrantes judíos. La comisión militar (Palin)<sup>15</sup>, que estudió los sucesos, concluyó que sus causas tenían que ver con: la decepción de los árabes por el incumplimiento de las promesas británicas de independencia y la Declaración Balfour o, igualmente, la imposición del Estado e inmigración judías, que amedrentó con alienarlos política y económicamente. Los sucesos violentos se repitieron en Jaffa (1921). Una nueva comisión, Haycraft, relacionó sus orígenes con la hostilidad -política y económica- de la población árabe hacia los planes políticos sionistas y la inmigración judía, por lo que recomendó reducir la inmigración a gran escala.

La recomendación de la Comisión Haycraft no se tuvo en cuenta, por el contrario, se echó por tierra. En el "Memorando de Churchill" o el Libro Blanco del entonces Secretario de Colonias (1922), se negaba la idea de crear una Palestina íntegramente judía para, luego, reafirmar los principios de la Declaración de Balfour, concretados en la garantía internacional al proyecto de un Hogar judío en Palestina y a incrementar su población mediante la inmigración, que sólo estaría sujeta a la capacidad de absorción económica de Palestina.

Después de un periodo de relativa calma (1924-28), los enfrentamientos intercomunitarios volvieron a irrumpir en la escena política. El detonante fue una polémica en torno al Muro de las Lamentaciones en Jerusalén (1929), con repercusiones violentas en Şafad y Hebrón. La Comisión Shaw confirmó que el

clima de tolerancia conocido en la otrora relación judeo-árabe había tocado fin, y encontró que la frustración de las aspiraciones nacionales palestinas se expresaban contra los judíos, percibidos como los obstaculizadores de su independencia nacional.

La Comisión Hope Simpson confirmó a su predecesora e introdujo en la administración británica, con sus recomendaciones, cierta sensibilidad hacia las reivindicaciones palestinas. En esa dirección, Gran Bretaña se pronunció con el Libro Blanco de Passfield, Secretario de Colonias, (1930). En teoría, su intención era equilibrar la política británica, excesivamente inclinada en favor del "establecimiento del Hogar Nacional judío" en detrimento de los derechos de las "comunidades no judías". Sus directrices exhortaban a la formación de un consejo legislativo (gran parte de sus miembros no eran electivos), a retomar la autoridad en los asuntos de inmigración y transferencias de tierras (que hasta entonces regulaba la Agencia Judía), a la cooperación de los árabes y a la concesión de los judíos. El Libro Blanco de Passfield suscitó las críticas de los círculos sionistas, y dejó de tener efectos con "la carta de McDonald" (denominada por los árabes como la "carta negra") dirigida a Weizmann (1931), en dicha misiva se expresó que la política mandataria a seguir sería la trazada por el Libro Blanco de Churchill (1922) y no por el de Lord Passfield (1930).

El incremento de la inmigración judía a mediados de los años treinta (como consecuencia de la llegada al poder de los nazis en Alemania), provocó nuevos brotes de violencia, registrados en Jerusalén y Jaffa (1933). Aunque sobre estos eventos no se designó una determinada comisión, no por ello dejaron de ser analizados por otra posterior, la Comisión Peel (1937), que calificó el aumento de la inmigración judía como sinónimo del acrecentamiento de las dificultades palestinas para alcanzar su independencia; y observó que, por primera vez, los

árabes dirigieron sus ataques al gobierno mandatario (percibido como una potencia imperialista bajo la máscara humana de amparar a los judíos), y no contra los inmigrantes judíos como venía ocurriendo (1920, 1921 y 1929).

En realidad, los acontecimientos de 1933 fueron un punto de inflexión en el cambio estratégico operado en el movimiento nacional palestino y un prelude de los sucesos de 1936 cuando, tras un nuevo enfrentamiento comunitario, los palestinos secundaron una huelga general de seis meses de duración, que terminó en una insurrección generalizada (1936-39). Su dimensión superó, en su primera fase, las medidas represivas del mandatario, que -como era tradicional- nombró una comisión Real (conocida también como Peel) para estudiar sus causas (1937). Su examen de la situación reafirmó la política mandataria, guiada por los principios de la Declaración Balfour, pero al mismo tiempo reconoció la justicia de las demandas nacionales palestinas. Por consiguiente, demostrada la imposibilidad de reconciliar ambos compromisos<sup>16</sup>, la Comisión Peel recomendó la partición de Palestina (véase anexo I). Para ello, encargó el estudio de viabilidad de la partición a una comisión técnica, Woodhead, que la refutó por impracticable ya que la mitad de la población del Estado judío era árabe, lo que implicaba su traslado en masa. Esta comisión elaboró otros dos planes (véase anexos II y III). La recomendación de partición fue rechazada por los palestinos, que prolongaron su revuelta hasta 1939, mientras que el XX Congreso Sionista tampoco la aceptó y reafirmó su pretensión de establecer un Estado judío en toda Palestina (véase anexo IV).

Era la primera vez que se introducía el concepto de partición como solución salomónica, pero también fue el primer reconocimiento público de la inviabilidad de aplicar la política del Mandato a tenor de sus contradicciones internas, vertebradas en el conflicto entre las irreconciliables aspiraciones judías y árabes.

Ante estas dificultades -políticas, administrativas y financieras- de la partición, el gobierno británico retiró su propuesta y convocó la Conferencia de Londres (1939), que no alcanzó ningún acuerdo entre las partes en conflicto. Por lo que elaboró unilateralmente su política, contenida en el Libro Blanco de McDonald (1939), que rechazó las pretensiones sionistas de un Estado judío y las palestinas de independizarse como un Estado árabe más. En contrapartida, propuso la creación de un Estado binacional, en el que judíos y árabes compartirían las tareas de gobierno, a construir en el plazo de una década, cuando preveía finalizar el Mandato (1949). Como medidas prácticas, la inmigración se suspendía después de admitir 75.000 inmigrantes en los cinco años siguientes; y la transferencias de tierras quedaban reguladas por el gobierno. Esta propuesta fue rechazada por ambas partes: violentamente por el movimiento sionista y políticamente por el movimiento palestino<sup>17</sup>.

La contienda mundial introdujo cierta tregua política entre las dos comunidades, y relativa con la potencia mandataria. La aplicación del Libro Blanco respecto de la transferencia de tierras se reguló por el "Reglamento sobre Traspaso de Tierras" (1940)<sup>18</sup>. En cuanto a la inmigración, de los 75.000 admitidos durante el quinquenio de 1939-1944 sólo se registraron 51.000 inmigrantes. No obstante, ante el drama de los refugiados judíos se modificó la política inmigratoria, que permitió indefinidamente la inmigración de una cuota de 18.000 personas por año. El Libro Blanco de 1939 significó una ruptura irreparable entre el gobierno mandatario y el movimiento sionista, reflejada durante la guerra y posguerra en una lucha sin cuartel (acciones terroristas) de las organizaciones sionistas contra la potencia mandataria. El movimiento sionista no sólo se radicalizó, sino que reemplazó a su principal patrocinador político, Gran Bretaña, por otro más enérgico, los EE.UU.

En la posguerra, los EE.UU. renovaron su interés y presencia en el Próximo Oriente, en esa tesitura se formó un Comité de Investigación Anglo-Americano sobre Palestina (1946). Su recomendación principal era convertir Palestina en un fideicomiso de las Naciones Unidas (que provisionalmente podía ser administrado por el Mandato), con la esperanza de ver reducida la potencialidad de conflicto y el riesgo de guerra civil que entrañaba la independencia, ya fuera en un Estado unificado o en dos Estados. Sus recomendaciones prácticas se centraron en el fin del "Reglamento de Traspaso de Tierras" y la entrada de 100.000 nuevos inmigrantes (en su gran mayoría víctimas de la persecución nazi). En definitiva, recomendó la suspensión de la política suscrita por el "Libro Blanco" de 1939. Gran Bretaña revisó dichas recomendaciones y sugirió otra, la creación de dos provincias autónomas en Palestina bajo la autoridad de un alto comisionado británico, que no fue aceptada por los EE.UU. El problema de Palestina quedó nuevamente en el aire.

Tampoco aceptaron la proposición británica los países árabes que asistieron a la Conferencia de Londres (1946-47) como último intento por lograr un acuerdo, que no se alcanzó ante la ausencia de palestinos y judíos, además de sus respectivos rechazos a las propuestas británicas. Ante la política del callejón sin salida y el círculo de violencia reinante en Palestina, Gran Bretaña consideró finalizar su gestión mandataria y remitió la cuestión palestina a las Naciones Unidas (1947).

## **6. Aspiraciones sionistas y demandas palestinas**

Con algunas matizaciones introducidas en la posguerra<sup>19</sup>, las tesis del movimiento sionista fueron básicamente las mismas que las elaboradas en su primer congreso: fundar un Estado judío en Palestina, instaurar una hegemonía judía,

conquistar la tierra y el trabajo, y desarrollar el proto-Estado (o *Yishuv*) de manera separada a la población autóctona<sup>20</sup>. Por su parte, el nacionalismo palestino, con su ascendente en el nacionalismo árabe<sup>21</sup>, articuló sus peticiones políticas en el I Congreso Nacional Palestino, celebrado en Jerusalén (1919): rechazo de la Declaración Balfour, preservar el carácter árabe de Palestina, independencia en un Estado árabe y oposición a la inmigración masiva de judíos europeos.

### 6.1. Recursos del movimiento sionista

a) **Humanos**: en su intento por lograr la hegemonía judía de Palestina, el sionismo contó con la base social de los inmigrantes judíos europeos. La idealización del nuevo país de destino en el fenómeno emigratorio tiende a reducir la disonancia producida por los factores de expulsión, que obligan o inducen a abandonar el país de pertenencia; o bien, la subestimación del lugar de procedencia actúa como un mecanismo atenuante de esa disonancia (Grimberg y Grimberg, 1984). Ambos fenómenos se entrecruzaron en la inmigración judía a Palestina, a finales del siglo XIX y principios del XX. Los sionistas socializantes o socialsionistas impregnaron un carácter mesiánico a su aventura colonizadora, que durante el periodo de entreguerras se convirtió en refugio. En cualquier caso, ya fuera una inmigración forzada o voluntaria, animada por un profundo entusiasmo o por la más primaria supervivencia, los inmigrantes judíos contaron con suficientes incentivos para participar plenamente -superando las adversidades y sacrificios- en la tarea colonizadora de transformar la demografía palestina. Así, en el censo de 1922 existía en Palestina una población de 757.182 habitantes, en la que los judíos alcanzaban la cifra de 83.794 (el 11%); y en 1946 la misma población pasó a 1.887.214, en la que los judíos sumaron 583.327 almas (el 31%) (Abu Lughod, J., 1987: 139-163).

b) **Materiales**: ese entusiasmo colectivo se tradujo en un compacto tejido comunitario, cuya identidad fue forjada por las características de su base nacional cultural como por la oposición al otro, el árabe-palestino (Yehoshua, 1994: 14). La comunidad judía en Palestina o *Yishuv* fue el escenario sobre el que se construyó una moderna estructura organizativa, que gozó de sus propios órganos ejecutivos y legislativos, con tal desarrollo y grado de autonomía que llegó a configurarse como un Estado dentro del Estado mandatario y el embrión del futuro Estado judío<sup>22</sup>.

c) **Internacionales**: sin duda alguna, las aspiraciones sionistas en Palestina no se hubieran cristalizado sin la trascendental ayuda exterior. Conscientes de esta imprescindible cooperación, los primeros dirigentes sionistas se dirigieron a las cancillerías europeas y turca en busca del respaldo internacional para su empresa política. En ese sentido, la Declaración Balfour, el Sistema de Mandatos y la política mandataria de Gran Bretaña facilitaron los conductos legales y prácticos para la colonización judía de Palestina.

Sin esa protección no se hubiera producido la transformación demográfica y política de Palestina en favor de la comunidad judía, de manera que equilibrara (o superara) sus fuerzas con las de la población indígena. Esta dinámica fue nuevamente impulsada por los trastornos y cambios producidos por la II Guerra Mundial, con el incremento numérico de los refugiados judíos en Europa, la conmoción de la opinión pública mundial ante la barbarie nazi, y la connivencia entre las potencias vencedoras (particularmente los EE.UU. y la URSS) de resolver la "cuestión judía" sobre el suelo palestino. En este clima se produjo la partición de Palestina por las Naciones Unidas.

## 6.2. Recursos del movimiento nacional palestino

a) **Humanos**: la base social palestina estaba siendo sometida a profundos cambios en el orden socioeconómico y político desde el último cuarto del siglo XIX. Estas aceleradas transformaciones coincidieron con la colonización sionista, que también tuvo sus efectos en la estructura social palestina, por ejemplo, la proletarización de los campesinos que trabajaban las tierras adquiridas por el movimiento sionista y la separación de la economía en un sector judío, que concentró los medios de producción, y otro árabe, sujeto a la proletarización y empobrecimiento, que tuvo como contrapartida el "enriquecimiento relativo de los terratenientes y comerciantes urbanos". Las contradicciones de este proceso (destrucción de un amplio sector de la economía autóctona) "condujo a la fragmentación de la burguesía árabe y al faccionalismo en su clase dirigente" (Smith, 1984: 51). En general, se trató de una sociedad agraria subdesarrollada y débil, que no compitió en pie de igualdad con sus adversarios, por tanto "su capacidad de decisión sobre el destino de Palestina fue secundario con respecto de las tres partes con intereses estratégicos y territoriales en Palestina: los británicos, los sionistas y, algo menos, los hachemitas" (Mattar, 1988: 153).

b) **Materiales**: la comunidad palestina no cooperó en el desarrollo de la autonomía institucional ofertada por el Mandato, tampoco su incipiente estructura política gozó del reconocimiento que tuvo su homóloga, la Agencia Judía, salvo sus instituciones religiosas y civiles. Sin embargo, la ausencia de ese reconocimiento político no impidió su desarrollo, iniciado en el periodo previo al Mandato. Entre 1919 y 1928 se celebraron siete congresos nacionales palestinos, en el tercero (1920) se eligió un Comité Ejecutivo, presidido por Musa Kazim al-Husseini, que dirigió el movimiento político palestino (1920-

1935). En una primera fase, sus actividades políticas se centraron en la acción diplomática, que remitió varias delegaciones a Londres. Tanto los graves acontecimientos como una nueva generación de clase media, más joven, militante y crítica con la dirección palestina por su reduccionismo diplomático, animó la creación de los partidos políticos palestinos, con la fundación del *Istiqlal* (Independencia), en 1932. Al que le siguieron el partido Árabe de Palestina, de la Reforma, y del Bloque Nacional (1935), que formaron el Alto Comité Árabe (1936).

Pese a su florecimiento organizativo, los grupos políticos palestinos adolecieron de un persistente faccionalismo y fragmentación (Khalaf, 1991). No eran unas estructuras modernas y eficaces, sino arcaicas, que giraron en torno a familias terratenientes y clericales, dominadas principalmente por dos familias, los Husseinis y los Nashashibis. Fenómeno que, por otra parte, reflejó el carácter tradicional de su sociedad.

c) **Internacionales**: a diferencia del movimiento sionista, el palestino no tuvo una representación permanente ante las cancillerías occidentales, sino que se limitó a realizar visitas periódicas y puntuales a algunas metrópolis europeas (Londres, particularmente) para exponer sus demandas, sin mucho éxito. Los árabes-palestinos carecieron de comunidades en el exterior, que pudieran actuar como grupo de presión o *lobby* (a semejanza de los círculos judíos en los EE.UU. y otros países occidentales), ni pertenecían a su tradición sociocultural y a su comunidad de lenguaje, ni estaban familiarizados con los entresijos diplomáticos donde se operaban las maniobras políticas del mundo occidental. Todo ello, evidentemente, les situó en clara desventaja con los sionistas, que participaban de lo que precisamente ellos carecían.

Esta debilidad en los apoyos internacionales se agravó, primero, porque dado el carácter de suma cero que fue adquiriendo el conflicto, los apoyos internacionales que sumaba el movimiento sionista se restaban -de manera inversamente proporcional- a los potenciales soportes internacionales de los palestinos; y, segundo, porque los únicos aliados de los palestinos eran los pueblos y países del mundo árabe e islámico que, dada su situación colonial o neocolonial, poca ayuda pudieron prestar más allá de la nominal sin ver amenazados -al mismo tiempo- sus propios intereses nacionales (por ejemplo, la conferencia islámica celebrada en Jerusalén, en 1931).

### 6.3. Estrategia: cooperación y defección

En el desarrollo de su política, la potencia mandataria contó con la cooperación del movimiento sionista y la oposición de los palestinos. Los primeros vieron en el Mandato una oportunidad histórica para la realización de sus objetivos; los segundos, se negaron a cooperar en los términos del Mandato, pues entendían que su política pro-sionista amenazaba su existencia nacional. En consecuencia, el movimiento sionista desarrolló todas las posibilidades (y cuantas pudo) que le ofertó el mandatario (autonomía institucional y representación política); mientras que los palestinos sólo se desarrollaron institucionalmente en las esferas de la cooperación que habían aceptado (asuntos religiosos y civiles), pero no en las políticas que, por otra parte, tampoco les fueron reconocidas.

a) El movimiento sionista: los diversos grupos políticos que lo formaron compartieron su objetivo estratégico, el establecimiento de un Estado judío en Palestina. Las diferencias surgieron en torno a los límites fronterizos de dicho Estado y a los medios para lograrlo (Perlmutter, 1987). Los socialsionistas, liderados por Ben Gurion, cooperaron con la potencia mandataria y se mostraron

más proclives a aceptar la partición. Los revisionistas, corriente ultranacionalista y derechista fundada por Jabotinsky, fueron más reacios a la cooperación con Gran Bretaña y rechazaron los planes de partición, puesto que sus reivindicaciones territoriales iban más allá de las del Mandato en Palestina, ya que reclamaban las de Transjordania; además, consideraron inevitable un enfrentamiento con la población palestina a la que, según postulaban, había que transferir o expulsar (Masalha, 1992).

El grueso del movimiento sionista estuvo dominado por los socialsionistas, que aplicaron una estrategia firme combinada con una táctica flexible, permitiéndoles aparecer como elementos moderados y conciliadores. Sin renunciar a su propósito principal de un Estado judío, alcanzaron numerosos compromisos que contribuyeron a esa imagen de credibilidad, de actor racional y responsable, capaz de cumplir sus obligaciones. Los medios empleados en la consecución de sus fines variaron -según las circunstancias históricas- desde la diplomacia elástica hasta el uso de la fuerza. Desde su primer congreso (1897) hasta la creación del Estado de Israel (1948) "el énfasis de sus métodos cambió desde la persuasión a la coacción" (Shlaim, 1988: 10).

Esta amplia gama, que comenzó con formas pacíficas hasta terminar en la violencia más extrema, tuvo que ver con la situación de debilidad o fuerza de su movimiento político. En sus primeros años aplicó una "diplomacia flexible, recurrente e imaginativa" para atenuar la incompatibilidad y el conflicto de sus propuestas con las del movimiento palestino, y compensar su debilidad en otros terrenos. Con la transformación militar, demográfica y política del *Yishuv* en Palestina, que incrementó su poder, ese talante flexible fue relegado. En otras palabras, "la debilidad militar estimuló la diplomacia flexible, mientras que el poder militar tendió a subestimarla como instrumento del gobierno" (ibid.: 11).

Un buen ejemplo de ello fue su ruptura con la potencia mandataria cuando ésta propuso el Libro Blanco de 1939, que reducía los propósitos contenidos en la Declaración Balfour. En contrapartida, el movimiento sionista diseñó el "programa de Biltmore" (1942) y reemplazó su alianza británica por la estadounidense, que en el terreno político se tradujo por una campaña violenta contra la potencia mandataria.

La II Guerra Mundial situó a los sionistas en una grave paradoja ya que, de un lado, luchaban contra Gran Bretaña en tanto que potencia mandataria y, de otro, formaron una alianza con la misma en contra de las potencias del Eje. No sorprende esta contradicción ante el antagonismo más serio que, llevado por su relativismo táctico, supuso su cooperación con los nazis (Abbas, 1987) o su pasividad (Bollo, 1982: 74-7), precedidas por la colaboración del sector revisionista con el antisemitismo (Perlmutter, 1989: 44).

Otro ejemplo de su intransigencia estratégica y su táctica dúctil fue la aceptación sionista de la partición. Según Flapan, tal actitud supuso -aparentemente- un compromiso de la comunidad judía, que redujo su concepto de un Estado en toda Palestina y reconoció el derecho de los palestinos a su propio Estado. Cuando, en realidad, la aceptación de la partición fue un movimiento táctico en su repertorio estratégico, que buscó impedir la creación de un Estado palestino con la complicidad del monarca hachemita, Abdallah (Flapan, 1987: 8 y 13-53). Según la tesis de Shlaim, el acuerdo secreto entre el reino hachemita y los sionistas consistió precisamente en la repartición del territorio palestino una vez finalizado el Mandato, así el futuro Estado judío se expandiría más allá de las fronteras concedidas por Naciones Unidas, y Transjordania vería parte de su sueño de la Gran Siria realizado (Shlaim, 1988). Hecho que, por otra parte, desmiente que los países árabes fueran un bloque homogéneo y, por el

contrario, muestra el ambiente de rivalidad inter-árabe, de intriga y decepción, que contribuyó a su derrota (ibid.: 19).

b) **El movimiento nacional palestino**: su liderazgo fue inflexible estratégica y tácticamente en su búsqueda de preservar el carácter árabe de Palestina, lograr la independencia en un Estado árabe unitario e impedir la materialización de los planes sionistas, en concreto, la inmigración masiva de judíos europeos, que tenían la finalidad de modificar la demografía palestina. En los primeros años, la ausencia de un liderazgo claro y de organizaciones políticas unificadas con una amplia base social coadyuvaron a que las primeras movilizaciones colectivas (1920 y 1921) adquirieran las formas de disturbios, surgidos espontáneamente, *contra los inmigrantes judíos*. Después de un periodo de inactividad (1923-28), debido al descenso de la inmigración judía, volvieron a registrarse nuevos desórdenes y choques intercomunitarios (1929). Estos incidentes marcaron la dirección del movimiento nacional palestino que, durante los primeros años, no dirigió su lucha abiertamente contra la potencia mandataria a la espera de lograr un acuerdo negociado, sin tener, por ello, que cooperar en el desarrollo de la autonomía institucional (expresado en su rechazo a la propuesta británica de crear un Consejo Legislativo), ni alcanzar un compromiso temporal en esa dirección.

No obstante, el liderazgo palestino utilizó las vías legales en la exposición de sus demandas y protestas. Una vez frustradas sus repetidos intentos para conseguir una solución, concentraron el blanco de sus críticas en la potencia mandataria. Por ejemplo, cuando aceptaron la propuesta del Consejo Legislativo (con 28 miembros de los que 14 serían palestinos pese a que representaban el 70,5 por ciento de la población), ésta fue retirada ante las presiones prosionistas en la Cámara de los Comunes (1935), lo que significó un duro golpe para las

aspiraciones palestinas y para la credibilidad de su liderazgo nacional, el Comité Ejecutivo Árabe (1920-1935), que había apostado por la moderación<sup>23</sup>.

Estos retrocesos marcaron un punto de inflexión o de ruptura en su estrategia, que dejó paso a un nuevo fenómeno: la creación de los partidos políticos y, sobre todo, la formación de un movimiento revolucionario de base campesina. La insurrección del grupo guerrillero liderado por el *shej* Izz al-Din al-Kassem, muerto en un enfrentamiento con las fuerzas británicas (1935), fue el prólogo de la revuelta generalizada en toda Palestina (1936-39). Su comienzo respondió a la llamada de huelga general y desobediencia civil realizada por los principales partidos políticos palestinos, que constituyeron el Comité Supremo Árabe, presidido por el *Haj* Amín al-Husseini (1936). La rebelión se extendió por todo el país mediante los Comités Nacionales, que sirvieron de base estructural a la acción colectiva violenta. El agotamiento, las divisiones internas y la represión terminaron con el levantamiento (Lesch, 1973: 34-40). Esta revuelta ha sido considerada como el más claro precedente de la Intifada que, en opinión de algunos estudios comparativos, guardó ciertas similitudes con aquella (Stein, 1991: 3-36; Shalev, 1991: 44-64).

Las pautas de comportamiento político del periodo siguiente fueron de pasividad. En el ámbito interno, debido al cansancio siguiente a una acción colectiva intensa y violenta, y a la represión (desarme de la población palestina, desmantelamiento de su estructura nacionalista, ilegalización del Alto Comité Árabe, encarcelamiento, deportación y exilio de sus principales dirigentes). En el ámbito externo, debido a la atención centrada en la guerra mundial (1939-45) en la que participaron unos ocho mil voluntarios palestinos en las fuerzas británicas (Khalidi, W., 1987: 235), y a las propuestas tranquilizadoras del

Libro Blanco de 1939, que moderaba la inmigración judía y la adquisición de tierras.

El Libro Blanco (1939) fue interpretado como una victoria pírrica de la revuelta, ya que en 1939 la comunidad judía en Palestina, conducida por el movimiento sionista, era lo suficientemente fuerte para oponerse a sus directrices (Lesch, 1973: 40). El rechazo palestino al Libro Blanco (1939) aparentemente impidió la posibilidad de recabar el apoyo internacional necesario para sus aspiraciones de "un Estado unitario (de mayoría árabe) en Palestina" (Quandt, 1973: 45). Tal oposición fue una imprudencia e irresponsabilidad de los dirigentes palestinos que no evaluaron sus debilitadas fuerzas frente al poder creciente de los sionistas (Mattar, 1988: 151). Pese a que su aceptación no hubiera logrado que los resultados fueran diferentes a los que fueron (ibid.: 152).

Sin una visión retrospectiva es fácil hacer extensible estas críticas al rechazo palestino del plan de partición (1947), que otorgó el 55 por ciento del territorio a la comunidad judía que representaba el 35 por ciento de la población y poseía sólo el 7 por ciento de la propiedad de la tierra. Quizás el error de los palestinos fuera el señalado por el profesor Walid Khalidi:

"A los palestinos no les cabía en la cabeza que tuvieran que pagar ellos, justamente ellos, por el Holocausto, un crimen supremo contra la humanidad perpetrado en Europa por europeos. Recordaron que el sionismo databa de los años de 1880. mucho antes de la aparición del III Reich. No les cabía en la cabeza que no fuera justo que los judíos vivieran, como minoría, en un estado palestino unitario; tampoco entendían mucho mejor que fuera justo que la mitad o casi de los palestinos, mayoritarios en el suelo de sus antepasados. se convirtieran en una minoría, bajo una autoridad extranjera, en el estado judío, tal y como lo definía el plan de partición<sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup> (Khalidi, W., 1987: 306).

## 7. La Partición de Palestina

La Asamblea General de las Naciones Unidas asumió la "cuestión palestina" mediante la creación de la Comisión Especial de las Naciones Unidas para Palestina (UNSCOP)<sup>24</sup>. Después de visitar Palestina, donde tomaron notas de la tesis judías y palestinas y de sus incompatibilidades, la UNSCOP presentó su informe sin concluir en un acuerdo, debido a esta división de criterios en el seno de la Comisión se expusieron dos planes: el mayoritario, que recomendó la partición de Palestina en dos Estados separados e independientes en lo político y administrativo, pero con una economía unificada, mientras Jerusalén se reservaba como ciudad internacional; y el minoritario, que sugirió la creación de un Estado federado e independiente, con capital en Jerusalén.

El 29 de noviembre de 1947 la Asamblea General de la ONU votó la partición de Palestina con el resultado de 33 votos a favor, 13 en contra y 10 abstenciones. La resolución 181 (II) reguló el plan de partición del territorio palestino en dos Estados, uno judío y otro árabe (véase anexo V). La parte judía aceptó con reservas el plan, pues esperaba crear un Estado judío en toda Palestina. No obstante, lo apoyó y comenzó sus preparativos (entre ellos, los militares) para proclamar el Estado judío. El lado palestino rechazó completamente la partición y el Alto Comité Árabe convocó una huelga general de tres días (a partir del 1 de diciembre) sin intención de proclamar Estado alguno que no fuera sobre todo el suelo de Palestina. El clima de tensión y enfrentamiento comunitarios comenzó su escalada por una espiral de violencia que desembocó en guerra civil y, una vez retirada la potencia mandataria (el 15 de mayo de 1948), en una guerra abierta entre el recién proclamado Estado de Israel y los Estados árabes de Egipto, Jordania, Siria, Líbano e Irak. Las hostilidades dejaron el saldo de unos 750.000 palestinos desplazados, además de la fragmentación y disolución

del territorio palestino entre el Estado de Israel, que se extendió más allá de las fronteras previstas en la partición (pasó del 56 al 70 por ciento), Transjordania, que se anexionó Cisjordania (1950), y Egipto, que administró la franja de Gaza.

Esta nueva situación marcó el denominado conflicto del Próximo Oriente en sus tres dimensiones: local, reflejado en la disputa de dos movimientos nacionales, judío y palestino, por el control de la misma tierra; regional, expresado en los enfrentamientos árabes-israelíes (1948, 1957, 1967 y 1973); e internacional, manifestado en la controversia de los dos grandes bloques de poder, los EE.UU. y la URSS (Bill y Springborg, 1990: 300-3).

### **7.1. La diáspora palestina**

En la médula del conflicto estaba el "problema de Palestina", que permaneció en la agenda de las Naciones Unidas después de la creación del Estado de Israel hasta que, en 1952, fue reemplazado por el de los "refugiados palestinos" (Jiryis, 1988: 91). La nueva acepción se refirió al éxodo palestino producido por la guerra (1947-48). Su solución se contempló en la resolución 194 (III) de la Asamblea General de la ONU, en la que se pidió "el retorno a sus hogares de los refugiados que así lo desean", o bien "el pago de las indemnizaciones como compensación de los bienes de los que decidan no regresar". El Estado israelí no sólo se negó a cumplir dicha resolución, sino que diseñó un cuerpo legislativo que le permitió reemplazar a los habitantes autóctonos de Palestina por nuevos inmigrantes judíos que, mediante la "ley de propiedades de los dueños ausentes" (1950), ocuparon las propiedades de los primeros<sup>25</sup>.

Paralelamente, la "ley del retorno" permitió la integración de cualquier ciudadano judío (independientemente de su nacionalidad) en el nuevo Estado

israelí, mientras se negaba la repatriación de los refugiados palestinos a sus hogares. Entre los argumentos de esa negativa destacó el temor a que se convirtieran en una quinta columna dentro de sus fronteras y a ver erosionado el carácter judío de su Estado<sup>26</sup>. El tema de los refugiados se transformó en uno de los asuntos más difíciles de resolver, y las conversaciones de Lausana fracasaron a causa del mismo (1949).

Las causas del éxodo palestino generaron diversas interpretaciones encaminadas, en la mayoría de las ocasiones, a librarse de su carga y no asumir sus responsabilidades políticas. En esa guerra de propaganda, la parte israelí acusó a los dirigentes árabes de haber realizado un llamamiento radiofónico a los palestinos para que abandonasen sus residencias durante la contienda bélica; mientras que el lado árabe argumentó la tesis contraria, que los palestinos fueron desplazados por la fuerza o por el terror de las organizaciones sionistas, y por el miedo causado por la guerra.

En los últimos años se han publicado diversos trabajos sobre tan controvertido tema. Son estudios del pasado revisados por el acceso a fuentes documentales que han salido nuevamente a la luz (apertura de los archivos sionistas, británicos y americanos). Paradójicamente, una gran parte de sus autores son académicos israelíes o judíos. Ninguno de estos ensayos avala la tesis sionista del llamamiento árabe a la salida de los palestinos de su tierra (ni siquiera los que no comparten los argumentos árabes), sino que muestran evidencias de lo contrario, que algunos dirigentes ordenaron a los palestinos que se quedaran. Por ejemplo, Benny Moris considera que el establecimiento del Estado de Israel y el problema de los refugiados fue la mayor consecuencia política de la guerra de 1948; y afirma que el éxodo palestino no fue resultado de un plan previamente meditado, sino la consecuencia de muchos factores, entre los que subraya que la clase

política y militar palestina abandonaran el territorio. Sin embargo, el mismo autor reconoce la evacuación por la fuerza y el miedo de 369 aldeas palestinas, que detalla (Morris, 1987).

Por su parte, Walid Khalidi responsabiliza al sionismo del éxodo y diáspora palestinas como "parte integral en la génesis del Estado de Israel" (Khalidi, W., 1988: 4). Al tiempo que reprocha a Morris no vincular el concepto de "transfer" (eufemismo de expulsión) con el imperativo sionista de acomodar a los inmigrantes judíos requeridos por el nuevo Estado (ibid.: 5), tal como preveía el "Plan Dalet", de controlar los territorios otorgados por la ONU, además de ocupar áreas más allá de las fronteras del plan de partición (ibid.: 4-70). La idea de traslado (o expulsión) masivo de la población palestina estuvo presente en los círculos sionistas y en su pensamiento político (Shahak, 1989; Masalha, 1992). La transformación de Palestina y la transferencia de sus población pasó de ser un sueño a convertirse en una realidad en 1948 (Masalha, 1988). La distorsión de esta etapa crucial de la historia se debió tanto a la censura sionista de "algunas de sus fuentes que revelaban la verdad de sus intenciones", como a una fuerte propaganda que, en Occidente, sirvió para perpetuar el "mito de que los palestinos eran los responsables de su propio exilio" (Palumbo, 1987: 209-11).

Uno de los autores que más ha desmitificado los estereotipos que rodearon la creación del Estado de Israel es Simha Flapan, quien se refiere al mito del éxodo voluntario como el mayor argumento israelí contra la "aceptación de cualquier responsabilidad en el problema de los refugiados y el derecho que les asiste a éstos para su repatriación" (Flapan, 1987: 118).

## 7.2. La cuestión palestina

La guerra de 1948 tuvo dos lecturas: la israelí, es que fue su guerra de independencia mediante la que se creó el Estado judío; la palestina, es que fue el año del desastre (*Nakbah*) que la transformó en una nación refugiada en el exilio, privada de sus derechos nacionales y de su propia tierra, sujeta a la discriminación y opresión de israelíes y árabes. En cualquier caso, la guerra (1948) determinó inexorablemente la relación de conflicto entre palestinos y judíos (luego transformado y denominado como conflicto árabe-israelí), así como las respectivas estrategias y pautas de comportamiento político adoptadas que, a su vez, provocaron cuatro guerras más (1956, 1967, 1973 y 1982). Cada enfrentamiento bélico condujo a una nueva escalada armamentista, con su ciclo de terror y represalias, y con su amenaza a la paz y estabilidad mundial. Pero sobre todo dejaron un surco de sangre y odio entre los contendientes: miedo mutuo, sospechas, prejuicios, pasiones, recriminaciones, revanchismo, irredentismo, y negación, deshumanización o demonización del otro.

Pese a todo, la contienda de 1948 no fue el origen del conflicto, sino una fase más -e importante- en el desarrollo del mismo, que se vio acelerado por la partición, la agitación del éxodo masivo de los palestinos, la destrucción (o apropiación) de las aldeas palestinas para impedir su retorno, la segregación de los palestinos dentro de las fronteras israelíes y la condena de toda una comunidad al ostracismo y la desintegración. En esta tesitura, los refugiados simbolizaron la tragedia palestina (expulsión, desposesión y dispersión). Paradójicamente, la diáspora no fue sinónimo de disolución o integración, sino de recreación de su identidad colectiva. El desplazamiento forzado de los palestinos hacia las nuevas condiciones de vida en las que se vieron obligados a vivir (privados de la repatriación y marginados política y socioeconómicamen-

te), produjo una transformación revolucionaria de su estructura social y política: desclasamiento desde todos los estratos sociales a la condición de refugiados (o de lumpenproletariado), y colapso de las viejas formaciones políticas alrededor de las personalidades o familias notables (Smith, 1984: 75-175).

Las únicas organizaciones sociopolíticas con credibilidad fueron las de los propios refugiados, en las que estaban representados todos los sectores sociales. Su procedencia de una sociedad más avanzada que las de acogida y su mayor conciencia política les condujeron a una convivencia comunitaria y democrática que, pese a sus fallas, amenazaron con desestabilizar a reyes y gobernantes árabes. Los campos de refugiados se erigieron en los máximos valedores del nacionalismo palestino y de sus acciones radicales y violentas (antisistémicas) (Sayigh, R., 1979). Sobre todo a partir de 1967, cuando se apreció la reemergencia nacional palestina, liderada por una nueva generación, diferenciada en sus pautas de comportamiento sociopolítico a las que protagonizaron sus mayores durante el periodo anterior (1948-67); y cuando se produjo la ocupación de todo el territorio palestino con la integración de Cisjordania y Gaza en las fronteras del Estado de Israel.

## NOTAS:

1. Moses Hess, *Roma y Jerusalén* (1862); Leo Pinsker, *Autoemancipación* (1882); y Theodor Herzl, *Der Judenstaat* (El Estado judío) (1896).
2. Por ejemplo, el grupo *Hovevei-Sion*, (Los Amantes de Sión), que propagaba el retorno a Palestina, junto a otros movimientos de corte socializante y mesiánico, formados principalmente por jóvenes y estudiantes que vieron frustrada la construcción del socialismo en sus países y lo proyectaron en Palestina (Weinstock, 1970: 82-8; Khader, 1974: 212-5). Otro ejemplo fue el *Bund* (Unión General de los Obreros judíos de Lituania, Polonia y Rusia) que, fundado en 1897, rechazó -de entrada- los postulados nacionalistas argumentando que los mismos apartaban a los trabajadores de "la lucha de clase" y de "la solidaridad obrera". Años más tarde, en 1903, el Bund adoptó posiciones nacionalistas y exigió del POSDR (Partido Obrero Social-Demócrata Ruso), en el que se había incorporado, su reconocimiento como representante de la clase obrera judía (lo que le costó las duras críticas de Lenin, quien más tarde tuvo que reconocer las dificultades de los judíos como trabajadores y, al mismo tiempo, minoría nacional) (Weinstock, 1970: 64-8; Khader, 1974: 209-211).
3. De los 2,5 millones de judíos que emigraron desde Europa oriental, entre la segunda mitad del siglo XIX hasta la I Guerra Mundial, sólo el 3 por ciento se dirigieron a Palestina. Este número se incrementó durante el periodo de entreguerras ante el resurgir antisemita: entre 1920 y 1947 la inmigración judía a Palestina ascendió al 30 por ciento del total de las migraciones judías a ultramar (Khader, 1974: 11). Mientras que la llegada de judíos no europeos a Palestina fue prácticamente inexistente entre 1881 y 1948 (ibid.: 11-2). El nacionalismo judío siguió el trazado emigratorio del judaísmo del Este europeo, mientras que los judíos de otras regiones (Asia, mundo árabe, comunidades "autóctonas" de Europa occidental y de América del Norte) quedaron al margen (Weinstock, 1970: 63).
4. Siendo la familias jerosolimitanas las que acumularon mayor poder, dado que la ciudad de Jerusalén reunió ciertas condiciones: Ciudad Santa y régimen autónomo bajo la administración del gobierno central en Estambul; residencia centenaria de las familias aristocráticas y de las más implicadas en la administración económica e institucional, que ganaron el apoyo de las rurales; y funcionalidad como capital de Palestina (Muslih, 1988: 218-9).
5. No obstante, hay que advertir que estas cuatro corrientes nacionalistas no agotan, con todo, el repertorio ideológico de la época. El panorama es más complejo que el sistematizado por Muslih. Su clasificación no debe interpretarse en sentido purista, ya que estas líneas ideológico-nacionalistas participaron al mismo tiempo de otras tendencias, nada desdeñables, como, por ejemplo, el panislamismo, el panarabismo (recogida por Muslih como arabismo) y el internacionalismo. Un trabajo más amplio que el de Muslih (reducido al nacionalismo palestino) es el ya clásico de la arabista española Carmen Ruiz Bravo (1976).
6. Frente a la calificación minimalista (Porath, 1974), Muslih señala tres indicadores que dan cuenta de su contribución: uno, en proporción a su población el porcentaje de palestinos en el liderazgo del nacionalismo árabe fue mayor que el del Líbano y ligeramente inferior que el de Siria; dos, el grado de represión (encarcelamiento o ejecución) otomana en Palestina; y tres, el protagonismo desempeñado por la ciudad de Nablus que la configuró como la

ciudad de Beirut o Damasco de Palestina, caracterizada por la homogeneidad de su población árabe musulmana (que le permitió mantener sus pautas tradicionales más fuerte que otras ciudades) y su actividad comercial con otras metrópolis árabes (que la expuso a las influencias sociopolíticas de la región) (Muslih, 1988: 97-100).

7. Por ejemplo, el antipalestinismo de partidos chovinistas como el nacional sirio y el de notables damasquinos, opuestos a los miembros palestinos en el gobierno de Faisal.

8. La OETA (Occupied Enemy Territory Administration).

9. Dicha correspondencia se hizo pública, en 1939, y fue sometida a la revisión de ambas partes, que se reafirmaron en sus posiciones originales.

10. Posteriormente esta cláusula sería derogada por otro acuerdo, firmado entre Lloyd George y Clemenceau (1918), en el que Palestina se mantuvo bajo control británico y no bajo un organismo internacional.

11. En principio el acuerdo era tripartito (la tercera parte era la Rusia zarista) y secreto, pero una vez que los bolcheviques llegaron al poder lo denunciaron públicamente (1917).

12. Esta declaración, que data del 2 de noviembre de 1917, no fue publicada oficialmente en Palestina, debido a la prudencia política del general Allenby y a razones militares, ya que su conocimiento podía minar la moral de la parte árabe en la alianza contra el imperio otomano. Sólo fue oficialmente conocida con el reemplazo de la administración militar, OETA, por la civil, *sin embargo, ello no impidió que se conociera oficiosamente a través de rumores, lo que agravó su temor* (Verdery, 1987: 278).

13. No dejó de ser sospechoso que el primer comisionado británico fuera judío de simpatías sionistas, las especulaciones en torno a su fidelidad fueron obvias. Las fuentes palestinas lo acusaron de parcial y las sionistas lo denunciaron por su imparcialidad (Reichert, 1973: 227). En cualquier caso, Herbert Samuel fue comisionado por los británicos (y no por los sionistas) para llevar adelante su política pro-sionista (Mattar, 1988: 20-21).

14. En este caso, la primera comisión de investigación, King-Crane, se debió a la iniciativa del presidente estadounidense, Wilson, en la Conferencia de París (1919). Prácticamente boicoteada por Francia y Gran Bretaña, la delegación examinó las provincias árabes del imperio otomano y constató, en Palestina, el rechazo de su población, "casi nueve décimas partes del total", a las pretensiones sionistas; luego, recomendó la modificación del programa sionista para Palestina, ya que difícilmente se podía crear un Estado judío sin violar el principio de libre determinación (NN.UU., 1990: 26). El informe no se publicó hasta tres años después de su elaboración, esto es, una vez conferido los mandatos a Francia y Gran Bretaña.

15. Dicha comisión no publicó sus conclusiones por motivos semejantes a los que asistieron a guardar en secreto las de la comisión King-Crane durante tres años (véase nota anterior). Las conclusiones de la comisión Palin fueron mencionadas en las elaboradas por otra comisión posterior, la Real o Peel, en 1937.

16. Pues afirmaba que una cosa era alentar la creación de una mayoría judía y el establecimiento de un Estado judío con el consentimiento de los árabes, y otra, muy diferente, era realizar dicho proyecto en contra de la voluntad de los árabes, que eran la mayoría en Palestina, lo que equivalía a violar el espíritu e intención del Mandato (NN.UU., 1990: 51).

17. El Libro Blanco de 1939 también suscitó una polémica en el seno del Consejo Permanente de Mandatos en torno a si estaba de acuerdo o no con la interpretación del Mandato, basado en el artículo 22 del Pacto de la SDN y en la Declaración Balfour. No hubo consenso y el comienzo de la II Guerra Mundial no dejó lugar para nuevas discusiones (NN.UU., 1990: 59-65).

18. Que dividió el territorio palestino en tres zonas: una, la más extensa, donde se prohibió el traspaso a toda persona que no fuera árabe-palestino; otra, que se permitió la transacción de tierras sólo entre palestinos; y la tercera, sobre la que no existió ninguna restricción (Anglo-American Committee of Inquiry, 1991: 260-271).

19. En la Conferencia de Paz (1919), la organización sionista reivindicó: el derecho histórico de los judíos a reconstruir su Hogar Nacional en Palestina, la delimitación de sus fronteras (sur del Líbano, Monte Hermón y Transjordania), el Mandato británico para Palestina, la materialización de la proposición de Balfour y la formación de un Consejo representante del *Yishuv*.

20. Lo que introdujo una de las claves del conflicto, la segregación comunitaria. Algunos autores han resaltado la convivencia pacífica entre la comunidad judía en Palestina y su población árabe, fracturada por las transformaciones políticas en el ámbito internacional (antisemitismo y nacionalismo) (Reichert, 1973: 13-5), o por las peculiaridades coloniales del sionismo, que expulsó al *fellah* de las tierras adquiridas y lo reemplazó por inmigrantes judíos (Weinstock, 1970: 82 y 115-18).

21. En este sentido el Congreso Nacional Sirio (1919) expresó sus demandas: independencia árabe, protesta contra el Sistema de Mandatos (que estaban dispuestos a aceptar sólo como asistencia técnica y económica), y oposición a los planes sionistas de crear un Estado judío en Palestina y de engendrar una mayoría judía mediante la inmigración. Pese a estas coincidencias, surgieron diferencias con Faisal no sólo por su polémico y confuso acuerdo con Weizmann, sino por la dinámica derivada de la controversia entre el nacionalismo árabe y los nacionalismos locales (Ruiz Bravo, 1976; Muslih, 1988).

22. La infraestructura de la colonización sionista en Palestina conoció un amplio desarrollo. Los político-administrativos: la Asamblea Constituyente (1920), de función parlamentaria, que concluyó en la *Knesset*; y la Comisión Nacional (1920), que hizo las veces de ejecutivo; además de los diferentes partidos políticos agrupados en torno a dos grandes corrientes, la laborista o socialista y la revisionista o ultranacionalista, y su correlato de sindicatos. Los militares: el *Hashomer* (el Guardián, 1907) que, junto a otras organizaciones vinculadas a los partidos y movimientos políticos, tuvo una función paramilitar, en este caso, la de proteger las propiedades judías. Los financieros: el Fondo Nacional Judío (1901), encargado de la adquisición de tierras, que facilitó mediante contratos ventajosos el establecimiento de nuevas colonias agrícolas. Los socioeconómicos: las colonias agrícolas privadas, *Moshav*, y colectivas, *Kibbutz* (1908); y el movimiento sindical, entre los que destacó por su amplitud

el *Histadrut* (1920), o Confederación General de Trabajadores, que articuló el movimiento obrero, creó empresas y suministró servicios sociales.

23. Hechos que tenían su precedente en el Libro Blanco de Churchill (1922) (que desestimó las sugerencias de reducir la inmigración judía de la Comisión Haycraft, en 1921), o bien la "Carta Negra" de McDonald (que anuló las recomendaciones del Libro Blanco de Passfield, en 1930).

24. El protagonismo de la Asamblea General sobre la "cuestión palestina" pretendió reducir el riesgo de parálisis que implicaba su estudio por el Consejo de Seguridad con su recurso del veto.

25. De esta forma, Israel se apropió de los bienes (inmobiliarios y mobiliarios) no sólo de los refugiados palestinos, sino incluso de los que quedaron dentro de sus fronteras, valiéndose de su *monopolio del poder*, que le permitió legislar en ese sentido, contradiciendo en numerosas ocasiones las normas internacionales (Cattan, 1974: 104-124).

26. El plan de partición dividió el territorio palestino en ocho partes, tres para el Estado judío y tres para el Estado árabe, la séptima era un enclave árabe (Jaffa) en el territorio judío, y la octava correspondía a Jerusalén, constituida como un *corpus separatum* bajo un régimen internacional. La pretensión de esta fragmentación era evitar que una bolsa de población importante de una comunidad quedase dentro de las fronteras de la otra. No obstante, y dada la mayoría natural, la población palestina dentro del Estado judío era 497.000 (incluidos 90.000 beduinos), mientras que la población judía ascendía sólo a 498.000 (NN.UU., 1990: 139).

#### IV. RECONSTRUYENDO LA COMUNIDAD EN EL EXILIO

"La división de los campos palestinos en barrios, reconstruyendo aproximadamente las aldeas palestinas, preservando, transponiendo en ese lugar una geografía a escala real, no suponía para ellos más que conservar su acento (...) Cada barrio del campo intentaba reproducir la aldea abandonada en Palestina (...), los viejos de la aldea charlaban entre sí, habían huido llevándose el acento y a veces los litigios, un contencioso. Nazaret estaba aquí; unas callejas más allá, Naplusa y Haifa. Luego el grifo de cobre: a la derecha Hebrón, a la izquierda un barrio de la antigua el Kods (Jerusalén)"<sup>1</sup>.

Los orígenes de las minorías nacionales o grupos minoritarios suelen ser resultado de los movimientos o transferencias de poblaciones. Históricamente han sido causados por guerras, invasiones, expansiones y secesiones de países, o bien emigraciones forzadas o voluntarias.

Las comunidades palestinas residentes en los países árabes limítrofes a su extinguido país tienen su origen en la destrucción de su sociedad (1948) y, menos, en la ocupación del resto de su territorio (1967). Expulsadas por los grupos paramilitares del movimiento sionista o conducidas por los temores que despertó la guerra (1947-48), también se vieron forzadas a la emigración gradual, colectiva e individual, ante la amenaza que pendió sobre la seguridad de sus vidas, el continuo deterioro socioeconómico y las sistemáticas restricciones políticas.

Desde entonces una gran parte de los palestinos constituye una minoría en el mundo árabe, particularmente en aquellos países de la denominada línea caliente (Jordania, Siria y Líbano) donde su asiento demográfico es considerable (véase

---

<sup>1</sup> (Genet. 1988: 86-87).

anexo VI). Pero no se trata de una minoría nacional en el sentido clásico del término (como en el caso kurdo), ya que comparte las variables (étnicas, lingüísticas, religiosas y culturales) análogas al mundo (o identidad) árabe. Su carácter minoritario viene definido por su particular historia política (grupo originariamente desplazado de sus fronteras nacionales), y por su marginación sociopolítica y económica en los países árabes receptores (percepción de ser diferentes) (Aruri y Farsoun, 1980: 112).

### 1. Desposesión, exilio y dispersión

Los palestinos evocan 1948 como el año del desastre (*al-Nakbah*), por cuanto marcó la disolución de la comunidad árabe palestina, que dejó de existir social y políticamente; y porque rememora la fragmentación de su sociedad y la dispersión de su gente. Por su distribución geográfica, tres fueron las agrupaciones palestina más relevantes: la reducida a una minoría dentro de las fronteras del Estado de Israel, la que permaneció en Gaza y Cisjordania, y la de la diáspora. Esta última fue la que más trágicamente expresó el sentimiento de pérdida y la que emprendió la reconstrucción de su comunidad en el exilio.

Después de la catástrofe (1947-48), los palestinos no volvieron a alcanzar la participación política que protagonizaron en los años treinta. Las circunstancias impuestas por la posguerra (segmentación, dispersión) y por los nuevos Estados árabes (tutelaje sobre la cuestión palestina) desmovilizaron completamente a su comunidad. Este confuso periodo fue agravado por la ausencia de liderazgo e instituciones políticas nacionales, desmanteladas (o agotadas) por las fuerzas británicas durante la revuelta de 1936-39, y frenadas por los nuevos poderes estatales (Jordania e Israel). El vacío político se tradujo por la pasividad en el ámbito público y por el repliegue al privado.

a) **Estrategias de supervivencia**: la desposesión de sus medios de vida y propiedades provocó el desclasamiento de los palestinos desplazados (750.000) que, de la noche a la mañana, pasaron a la condición de refugiados. Aunque todos los sectores de la diáspora sufrieron de forma similar el impacto de esa pérdida, sus respuestas de supervivencia no fueron uniformes. Una selecta minoría (terratenientes, notables urbanos y burguesía comercial) dispuso de valiosos recursos (capital, ahorros, prestigio, estudios, cualificación profesional) que les permitió cierta integración (o acomodo) en los países receptores; mientras que la inmensa mayoría (pequeñas clases campesinas asalariadas o propietarias, trabajadores y beduinos) careció de dichos recursos y huyó literalmente con lo puesto: objetos con valor de cambio (joyas) o simbólicos (escrituras de propiedades y llaves de sus casas). Por tanto, sólo dispuso de su mano de obra no cualificada y barata que, dado su volumen, no pudo ser acogida en las frágiles economías receptoras. En este sentido, se trató de un proceso de *descampesinización* antes que de proletarización (Peretz, 1982): reservas de parados (lumpenproletariado) agrupadas en las periferias (campos de refugiados) de los centros urbanos. A las dificultades económicas se añadieron las políticas: inexistencia de voluntad de integración por ambas partes. Del lado palestino, se presumió la provisionalidad del desplazamiento, idea alimentada por el precedente de la revuelta de 1936-39 y, sobre todo, por el deseo del retorno. Del lado árabe, los refugiados constituyeron una fuente de inestabilidad sociodemográfica (Líbano), un capital político a instrumentalizar (Egipto y Siria), o una población adicional a asumir y representar (Jordania). Este último caso, cosechó el efecto opuesto al deseado: la afirmación de la identidad palestina ante el proceso forzado de jordanización.

La ambigüedad de esta precaria situación desarrolló sus propias pautas de comportamiento. En el ámbito socioeconómico, los esfuerzos se orientaron a

satisfacer las necesidades materiales primarias (alimentos, ropa, calzado) y de protección individual (vivienda, salud, educación) mediante el trabajo o la emigración. El trabajo fuera de los campos significó la emigración cotidiana a los centros laborales (ciudades, campos, puertos), donde las mujeres eran contratadas con mayor facilidad que los hombres por su inferior remuneración. En ambos casos, la discriminación salarial, malas condiciones e inseguridad en el trabajo sólo permitía un pequeño sustento. La emigración temporal a los países árabes productores de petróleo fue más restringida por exigencias sociolaborales (mano de obra más cualificada) y de política inmigratoria (frenar la palestinización del Golfo). En cualquier caso, tener a un miembro de la familia extensa trabajando en dicha región formó parte de las estrategias familiares, por cuanto permitía cierto alivio económico: asistencia médica en caso de enfermedad, viudedad u horfandad, además de permitir que otros miembros de la familia (generalmente los varones más jóvenes) pudieran cursar estudios universitarios. En esa tesitura, la educación para los palestinos constituyó una inversión a largo plazo (generacional) con miras a lograr cierta movilidad social y asegurar su protección individual o familiar (Shaath, 1972).

Estas inversiones buscaron mejorar los bienes privados antes que los públicos, para los que no contaban con medios (tiempo, dinero, trabajo estable, organización). De ahí que, en el ámbito político, sólo se expresara la esperanza de ver reparada su situación mediante los esfuerzos de la sociedad internacional y, particularmente, de los Estados árabes.

b) **Los campos de refugiados**: fueron las agrupaciones más paradigmáticas de la diáspora palestina, debido a las características que entrañaron. Su distribución intermitente a lo largo de la geografía del país receptor quería evitar su concentración en una región: la palestinización de ésta y su cohesión sociopolíti-

ca. Los campos, separados unos de otros, se localizaban en la periferia (o zonas semirurales) de las metrópolis. Sus fronteras eran férreamente delimitadas o controladas por las fuerzas de seguridad del Estado receptor (ejército, policía, servicios secretos), que exigían -por ejemplo, en el Líbano- permiso para salir del campamento, para viajar (con restricciones a ciertas zonas) o trabajar; y prohibían cualquier tipo de organización y actividades sociopolíticas.

El contacto con el exterior era limitado. La movilidad se restringía a ese universo cerrado, donde transcurría la vida cotidiana. El mundo exterior se percibía peligroso, en muy raras ocasiones se accedía al exterior (médico, visita familiar), de modo que un grupo de edad podía crecer y adquirir educación sin cruzar los límites semicerrados de su comunidad; sólo los que trabajaban fuera del campo traspasaban sus fronteras, al tiempo que constataban la diferencia de valores y normas entre ambos mundos. Así, la movilidad espacial era pausada y paralela a la social, dado que sus fuentes de ingresos eran insuficientes: ayudas de la UNRWA (raciones alimenticias, tiendas de campaña, escuelas, atención médica) y salarios irrisorios, sin posibilidades de ascenso social. Esta doble impermeabilidad, espacial y social, ayudó a reconstruir la conciencia palestina (por ejemplo, la explotación económica de los trabajadores de los campos de refugiados no fue asociada a su posición inferior en la escala social, sino a su condición de palestinos), y a reforzar los vínculos entre sus miembros (conservación de la genealogía familiar mediante la tendencia a los matrimonios endógenos).

Las experiencias comunes a los palestinos de la diáspora no sólo se remitieron a las más inmediatas (pérdida de posición social, bienes, medios de vidas, instituciones sociales y políticas), sino también a las previas y largamente ensayadas en su sociedad, de origen campesino. De manera que, cuando los

palestinos de diferentes regiones concurrieron en el mismo espacio desintegrado y rodeado de un medio hostil, los únicos lazos a los que pudieron recurrir fueron a los experimentados común y anteriormente:

"Village and clan solidarity formed a warm, strong, stable environment for the individual, a sense of rootedness and belonging. The proof of the strength of peasant social relations is that they survived in dispersion and helped Palestinians themselves to survive. They formed, too, an unbreakable umbilical cord that ties newborn Palestinians to the country that formed their forebears"<sup>2</sup>.

Así se explica la distribución interna de los campamentos que, siguiéndola una línea ascendente (familia o clan familiar<sup>1</sup>, vecindario, aldea, pueblo, región), reconstruyó la vida anterior a la diáspora en un microcosmo. Esta reordenación no sólo facilitó el reencuentro o comunicación familiar (pues bastaba con preguntar dónde estaban los de Haifa o Acre para encontrarlos o, por lo menos, tener alguna referencia), sino que, aún más importante, integró simbólicamente el descompuesto paisaje social mediante la reanudación de las relaciones de solidaridad comunitarias. Dinámica colectiva que se remontaba a la explotación de tierras comunales, a su defensa frente a los agentes externos (beduinos y recaudadores) y, pudiera añadirse, a las prácticas desarrolladas durante la revuelta de 1936-39<sup>3</sup>,

"Amongst the peasants of Palestine, family solidarity was even more strongly developed than amongst other classes, to whom alternative sources of security were available. The absence of a strong state during the Ottoman period, the frequency of *bedouin* raids, the oppression of tax-collector and recruiting officer, the power of the mercantile class: these formed the structural setting within which the peasants' culture of 'moral familism' developed"<sup>3</sup>.

---

<sup>2</sup> (Sayigh, R., 1979: 10).

<sup>3</sup> (Sayigh, R., 1979: 21).

Junto al bagaje común, los miembros de los campos compartían valores y normas semejantes, heredados de su patrimonio histórico-cultural e identidad comunitaria, y reforzados por su más reciente y trágica experiencia. La adhesión a las creencias y tradiciones campesinas cumplió la función simbólica integradora en un medio socialmente fragmentado y, por consiguiente, demandante de la conducta comunitaria y solidaria que las relaciones sociales campesinas supieron mostrar en el pasado. En ese sentido, el exilio palestino está lleno de relatos que idealizan la vida en Palestina, particularmente la rural. La reinención del pasado desde la visión de los campos no sólo era un refuerzo de la memoria colectiva ante la pérdida de su país (idealizado e imaginado como un paraíso), sino también la única herencia que podían transmitir a sus descendientes: documentos de propiedad, llave de la casa, junto a las no menos simbólicas costumbres de enterrar a los muertos con un puñado de tierra de Palestina o bendecir a los recién nacidos con su agua<sup>3</sup>.

En ese contexto, se socializó a toda una generación nacida en la diáspora, los hijos de los campamentos, que sólo conocieron Palestina a través de los relatos y memorias de sus mayores, transmitidas principalmente por las mujeres: abuelas y madres (Peteet, 1991: 26). Así los niños cuando eran preguntados por sus orígenes respondían el nombre de la aldea de sus antecesores (paternos)<sup>4</sup>. La identidad de ambos grupos generacionales, tan llena de recuerdos o referencias simbólicas, contrastaba con la amarga realidad que le rodeaba.

Los campos eran comunidades pequeñas, unidas por lazos sociales y valores compartidos que, sin mediación de organismos ni agentes estatales, tenían sus normas comunitarias, de las que era prácticamente imposible escapar, dada la densidad de las relaciones (directas: cara a cara); y en la que las prácticas de reciprocidad (acuerdos, relaciones, intercambios, apoyo mutuo y cooperación)<sup>5</sup>

se incrementaron debido tanto a la situación de precariedad, adversidad y crisis continuas, como a la presión o control comunitarios (mediante premios o sanciones sociales).

## **2. Movilización de recursos: recreación de la identidad colectiva**

Un grupo social oprimido no se rebela necesaria o automáticamente cuando se incrementa la injusticia o cuanto más agraviado esté, ni la violencia colectiva deriva de la frustración de sus expectativas. En contra de esa extendida creencia, no suelen ser los que están en peores condiciones los que emprenden una acción colectiva sostenida, sino los que -en mejor posición- poseen los recursos necesarios para cambiar su situación. Por tanto, la existencia de agravios no explica por sí misma la insurrección violenta, ésta se produce cuando los agraviados disponen de recursos (organizativos y comunicativos) que les permiten retar a la autoridad establecida o competir con los grupos rivales, causantes de sus agravios (McCarthy y Zald, 1977). Pero además de la acumulación de recursos disponibles para la acción colectiva, el grupo debe asegurar la lealtad de sus miembros que evite el problema de la acción colectiva: en los términos del cálculo coste/beneficio y la estrategia del *free-rider* (Olson, 1971).

En una comunidad tradicional, fuertemente interdependiente y normas claras de conducta, la tendencia a la insolidaridad de sus miembros es mínima o prácticamente inexistente; mientras que, por el contrario, en un colectivo no tradicional, con interrelaciones débiles, la posibilidad de cooperación expresiva es altamente improbable (Taylor, 1982, 1988). En ambos casos, la intervención instrumental de los empresarios políticos es primordial por cuanto, en el primero, reordenan los recursos comunitarios (de sanción moral y distribución

material) y, en el segundo, promueven esos recursos comunitarios que (re)crean una identidad colectiva, capaces -en los dos supuestos- de acometer la acción insurreccional continuada (Popkin, 1988).

a) **Comunidad**: es fácil advertir esos requisitos para la acción colectiva en las colectividades palestinas de la diáspora, particularmente entre los refugiados. Su descontento no se tradujo en acción colectiva violenta, ya que carecieron de los más elementales recursos y, en consecuencia, tuvieron que concentrar sus esfuerzos en la provisión de los medios de supervivencia. Igualmente se pueden observar en los campos de refugiados las claves del concepto de *comunidad*: mundo de normas y valores compartidos, experiencias comunes ampliamente ensayadas, cierto aislamiento, con poca movilidad, y reciprocidad de los acuerdos que evitan, de un lado, el fenómeno del *free-rider* y, de otro, permiten la cooperación colectiva o *condicional* (Taylor, 1982, 1988).

Los campos de refugiados concentraron el grupo social más significativo y mayoritario de la diáspora palestina: los campesinos que fueron desplazados del control de su medio de vida y de su fuente de identidad, la tierra<sup>6</sup>. Sus condiciones comunitarias de vida, con escasos recursos, salvo los comunitarios de densas relaciones morales y materiales, permitieron la recreación de su identidad colectiva: desarrollo expresivo del "*palestinismo*" y de las bases de la "acción colectiva". En esta tesitura, la emergencia de la conciencia nacional demandó la organización política para "su expresión y acción comunal" (Peteet, 1991: 27).

b) **Empresarios políticos**: precisamente de esas condiciones comunitarias de vida se valieron los empresarios políticos para traducir el descontento de su gente en acción colectiva, mediante la instrumentalización de los recursos

comunitarios y el incremento efectivo de éstos. En esa dirección, los primeros núcleos organizados de la resistencia palestina se asentaron en los campos de refugiados para conocer de primera mano los problemas de sus gentes, compartirlos, mediar entre ellos y encontrarles soluciones; y para ganarse la confianza política y autoridad moral de su comunidad.

Así, las redes informales de apoyo y solidaridad, desarrolladas por las prácticas comunitarias (valores campesinos de prestar auxilio en tiempos de enfermedad o desgracias), fueron tornándose paulatinamente en instrumentales, esto es, concretadas en actividades precisas (por ejemplo, recolectas de fondos colectivos para asistencia médica o educación). En el ámbito local (los campos de refugiados) se desarrollaron los comités populares, diversificados por su tareas sociales (guarderías, reparación de calles, red eléctrica, mediación en los problemas cotidianos), sanitarias (higiene, bombas de agua, recogida de basura, alcantarillado), culturales (bibliotecas, deportes, actividades folclóricas, música, danzas, bailes, artesanía, bordados), y de seguridad (creación de refugios, autodefensa). Mientras que en el ámbito supralocal o interárabe, donde cada agrupación contaba con sus propios comités u organizaciones horizontales, se desarrollaron las estructuras verticales o sectoriales (sindicatos de mujeres, trabajadores, estudiantes, docentes, médicos) que intercomunicaron a las comunidades dispersas en la diáspora.

De este modo, los empresarios políticos dotaron a su comunidad de recursos organizativos y comunicativos que permitieron la recomposición del atomizado paisaje social. A medida que se ampliaron sus bases sociales, se incrementó la infraestructura institucional de la OLP en dos direcciones: primero, canalizar los esfuerzos asistenciales de atención material a su pueblo (salud, educación, economía, seguridad), y segundo, traducir su acción intencional en la materiali-

zación de objetivos políticos concretos, que asegurasen la continuidad de la acción colectiva: preservando su identidad nacional y articulando la defensa de sus derechos nacionales (lo que le valió a la OLP para transformarse en el interlocutor representativo y válido de los palestinos -al menos, los de la diáspora-, y en un actor regional).

*Con el tiempo los empresarios políticos no se redujeron a los pioneros del movimiento de resistencia que, en principio, procedían de las clases medias educadas y radicalizadas, sino que tuvieron a unos nuevos protagonistas, los hijos de los campamentos, pertenecientes a una cohorte generacional socializada por referencias simbólicas, con aspectos materiales más consolidados y mayor grado de educación que sus antecesores. La insistencia en la educación de la segunda generación por parte de la primera era una manera de superar la situación de pobreza e ignorancia que asociaban a su situación. Las escuelas se convirtieron en focos de la conciencia nacional una vez que reemplazaron los textos de la UNRWA por otros que recogían su patrimonio sociohistórico y cultural, impartidos por miembros de su misma comunidad. De ahí la importancia de la educación por cuanto sirvió tanto para lograr el ascenso social como para salvaguardar la identidad colectiva (Abu-Lughod, I., 1973).*

Estas nuevas pautas de comportamiento sociopolítico, de mayor interés hacia lo público, reflejaron, primero, los cambios de mejoras en las condiciones materiales de vida de los refugiados (trabajo, casas, educación), y, segundo, el éxito de la tarea empresarial, particularmente entre la nueva generación nacida en los campos del exilio que, en oposición a la pasividad de su generación ascendente, se volcó en los asuntos públicos. Sus crecientes expectativas mostraron su mayor disponibilidad de recursos, manifestada en su tendencia a

la adhesión o militancia en las organizaciones de la resistencia, y su participación en las movilizaciones colectivas y violentas (Kuroda, 1972).

Después de veinte años de exilio, dispersión, pasividad política y lealtades locales, los empresarios políticos eran los primeros núcleos organizados del movimiento nacional palestino desde su colapso en 1948. Que transformaron la conciencia nacional expresiva (deseo de retorno y pautas comunitarias) en expresión política, *voz*, dentro de la estrategia de liberación nacional; y lograron, mediante la movilización de recursos comunitarios (sanción moral y asistencia material paraestatal) y la creación deliberada de los recursos organizativos y comunicativos, la integración simbólica de su desmoralizada gente en la diáspora (recreación de la identidad colectiva de manera expresiva e instrumental), a la que proveyeron no sólo de identidad (nacional), sino de un sentido de dignidad, seguridad y esperanza. En medio de esas densas relaciones sociales era imposible escapar a la participación sociopolítica:

"Our society almost imposes political activity on us. If I live here I must be involved-there is no escaping it"<sup>4</sup>.

c) **Bases sociales:** la recreación de la identidad nacional palestina después de la *Nakbah* presentó dos características diferenciadoras de la etapa anterior. La primera, el renacimiento del nacionalismo palestino lo protagonizó un grupo social (campesinos o *fellahin*) hasta entonces marginal en el movimiento nacional del periodo de entreguerras. La segunda, fue su gravitación en el exterior donde se encontraba el grueso de su base social, las comunidades de refugiados de 1948.

---

<sup>4</sup> (Peteeet. 1991: 125).

El origen del nacionalismo palestino durante el mandato británico tuvo lugar entre los notables, pero después de 1948 fue el estrato social más bajo (antiguos campesinos y trabajadores reconvertidos en refugiados, y especialmente la nueva generación) el que redefinió "la nueva conciencia palestina" (Kimmerling y Migdal, 1994: 187). Pese a compartir el patrimonio histórico y cultural árabe, la experiencia palestina de marginación y opresión en los países receptores, que los discriminó de sus ciudadanos y alimentó sentimientos de abandono y traición, contribuyó no sólo a redescubrir la palestinidad, sino, paradójicamente, a cohesionar sus fallas internas. Ciertamente los miembros de la diáspora compartieron su origen geopolítico, experiencia de exilio e identidad cultural, pero, con ello, no fueron un todo homogéneo. La principal diferencia estribó entre la población de los campos de refugiados (pobre y de origen rural) y la del exterior (urbaniza y de clase media), disparidad agravada por el aislamiento de los campos y sus limitaciones de "movilidad estructural y cultural" (Peteeet, 1991: 85).

Precisamente, el compartir su identidad, expresada en la adhesión al movimiento de resistencia, puso en contacto a ambos grupos, que se apoyaron e identificaron mutuamente. En ese proceso de construcción de la identidad nacional tuvieron un claro predominio los refugiados, que no sólo recrearon la identidad colectiva desde sus destartalados campos, sino que establecieron las bases para la acción de la misma. La gravitación del nacionalismo palestino en torno al nuevo grupo social fue obvia,

"The Palestinian movement went from the promotion of the rights of an aggrieved group to a national movement asserting the broad collective will of an entire people"<sup>5</sup>.

---

<sup>5</sup> (Kimmerling y Migdal, 1994: 278).

Esa relación conoció dos periodos. En el primero, durante los años veinte y treinta, el movimiento nacional de base urbana movilizó al campesinado en contra del Mandato y el sionismo, pero fue excluido de su dirección, controlada por la élite de notables urbanos (comerciantes y terratenientes absentistas). En el segundo, décadas de los sesenta y setenta, la nueva élite política se hizo eco de las aspiraciones de los refugiados en la diáspora, campesinos desposeídos y desplazados, objetos de exaltación nacional. En ambos casos, fueron percibidos como los "verdaderos palestinos", el "espíritu de la nación" y la "*raison d'être*" del movimiento nacional (Tamari, 1992: 77-78).

Con la guerra de 1967, que generó una nueva ola de refugiados y, meses después, presenció el fracaso guerrillero de instalar sus bases en el interior de los nuevos territorios ocupados, los refugiados de 1948 en el exterior se consolidaron como las bases sociales del movimiento palestino.

## NOTAS

1. En la acepción amplia que tiene el concepto de familia en la cultura árabe, esto es, la de *hamuleh*: grupo familiar por la rama descendiente del varón, antes que la de *a'ileh*: que se trata de la familia individual. Hasta el punto de que la palabra casa en lengua árabe (*beit* o *dar*) es sinónimo de familia.
2. Que en su mayor proporción, costes y víctimas fue una rebelión campesina (Bowden, 1975: 147-174). Caso único de revuelta campesina en la historia del mundo árabe durante el siglo XX, que fue interpretada por los trabajos etnográficos en clave de nexo entre "la cultura campesina y el espíritu nacional" (Tamari, 1992: 77).
3. El cine palestino ha recogido estos comportamientos, por ejemplo, en la película *La llave*, producida por Samed (1976), dirigida por Ghaleb Sha'at, con guión de Ibrahim Abu Nab, junto al malogrado cámara Ibrahim Jawharieh. Su título indica la simbología de la llave, guardada celosamente después de varias décadas de exilio, como expresión del deseo de retorno a sus hogares. Véase: "Cine palestino", Els Quaderns de la Mostra, N<sup>o</sup> 8, 1986.
4. Adviértase el contenido fuertemente patriarcal de la genealogía e identidad palestinas, recogido también en la Carta Nacional Palestina: "Los palestinos son aquellos ciudadanos árabes que, hasta 1947, residieron normalmente en Palestina, sin tener en cuenta si fueron expulsados de ella o han permanecido allí. Todo aquél que nació de padre palestino después de esa fecha -sea en Palestina o fuera de ella- es también palestino" (art. 5).
5. Por ejemplo, es muy común a los palestinos de la diáspora que les esté permitido visitar a sus familiares en el interior por un tiempo limitado, el pasar por el puente fronterizo con información (cartas, mensajes, noticias familiares e incluso políticas) o encargos (generalmente modestas sumas de dinero, dadas las limitaciones de portar bienes materiales) procedentes de miembros de su comunidad para familiares, parientes, amigos o vecinos de su aldea o vecindario. Este gesto supuestamente altruista espera la reciprocidad del comportamiento, pues siempre habrá otro miembro de los citados grupos que devuelva el favor cuando sea requerido: o bien, sin esperar por ello recompensa alguna sería feo no hacerlo, pues se correría el riesgo de quedar desacreditado ante su propia comunidad: delante de los suyos.
6. Según el censo británico de 1921, el 80 por ciento de la población autóctona de Palestina dependía de las tareas agrícolas. En 1948 dos tercios de la población árabe palestina seguía siendo rural.

## V. TRANSFORMANDO LA DERROTA EN OPORTUNIDAD

"Para nosotros, el 5 de junio de 1967 no representa una fecha triste; significa el fin de la tutela árabe sobre los palestinos"<sup>1</sup>.

El impacto de la derrota de 1967 inició un crítico periodo en el mundo árabe del que resultó difícil recuperarse (Ajami, 1983). Para los palestinos el panorama no fue más alentador pues, al mismo tiempo que contemplaban con esperanza la idea del retorno -desde sus distintos asientos geográficos y epidérmicos-, fueron sorprendidos por la extensión que alcanzó su tragedia en 1967: la ocupación del resto de su territorio, Cisjordania y Gaza.

a) **Derrota e interpretación:** las claves interpretativas de este acontecimiento fueron dos: problema de refugiados y victoria política. Con la primera se continuó negando el carácter eminentemente político de la cuestión palestina, reducida a un mero problema de refugiados, según la resolución 242 del Consejo de Seguridad de la ONU, consensuada entre las dos superpotencias. La segunda se basó en el paradigma de los antagónicos, cuya consigna fue: "cuanto peor, mejor". De ahí se deducía que la ocupación israelí de toda Palestina contribuiría a homogeneizar la situación (estructural) del pueblo palestino y, por tanto, esperar de éste una respuesta común (revolución)<sup>1</sup>.

Esta visión tuvo que ver más con el ejercicio solidario y el voluntarismo político que con el análisis objetivo. Estimaba que los vencedores de la guerra de junio fueron tanto los israelíes como los palestinos por el hecho de situar las coordenadas del conflicto árabe-israelí en su verdadera dimensión: palestino-

---

<sup>1</sup> Declaración realizada por un cuadro de al-Fatah, y recogida en: (Ciudad, 1970: 157).

israelí, además de proporcionar la autonomía organizativa y decisional a los palestinos (Chaliand, 1970: 9-10). La lectura triunfalista de la evidente derrota militar y sus pérdidas territoriales, tenía por contrapartida la creación de las condiciones objetivas para el desarrollo de la conciencia nacional palestina y su lucha de liberación. Sin embargo, el impulso que provocó en la conciencia nacional (que se desarrollaba previa a la guerra) no pareció compensar la pérdida de su base territorial, por tanto en caso de haber sido una victoria sólo lo fue pírricamente.

b) **Estructura de oportunidades políticas**: además de la existencia del tejido comunitario cooperativo y de la disponibilidad de recursos, acumulados por los empresarios políticos, la acción colectiva precisa para su desarrollo de una situación en la que los Estados sean más vulnerables a ésta, condición denominada como estructura de oportunidades políticas (Tarrow, 1989: 32-36). La oportunidad viene a ser la relación entre los intereses de un grupo y las condiciones sociopolíticas que le rodea, éstas pueden ser favorables o adversas a la acción colectiva, dependiendo de si eleva sus costes o, por el contrario, si facilita la acción de los contendientes al rebajar los riesgos (Tilly, 1978: 55).

Las comunidades palestinas en Jordania y Líbano, dada su grado de marginación en la estructura productiva del país y en la representación de su aparato burocrático, presentaron ciertas oportunidades para el desarrollo de su *organización y movilización*. Esta coyuntura fue favorecida por el fracaso de los ejércitos árabes, extensivo a sus regímenes que, adentrados en una crisis política, militar y económica (Ajami, 1983: 269-270) o en una situación en la que la represión puede ser contraproducente e ineficaz, permitieron -en el caso jordano- una mayor libertad de movimiento y acción a los comandos palestinos, hasta que los efectivos militares jordanos se recuperaron de los efectos de la

guerra y acabaron con la resistencia (Brand, 1988a: 20). En el Líbano, la oportunidad, esto es, el grado de vulnerabilidad del Estado a los objetivos de los contendientes, fue igualmente favorable para el desarrollo de la acción palestina, la amenaza sobre ésta no procedió tanto del Estado, dada su debilidad, como de otros grupos (de la derecha libanesa) asociados con aquél. En este sentido, el resultado de la guerra (1967) no fue una victoria, sino una derrota, que el movimiento palestino se empeñó en transformar en oportunidad ante la crisis de legitimidad que supuso para los regímenes árabes: incapaces para llevar a buen puerto el tema palestino, tampoco estaban en condiciones de imponer por más tiempo sus criterios -tácticos o estratégicos- sobre dicha cuestión.

### 1. Del panarabismo al palestinismo

Hasta 1967 el conflicto del Próximo Oriente fue conceptualizado como árabe-israelí de forma exclusiva, sin su acepción palestina, tutelada hasta entonces por los regímenes árabes. Precisamente por ese mismo periodo entraron en escena los palestinos como actores con renovado y creciente protagonismo. Así la experiencia de confrontación estatal árabe-israelí dejó paso a la palestino-israelí, detrás de ésta se ocultó otra disputa: la controversia ideológica y estratégica entre los Estados árabes y el movimiento de resistencia palestino. Por ello, puede afirmarse que una de las consecuencias de la derrota fue la alteración de las relaciones entre los regímenes árabes y los palestinos. Pero, sobre todo, dos fueron las consecuencias de junio de 1967: primero, el descrédito de los Estados árabes y, segundo, el intento palestino de transformar la derrota en oportunidad.

a) **Devaluación del proyecto panarabista**: la derrota supuso para la mayoría de los países árabes un repliegue desde el espacio panarabista al más concreto de las fronteras nacionales. Al vacío militar manifestado por las cuantiosas

pérdidas territoriales (península del Sinaí, altos del Golán, franja de Gaza y Cisjordania), se sumó el vacío político: fracaso de la unidad árabe y de la liberación de Palestina.

El inicio de la década de los sesenta dio comienzo con la ruptura de la República Árabe Unida (RAU): la unión entre Siria y Egipto (1961). Al frustrado proyecto de fusión panárabe le siguió la derrota y el continuo ensombrecimiento de la figura de Nasser. El resultado de la guerra puso de manifiesto la incapacidad militar de los Estados árabes no sólo para derrotar a Israel, sino incluso para frenar su expansión. Por tanto, también evidenció su desánimo para resolver la cuestión palestina. En definitiva, el programa panarabista a caballo entre el nasserismo y el ba'asismo no cumplió con el objetivo de liberar Palestina (1948). Más grave aún: fue la prueba de su debilidad, ya que no impidió la ocupación del resto del territorio árabe y palestino.

b) **Repliegue del nacionalismo palestino**: desde hacía dos décadas los palestinos habían quedado pasivamente atrapados en el denominado conflicto árabe-israelí, relegados a un segundo plano. Su dispersión, división, ausencia de organizaciones, movimientos sociales e ideología integradoras no hacían más que alimentar la desmovilización producida en 1948. Sólo las ideologías y organizaciones panárabes satisfacían sus demandas políticas, por tanto, quienes mayores esperanzas tenían depositadas en el frustrado panarabismo mayores decepciones cosecharon. Un ejemplo de esto fue la respuesta radical de los militantes del Movimiento Nacionalista Árabe, MNA, que acentuaron su identidad nacional en detrimento de la panarabista con la creación del Frente Popular para la Liberación de Palestina (FPLP), procedentes de una ideología nacionalista con

tintes socializantes desembarcaron en otra de corte marxista-leninista (diciembre de 1967) (Kazziha, 1975; Muslih, 1976; Sayigh, Y., 1991).

Fue en este histórico contexto cuando el movimiento palestino invirtió la consigna panárabe: "la unidad árabe es el camino para la liberación de Palestina", por otra que enfatizó la cuestión palestina sin desligarla de su medio: "la liberación de Palestina es el camino para la unidad árabe"<sup>2</sup>. Se trató de retomar la dimensión palestina del conflicto ensombrecida en las dos últimas décadas. Las pautas de comportamiento político del emergente movimiento de resistencia palestino, cada vez más militante, independiente y renuente a aceptar las directrices estratégicas de los Estados árabes sobre el conflicto, se resumen en: articular el descontento árabe y, especialmente, palestino mediante la organización y movilización políticas de masas; situarse en la primera línea de confrontación con Israel; escapar del control de los regímenes árabes; e impedir el entendimiento diplomático (capitulacionista) entre los Estados árabes e israelí.

c) **Tendencia de la estrategia árabe**: comenzó la cuenta atrás respecto a las responsabilidades de sus dirigentes sobre la cuestión palestina, tal como patrimonialmente la entendieron (1947-1967). A pesar de la cumbre árabe de Jartum (1967) y sus afamados tres noes (a la paz, reconocimiento y negociación con Israel), el mundo árabe no pareció tener más alternativa que la de operar en la diplomacia internacional mediante la acción política.

El declive del panarabismo personalizado por el rais egipcio abrió una lucha por la sucesión de su liderazgo en el mundo árabe que, a su vez, expresó el giro político hacia una nueva era. Antes de su desaparición (septiembre de 1970), el carismático presidente egipcio, Nasser, aceptó el plan Rogers basado en la resolución 242 (ONU) que contenía el reconocimiento implícito del Estado

israelí. Al mismo tiempo se consolidaba una visión más pragmática del conflicto que acentuó la recuperación de los territorios de 1967 antes -lógicamente- que los de 1948, pero también como aceptación del hecho consumado israelí. Ya la conferencia de Jartum había mostrado sus dudas, según Shemesh:

"The long-term strategic goal: the 'liberation of Filastin' or the solution of the '1948 problem'. The war had created doubts in the Arab world, particularly with the Egyptian leadership, as to whether this goal could be realized. A cautious Egyptian assessment asserted that 'the elimination of the aggression of 1948 is an abstract aim', but success in eliminating the results of 1967 will mark a turning point as regards the solution of the '1948 problem'; thereafter, 'it will not be easy to eliminate the existence of the palestinian people and their rights' "2.

Este hincapié en la recuperación de los territorios de 1967 o, igualmente, en la retirada israelí de los mismos, introdujo un nuevo aspecto en el conflicto: la tendencia a luchar cada vez más contra la ocupación israelí que contra el Estado israelí. Esto no produjo un reconocimiento inminente del Estado sionista, sino que fue el resultado de la evolución tomada por la disputa árabe-israelí, en la que hubo lugar para la cooperación tácita con el mismo Estado de Israel (por ejemplo, la jordana de asumir ciertas tareas de la administración civil de Cisjordania).

En esa evolución, la guerra de 1973 marcó un momento decisivo. En el terreno simbólico, recuperó la autoestima militar del mundo árabe y acabó con la mítica invulnerabilidad del ejército israelí. En lo político-diplomático, sentó los cimientos para la cooperación y el entendimiento entre Israel y el Estado árabe de mayor capacidad de confrontación, Egipto. De hecho, forzar la inmóvil posición israelí hacia las negociaciones fue el objetivo de la guerra, parcialmente

---

<sup>2</sup> (Shemesh, 1984: 290).

cumplido en fechas posteriores mediante los acuerdos de paz entre Egipto e Israel, firmados en Camp David (1978). Por último, en el ámbito interárabe la guerra de octubre supuso un nuevo balance político que invirtió el anterior: el agotamiento del repertorio militar consolidó la estrategia basada en la acción política y diplomática.

*El aumento de los precios del petróleo concedió grandes beneficios económicos a sus países productores. Una población cuantitativamente escasa, enormes reservas naturales de crudo, y la lejanía de la línea del frente con Israel no sólo les permitieron disfrutar con mayor estabilidad de sus riquezas, sino también gozar de un creciente predominio en los asuntos árabes. De esta forma las que serían conocidas como petromonarquías reemplazaron lo poco o nada que quedaba del panarabismo (o, en algunos casos, nasserismo) y de las promesas del socialismo árabe vertebrado en las no menos autocráticas repúblicas de Irak y Siria. Sus poderosas fuentes financieras contribuyeron eficazmente a su influencia política sobre los Estados árabes de la línea de confrontación con Israel, más numerosamente poblados y con escasos recursos materiales.*

*La nueva tendencia de acción política y diplomática del mundo árabe, revelada tras las confrontaciones bélicas (1967 y 1973), buscó su acomodación o coexistencia con el Estado israelí mediante acuerdos políticos, al fin y al cabo, su contencioso con Israel era fronterizo y no existencial (de identidad). Esa propensión no fue secundada por el movimiento palestino, que de forma inevitable estuvo ligado al curso de los acontecimientos en los Estados árabes, de aquí que el divorcio estratégico entre la resistencia palestina y los regímenes árabes derivara no sólo en épocas de tensión política y ausencia de cooperación, sino en enfrentamientos (en algunos casos, violentos).*

## 2. Emergencia del proyecto nacional palestino

La derrota confirmó parcialmente las tesis de Fatah previas a la contienda: la ineficacia de los ejércitos clásicos a la hora de conducir la guerra. Su oposición a la *coordinación panarabista de la campaña* tenía como alternativa la integración de las masas árabes y palestinas en la lucha. De aquí surgió la idea de "guerra popular de liberación" a semejanza de las llevadas a cabo por otras experiencias y movimientos de liberación nacional (Ya'ari, 1968: 23 y 29). Este planteamiento no pudo ser llevado a la práctica antes de 1967, y a posteriori manifestó serias dificultades, quizás la más grave fue su punto de partida: el empeño de transformar la derrota en oportunidad.

a) Tercermundismo e izquierdismo: el voluntarismo de las propuestas revolucionarias palestinas tuvo como compañero de viaje, en su concepción lineal de la historia, a una "izquierda académica" (Timerman, 1983: 48-49) que profetizó sobre el destino histórico de los pueblos oprimidos. Una vez que habían sido frustradas las expectativas de la revolución en los países capitalistas avanzados tras la II Guerra Mundial, el marxismo se batió en retirada a la academia y comenzó su especulación filosófica (Anderson, 1988: 64). De este laboratorio surgió una polémica criatura probeta a la que, paternalmente, le otorgaron el papel de sujeto revolucionario que terminaría acosando al centro desde la periferia. Se trató del acoso de las ciudades por el campo introducido por el paradigma de la revolución china, ahora reproducido a escala mundial. En este sentido, ciertas organizaciones palestinas se autoproclamaron como la vanguardia de la revolución mundial<sup>3</sup>.

En consecuencia, la incipiente revolución palestina no sólo cargó con las frustradas proyecciones panarabistas, sino también con las terciermundistas e

izquierdistas. El paradigma cubano, vietnamita y argelino (Fanon, 1974, 1980), junto al auge que gozó la periferia en la visión radical de la izquierda occidental (Paramio, 1988: 134-139), coadyuvó a modelar la estrategia del movimiento palestino. Pero la extrapolación de los modelos del colonialismo clásico sobre los que se habían articulado las experiencias de los movimientos de liberación nacional tuvo su excepción en el caso palestino. Cisjordania y Gaza eran territorios pequeños, fuertemente controlados por el gobierno militar israelí y no densamente poblados, en otras palabras, ni el terreno ni la composición social acompañaron a las características físicas y condiciones sociales desarrolladas por los modelos vietnamita y argelino, que se mostraron irrelevantes y erróneos en la experiencia palestina (Khalidi, W., 1992: 9).

b) **La estrategia palestina:** los cálculos del movimiento de resistencia palestino se realizaron bajo la fórmula del colonialismo clásico: asentamiento de una población foránea que no tenía más que una relación utilitaria (esto es, de mero interés económico o geopolítico) con la tierra. Por tanto erosionando dichos incentivos a través del encarecimiento de los costos materiales y humanos de la violencia revolucionaria, la colonia dejaría de tener el atractivo de rentabilidad originaria. En buena lógica la respuesta a una situación insostenible e irreversible sería su retirada: la descolonización.

Sin embargo, el Estado de Israel fue fundado a semejanza de una colonia de asentamiento que, a diferencia de las de factorías, no guardó relación con una metrópoli a la que desviar sus excedentes, tampoco existió una explotación económica directa de la población autóctona sino que ésta fue desplazada (geográfica, política, social y culturalmente), ocupando su lugar histórico otra población exógena (Rodinson, 1988). Su heterogeneidad nacional y sociocultural estuvo parapetada tras una ideología de corte mesiánico y fundacional de la

moderna nación israelí. La vertebración estatal del nacionalismo judío negó las aspiraciones de la nación palestina<sup>4</sup>. Por su parte, el movimiento palestino contempló la "cuestión judía" en su acepción de minoría religiosa, instrumentalizada por un movimiento colonial, pero no en su dimensión nacional<sup>5</sup>.

En la configuración histórica de la identidad nacional judía otros factores además del religioso y cultural habían tenido su peso: el haber sido víctimas de la intolerancia religiosa y racial. Así el pasado de victimización del pueblo judío, tanto el más remoto como el inmediato, obró de manera hipersensible ante el fenómeno de la violencia. Máxime cuando la confrontación entre palestinos e israelíes adquirió un carácter irreversible, sin vuelta de hoja, esto es, sin integración en los países árabes los primeros, ni retorno a metrópoli conocida los segundos. En otras palabras, se planteó en términos del conflicto suma cero: todo o nada. Esto es, en los límites de la supervivencia.

La sociedad israelí era lo más parecido a un mosaico de nacionalidades en la que la amenaza externa (u hostilidad del entorno que no la aceptaba) cumplió la función aglutinadora de las diferencias o de la cohesión interna. En esta tesitura, la lucha armada emprendida por la resistencia palestina como medio para la liberación de toda Palestina (lo que evidenciaba la destrucción de la entidad sionista: el Estado israelí), cosechó el resultado contrario al buscado por su acción revolucionaria.

"The small size of the Israel population, a fact which has rendered that society highly sensitive to any loss of Israel lives. This vulnerability is what has imbued Palestinian military action with whatever potency it has enjoyed. By threatening Israel lives, Palestinian clandestine operations have often succeeded

in generating wider insecurity than would normally be expected in view of their infrequency (...) and generally inefficiency"<sup>3</sup>.

No obstante, si por el lado israelí fue hábilmente explotada hasta el exceso la amenaza guerrillera (Friedman, 1990: 150), por el lado palestino se sobrevaloraron las potencialidades de sus fuerzas y recursos. Que, a priori, no pareció tener en cuenta la importancia de Israel en la doctrina de seguridad y el masivo apoyo externo (económico y defensivo), que le permitió rebajar los costes en el mantenimiento de la ocupación y la confrontación (Sayigh, Y., 1986: 106-107).

En suma, dos hechos parecen claros en la trayectoria de la resistencia en su confrontación con el Estado de Israel. Primero, la ausencia de un paradigma adecuado a la peculiar realidad palestina de entonces o, a la inversa, la aplicación mecanicista de un planteamiento realizado desde contextos (geográficos, históricos, sociales, culturales, políticos y económicos) diferenciados, cuando no opuestos, a su situación. En concreto, la aplicación de los métodos de lucha empleados contra el colonialismo de factoría para un sistema colonial de asentamiento<sup>6</sup>. Segundo, el voluntarismo político de su propuesta liberacionista le impidió ver la irreversibilidad de los hechos. La guerra de junio de 1967 determinó -por si quedaba alguna duda- que la existencia del Estado israelí era incuestionable. Es más, su implantación en la zona no sólo gozó del apoyo de las potencias del mundo capitalista, sino también la no menos valiosa entonces del bloque socialista. De hecho ambas superpotencias rechazaron cualquier cuestionamiento sobre el derecho a la existencia de dicho Estado: expresado en el consenso que inspiró la resolución 242 (XXII) del CS de la ONU. Por consiguiente, el determinismo histórico de sujeto revolucionario no

---

<sup>3</sup> (Sayigh, Y., 1986: 107).

se vio constatado por la realidad, antes bien actuó como distorsionador de la misma. Tal como si de una fórmula de autoengaño se tratase para digerir la drástica realidad a la que tenían que hacer frente, solos desde 1967. Esto fue, magnificaron los beneficios (la liberación total de Palestina) que podrían obtener a través de su acción colectiva (la lucha armada) para lograr la adhesión necesaria (recursos movilizadores) y metas más modestas (liberación parcial: territorios de 1967)<sup>7</sup>.

Otros factores contribuyeron no menos a moderar el alcance de las pautas de comportamiento del movimiento de resistencia, que derivaron más de las limitaciones inexorables al terreno de la praxis que de su empeño voluntarista y déficit teórico.

c) **El exterior como escenario**: el debate interpalestino que siguió inmediatamente a la guerra giró en torno a la citada prioridad: la movilización colectiva y violenta de sus bases sociales. El sentido de urgencia que cobró tal propuesta vino dictado por los temores de un arreglo árabe-israelí, con la amenaza de la exclusión palestina. Desalentar cualquier tendencia -árabe o palestina- de coexistencia con Israel fue objetivo prioritario de la lucha armada. Otra meta de la acción violenta, no compartida por todos los grupos, era la organización política.

Para Fatah y el FPLP la iniciativa de lucha armada terminaría arrastrando la construcción de una estructura política, mientras que para los comunistas tenía preferencia la extensión de una amplia red de trabajo político que postergara a largo plazo el uso de las armas<sup>8</sup>. Pese a la adversidad de las condiciones sociales y políticas (ausencia de activismo, división y debilidad de la base social, fragmentación ideológica y organizativa de la élite<sup>9</sup>, y el férreo control israelí

del territorio palestino), prevaleció la estrategia armada. Esta opción pareció ser más "un rechazo a la experiencia del pasado que una adaptación a la realidad" (Quandt, 1973: 51). En connivencia con lo anterior, el célebre aforismo de Marx: "La conciencia de las generaciones muertas pesa como una losa de hierro sobre la de las vivas", tuvo su eco en la praxis palestina. La nueva generación de dirigentes criticó al liderazgo palestino anterior (del periodo de entreguerras), por no asumir sus responsabilidades nacionales<sup>10</sup>, anclado en rivalidades irrisorias y faccionalismos, que lo vulnerabilizó ante las contradicciones y conflictos de su entorno árabe (Mattar, 1988; Khalaf, 1991). Sin embargo, las críticas no impidieron los mimetismos ciegos. Así la campaña militar lanzada sobre los territorios ocupados (1967-68) estuvo estratégicamente influenciada por la rebelión de 1936-39, considerada como "representación de la mejor tradición revolucionaria palestina" (Lesch, 1973).

El diseño estratégico de la liberación en fases sucesivas y lineales (golpes fuertes y precisos, seguidos de una rápida retirada; incremento de las unidades de ataques y de las bases; establecimiento de bases fijas con capacidad de autoprotección, que se irían expandiendo lentamente hasta controlar -liberar- toda Palestina) (Ya`ari, 1968: 30), erró sus cálculos en la arena palestina debido al mimetismo ciego de la amalgama ideológica tercermundista e izquierdista<sup>11</sup>. Tuvo razón aquella minoría opuesta, incluso dentro de Fatah, a lanzar dicha ofensiva en los territorios ocupados por el temor a las represalias israelíes sobre la población palestina.

Efectivamente, no otro fue el resultado en la entonces llamada "Palestina ocupada", donde la respuesta de contrainsurgencia israelí impuso un altísimo precio a la acción armada al mismo tiempo que logró desincentivar su posible adhesión. La represión dejó un saldo significativo de muertos, encarcelados,

deportados, represalias y castigos colectivos. El elevadísimo coste que adquirió la acción pública tras la intervención guerrillera y su consecuente represión, terminó desmovilizando las acciones de protesta civil en Gaza y Cisjordania (1968-69)<sup>12</sup>. Fue esa incapacidad de hacerse eco entre la población civil en el interior lo que llevó a gravitar la acción de la resistencia palestina en el exterior. Este aspecto, todavía poco estudiado, comienza a ser tema de reflexión, por ejemplo, para Yezid Sayigh:

"For the Palestinian guerrillas, the main story of the June 1967 War lies in the aftermath of the war. Until then, their movement was very much a secondary force, with no clear course in sight. The war, by discrediting Arab authority and weakening state control, created the opportunity for the rise of the Palestinian guerrillas as regional actors. During the months following the war, the guerrillas attempted to create an autonomous base and mount an armed insurrection in the Israeli-occupied West Bank. It was this attempt that led to a redefinition of the Palestinians' relations with the other Arabs and to a transformation of internal Palestinian politics. Yet, the significance of this episode has not been fully appreciated, even in Palestinian historiography"<sup>4</sup>.

*En resumen, un hecho que marcó la trayectoria de la movilización palestina desde entonces fue el fracaso de crear redes sociales de apoyo a la acción insurgente en los territorios ocupados. Como un movimiento de liberación nacional, la OLP estuvo más interesada en la liberación de su territorio por la vía armada que en la creación de una formación política (Sahliyah, 1988: 34). La inviabilidad de la lucha armada conllevó una consecuencia doble: primera, la gravitación de su acción liberacionista en el exterior en detrimento, segunda, de la formación de un sólido movimiento de resistencia civil en interior de los territorios.*

---

<sup>4</sup> (Sayigh, Y. 1992: 244).

d) **La violencia redentora**: el aventurismo militarista no pudo con la incomparable superioridad militar israelí. Además de hacer caso omiso a la ausencia de condiciones (sociales, políticas, demográficas, geográficas), ningún grupo guerrillero había establecido una infraestructura político-militar en los territorios de Gaza y Cisjordania antes de su ocupación en 1967, que permitiera su posterior desarrollo. Por el contrario, sus esfuerzos estuvieron más centrado en los palestinos del exilio (1948), pese a que en los territorios existía también una considerable población desplazada o refugiada (Cobban, 1989: 94).

Ahora bien, la inexistencia de una red de bases autónomas en el interior, o el revés sufrido para tejerla, no explica por sí misma su asentamiento y desarrollo en el exterior. Si bien el vacío posbélico coadyuvó a transparentar y acelerar el desarrollo de la resistencia palestina, no fue hasta la legendaria batalla de al-Karameh (21 de marzo de 1968) cuando aquélla logró su dimensión popular: amplio respaldo social con significativo peso legitimador, que equilibró a dicho movimiento en la correlación de fuerzas interárabes.

La mitificada batalla de al-Karameh<sup>13</sup>, tuvo un saldo favorable para el movimiento de resistencia no sólo por su proeza militar, sino porque comparativamente logró realizar con menos recursos lo que varios ejércitos árabes no pudieron. De aquí su capital político y transcendencia simbólica, que rozó uno de los mitos fundacionales de la renovada identidad nacional palestina: donde la violencia cumplió la función redentora de los oprimidos<sup>14</sup>. A efectos prácticos la hazaña de al-Karameh facilitó las cosas al emergente movimiento nacional. Las primeras reacciones desbordaron los pronósticos sobre las simpatías políticas de que gozaba al producirse una serie de manifestaciones populares de adhesión masiva a los fedayines. Un ejemplo notable de su alcance fue la respuesta integradora del rey Hussein que, además de la foto de rigor

encima de un inmovilizado tanque israelí, se autoproclamó como el primer fedayín. No en vano al-Karameh marcó el punto de despegue de la resistencia. El baño de sangre iniciático del movimiento palestino cobró, así, tres efectos:

a) Recabó y amplió su base social de apoyo, principalmente en las comunidades de refugiados, entre las que se ganó su confianza e inyectó una renovada moral, reforzadas ambas por su tarea empresarial: reconstrucción del tejido social asociativo.

b) Incluyó la balanza del debate interpalestino en favor de los grupos guerrilleros, que reclamaron el derecho exclusivo a representar y determinar el futuro de su pueblo a la vez que se hicieron con el control efectivo de la OLP. Ésta representaba un imprescindible recurso organizativo y comunicativo, al que imprimieron su sello revolucionario dotándola de significación sociopolítica, que rebasó su desacreditado y estrecho marco originario, de función burocrática y testimonial.

c) Confirió al movimiento palestino una fuerza considerable a tener cuenta en el Próximo Oriente, que erosionó la persistente influencia de los regímenes árabes sobre la cuestión palestina en favor de la OLP, articulada como actor regional.

### **3. Los retos de la acción colectiva en el exilio**

El desarrollo de la acción insurgente en los países árabes (Jordania y Líbano) limítrofes a Israel/Palestina, se debió, así, a su inicial descalabro en el interior de Cisjordania y Gaza (inexistencia de condiciones para la insurgencia, mimetismo aventurero, superioridad militar israelí), y a sus relativos logros en

el exterior (apoyo de las comunidades en la diáspora, repliegue árabe de la confrontación, batalla de *al-Karameh*). Sin embargo, este inapelable cambio de escenario terminó afectando a la función representada por la propia estrategia palestina.

Su movimiento de liberación partió con cierta debilidad estructural, expresada en dos características sin apenas precedentes en experiencias similares. Primero, no gozó de soberanía en ninguna parte de su territorio nacional, esta ausencia de control sobre una porción significativa de su patria o, igualmente, la inexistencia de territorios liberados donde asentar sus bases militares (temporales o permanentes) y confraternizar con sus bases sociales (fuentes de reemplazo y protección), le llevó a gravitar su acción en el exterior. En donde, segundo, no encontró un aliado estratégico, sino una serie de aliados tácticos e instrumentales entre los que tuvo que sortear un difícil equilibrio si no quería ver comprometida la independencia o, al menos, la autonomía de su acción intencional, ni ver desviada ésta de su principal objetivo (liberación de Palestina) enredándose en el complejo escenario donde concurrían las dobles soberanías (no siempre pacíficamente).

a) **Apoyos imprescindibles**: carente de potenciales recursos militares, de un plan alternativo al clásico de liberación y de unas bases sociales fuertes (no fragmentadas ni dispersas), la resistencia palestina dependió del soporte árabe para hacer frente a la superior maquinaria militar israelí.

La necesidad de una base territorial era fundamental para las acciones armadas (recintos acondicionados para el entrenamiento, almacenamiento de armas y suplementos, terrenos aptos para las operaciones y el resguardo de los comandos), además de los fondos económicos exigidos (adquisición del material,

mantenimiento del personal e infraestructura). Pero imprescindible resultó el apoyo político, que brindaba cierta protección no sólo frente a Israel, sino -en muchos de los casos- frente a otros aliados árabes<sup>15</sup>.

b) **Alianzas precarias**: la relativa condescendencia de algunos regímenes árabes con el movimiento palestino estuvo ligada a consideraciones domésticas de la política interárabe, antes que al supuestamente compartido objetivo estratégico. La causa palestina suscitaba tan inmensa sensibilidad y popularidad en el mundo árabe que, junto a la debilidad y dependencia de su movimiento, se prestó fácilmente a la instrumentalización: tanto porque su defensa constituyó una fuente importante de legitimación de la clase dirigente árabe, como porque representó una carta muy recurrida en el juego político de rivalidades regionales. Un ejemplo de esto se remonta a la misma creación de la OLP por la Liga de los Estados Árabes (1964), bajo el impulso decisivo del Egipto de Nasser (Brand, 1988a: 55-56), o a la creación de grupos nominalmente palestinos pero de obediencia a una u otra capital árabe, que actuaron como su correa de transmisión en el seno de la OLP<sup>16</sup>.

Por una parte, la precariedad de estas alianzas residió en la ficción mantenida de que la cuestión palestina era la causa principal en la agenda árabe cuando, en realidad, lo que primó fueron los intereses de los Estados árabes, más propensos a competir entre ellos, y tendentes a manipular la cuestión palestina<sup>17</sup> o a la propia OLP (Rubin, 1994: 27 y 126). Por otra parte, la debilidad era intrínseca a la propia naturaleza política de la alianza, la de un movimiento de liberación popular que, ante la ausencia de una amplia base social y fuerzas de izquierdas o progresistas, tuvo que tratar con los regímenes existentes, con sus apremiantes y prioritarias razones de Estado, que no dudaron en hacer valer a la más mínima fricción. Es más, tener por aliados a gobiernos autocráticos e

impopulares no sólo restó fuerza moral a la cuestión palestina, sino que desvió la atención y los esfuerzos de su objetivo. Mientras Fatah no pretendía inmiscuirse en los asuntos internos árabes, no pudo quedarse al margen de las consecuencias derivadas de la opción radical, representada por el FPLP, que en palabras de Wadid Haddad llegó a afirmar que: "el camino hacia Tel Aviv pasaba a través de Damasco, Bagdad, Ammán y El Cairo" (Muslih, 1976: 138). El carácter antisistémico de los grupos palestinos para convivir o aceptar la subordinación de esa alianza, cosechó resultados no siempre deseados, como apunta W. Khalidi,

"The rise of radical PLO in the mid 1960s was as much a revolt against moderate Arab regimes and their Western sponsor as against Israel. The PLO strategy of seeking bases in the Arab countries for operations against Israel led to destabilization of Jordan in 1970-71 and contributed to the desintegration of Lebanon"<sup>5</sup>.

c) **Contradicciones inaplazables**: si la asistencia material y política generó la dependencia del movimiento palestino de sus aliados árabes, su presencia sociodemográfica, política y, sobre todo, armada creó cierto malestar en los países receptores. Ambos fenómenos implicaron las interferencias de uno y otro lado, ya fueran deliberadas o inadvertidamente. Los palestinos se vieron envueltos en los asuntos árabes pese a ciertas reticencias, y viceversa, los regímenes árabes se involucraron en los debates interpalestinos. Los primeros erosionaron la soberanía de algunos Estados árabes (por ejemplo, un salvoconducto emitido por la resistencia era el requisito más efectivo para atravesar la frontera jordano-siria); mientras los segundos vulneraron la independencia de la decisión nacional palestina (mediante sus relaciones clientelares con grupos, personalidades notables y dirigentes palestinos).

---

<sup>5</sup> (Khalidi, W., 1992: 124).

Evidentemente estas relaciones tuvieron un alcance diferente. En países receptores (Siria) donde la presencia armada palestina no existía o era insignificante (campos de abituallamiento), la resistencia sólo pudo oponerse políticamente a las contradicciones suscitadas por dos estrategias opuestas o problemas de soberanía. Así, Siria, que aceptó y apoyó a los *fedayines* en sus inicios, no tardó en condicionar su presencia a rehusar la utilización de su suelo como plataforma de sus operaciones contra Israel, evitando de esta manera las temidas represalias israelíes contra su territorio. Pero en los Estados más débiles (Jordania y Líbano) donde su presencia armada era considerable, hasta el punto de visualizarse una doble soberanía, la resistencia pudo contener los embates del Estado e incluso hacer valer sus fuerzas (en Jordania amenazó deliberadamente la estabilidad gubernamental), y establecer su propia autoridad sobre las áreas de población palestina (la denominada *fathlandia* en el sur del Líbano) o asumir la lealtad de ésta (lo que amenazó inadvertidamente con alterar el frágil equilibrio intercomunitario en el Líbano)<sup>18</sup>. Este fenómeno, de "un Estado dentro de otro", fue denunciado por la renuncia árabe a costear los logros palestinos a expensa de la soberanía de los Estados donde aquéllos residían.

Estas relaciones, de por sí precarias, fueron agravadas por el intento de la resistencia de arrastrar al mundo árabe a una confrontación con Israel (Khalidi, R., 1984: 256), pues sin el apoyo del primero no era posible derrotar al segundo o, en otras palabras, sin el respaldo de los Estados árabes no había manera de que triunfara la apuesta palestina. De ahí que la táctica del movimiento palestino se basara en la siguiente fórmula: mientras los Estados árabes se podían permitir una, dos o tres derrotas, y así sucesivamente, Israel no podía sufrir ninguna, pues la primera también sería la última. Sin embargo, la sintonía dominante en los países árabes no siempre coincidió con la de los

palestinos<sup>19</sup>. Retóricas apartes, sus métodos se inclinaban a buscar una solución negociada al conflicto: confirmados por la aceptación del denominado "Plan Rogers", basado en la resolución 242 de la ONU. De la misma manera que sus objetivos inmediatos se habían deslizado del concepto de liberación de toda Palestina al de liberación (o retirada israelí) de Cisjordania y Gaza.

Más complicado resultó el intento de materializar dicha estrategia, esto es, la utilización de tácticas de desgaste o provocación que partían desde suelo árabe al interior de las fronteras israelíes. Pese a su escasa efectividad, las operaciones guerrilleras buscaban mantener candente la cuestión palestina e implicar a los países árabes. Pero la política de represalias israelí *siempre* contestó dichas acciones, invirtiendo el efecto esperado: al coste de bajas humanas y materiales, se sumó el creciente malestar de gobernantes y ciudadanos árabes. No era otro el objetivo deseado por Israel al invertir los efectos ambicionados por la acción violenta palestina. No fue ésta la que arrastró a los países árabes (Jordania, Siria y Líbano) a una nueva confrontación con el Estado israelí, por el contrario, fue el Estado israelí el que implicó, mediante sus selectivas represalias, a esos Estados en su confrontación (o alianza táctica) contra la resistencia palestina.

Irremediablemente el conflicto no se hizo esperar al ser irreconciliable la razón de la revolución con la del Estado. El resultado fue que el orden dominante se batió en duelo contra sus desafiantes y reafirmó no sólo la superioridad de sus fuerzas, sino "la debilidad de la teoría", ajena a "la realidad de la vida política" (Ajami, 1983: 274), ante un inviable Hanoi árabe:

"At heart of the guerrilla strategy was the concept of a putative Arab Hanoi. But there was no such Hanoi because of Israel's massive retaliation policy against the Arab countries "hosting" the PLO. The Palestinian attempt to

secure an Arab Haïoi, or to operate on the assumption that the Arab host country in question was one, ineluctably led to conflict with the Arab country whether it was Jordan, Lebanon or Syria"<sup>6</sup>.

En cualquier caso, los palestinos no pudieron evitar formar parte del mundo árabe y, por tanto, reflejar sus corrientes de pensamiento, ideologías, contradicciones, conflictos e intereses. Quisiera o no la resistencia palestina interferir en la vida política de Jordania y el Líbano, lo que no pudo evitar fue formar parte de sus fallas (*claveges*) y, pese a no ser su autora, agravarlas con su presencia (demográfica, política y militar). En suma, la paradoja de la acción palestina en el exterior residió en su incapacidad para acometer por sí misma su objetivo para lo que dependió de sus aliados árabes con los que, a su vez, no pudo evitar entrar en conflicto (Gresh, 1988: 15).

#### 4. La transición del movimiento nacional palestino

Los Estados del Próximo Oriente son el resultado de la disolución del Imperio Otomano y la fragmentación que tuvo lugar bajo la autoridad de las potencias mandatarias, Francia y Gran Bretaña. No ajenos a esta intervención, los nuevos Estados árabes se encontraron con problemas en cierta medida similares a los que previamente ocuparon la formación de los Estados europeos<sup>20</sup>, y particularmente semejantes a los que afectaron la construcción de los Estados en el denominado Tercer Mundo<sup>21</sup>. Uno de los problemas más acuciantes fue el trazado artificial de las fronteras estatales, que por razones geopolíticas pocas veces coincidieron con las nacionales, y en las que quedaron atrapadas minorías nacionales, étnicas, religiosas y lingüísticas<sup>22</sup>, junto a otras fracturas -sociopolíticas y culturales- de lealtades subnacionales, comunitarias o tribales<sup>23</sup>.

---

<sup>6</sup> (Khalidi, W., 1992: 9).

A partir de la descolonización se produjo toda una serie de rápidos cambios sociales y políticos en la zona mesoriental, que se expresaron convulsionadamente<sup>24</sup> y llevaron al poder a una prometedora generación, postcolonial y nacionalista (Egipto, Siria e Irak), frente a las monarquías tradicionales (Jordania, Arabia Saudí y Kuwait)<sup>25</sup>. Su discurso político, impregnado de ideología (con diferente acento en el nacionalismo secular, socialismo o populismo), tuvo por objetivo "la legitimación" (Hudson, 1977). Con objeto de alcanzar "la hegemonía ideológica en términos de un Estado, universalista" se valieron del control del sistema educativo y religioso, de los medios de comunicación, de las fuerzas de seguridad (con un bien desarrollado servicio de inteligencia), y dejaron claro los términos de cualquier debate, de "lo que podía o no ser dicho" (Owen, 1992: 41).

La cooptación antes que la libre elección o la represión en vez de la disuasión han sido hasta la fecha las pautas seguidas por la élites gobernantes en los países árabes (Bill y Springborg, 1990: 21). Mostrando una falta de voluntad, cuando no desprecio, hacia las demandas de sus ciudadanos (o súbditos). La brecha entre la modernización socioeconómica y el desarrollo político amenazó con seguir expandiendo la inestabilidad en la zona. La alta participación política (vehiculada en los últimos tiempos por los grupos islamistas) no se corresponde con "la institucionalización de organizaciones o procedimientos políticos", dando al traste con uno de los principios básicos del desarrollo político: la institucionalización de la participación sociopolítica (Huntington, 1971, 1992: 167-220), implícita en el reto de la modernización, sinónimo de "democratización" (Mesa, 1994: 26).

En ese contexto histórico, los palestinos presentaron la excepción de la norma postcolonial en el mundo árabe. Primero, porque el proceso hacia la construc-

ción de su Estado fue interrumpido y, segundo, porque su considerable participación política fue objeto de institucionalización. Paradójicamente la comunidad palestina, carente de un Estado (o precisamente por ello), desarrolló pautas participativas y estableció procedimientos políticos que integraron a las primeras en un medio donde el modelo contrario era el predominante: primero se consolidaba el Leviatán y luego se daba paso a la intervención de la sociedad civil<sup>26</sup>. La inversión (o subversión) de ese proceso por las comunidades palestinas en la diáspora contribuye a explicar los choques producidos en los escenarios no aptos para ese tipo de representaciones populares, además de esclarecer el interés que ha llevado a algunos regímenes árabes a canalizar las demandas palestinas. Sin olvidar, tras la derrota de junio, la proyección que sobre el movimiento palestino realizaron los intelectuales y la izquierda árabes como vehículo de la "revolución árabe" (Ajami, 1983: 269-272).

a) **Institucionalización de la acción colectiva**: aunque oficialmente la OLP se fundó en 1964 (Jerusalén), no fue hasta finales de los sesenta cuando vio ampliada su base social. Su mayor reto fue cohesionar el fragmentado paisaje político de proliferación de organizaciones, debido a la ausencia de una autoridad central, la sensibilidad de sus cuadros en torno a la controversia ideológica en el mundo árabe, la división física con sus diferentes bagajes sociopolíticos, y la cultura política localista o regionalista. Entonces, la OLP fue percibida como un grupo más hasta transformarse en el marco de unidad y acción nacional (Quandt, 1973: 52-55), que expresó la correlación de fuerzas en el movimiento de resistencia (en el V CNP, febrero de 1969, Arafat fue elegido su presidente). Pese a lograr ese marco unitario, las organizaciones conservaron su autonomía en la toma de decisiones "independientes e incluso contrarias a la línea de la OLP" (Gresh, 1988: 11-12).

Previamente, y desde la sombra, en el ámbito palestino de clase media, universitaria y radicalizada, tuvo lugar, durante la década de los cincuenta, un proceso de reorganización a la luz del movimiento estudiantil de donde surgieron las primeras organizaciones políticas: Fatah, FPLP, FDLP y otras de menor importancia (Kazziha, 1975; Abu-Khalil, 1987; Cobban, 1989; Hart, 1989; Gowers y Walker, 1990; Favret, 1991; Sayigh, Y., 1991). Sus orígenes ideológicos procedían de las corrientes dominantes entonces en el mundo árabe: hermandad musulmana, nacionalistas (panarabistas) y socialistas (ba'asistas). Paralelamente se crearon las primeras asociaciones sindicales: Unión General de los Estudiantes Palestinos (GUPS, 1959), trabajadores (GUPW, 1963), mujer (GUPWom, 1965), Sociedad del Creciente Rojo Palestino (PRCS, 1969), profesores (GUPT, 1970); emergentes en el seno de las comunidades palestinas de la diáspora, cuyo cometido de asistencia material permitió ampliar las bases de apoyo de la resistencia (Brand, 1988a, 1988b).

La OLP se movió entre el espacio sociopolítico y económico<sup>27</sup> de un movimiento de liberación nacional y de un gobierno en el exilio. La infraestructura que logró construir alrededor suyo superó con creces a la que solían disponer habitualmente los movimientos de liberación (Mesa, 1988: 8-10), pese a la ausencia de base territorial propia en la que operar libremente como otros movimientos homólogos durante la descolonización.

En contra de la imagen comúnmente extendida en Occidente, la OLP no sólo contaba con un aparato militar, sino que, por el contrario, en su seno predominaron las organizaciones civiles (estudiantes, trabajadores, mujeres, escritores, periodistas, médicos, farmacéuticos, abogados, campesinos, agricultores, granjeros, ingenieros, profesores y artistas), vertebradas como organizaciones de masas, sindicales y sociales. Su arraigo popular se extendió desde la diáspora

a los territorios ocupados, con miles de miembros que constituyen las bases y cuadros de la OLP. Conjuntamente estaba un largo entramado de medios de comunicación, centros de investigación y estudios, teatro y danza, hospitales y clínicas, escuelas y guarderías hasta otros servicios sociales y de bienestar, que fueron extendiéndose por las comunidades de la diáspora, particularmente entre los refugiados (Rubenberg, 1983).

Con servicios específicos, pero de alcance más generalizado, están los departamentos (equivalentes a ministerios): económico, educación y cultura, información, territorios ocupados, militar, administrativo y político. Este último es el encargado de las relaciones exteriores y mantiene numerosas oficinas de información y misiones diplomáticas por el mundo. El Comité Ejecutivo (CC) de la OLP hace las veces de gobierno o gabinete, cada uno de sus miembros (quince) tiene una cartera departamental (o ministerial). El Consejo Nacional Palestino (CNP) cumple la función legislativa del parlamento (en el exilio). El CNP es la más alta institución palestina que formula la política y programas de la OLP. A medio camino entre el CC y el CNP se encuentra el Comité Central, creado a principios de los setenta para abordar las situaciones de emergencia, viene a ser una simbiosis entre el gabinete en pleno y el parlamento reducido, miniparlamento o diputación permanente (Hamid, 1975: 90-109; Musallam, 1990).

Todos aquellos que desde la arena palestina tenían aspiraciones e inquietudes políticas la OLP era el único medio para su desarrollo o promoción, no en vano su extensa infraestructura sirvió para movilizar recursos y animar a la acción colectiva. El reconocimiento y legitimidad ganado por la OLP en el ámbito palestino, árabe e internacional, le configuró como actor imprescindible en la solución del conflicto (Kirisci, 1987).

b) **Dilemas**: la tendencia a una solución negociada del conflicto, dominante en los países árabes<sup>28</sup> después de 1973, invitó a la moderación del movimiento palestino, con el reconocimiento árabe de la OLP "como el único y legítimo representante del pueblo palestino" (1974). En los mismos términos, la OLP accedió a su más alto reconocimiento internacional por la ONU<sup>29</sup> (1974).

Por entonces se observaba una evolución en la estrategia de la OLP, subdividida en dos apuestas: la maximalista, que se resume en su planteamiento original de "liberación de toda Palestina por medio de la lucha armada" (1964-68), perfilada en la solución de un "Estado secular y democrático" en toda Palestina (1968-73); y la minimalista, que introdujo, en el XII CNP (junio de 1974), la idea de establecer la "autoridad nacional" en cualquier parte liberada del territorio palestino (1974-76), perfilada en la solución de "los dos Estados" (1977-88) y expresada en el XIII CNP (marzo de 1977). La transición desde una estrategia de conflicto o juego suma cero (todo o nada) a otra de cooperación o de suma positiva (en la que los dos jugadores ganan algo) fue evidente a la luz de las resoluciones del CNP (Muslih, 1990).

En esa mutación estratégica de la OLP tomaron parte dos factores y actores. Los exógenos, expresados por el reconocimiento árabe e internacional de la OLP como interlocutor palestino (renuncia a su carácter revolucionario y aceptación del orden árabe existente), y las gestiones (presiones) que en ese sentido realizaron sus aliados árabes (por ejemplo, los temores a un acuerdo árabe-israelí separado de la cuestión palestina y la rivalidad con Jordania por ganar el apoyo y representación de los palestinos del interior) e internacionales (después de la guerra de 1973, la URSS hizo público por primera vez el derecho de los palestinos a establecer su Estado en Cisjordania y Gaza) (Golan, 1980). Los endógenos, procedieron tanto del proceso de institucionalización de la acción

colectiva ante el aplazamiento de la consecución de su objetivo, como de las presiones de los sectores más pragmáticos en el seno de la organización. En esa dirección, la importancia creciente de los territorios ocupados en la toma de decisiones palestinas resultó fundamental: el Frente Nacional Patriótico (FNP), que lideraba las movilizaciones en el interior, animó a la central palestina a participar en la conferencia de paz (Ginebra) y a reconocer la resolución de partición de la ONU (1947), en otras palabras, exhortó a la OLP a adecuar su estrategia al marco de lo posible<sup>30</sup>.

En el sentido opuesto a esa evolución actuaron otros elementos: los externos, concretados no sólo en la ausencia de un marco para el diálogo entre las partes en conflicto (no se celebró la anunciada conferencia de Ginebra), sino también en la falta de voluntad política de los EE.UU. para convocar la citada conferencia (como copatrocinador)<sup>31</sup>, y de Israel para sentarse en la mesa de negociaciones ante la OLP; y los internos, vertebrados en el debate interpalestino en torno a la conferencia de Ginebra, que dividió sus filas entre los que rechazaban y los que accedían a participar en la misma (Darwish, 1974).

En realidad, la especulación (táctica) sobre la asistencia o no a Ginebra escondió un debate (estratégico) más profundo: el programa de transición de la OLP, expresado en las resoluciones del XII CNP. En ese debate se apreciaron dos tendencias, la del Frente de Rechazo, formado por el FPLP-CG, el PPLF, el FLA y el FPLP, que lo lideraba; y la del Frente del Realismo, configurado por al-Saiqah, el FDLP y Fatah, que lo encabezaba. La primera corriente no sólo rechazó participar en la citada conferencia, sino en cualquier otro proceso negociador, en contraposición, mantuvo su propuesta de "liberación total de Palestina mediante la lucha popular y armada". La segunda corriente, no se oponía a la idea de la conferencia, sino a su marco basado en las resoluciones

242 y 338 (que obviaba el problema nacional palestino y lo reducía a la categoría de refugiados), en cambio, propuso la liberación en dos fases: una, el establecimiento de una autoridad nacional en cualquier parte del territorio palestino liberado sin renunciar, dos, al objetivo estratégico de liberación total de Palestina (Muslih, 1976: 127-131).

La segunda propuesta, mayoritaria, fue ratificada en el XII CNP (1974). Su idea de la "autoridad nacional" en una parte liberada de Palestina era un eufemismo referido al mini-Estado palestino en Cisjordania y Gaza. Para ello, había que forzar la retirada israelí de dichos territorios por la vía armada o negociada. Esta última implicaba el reconocimiento *de facto* de Israel, precio que el XII CNP afirmó no estar dispuesto a pagar, de ahí su ambigüedad (establecer una autoridad en vez de un Estado) en aras de lograr el consenso en el seno de la OLP. No obstante, el FPLP, pese a que apoyó la resolución del XII CNP, terminó retirándose temporalmente del Comité Ejecutivo de la OLP.

El consenso interpalestino en torno a la solución de un Estado "secular y democrático" en toda Palestina, no se repitió con la solución de un "mini-Estado" en Cisjordania y Gaza. La primera, implicaba la convivencia en un Estado palestino de judíos y árabes-palestinos (cristianos y musulmanes) sin ningún tipo de discriminación (étnica, religiosa, cultural) e igualdad de derechos y deberes. Una propuesta que puede ser hoy día calificada de políticamente ingenua o maximalista (no reconocía el hecho nacional judío y exigía renunciar al sionismo), pero que, en retrospectiva, supuso una evolución en tanto que, por primera vez, los palestinos mostraban su disposición "a compartir su país con los inmigrantes que les habían desplazado del mismo" (Muslih, 1990: 19). La segunda, no sólo implicaba renunciar al territorio histórico de Palestina (1948), sino que excluía a la inmensa mayoría de los refugiados de la diáspora

que tenían allí sus hogares y propiedades. Por tanto, la oposición a la idea del mini-Estado no se amparó tanto en la retórica revolucionaria que temía la capitulación del movimiento palestino (abandono de la lucha armada y coexistencia con Israel), como en un argumento más práctico: la imposibilidad de negar a su amplia base social (comunidades de refugiados) sus derechos nacionales (retorno, propiedades e identidad), como señala Muslih:

*"Palestinian insistence on total liberation was mandated not only by the sense of injustice concerning what had happened, but, more pragmatically, by the fact that the overwhelming majority of the Palestinians lived in the diaspora, thus requiring a solution that would permit their return to their lands"*<sup>7</sup>.

Máxime cuando esa base social era al mismo tiempo la base de apoyo en la que se sostenía costosamente la acción colectiva en la diáspora, particularmente entre los refugiados del Líbano, que no dudaron en expresar su "hostilidad a la idea del Estado en Cisjordania y Gaza" (Sayigh, R., 1979: 182).

En suma, la transición del movimiento nacional palestino desde el programa del Estado secular y democrático (1969-73) hasta la solución de los dos Estados (1977-88), no se realizó de forma líneal y libre de problemas. Entre ambos proyectos, el de la autoridad nacional, XII CNP (1974-76), marcó el punto de inflexión desde el que la OLP comenzó a perfilar sus propuestas cada vez más conciliatorias en la búsqueda de soluciones gradualistas. La ambigüedad de la central palestina durante ese periodo tuvo que ver con la necesidad de consensuar su política entre sus propias bases sociales de apoyo y, especialmente, entre los grupos partidarios de la opción maximalista, que fortalecían sus argumentos en la misma medida que se expandía la línea dura israelí: a mayor

---

<sup>7</sup> (Muslih, 1990: 10).

intransigencia de ésta, mayores razones para mantener la opción maximalista de aquélla.

Precisamente una de las razones principales (si no la principal) de la supuesta inmovilidad o ambigüedad política de la OLP residió en la necesidad que tuvo de gobernar por consenso, y no por mayoría, ya que cualquier renovación estratégica o, simplemente, táctica suponía correr un riesgo muy alto: la fragmentación interna, dada la tendencia al centrifugismo político de sus grupos (por influencia de su cultura política, de los bagajes ideológicos divergentes, y de los regímenes árabes). El resultado fue lograr acuerdos por unanimidad al más bajo denominador común de su estrategia, que se prestaban a dobles interpretaciones: opuestas, por ejemplo, las dos lecturas del XII CNP, la estratégica, que aceptó el mini-Estado en Cisjordania y Gaza al lado del Estado israelí como solución definitiva al conflicto; y la táctica, que aceptó ese mini-Estado como paso previo a la liberación de toda Palestina (y destrucción del Estado de Israel); o ambiguas, por ejemplo, hacer énfasis en la primera opción, sin abandonar del todo la segunda. El coste de esta política consensuada fue no preparar a sus bases hacia nuevas orientaciones y centralizar la autoridad en la OLP,

"it would not moderate tactics or policy without first ensuring unity and popular support; yet the leadership would not present to its people the stark choices and firm direction needed to mobilize this support"<sup>8</sup>.

c) **Agotamiento del repertorio estratégico**: a medida que la OLP moderaba el alcance de su programa reivindicativo, el Estado israelí endurecía el suyo (efecto pendular). Así la llegada del bloque ultranacionalista Likud al poder

---

<sup>8</sup> (Rubin, 1994: 151).

(1977) supuso un mayor desencuentro entre ambos actores, aún más distanciados por la escalada belicista del nuevo gobierno israelí en la zona, especialmente en su trato con los palestinos de los territorios ocupados y de la diáspora. Con la ventaja israelí de enfrentarse a un movimiento atrapado en sus propias contradicciones y de las que intencionalmente supo sacar partido. Un buen ejemplo de esto fue la inmersión de la resistencia palestina en el pantano libanés, lo que contribuyó a reducir y desviar su potencial en la confrontación con Israel, debilitar su recién estrenada calidad de actor regional, y cargar con el chivo expiatorio de la inestabilidad libanesa.

Después de la guerra civil libanesa (1975-76), la OLP tuvo que hacer frente a un periodo de sucesivos enfrentamientos directos con el ejército israelí (1978-82), caracterizados por su mediana intensidad<sup>32</sup>, pero de objetivos precisos: liquidar la infraestructura de la OLP (Chomsky, 1983). Así, gradualmente, el gabinete israelí evaluó la capacidad de resistencia militar de la OLP hasta que consideró idóneo lanzar su ofensiva final: la operación "Paz en Galilea". La invasión israelí del Líbano (6 de junio de 1982) fue la primera guerra iniciada por Israel sin carácter defensivo (Timerman, 1983). No se trató de una represalia más, sino de una acción previamente calculada y largamente ensayada, que buscó principalmente debilitar el poder político y militar de la OLP, así como su autonomía territorial y política (Yaniv, 1987: 100-101).

La magnitud de la acción israelí no se correspondió con razones militares significativas (ya que la OLP no representaba un peligro serio para su seguridad), sino políticas: las de un movimiento nacional cada vez más independiente y moderado, que evolucionaba hacia soluciones más pragmáticas y realistas. En un contexto paralelo al anuncio del plan Fahed<sup>33</sup> que preparaba el terreno para el reconocimiento árabe del Estado de Israel (agosto de 1981),

en el que la OLP había demostrado su responsabilidad al guardar seriamente sus compromisos internacionales (de alto el fuego en la frontera israelo-libanesa, contraídos con la ONU, la mediación Saudí y norteamericana en 1978, 1979 y 1981), lo que no sólo significó, por primera vez, un reconocimiento implícito de ambos contendientes, Israel y la OLP, sino que realzó el estatus y la credibilidad del movimiento palestino en la esfera internacional. En suma, eran hechos incómodos para los dirigentes israelíes que no podían seguir eludiendo la dinámica dirigida a las negociaciones con los árabes y los palestinos.

Debilitar al movimiento palestino, situarlo bajo la órbita de influencia siria, servía a los intereses del Estado sionista: una OLP radicalizada poseía menos recursos movilizadores e Israel se sentiría menos presionado internacionalmente para que negociara. Sin embargo, en su nueva estrategia de moderación, la OLP era un actor regional clave en la solución del conflicto que, con su acentuada opción diplomática en detrimento de su tradicional lucha armada, anticipaba un clima previo a futuras negociaciones rechazadas por el gobierno israelí. De ahí su cálculo de tratar violentamente con la OLP, si no conseguía su destrucción al menos aseguraba su radicalización, y un movimiento palestino replegado a la estrategia de violencia revolucionaria sólo contribuiría a su propio desprestigio, al tiempo que justificaba la mano dura de Israel y su negativa a acceder a cualquier negociación que reconociera el hecho nacional palestino (Sahliyah, 1986).

Todo lo que se reconociera a Palestina representaba pérdidas para el Gran Israel en su estrategia de confrontación (suma cero), ilustrada por sus deseos de anexión de Gaza y Cisjordania. La determinación israelí de controlar dichos territorios, donde las expresiones nacionalistas (pro-OLP) habían arraigado desde mediados de los setenta con la expansión de las organizaciones políticas

y los movimientos sociales, pareció ser una de las razones apremiantes de la intervención israelí contra la OLP, por todo lo que ésta simbolizaba: la identidad nacional palestina<sup>34</sup>.

d) **Beirut: espacio físico y simbólico**: en realidad, para la OLP el Líbano tenía una importancia política incomparablemente superior de la que pudo tener en lo militar. Ciertamente, los orígenes del asentamiento clandestino del movimiento palestino en el Líbano dejó paso a una dinámica política que poco tuvo que ver con sus primeros años de persecuciones. Al margen de las filias y fobias despertadas por la presencia palestina en el Líbano, la experiencia libanesa destacó por haber sido el máximo ejemplo de institucionalización de la acción colectiva en la diáspora.

Después de la salida de la OLP de Jordania (1970-71), con bajas humanas y materiales considerables, se impuso una dinámica de recuperación y reorganización interna. En esa dirección, la OLP desarrolló una administración paraestatal, que llegaba con sus servicios hasta el último de los palestinos establecidos en el Líbano. En principio no se trató de una obra previamente planificada como de una respuesta a los problemas cotidianos de índole social y económica, principalmente, y a las exigencias políticas derivadas del mismo crecimiento de la OLP.

A finales de los años setenta más de cien Estados habían reconocido a la OLP, a su vez, la central palestina abrió aproximadamente la misma cantidad de embajadas, misiones diplomáticas, políticas o de información (dependiendo del alcance de las relaciones) en diferentes países. Las recepciones internacionales al jefe de ese Estado portátil, Yasser Arafat, no sólo se incrementaron en su número, también en su influencia, las visitas de la dirección palestina a los

países del Tercer Mundo y del bloque socialista, eran ya viejos precedentes para las que a finales de la década de los setenta e inicios de los ochenta se realizaron con más frecuencia a los Estados de Europa occidental, particularmente a los del sur europeo (Grecia, Italia, España y Portugal)<sup>35</sup>.

La gestión administrativa de la OLP (en ocasiones más eficaz que la de algunos países árabes) se realizaba desde Beirut, su barrio occidental, al-Fakhani, era un auténtico hervidero de actividad política: desde las recepciones a numerosas y variadas delegaciones internacionales hasta los servicios de sus diferentes departamentos. La proliferación de oficinas y personal, cuadros y militantes, organizaciones sociales y sindicales, junto a la cercana Universidad Árabe de Beirut a la que acudían palestinos de todos los rincones del mundo árabe, incluso de los territorios ocupados, y sus multitudinarios actos públicos o en jornadas específicas con acceso a sus líderes y derecho a interpelarlos (hecho inusual en el contexto de la región), generaron un ambiente social y político sin precedente en la historia política del pueblo palestino.

El Centro de Estudios e Investigaciones Palestino, dedicado a la recuperación y conservación de su patrimonio histórico-cultural, cautivó a muchos intelectuales a residir o frecuentar Beirut, donde participaban en los debates políticos. Sus reflexiones y ensayos, resultados de discusiones, seminarios, congresos e investigaciones académicas, se publicaban en libros o en la revista especializada *Shuún Filistinia* (Asuntos Palestinos), que con el tiempo vio crecer sus ejemplares y las ediciones en francés e inglés. Los medios de comunicación palestinos, limitados, pero expresados en la pluralidad de sus publicaciones partidistas<sup>36</sup>, reflejaron la necesidad de la función socializadora (sostén y fomento) de su identidad nacional, como de los debates públicos sobre su quehacer sociopolítico, bajo un ámbito de diferencias, pero también de libertad.

En esta tesitura, e incluso para los que no vivían allí o la conocían, Beirut fue la capital simbólica de la moderna nación palestina<sup>37</sup>.

e) **Acción diplomática**: la pérdida de ese mundo fue el significado cobrado por la salida de la OLP de Beirut (agosto de 1982). Durante el siguiente periodo (1982-87), la OLP tuvo que elegir entre lo menos malo y, de paso, evitar lo peor. Su nueva situación conoció la dispersión, las divisiones internas, la debilidad militar, las interferencias externas, la merma de credibilidad internacional, y la pérdida de efectividad e influencia. Fueron años de inmovilismo político, de inestable transición entre dos modelos de movimientos de liberación nacional opuestos. Uno, que se resistía a desaparecer, aferrado a su patente original, a pesar del alejamiento de sus tradicionales bases sociales y de la carencia de territorio autónomo para la actuación política y militar. Otro, emergente, crítico con los errores del pasado, consciente de sus limitaciones y de la realidad cambiante, que intentó adecuar los medios disponibles a las metas accesibles. Se trató de la vieja controversia entre la estrategia maximalista y la minimalista que, inherente a periodos transitorios de grandes cambios y crisis, volvió a resurgir.

La estrategia de la central palestina se deslizó hacia el único terreno entonces posible: la diplomacia, reforzada por las limitaciones de la estrategia armada en su reciente experiencia. Sin derrotismos, pero tampoco sin falsos triunfalismos, los elementos más moderados intentaron aprovechar la sensibilidad diplomática hacia la cuestión palestina creada por la guerra. Sus miras se dirigieron a los países de mayor influencia política en las relaciones internacionales, los EE.UU. y Europa occidental. En esa dirección se dieron algunos pasos, mediante gestos de clara intencionalidad política. Por ejemplo, la aceptación de negociaciones sobre la base de las resoluciones de la ONU, el reconocimiento implícito del

derecho a la existencia del Estado israelí (ratificado en el plan árabe de Fez)<sup>38</sup>, los comentarios positivos sobre el plan Reagan, y el diálogo palestino con las fuerzas israelíes pacifistas.

Desde el lado radical surgieron los temores a limitar la cuestión palestina a su vertiente diplomática, como residuo político, sin otros medios que la impulsaran. Rechazaron los contactos con Egipto, los acuerdos de Ammán, el plan Reagan en su totalidad, y las conversaciones con los israelíes. Su alternativa siguió dotando a la lucha armada un papel central como garantía de supervivencia de la causa palestina, para el desarrollo de esta estrategia era vital la alianza con Libia y Siria, pese a que ésta no permitía el uso de su frontera a las operaciones guerrilleras, era donde residían sus líderes y organizaciones.

Ciertamente los moderados no habían renunciado a la vía armada, pues no existía un acuerdo político que la hiciera renunciable, aquélla se transformó en un referente simbólico e imperativo de mantener la condición de la OLP como movimiento de liberación nacional, que tuvo que contrapesar su precaria unidad. Algunos sucesos trágicos (masacre de Sabra y Shatila o el bombardeo a la central palestina en Túnez), junto a la ausencia de sensibilidad de las administraciones norteamericana e israelí hacia los derechos nacionales palestinos, colocó a los moderados en un difícil aprieto frente a las posiciones radicales. Sin ningún gesto que diera credibilidad a las tesis realistas, en medio del malestar generalizado entre sus filas dispersas por la geografía árabe y lejos del santuario libanés, la fragmentación del movimiento y la radicalización de algunos grupos reanimaron las acciones terroristas (atentados en Viena, Roma, Chipre, secuestro del Achille Lauro).

La tensión del debate no sólo se reflejó en el XVI CNP (febrero de 1983)<sup>39</sup>, sino en la disidencia de Fatah<sup>40</sup>, que interrumpió las pautas del consenso. Su rebelión en el Líbano (mayo de 1983), se dirigió a la dirección de la OLP, personalizada en Arafat, acusado de rendición frente al enemigo sionista y de modos autoritarios en el manejo de la organización. Sus reivindicaciones contaron con grandes simpatías entre las comunidades palestinas y los cuadros políticos, pero sus formas violentas y alianza con Siria desacreditó al movimiento disidente, que fue interpretado como una maniobra más de Damasco por controlar la OLP.

Sin duda, la pérdida de su base territorial y política exacerbó las contradicciones internas del movimiento palestino e incrementó su dependencia hacia los países árabes. Desde su creación, la OLP no había conocido una división interna tan crítica, aunque sí estaba más acostumbrada a moverse en relaciones de peso y contrapeso entre sus aliados árabes a fin de salvaguardar su difícil equilibrio en la región. En ese sentido, se reiniciaron las importantes relaciones palestinas con Egipto, que contribuyeron -en cierta medida- a reintegrarlo al mundo árabe, y se produjo un acercamiento a Jordania, con la que se relanzó una nueva versión de la "opción jordana", favorecida por la presencia en el gabinete israelí de uno de su más acérrimos defensores, Simón Peres, entonces primer ministro (septiembre de 1984).

En contrapartida al alejamiento de Siria, Egipto y Jordania pasaron a ser los nuevos aliados, con canales abiertos a Occidente y a los EE.UU. Ammán fue elegida sede del XVII CNP (noviembre de 1984), sin la participación de los oponentes FPLP y FDLP a los que se reservaron dos vacantes en el Comité Ejecutivo de la OLP. En línea a sus conclusiones, de un Estado palestino confederado con Jordania, Arafat y Hussein lograron un acuerdo para formar

una delegación jordano-palestina cara a las negociaciones de paz. Por su parte, en El Cairo se produjo la declaración de Arafat de condena (y renuncia) al terrorismo en todas sus formas, de Estado, grupo e individual (noviembre de 1985).

Los acuerdos de Ammán no llegaron a cristalizar, fueron abrogados unilateralmente por el rey Hussein (febrero de 1986) y rechazados por los grupos mayoritarios de la OLP (marzo de 1987), ante el desacuerdo de ambas partes en su posterior interpretación. Sin embargo, esas relaciones evitaron que Jordania se sumara por separado a unas previsibles negociaciones sin los palestinos a los que todavía ambicionaba representar, al tiempo que impidió la transformación de la OLP en un actor marginal en la región. Colateralmente, esta maniobra de contrabalance en las relaciones interárabes permitió cierta recuperación de la OLP.

Esa aparente mejoría palestina tuvo sus ecos en el Líbano, como puerto de destino de un posible retorno de las fuerzas de la OLP. Sin duda, el paisaje político libanés se había reconfigurado, nuevos y viejos conflictos surgieron. La batalla de Mashdushe, ganada por una nueva generación de guerrilleros, fue sintomática del resurgir palestino en el Líbano, rápidamente impedido por la creciente ofensiva del movimiento shií, Amal, de obediencia siria, contra los últimos bastiones de la OLP en Beirut y en el sur del Líbano. La denominada guerra de los campamentos (1985-87) fue una expresión más del enfrentamiento sirio-palestino que, paradójicamente, acarreó las consecuencias opuestas a las buscadas por Damasco. El cerco a los campamentos reanudó la cohesión interna, la tradicional oposición (FPLP y FDLP), la facción disidente, e incluso el grupo de Abu Nidal se pusieron, coyunturalmente, del lado de los resistentes y leales a Arafat.

La reunificación palestina tuvo su traducción política en el XVIII CNP (marzo de 1987), con el consenso de sus grupos políticos, que cifró su coste en una condena de los acuerdos suscritos en Ammán. Nuevamente la ambivalencia palestina ganaba a la supuesta coherencia del discurso político elaborado en los últimos tiempos con el sacrificio de sus bases en el Líbano. Pero la aparente unidad careció de credibilidad, de hecho no se reflejó en un nuevo protagonismo o fortalecimiento. Paralelamente, el parlamento libanés abrogó los acuerdos de El Cairo (mayo de 1987), retornaron las hostilidades sobre los campamentos, y, sobre todo, la cumbre árabe de Ammán relegó la cuestión palestina a un lugar secundario (noviembre de 1987), amenazándola con convertirla en un tema marginal después de más de dos décadas de protagonizar las preocupaciones árabes.

La fragilidad de la estrategia liberacionista, dependiente o subordinada al espacio de movilidad política interárabe y receptora de sus contradicciones, quedó atrapada inmóvilmente en sus propias (y ajenas) ambigüedades, que le condujo desde sus inicios a toda una serie de reveses: Septiembre Negro en Jordania, guerra civil libanesa, invasión israelí del Líbano, salida de la OLP de Beirut, ingerencias externas, disidencia, cerco a Trípoli, guerra de los campamentos, y marginación política. Todos estos retrocesos fueron dejando profundas huellas en la acción intencional palestina. Junto a las valiosas pérdidas humanas y los numerosos daños materiales, el paisaje político se fue tornando cada vez más nublado: después de dos décadas de lucha armada no se había logrado liberar un palmo de la tierra ocupada, por el contrario, cada nueva derrota supuso una situación más desventajosa que la antecedente. A mediados de la década de los ochenta el clima que reinaba entre los palestinos era de desencanto y decepción. Con ellos mismos, por cuanto los ingentes recursos humanos y materiales movilizados no habían cristalizado el objetivo propuesto.

Con los regímenes árabes, por su falta de voluntad (cuando no complicidad) en la búsqueda de una solución justa a su problema nacional. Y, por último, con la comunidad internacional por su estéril apoyo.

f) **Renovación estratégica**: la debilidad del movimiento de resistencia no era ajena a esa marginación. Sólo un acontecimiento inesperado (la Intifada) logró renovar la extenuada estrategia liberacionista desde las bases del exterior, con su dos décadas de bagaje (1967-1987). Una vez que, agotado el repertorio estratégico articulado desde la diáspora, los habitantes de Cisjordania y Gaza terminaron protagonizando la movilización que veinte años atrás había quedado pendiente.

## NOTAS:

1. Una obra ejemplar de dicha opinión, extendida en los círculos intelectuales y de izquierda occidentales, fue la de Chaliand, (1970): La resistencia palestina. Barcelona: Acervo.
2. La complementación de ambos objetivos fue afirmada en la Carta Nacional Palestina: "La unidad árabe y la liberación de Palestina son dos objetivos complementarios, la obtención de cualquiera de ellos facilita la consecución del otro. Así, la unidad árabe conduce a la liberación de Palestina; la liberación de Palestina conduce a la unidad árabe; y la acción para la realización de un objetivo marcha, lado a lado, con la acción para la realización del otro" (Art. 13).
3. Como expresó en su momento Abu Iyad: "The greatest mistake a revolutionary movement can commit is the inability to measure its magnitude. I want to criticize myself first, as a member of a movement. We consider ourselves as the vanguard of the Arab liberation movement. *if not a vanguard of the world liberation movement*. Actually we should be less modest and say we are a part of both movements" (Darwish, 1974: 31) (La cursiva es mía).
4. Como señala Gellner: "...no todos los nacionalismos pueden verse realizados en todos los casos y al mismo tiempo. La realización de unos significa la frustración de otros". (Gellner, 1988: 15).
5. El artículo seis de la Carta Nacional Palestina reza así: "Los judíos que normalmente residían en Palestina hasta el comienzo de la invasión sionista serán considerados palestinos". Sobre este mismo tema, véase: Al-Fatah. (1971): La revolución palestina y los judíos. Barcelona.
6. Aunque en el caso argelino se dio también un tipo de colonialismo de asentamiento sus *diferencias con el palestino parecen a todas luces evidentes: desde la relación con la tierra* (asentamiento no sólo urbano y en la costa, sino también rural y en el interior; explotación directa de los recursos agrícolas; relación místico-religiosa, ideología mesiánica, etc.) hasta el papel desarrollado por la potencia extranjera. Sobre esto último, véase: Owen, R. (1992): State, power & politics in the making of the modern Middle East. Londres: Routledge, pp. 21-23.
7. Este plano conceptual de la necesidad social del autoengaño, lo tomo de una referencia que hace Hirschman de Leszek Kolakowski (Hirschman, 1986: 105).
8. Nótese el paralelismo de ambas propuestas con el desarrollo posterior de las dos líneas de acción en los territorios ocupados, particularmente durante la década de los setenta. Mientras los miembros del partido comunista se dedicaron a la movilización social y política (trabajadores, estudiantes, mujeres y profesionales liberales), que los dotó de una importante representación en el movimiento sindical y social (Frente Nacional Palestino, 1973-1977), los grupos partidarios de la violencia revolucionaria se aplicaron más en las acciones de coacción, sabotaje y terrorismo, en detrimento de la movilización y organización sociopolítica que, entrados los setenta, consideraron cada vez más relevantes de forma inversamente proporcional a la erosión de su estrategia armada. No obstante, ambas pautas de acción convergieron en las movilizaciones de mediados de los setenta y posteriores, no sin antes

polemizar sobre sus fricciones (recuérdese las diferencias internas en el seno del FNP), cuyas raíces político-ideológicas residieron, de un lado, en la no siempre coincidente percepción entre la dirección del exterior y el emergente liderazgo del movimiento social en el interior; y de otro, en el alcance de sus objetivos (maximalistas o minimalistas) y los métodos de lucha empleados (desobediencia civil o resistencia). Debate renovado, una década más tarde, con la Intifada.

9. Entre las diversas aportaciones al estudio de la fragmentación social y política de los palestinos, destaca la planteada por Rosemary Sayigh: el peso de las corrientes centrífugas sobre la estructura social palestina se debe a su dispersión. Hecho que "expuso a los palestinos bajo los diferentes sistemas políticos e influencias, de manera que incrementaron su tendencia a la formación de pequeños grupos y facciones" (Sayigh, R., 1979: 101).

10. Según el desaparecido Abu Iyad: "In 1948, the Arab Governments (...) assumed responsibility for the Palestine problem. This was a mistake made by our leadership at the time. (...) The mistake was that Palestinian leadership did not maintain its leverage over the conduct of Palestine affairs" (Darwish, 1974: 31).

11. "The Algerian model was joined by the Vietnamese, the Chinese and the South American. The writings of Mao Tse Tung, General Giap, Regis Debray, Che Guevara and Franz Fanon were translated into arabic and disseminated by Al-Fatah" (Ya'ari, 1968: 28).

12. Siguiendo la lógica de la fase descendente del ciclo de protesta, Tarrow señala que la gente se retira de la acción colectiva cuando ha logrado satisfacer sus demandas inmediatas, cuando se cansan de los continuos riesgos y costes, o cuando se vuelve muy peligroso salir a la calle. Sin duda, esta última posibilidad parece ser lo ocurrido durante dichas movilizaciones al radicalizarse e incrementarse sus costes con el empleo de la violencia extrema, que contribuyó al declive de la participación pública (Tarrow, 1989: 54-55).

13. *Al-Karameh era una aldea en el valle del Jordán donde los fedayines se habían hecho fuerte: unos 300 guerrilleros se enfrentaron a unos 15.000 soldados israelíes a los que no sólo causaron numerosas bajas, sino a los que llegaron a frenar. Para más detalle, véase: Cooley, J. (1973): Green March, Black September. Londres: Frank Cass.*

14. La Carta Nacional Palestina no deja dudas al respecto: "La lucha armada es el único camino para la liberación de Palestina. Esta es la estrategia total, no meramente una fase táctica..." (Art. 9).

15. Pues como señala el profesar Mesa: "Desde el momento histórico en que los palestinos alcanzan la mayoría de edad política, la edad de su razón, el frente se les multiplica. Ya no sólo han de combatir contra Israel; también habrán de protegerse de las acechanzas árabes" (Mesa, 1975: 27).

16. Suelen ser grupúsculos sin base popular, excepto la clientelar, basada en relaciones socioeconómicas, de parentescos o regionalistas. Dependen estrechamente de un régimen árabe (*al-Saiqa*, de Siria, y el Frente Árabe de Liberación, de Irak), o bien son utilizados por dichos regímenes: el Frente Popular para la Liberación de Palestina. Mando General, FPLP-MG. (de orientación militarista, dirigido por Ahmad Jibril, y escindido de la OLP tras los acontecimientos de 1983, en Trípoli), y Fatah, Consejo Revolucionario (que lidera el afamado

terrorista Abu Nidal, escindido de Fatah a principio de los setenta y autor de la muerte de varios dirigentes palestinos, entre los últimos se encuentran Abu Iyad y Abu el-Holl).

17. El último ejemplo de manipulación esperpéntica de la causa palestina por un dirigente árabe fue la protagonizada por Saddam Hussein, que condicionó la retirada de su ejército de Kuwait a la israelí de Cisjordania y Gaza (1990-91).

18. Los palestinos representaban casi el 10 por ciento de los habitantes del Líbano. Su integración amenazó con inclinar la balanza confesional en favor de la población musulmana, que vio con simpatía poder contrarrestar el predominio cristiano. Por el contrario, las familias cristianas gobernantes, que sustentaban su poder sobre un precario orden social y político de corte sectario, temían que dicha situación pudiera subvertir su privilegiada hegemonía política, alarmada por la presencia de los comandos palestinos.

19. La Carta Nacional Palestina plantea la interdependencia entre la cuestión palestina y la nación árabe, veamos:

"El destino de la nación árabe, y la existencia árabe misma, depende del destino de la causa palestina. De esta interdependencia surge la búsqueda de la nación árabe y su esfuerzo por la liberación de Palestina..." (Art. 14).

Y de aquí se pasa a exigir responsabilidades a los países árabes:

"La liberación de Palestina, desde un punto de vista árabe, es un deber nacional (...) En consecuencia, la nación árabe debe de movilizar todo su potencial militar, humano, moral y espiritual para participar activamente con el pueblo palestino en la liberación de Palestina..." (Art. 15).

La pregunta entonces era si los Estados árabes no sólo asumían el lenguaje revolucionario o nacional-populista, sino también las consecuencias derivadas de tal proyecto.

20. Véase: Tilly, C. (1992): Coerción, capital y los Estados europeos, 990-1990. Madrid: Alianza.

21. Véase: Migdal, J. (1988): Weak states and strong societies: state-society relations and state capabilities in the third world. Pinceton: Princeton University Press.

22. Por ejemplo, los drusos repartidos en las fronteras de Siria, Líbano y Palestina/Israel; y los kurdos distribuidos por los Estados de Turquía, Irán, Siria e Irak.

23. Véase: Khoury, P.; & Kostiner, J. (eds.) (1991): Tribes and state formation in the Middle East. London: I.B. Tauris.

24. Revueltas palaciegas y fin de monarquías arcaicas (en Egipto, donde Nasser tomó el poder en 1952, e igualmente en Irak con Qassem en 1958); golpes de Estado y contragolpes (Siria); regicidios (asesinato del rey jordano, Abdallah, en 1951); intervenciones extranjeras (agresión tripartita de Francia, Gran Bretaña e Israel contra Egipto, en 1956); y brotes de guerra civil (en el Líbano, en 1958).

25. Sin caer en la visión maniquea de considerar a aquella de progresista y a éstas de reaccionarias, lo cierto fue que ambos grupos compartieron los retos inherentes a la construcción de los Estados nacionales.
26. Esto segundo suele ser el reto actualmente planteado en las sociedades y Estados árabes, incluso en aquellas donde la participación política fue elemental para el triunfo de la liberación nacional (por ejemplo, Argelia).
27. Se estima que la OLP poseía bienes por el valor de unos 6.000 millones de dólares, según un informe del semanario *Der Spiegel* reproducido en: "Los millones de la OLP", El País, 15 de diciembre de 1985, pp. 8-9.
28. Entonces, los que no se oponían a un acuerdo político del conflicto árabe-israelí eran Egipto, Jordania y Siria, principalmente; mientras que Irak y Libia lo objetaban.
29. Que adoptaron la resolución 3236 (XXIX) de reconocimiento de los derechos nacionales del pueblo palestino (a la autodeterminación, independencia nacional y el retorno a sus hogares y propiedades), y el derecho de la OLP a participar en calidad de observadora en sus foros (N.N.UU., 1990).
30. La importancia del Partido Comunista Palestino en el FNP era considerable. Pese a que no estaba integrado en la OLP, su influencia en el FNP se dejó notar en la propia OLP, sobre todo al hacerse eco de las recomendaciones de la URSS sobre la idea del mini-Estado en Cisjordania y Gaza.
31. La dinámica de los EE.UU. después de la guerra de 1973, se centró en monopolizar las oportunidades proporcionadas por ésta, con la exclusión de los soviéticos y de los europeos "de cualquier papel diplomático significativo en la región" (Cobban, 1989: 138). Actitud reforza por el revés de la URSS en Egipto, donde Sadat había ordenado la salida de sus consejeros militares (julio de 1972), desplazándose así desde el área de influencia soviética a la estadounidense.
32. Primero, la operación Litani (marzo de 1978), crisis que terminó con el alto el fuego entre las partes y la mediación de la ONU que accedió a enviar un contingente de cascos azules (FINUL); segundo, un periodo de seis meses que, en 1979, registró 175 ataques por tierra, mar y aire contra bases de la OLP (Khalidi, R., 1986: 28); y, tercero, el bombardeo sobre la central palestina en el popular barrio beirutí de al-Fakhani (julio de 1981), que reanudaron la hostilidades entre la OLP e Israel, y volvieron a cesar con un acuerdo mediado por la ONU, el emisario norteamericano, Philip Habib, y Arabia Saudita.
33. La iniciativa de paz del rey Fahed de Arabia Saudita planteó la solución del conflicto en los términos de "paz a cambio de territorios". Como la mayoría de las iniciativas de este tipo, el plan Fahed giró en torno al cumplimiento de la resolución 242, a lo que sumó la 3236 de reconocimiento de los derechos nacionales del pueblo palestino. En definitiva, llamaba a la retirada israelí de los territorios ocupados en la guerra de 1967 y la creación de un Estado palestino en Cisjordania y Gaza, después de un periodo transitorio (de meses) bajo la supervisión de la ONU; y al reconocimiento de todos los Estados de la región a vivir en paz que, implícitamente incluía el reconocimiento del Estado de Israel. El plan fue rechazado por

Israel y los Estados árabes que formaban el Frente de Rechazo (Argelia, Libia, Siria y Yemen del Sur) y aceptado por Fatah, la organización mayoritaria en la OLP.

34. Según Noam Chomsky: "La agresión israelí al Líbano apuntaba (...) hacia Cisjordania y Gaza. Desde hace mucho tiempo los israelíes practicaban la misma política, que fue establecida por el gobierno laborista pero que ahora el Likud hizo suya: asimilarse lo más posible los territorios ocupados e integrarlos a Israel(...) Al atacar el Líbano Israel perseguía varios objetivos. El principal era establecer *la calma* en los territorios ocupados, y al decir esto no hago más que recoger las propias palabras de Sharon, que afirmaba que: *la calma en Cisjordania depende de la destrucción de la OLP en el Líbano*. La explicación de esto es que en los territorios ocupados, allí-donde los palestinos han sido capaces de poder expresarse, una amplia mayoría ha reconocido a la OLP como representante legítimo. Y esto los israelíes lo comprenden muy bien, en la medida que actualmente la OLP tiene para los palestinos un papel similar al que el movimiento sionista tenía en los años 40 para los judíos. De ahí que los israelíes deduzcan que, para llevar a término su política de anexión deben destruir la estructura política de los palestinos, es decir la OLP. Este era uno de los objetivos de Israel al invadir el Líbano" (Chomski, 1982: 40-41).

35. Con el caso notable de Austria y los buenos oficios de su canciller, el desaparecido Bruno Kreisky, pionero en la introducción de personalidades palestinas en los círculos políticos y diplomáticos occidentales, e igualmente pionero en las mediaciones entre palestinos e israelíes (Avneri. U., 1986).

36. Las emisiones radiofónicas de *Saut Filistin* ("La voz de Palestina"), las ediciones de prensa y revistas semanales: *al-Zaura al-Filistinieh* ("La revolución palestina", órgano oficial de la OLP), *Fatah*, (que llevó el nombre de la organización que la editaba, Fatah, cuya publicación pionera del movimiento palestino era *Filistinuna*, "Nuestra Palestina", en los años sesenta, que luego pasó a llamarse *al-Assifa*, "La tempestad", hasta mediados de los setenta), *al-Hadaf* ("El objetivo", ligado al FPLP), *al-Hurriyah* ("La libertad", vocero del FDLP).

37. No en vano el historiador libanés, Kamal Salibi, denominó al Líbano como el parlamento del "arabismo" y la capital "panárabe" libre (Salibi, 1976: 159-160).

38. Surgido de la cumbre árabe celebrada en la ciudad marroquí de Fez (8 de septiembre de 1982), de la que tomó el nombre, se basó en el plan Fahed (1981), e igualmente reconocía el Estado israelí de forma implícita, en su punto séptimo.

39. La tensión alcanzó su máximo tono cuando Issam Sartawi, consejero personal de Arafat, exhortó a los congresistas a reconocer la derrota de Beirut, a no revestirla de triunfalismo. En definitiva, a no falsear la realidad para no tener así la responsabilidad de afrontarla.

40. Aunque el más difundido por los medios de comunicación fue Abu Musa, en la jerarquía superior estaban Abu Saleh y Qadry, ambos eran miembros del comité central de Fatah.

## VI. TRANSFORMACIONES EN LA SOCIEDAD PALESTINA

El impacto de la ocupación israelí en la estructura social de Cisjordania y Gaza se reflejó en su reordenación sociopolítica. La respuesta palestina a dicha ocupación adquirió desde el primer momento dos formas: la civil y la armada, detrás de las que se desarrollaron dos concepciones de resistencia tan diferentes como los ángulos de donde se percibieron. La primera, con una organización más débil, menos planificada y mayor predisposición a la espontaneidad e improvisación, fue más moderada tanto en el alcance de sus reivindicaciones como en los métodos pacíficos de sus protestas. Articulada desde los mismos territorios, estuvo obligada a tratar con el día a día de la ocupación: sus premios y sus más frecuentes castigos. La segunda, tanto por su objetivo estratégico como por sus medios, fue más radical. Mejor organizada e ideologizada pretendió, bajo los postulados clásicos de la lucha anticolonial, introducir la insurrección popular y armada en los territorios. Su escaso éxito entre la población ocupada se debió a su débil implantación social en el interior (en contraposición a su fuerte arraigo en el exterior) y al enorme costo represivo que impuso la superioridad militar israelí.

La participación pública no fue la tónica dominante durante los primeros años de la ocupación, sino la pasividad e inactividad política alterada cíclicamente por acciones de protesta. Las incursiones guerrilleras, pese a incrementarse tras la mítica batalla de *al-Karameh* (1968), se vieron reducidas por los sucesos de Jordania (1970-71) y la consecuente retirada de sus bases y operatividad al sur del Líbano. Repliegue reforzado por el desmantelamiento de las células organizadas de los fedayines en los territorios y su derrota en los enfrentamientos con el ejército israelí, particularmente duro en Gaza donde hubo un conato de insurrección. En suma, la pauta generalizada de los habitantes de Gaza y

Cisjordania fue de recogimiento al ámbito privado ante la decepción que causaron la derrota árabe, el fracaso de la estrategia guerrillera, la represión israelí, y las apremiantes necesidades materiales de subsistencia.

La anexión paulatina que realizó Israel de los territorios, una vez asegurado su control geopolítico, implicó la adecuación de su apartado socioeconómico a las demandas de la economía israelí: emplear la reserva de mano de obra barata de Cisjordania y Gaza. La posibilidad de trabajar en el mercado laboral israelí fue atendida ante la agobiante situación económica padecida por las clases más humildes, que superaron de esta forma las reticencias morales y políticas de responder positivamente a tan tentadora oferta. La dependencia económica inducida por las autoridades israelíes erosionó los antiguos vínculos de poder que mantenía la élite tradicional y pro-jordana entre su población, que basaba su liderazgo e influencia en el sistema de patronazgo y clientelismo, del que cada día se hizo menos uso con el resultado de la creciente retirada de su obediencia y la reducción de su base social. La ruptura definitiva con dichos vínculos se produjo con el cambio de valores materiales en el marco privado que, dentro de un proceso más amplio de relevo generacional y la emergencia del liderazgo nacionalista (pro-OLP), se expresaron en la proliferación de organizaciones y movilizaciones políticas.

### **1. La ocupación: condiciones de vida**

El conflicto de 1967 no corroboró las expectativas palestinas, por el contrario, la frustración se apoderó de los que permanecieron atrapados bajo la ocupación y de los que deambulaban por la diáspora sin más compañía que la esperanza del retorno. La provisionalidad supuesta al control de Cisjordania y Gaza por el Estado de Israel tomó forma de permanencia. Israel no se anexionó

formalmente todos los territorios, pero emprendió una política anexionista guiada por la imposición de la fuerza, la administración de su población, y la rentabilización económica de sus recursos humanos y materiales.

a) **Geopolítica (razones de seguridad)**: carentes de legitimidad para proceder a una anexión *de iure*, los sucesivos gabinetes israelíes desde 1967 esgrimieron argumentos de seguridad para mantener la ocupación de Cisjordania y Gaza, su denominador común fue la anexión *de facto* de dichas zonas (Shehadeh, 1988: 63-100).

Desde la perspectiva de los ocupados y desplazados, la política israelí en los territorios guardó ciertas semejanzas con sus pautas coloniales del pasado (1948-67), acorde a la *realpolitik* del sionismo y su irredentismo (Abu Lughod, I., 1982). Desde su fundación, el Estado de Israel puso en marcha un conjunto de leyes (la del retorno y de los ausentes) que negaban la identidad y propiedad de los palestinos que, reducidos a minoría nacional, permanecieron dentro de sus fronteras (Lustick, 1980); y creaban el colonialismo interno (Zureik, 1979). Dicha práctica buscaba la emigración (forzada o inducida) de la población autóctona, su expulsión (Palumbo, 1987; Flapan, 1987), y la transformación de las áreas desposeídas (Khalidi, W., 1987, 1991).

Al concluir las hostilidades de junio de 1967, el gobierno de unidad nacional israelí esgrimió razones de seguridad (elevada a razón de Estado) para retener las zonas conquistadas: la península del Sinaí, que puso bastante tierra por delante del país enemigo más poderoso, el Egipto de Nasser; los altos del Golán, que eliminaron los temores procedentes del frente sirio; la franja de Gaza, que permitió el control absoluto de la costa mediterránea; y Cisjordania, que homogeneizó la frontera con Jordania al seguir la línea trazada por el río

Jordán y el mar Muerto. Por tanto, los esfuerzos israelíes se encaminaron a la consolidación de esas denominadas "zonas de seguridad": las áreas fronterizas de los nuevos territorios.

El gobierno israelí se anexionó la parte oriental de Jerusalén y la integró en su jurisdicción, pero no a su población (27 de junio). Los árabes-palestinos residentes en la Ciudad Santa y sus alrededores (100.000) no fueron considerados ciudadanos israelíes por razones obvias: preservar el carácter judío del Estado israelí. Esta pauta se convirtió en paradigma para el resto de los territorios, ya que la ocupación presentó un dilema a la potencia ocupante: la población ocupada. De un lado, la anexión de los territorios implicaba otorgar la ciudadanía israelí a un electorado no judío que podía con el tiempo cuestionar el monopolio judío del Estado, dado el crecimiento demográfico palestino superior al israelí (en 1970 era del 4% frente al 2,8%, lo que hacía prever que en el año 2005 los israelíes dejarían de ser la mayoría de la población) (McDowall, 1989: 165-6). De otro lado, extender la anexión a la tierra sin conceder los derechos de ciudadanía a sus habitantes ponía en entredicho su sistema democrático, que no podía deshacerse masivamente de la población árabe como algunos extremistas sugerían.

El futuro de las tierras árabes provocó un debate en dicho gobierno en torno a su anexión o no al Estado israelí. Frente a las tesis maximalistas que pidieron su incorporación, predominaron las minimalistas de mantener la situación de *statu quo*. La polarización de la polémica no impidió cierto acuerdo: ninguna de las dos posiciones estaba dispuesta a replegarse a las fronteras anteriores a 1967. El "plan Allon" fue un ejemplo de ello.

La extensión territorial de Cisjordania (20.5%) y la de Gaza (1.5%) fueron paulatinamente integradas a la del Estado israelí. Una de las claves de esa incorporación fue la remodelación de su infraestructura física. Como señala un sociólogo palestino:

*"Israel began a substantial process of restructuring the transport and communications network of the West Bank and Gaza, relinking them with Israel. It became much easier for a Jewish settlement (...) There is a security function here, i.e., it allows Jewish settlers to move freely without going through Arab concentrations of populations, but the original intention was to create a network that would physically integrate the occupied territories with the State of Israel".*

*El establecimiento creciente de asentamientos<sup>1</sup> cumplió una misión geopolítica, manifiesta por la ubicación de los colonos: grueso anillo alrededor de Jerusalén, que judaizara la Ciudad Santa (Dakkak, 1983); corredor en el valle del Jordán, que formara una barrera humana entre Cisjordania y Jordania; en las alturas del Golán, que prevenía cualquier movimiento de Siria; y alrededor de los centros de población palestina o en medio de ellos como cinturones de seguridad y cuñas de fragmentación.*

El trasvase de la población israelí a las nuevas áreas se realizó mediante, uno, la motivación económica (ventajas fiscales, subvenciones, préstamos a bajo interés), que atrajo a colonos más secularizados y menos irredentistas (votantes potenciales del laborismo); y, dos, la explotación de los sentimientos religiosos que, impulsado en los últimos años por el Likud, atrajo a los miembros más ultranacionalistas y fundamentalistas. Al margen del estilo sociodemográfico de los asentamientos, su cometido consistió en israelizar los territorios palestinos

---

<sup>1</sup> (Tamari, 1990: 128).

hasta hacer de su devoción un problema materialmente irresoluble, pese a las buenas intenciones. En este sentido, los colonos actuaron como un grupo de presión o lobby electoral opuesto a posibles concesiones territoriales (política de hechos consumados).

Después de una década de ocupación las razones de seguridad quedaron obsoletas. Primero, el ejército israelí gozaba de una notable superioridad, reforzada por la importancia de Israel en la alianza estratégica con los EE.UU., que aumentó en proporción paralela a la crisis de Indochina y a la guerra fría<sup>2</sup>. Segundo, la tensión de sus fronteras este y suroeste fue aliviada con la salida de los fedayines de Jordania y la desaparición del régimen nasserista (1970). Tercero, la guerra de octubre vulneró la invencibilidad militar israelí (1973), pero inició un proceso de negociación entre Egipto e Israel que desembocó en el acuerdo de la línea Bar Lev y en el tratado de Camp David<sup>3</sup>. La neutralidad egipcia fue explotada por Begin para iniciar una política más ofensiva que la defensiva de sus antecesores laboristas.

b) **Administración (regularizar la ocupación)**: desde su creación el Estado israelí no ha declarado sus fronteras, constante que ha mantenido pese a su frecuente variación (o quizás debido a ella), contradiciendo una de las normas internacionales más básicas (Pastor Ridruejo, 1987: 303). Esa negativa no guardó relación alguna con la ausencia de constitución escrita por seguir Israel la tradición británica del "common law", lo que ha sido interpretado como expresión de su carácter expansionista (Abid, 1969a, 1969b).

La ambigüedad israelí sobre el estado jurídico (y político)<sup>4</sup> de los territorios se relaciona también con el incumplimiento de la IV Convención de Ginebra y los derechos que regula: los de la población bajo su ocupación militar<sup>5</sup>. Israel

elaboró una serie de proyectos (plan Allon, elecciones municipales de 1972 y 1976, autonomía administrativa, autonomía esbozada en Camp David, administración civil, ligas de aldeas), que fueron diseñados con objeto de normalizar una situación anómala, eludir sus responsabilidades internacionales, y otorgar una cobertura legal a la ocupación, en sintonía a la espiral integradora de Cisjordania y Gaza en el Estado israelí (Ryan, 1984). La paradoja de la ocupación israelí residió en apropiarse de los beneficios de la ocupación (exigir la obediencia política de la población ocupada) sin asumir sus costes (conferirle los derechos de ciudadanía).

En la historia de las relaciones internacionales las ocupaciones militares han tenido el carácter de la provisionalidad, supuesta también por el derecho internacional que recomienda la retirada una vez finalizadas las hostilidades, o como gesto de voluntad negociadora para dirimir los contenciosos internacionales por vía pacífica. En este sentido, la resolución 242 (XXII) del CS de la ONU añadió más confusión que luz al ya de por sí complejo conflicto, debido a que la cuestión palestina recibió trato humanitario en vez de político y a su ambigüedad diplomática<sup>6</sup>, que derivó en controversia política. Al margen de las posiciones adoptadas, la realidad distó bastante de la recomendación resuelta por la ONU ante la falta de voluntad política de hacerla realidad (parcial o totalmente). Así los territorios y población de Cisjordania y Gaza conocieron una ocupación kafkiana<sup>7</sup>: tanto por el desconcierto sobre lo que realmente decía la tan manida resolución como por la indefinición de su *statu quo* que no terminaba de integrarlos *de iure*, pero sí *de facto*.

Los territorios no dejaron de ser gobernados *manu militari* desde el primer día de su ocupación. La anexión de Jerusalén Este y de las alturas del Golán se realizó unilateralmente y sin consulta previa a sus respectivas poblaciones. Las

leyes del Mandato británico, contra las que habían luchado los hombres y mujeres que formaban la clase política israelí, fueron las mismas que aplicaron a los palestinos; adjuntas a un elenco de nuevos instrumentos legales que regulaban la ocupación (Shehadeh, 1988; Tsemel, 1984), guiadas por la lógica de la desposesión y negación de la realidad palestina (Aruri, 1984).

b.1) **Desposesión**: la expropiación de tierras palestinas mediante las herramientas jurídico-administrativas alcanzaron más del 50 por ciento (NN.UU., 1981). Fueran expoliadas por medios directos o indirectos siempre atentaron contra un derecho básico: la propiedad. Igual sucedió con el agua<sup>8</sup>, uno de los bienes más apreciados en la zona dada su economía predominantemente agrícola.

La paradoja de estos hechos reside en su círculo vicioso: se genera un cuerpo de leyes que son aplicadas discriminatoriamente sobre los palestinos y sus bienes. Si algún palestino agraviado quisiera ingenuamente reclamar, lo tiene que hacer ante la misma autoridad "militar" o "administrativa" que le discrimina, ya que el poder ejecutivo y judicial son uno mismo en los territorios.

b.2) **Negación**: los palestinos de Cisjordania y Gaza sufren la sistemática violación de los derechos más fundamentales (humanos y civiles) hasta los más complejos y específicos (políticos, socioeconómicos y nacionales). Muertes, detenciones arbitrarias, arrestos domiciliarios, prisión, interrogatorios, torturas, deportación, confinamientos, restricción de movimientos y viajes, estados de sitio, toques de queda, clausura de centros docentes, impuestos desmedidos e injustificados, penalidades económicas y censura de libros son algunas de las agresiones cotidianas que padecen los palestinos bajo la ocupación, denunciadas repetidas veces por organizaciones internacionales<sup>9</sup>.

Pero por encima de cualquier otra consideración, la ocupación israelí supone la negación de la identidad nacional palestina. Los sucesivos proyectos administrativos o políticos de normalización, articulados a lo largo de dos décadas, no encontraron la aquiescencia política buscada entre la población ocupada o, al menos, entre algunos de sus sectores sociales más relevantes. Por el contrario, la ocupación no logró la aceptación de su gobierno ni propició ningún tipo de convivencia intercomunitaria.

c) **Economía (recursos, dependencia y mercado)**: el mayor éxito de la anexión israelí fue en el apartado socioeconómico, con la explotación de los recursos humanos y materiales de los territorios, donde extendió sus mecanismos de dependencia económica.

c.1) **Desposesión/negación**: la ocupación excluyó a los palestinos de la participación en la vida política y en la programación monetaria y fiscal (Davis, 1987). Sus entidades financieras fueron clausuradas. La ausencia de planes para su crecimiento y desarrollo económico fue la cara de una moneda cuyo reverso generó la dependencia de la economía palestina a la israelí.

La guerra de 1967 registró una nueva ola de refugiados (300.000), y la ocupación fomentó la emigración (1.000.000)<sup>10</sup>. Ya fuera forzada y debido a causas directas, políticas y de seguridad, o bien, inducida e indirectas, familiares y socioeconómicas, se trató de una *salida* en su doble acepción: cuando queda excluido el recurso de la voz o su uso resulta ineficaz, y como mejora de los bienes privados antes que los públicos (Hirschman, 1977).

La creciente emigración hacia el exterior (países árabes limítrofes o productores de petróleo, y América) significó la pérdida gradual de recursos humanos de la

sociedad palestina, que produjo "un desequilibrio demográfico en el sector más productivo de la población" (ONU, 1982: 34), paralela a la expoliación de sus fuentes materiales: tierra y agua. El impacto socioeconómico de la ocupación, unido a la transformación demográfica y territorial removieron la estructura social y amenazaron su identidad comunitaria. Los drásticos sucesos introdujeron importantes cambios, que debilitaron -aún más- su capacidad de respuesta socioeconómica. Las pérdidas se registraron en la alteración del estatus social y el desarraigo (particularmente entre los refugiados)<sup>11</sup>, la reducción masiva de los puestos de trabajo, la ausencia de estabilidad o seguridad necesarias para invertir, la disminución de las propiedades y tierras de producción, la restricción del comercio y de los mercados vecinos ante la desaparición del espacio territorial y marítimo (costa de Gaza).

c.2) **Dependencia**: la ingente fuerza de trabajo liberada no encontró lugar en lo que quedaba de país. Si la emigración constituyó parte de la salida, trabajar en el mercado laboral israelí representó la válvula de escape del exilio interior. Las condiciones de los trabajadores palestinos en Israel no resultaron precisamente atractivas: tenían prohibido el uso de la voz con la que articular la defensa de sus derechos, que brillaron por su ausencia (Taggar, 1985). Pero la satisfacción de las exigencias primarias (estrategias de supervivencia), sin otra alternativa mejor (subdesarrollo económico de Cisjordania y Gaza), vulneró la reticencia palestina ante el proyecto israelí de reestructuración económica de los territorios en función de las necesidades de su economía y política de anexión.

Esa empresa fue facilitada por la imperiosa tarea de colmar las demandas de subsistencia de la población ocupada, especialmente entre los sectores más depauperados (refugiados sin ningún tipo de recursos y campesinos con pequeñas propiedades, expropiados o jornaleros sin tierra). Ambos grupos

sociales constituyeron una fuente formidable de mano de obra barata para la economía israelí<sup>12</sup>. Estas pautas de integración económica fueron la prolongación mimética de las aplicadas por Jordania y Egipto en los territorios (1948-1967), donde se apropiaron de "una reserva de mano de obra barata y crecientemente cualificada" (Hilal, 1992: 66). Al tiempo que Israel garantizaba su seguridad creó un cuerpo jurídico-administrativo con los que tratar a los palestinos como una unidad no sólo de producción barata, sino también de consumo. Los territorios se convirtieron en el mercado más importante de la economía israelí, después del norteamericano. De ahí el deslizamiento de las *razones de seguridad* hacia las del *mercado*. Ampliándose el repertorio de argumentos para mantener la ocupación, que en los últimos tiempos se justificó por el auge del nacionalismo y fundamentalismo judíos<sup>13</sup>.

Para Israel los territorios son una fuente extraordinaria de recursos humanos (mano de obra barata sin costes sociales), naturales (materias primas a bajos costes o ninguno si deriva de la confiscación de tierras y aguas), y fiscales (impuestos que extrae vía directa o indirecta sin reinvertirlos en los territorios), además de los tributos locales (impuestos pagados por Cisjordania y Gaza que durante dos décadas suman, en cálculos modestos, 800 millones de dólares). La *deducción de fondos* es la principal fuente de fiscalización, que descuenta el 20 por ciento del salario percibido por los trabajadores palestinos que oficialmente trabajan en Israel, y son transferidos al Instituto Nacional de Seguridad. Pero la Seguridad Social sólo es aplicable en la parte israelí y en sus asentamientos en los territorios, por lo que los trabajadores palestinos están excluidos de los servicios procurados en parte con sus impuestos, y carecen de pensiones o de ayudas prestadas por dicha institución (viudedad, vejez, enfermedad, accidentes, incapacidad laboral, pagas extras, bolsa de vacaciones, incrementos salariales por hijos dependientes, desempleo). La negativa israelí a revelar la cantidad de

los fondos deducidos a los palestinos desde 1970, no ha impedido que algunas estimaciones moderadas lo cifren, en 1987, por encima de los 800 millones de dólares, que añadiendo un modesto interés pasarían el billón de dólares. Tres cuartas partes de éstos retornaron a los territorios no en concepto de servicios, sino para sufragar el déficit del Gobierno Militar, el resto (250 millones) fue retenido en Israel. Las inversiones de capital en los territorios por el Gobierno Militar o la Administración Civil han sido de una media de 20 millones anuales, que en veinte años suman 400 millones de dólares (Benvenisti, 1987: 30-32).

Los territorios también son un gran mercado para el consumo de su producción<sup>14</sup>. El intercambio desigual tiene su razón de ser en la estructura de dependencia generada por la ocupación que impide el libre desarrollo económico<sup>15</sup>. Como anota Graham-Brown:

"Perhaps the most striking aspect of the way increased consumption has widened the basis of dependence on Israel is the fact that most the cars, trucks, air conditioners, heaters, televisions, radios, stereos, refrigerators, and other durable goods to be found in homes in the territories either come via Israel and Israeli wholesalers or from Israeli production (...) substantial quantities of agricultural products come from Israel, and now much of the canned food, dairy products, powdered milk, and many grocery, hard-ware, and pharmaceutical staples originate in Israel"<sup>2</sup>.

El sector industrial en los territorios se mantiene subdesarrollado y a pequeña escala, salvo raras excepciones. La parálisis económica e industrial de la región palestina tiene que ver con la ocupación, que mantiene el desarrollo desigual y favorable a Israel, prohibiendo la producción a gran escala cara al mercado de Cisjordania y Gaza (Graham-Brown, 1984a: 187): por competir con los bienes manufacturados israelíes y con sus productos agrícolas<sup>16</sup>. La dependencia creciente y forzada de los territorios a la economía israelí cobró otros efectos:

---

<sup>2</sup> (Graham-Brown, 1984a: 201).

su descapitalización y abandono de sus necesidades sociales, servicios públicos, sanidad, docencia e infraestructura<sup>17</sup>.

El interés israelí en Cisjordania y Gaza no responde ya tanto a los criterios originales (razones de seguridad) como a otros factores de índole ideológico, político y económico: nacionalismo, fundamentalismo, colonización y ampliación del mercado. Con la agravante paradoja de asimilar a la población palestina como una unidad de consumo y producción, sin concederle a cambio ningún tipo de derechos políticos ni el control de sus propios recursos naturales y humanos. Después de más de veinte años de represión, injusticias y humillaciones, la ocupación israelí no logró adueñarse de la voluntad de los ocupados. En definitiva, no fue capaz de ocupar la acción intencional de los palestinos bajo su ocupación, aunque sí transformar el medio en el que aquélla (la acción pública) tiene lugar (la base estructural).

d) **El palo y la zanahoria**: el partido laborista en el poder diseñó la primera década de la ocupación (1967-1977). Su arquitecto fue Dayan, que, como ministro de Defensa, era la máxima autoridad en las zonas ocupadas, donde introdujo la política de "hechos consumados": más eficaz que la declaración formal de anexión que exigía apoyos internacionales sin garantías de encontrarlos. Su estrategia del "compromiso funcional" residió en la adhesión de los territorios sin anexión formal ni concesión de la ciudadanía israelí a sus habitantes. Se trató de la ambigüedad del laborismo, que permitió a Israel "mantener sus conquistas territoriales y sostener una postura diplomática creíble en la arena internacional" (Aronson, 1990: 13).

Desde el primer momento hizo sentir a la población palestina que su oposición a la ocupación tenía altos costes: deportación de líderes políticos, sociales y

religiosos; castigos colectivos; demolición de casas; estados de sitio sobre ciudades, aldeas y campos de refugiados; sanciones económicas; y un largo elenco de castigos. El objetivo era reducir la resistencia a la ocupación al mínimo de lo posible: a un número pequeño o vanguardista.

Con la ocupación los territorios quedaron aislados del mundo árabe. Uno de sus efectos fue el cerrar los lazos comerciales que los agricultores y exportadores de Gaza y Cisjordania mantenían con sus vecinos. Los empresarios palestinos llevaron sus productos al mercado israelí, o bien los consumidores israelíes iban al mercado palestino<sup>18</sup>. La reapertura de los puentes encontró su razón de ser en la política del "palo y la zanahoria" que, con objeto de ganarse la colaboración de sectores importantes de la población ocupada (terratenientes, grandes propietarios, burguesía comercial), permitió que sus exportaciones pasaran por los puentes hacia sus mercados tradicionales.

Esta política de "premios y castigos" buscó también preservar la influencia de Jordania en la ribera occidental del Jordán como, paralelamente, integrar los territorios en Israel mediante vínculos invisibles e informales. Con lo primero evitaron que las guerrillas palestinas aprovecharan el vacío político producido tras la guerra y, con lo segundo, esquivaron la formalización de una anexión jurídica de Cisjordania y Gaza que resultaba impresentable ante la sociedad internacional. De esta forma surgió un acuerdo tácito entre Jordania e Israel: el primer país se encargó de la administración civil mientras el segundo lo hizo de la seguridad militar de los territorios.

La administración civil jordana fue respetada con el fin de gobernar los territorios de forma indirecta y lograr así su relativa calma o estabilidad. De acuerdo con el planteamiento de Dayan se utilizó el entramado administrativo

existente en los territorios sin introducir otro nuevo. Al fin y al cabo, el dominio israelí sólo necesitaba "ser sentido, y no visto". Al tiempo que la dinámica de "puentes abiertos" permitió el contacto de bienes y población entre los territorios "e implícitamente de Israel" con el mundo árabe (Tamari, 1980: 85). Es decir, asumir los beneficios de la ocupación (control de la tierra y de sus recursos), sin pagar sus costes ni correr con sus riesgos (otorgar derechos civiles y políticos a su población).

## **2. Decepción, estrategias de supervivencia y pasividad**

Las pautas de comportamiento sociopolítico de los palestinos del interior, durante 1948-1967, no se diferenciaron de las del exterior. Ambas bolsas de población no estuvieron precisamente volcadas en el ámbito público, sino en el privado: concentración en la protección individual y satisfacción de las necesidades elementales. En contrapartida, la privación de participación política proyectó su confianza en la mediación de la sociedad internacional y, sobre todo, en la capacidad militar y diplomática del mundo árabe para resolver su dramática situación. Expectativa doblemente frustrada con la derrota de 1967: no sólo dejó sin solucionar el problema palestino, sino que lo empeoró.

A partir de entonces el marco estructural entre los palestinos de la diáspora y los de la tierra ocupada se diferenció aún más. Los primeros sufrieron el impacto de la catástrofe de 1948 de forma más agresiva (expulsión, huida, exilio, desarraigo, desclasamiento, marginación) y, después de 1967, sus posibilidades de retorno (o de recobrar su anterior estatus social, hogares y propiedades) decrecieron no sólo porque la recuperación de sus territorios (1948) dejó de ser prioritaria para los vencidos regímenes árabes (que se centraron en los de Cisjordania y Gaza), sino también porque dicha tarea

implicó una acción insurgente en la diáspora con notables costes y riesgos, que no todas las comunidades palestinas en el exilio estuvieron dispuestas a correr, salvo los refugiados y otros círculos sociales (trabajadores, estudiantes, intelectuales).

Los segundos no sufrieron tan drásticamente el impacto de la *Nakbah*, sino que pasaron bajo administración de Egipto y Jordania (1948-67), y con la ocupación israelí (1967) no se produjo el éxodo masivo de 1948, por el contrario, la inmensa mayoría permaneció en sus hogares. Pese a la represión sistemática (ausencia de derechos y libertades), las transformaciones demográficas (asentamientos de colonos) y territoriales (expropiación de tierras y agua), permanecer en el territorio autóctono fue la estrategia de resistencia pasiva a la ocupación: *Sumud*. Ésta se convirtió en un revulsivo que los arraigó más en su tierra y contribuyó al resurgimiento de su identidad colectiva. La lección de 1948 tuvo buena parte de responsabilidad en esa actitud. Por tanto, la huella de la diáspora y de la ocupación en la sociedad palestina no resulta del todo comparable: la primera significó el desarraigo y la dispersión, la segunda transformó su estructura socioeconómica y amenazó su identidad comunitaria.

En lo alto de su estructura social se encontraban los grandes y medianos terratenientes -algunos de carácter absentista-, seguido de los comerciantes de productos agrícolas e importadores de bienes manufacturados, y los empresarios de la pequeña industria (como la del jabón en Nablus). Poseedores de los bienes de tierras, capital y el valioso recurso del trabajo, su dominio estuvo reforzado por los nudos familiares y de clanes. La influencia de los terratenientes en la vida social y económica era notable, sobre todo en las zonas rurales donde preservaron su estatus de figuras locales. Un lugar intermedio lo ocupaba la pequeña burguesía, compuesta por profesionales liberales, pequeños comercian-

tes, artesanos, contratistas y empleados en el sector de servicios. El resto de la población, predominantemente rural, vivía de la agricultura. Los refugiados constituían el escalón más bajo y representaban una población adicional a la que la economía de los territorios no pudo absorber (Graham-Brown, 1984: 223-224; Abu Amr, 1989b: 78-85). Particularmente grave fue el caso de Gaza donde el número de refugiados triplicó a la población local y los recursos económicos iban por detrás de Cisjordania (Graham-Brown, 1984: 227; Abu-Amr, 1989b: 77-8).

Tras la ocupación las condiciones de vida en los territorios comenzaron a verse mermadas: quiebra de negocios, comercios y pequeña industria, reducción drástica de empleos, ausencia de estabilidad para la inversión, huída del capital y los ahorros, sobrepoblación o población adicional con los refugiados y aumento del desempleo ante la mano de obra campesina liberada por la confiscación de sus tierras. Los sentimientos de pérdida, decepción e incertidumbre, introdujeron la predominante estrategia de supervivencia individual, que no significó la obediencia tácita a las autoridades de la ocupación (su rechazo quedó claro desde el primer momento en la protesta de 1968), sino la búsqueda de los bienes e intereses privados. En ese contexto se produjo la *salida* emigratoria al interior (mercado laboral israelí) y al exterior (países árabes y América).

### 3. **Primeras respuestas**

Durante los primeros años de la ocupación no hubo una vida política considerable (salvo la ola de protesta civil de 1968 y el brote de insurrección violenta en Gaza), el grueso de la sociedad estuvo centrada en las estrategias de supervivencia individual. Esta pasividad no fue indiferente a la decepción que supuso el

fracaso de la estrategia militar árabe (agotamiento del panarabismo como medio para resolver la cuestión palestina), la intervención desmovilizadora de los fedayines (que encarecieron la participación pública con la acción violenta), la fragmentación y debilidad sociopolíticas (ausencia de organización y oposición de lealtades entre la élite tradicional y la nacionalista), y la coacción de la ocupación (violencia estructural que reprimió cualquier movimiento palestino de signo nacionalista).

a) **Reagrupamientos organizativos**: los primeros intentos de movilización de recursos organizativos fueron articulados, primero, por el Consejo Supremo Islámico que, integrado por una veintena de personalidades locales de Jerusalén, respondió inmediatamente a la anexión israelí de Jerusalén Este (julio de 1967); segundo, por el Alto Comité de Orientación Nacional, con ámbito de actuación semiclandestino tanto en Jerusalén como en Ramallah (agosto de 1967); y tercero, por los de ámbito rural y periférico como el Comité de Solidaridad Nacional, en Nablus, y el Comité de Interés Público y el Comité Nacional, en Hebrón.

Se trataron de agrupaciones de tipo reactivo: de reafirmar los derechos legítimos de un colectivo ante su violación (Tilly, 1978: 145). Estaban formadas tanto por miembros del liderazgo tradicional como por el nacionalista (emergente: militantes en el ba'as, el movimiento nacionalista árabe -panarabista o nasserista-, y el partido comunista), que expresaron la rivalidad entre ambas élites. El primer grupo conservó el predominio al coordinar las organizaciones y al actuar en calidad de portavoces de las demandas palestinas frente al gobierno militar israelí. Pese a su moderación y los métodos de desobediencia civil empleados (huelgas, manifestaciones, y otras actividades de protestas pacíficas) no se libraron de la represión que dejó un saldo significativo de

prisioneros y deportados<sup>19</sup>. Paradójicamente, la expulsión de los líderes moderados (pro-jordanos) terminó restando su influencia política en favor de la posterior élite nacionalista (Lesch, 1979; Sahliyah, 1988: 33).

Independientemente de sus signos políticos, la importancia de estos ensayos organizativos expresaron no sólo la voluntad nacional de rechazo a la ocupación, sino la emergencia de un liderazgo palestino independiente dentro de Palestina sin la interferencia externa de ningún régimen árabe (Dakkak, 1983: 71).

b) **Movilizaciones civiles**: el primer estallido de protesta popular de la población palestina reveló su desprecio a la ocupación extranjera y a sus prácticas represivas. Fueron las primeras expresiones colectivas que, con cierta regularidad, protagonizaron los jóvenes y estudiantes, como señala Weinstock:

"la demostración más neta de la fuerza de la resistencia palestina se basa en la rebelión ininterrumpida que continúa desarrollándose desde el verano de 1968. y cuya punta de lanza la constituye la juventud. Huelgas escolares, huelgas profesionales parciales y generales, manifestaciones de masa, autodefensa activa (erección de barricadas) se suceden sin descanso en Jerusalén, Napluse, Ramallah, Jericó, Jenín, El-Bireh, Tulkaren, Tubas, Gaza y Rafah"<sup>2</sup>.

Dichos acontecimientos fueron el comienzo del renacimiento nacionalista en los territorios, indicado por la creciente movilización de su tejido social que giró principalmente en torno a los círculos nacionalistas (estudiantes, docentes, sindicalistas, organizaciones femeninas, trabajadores de cuello blanco e intelectuales). La cima de la protesta (manifestaciones, huelgas estudiantiles y comerciales, eslóganes pro-fedayines) se alcanzó en 1969 cuando se produjeron las deportaciones de las personalidades palestinas (Shemesh, 1984: 296-297).

---

<sup>2</sup> (Weisntock, 1970: 417).

Estas primeras movilizaciones civiles y generalizadas fueron rápidamente abortadas por la represión del gobierno militar israelí, y la radicalización de la protesta mediante las acciones guerrilleras, que encareció los costes de la participación pública debido al uso (y abuso) de la violencia (Tarrow, 1989: 53-56).

c) **Acción violenta**: el incipiente movimiento de resistencia se aventuró en provocar una acción insurgente en el interior, donde no contaba con ningún tipo de infraestructura política ni militar, ya que había centrado su base social, ideológica y organizativa entre "los palestinos en el exilio" (Cobban, 1989: 94). Aunque Gaza no fue una excepción a esa estrategia, cabe diferenciarla de las incursiones armadas procedentes de la fronteras jordana o libanesa porque en su distrito se produjo una resistencia autóctona, que desafió al ejército de ocupación (Tamari, 1981: 28).

Gaza contaba con una breve experiencia de ocupación (guerra de 1956) y con algunos experimentados comandos del Ejército de Liberación de Palestina, que operaron desde los campamentos con el apoyo de la comunidad de refugiados. De esta forma, se cruzaron las movilizaciones civiles con las armadas hasta que el ejército israelí, al mando del general Ariel Sharon, aplicó la estrategia de la contrainsurgencia, que causó la transferencia y redomiciliación de algunas bolsas de población (12.000 familiares de supuestos guerrilleros fueron deportados a los campos de detención en el Sinaí y 16.000 refugiados fueron desplazados) con objeto de fragmentar los vínculos comunitarios de los campos de refugiados y de la ciudad de Gaza, donde se construyeron calles lo suficientemente anchas que facilitarían su control (7.000 viviendas en tres campos de refugiados fueron destruidas) (Tamari, 1981: 28; Roy, 1989a: 258-259). La represión no sólo

acabó con la ola de protesta iniciada en la primavera de 1968, sino que fomentó cierta pasividad política:

"Between 1970 and 1973, political inactivity and a mood of resignation prevailed among the West Bank urban elite. The inconclusive outcome of the civil disobedience movement against the Israeli military occupation by 1969 had contributed significantly to this state of affairs. Israel's punitive measures - including the policies of deportation, administrative detention, imprisonment, demolition of houses, and restriction of political activity- exhausted the energies of West Bank politicians and resigned them to the fact that occupation would no end soon (...) Disappointing results of the PLO's strategy of armed struggle also contributed to the political inactivity in the West Bank"<sup>4</sup>.

#### 4. La emergencia del liderazgo nacionalista

El vacío político dejado por la dirección nacional palestina después de 1948 sólo fue reemplazado en la década de los sesenta por el movimiento de resistencia que, agrupado en torno a la OLP, logró imponer su liderazgo definitivamente a mediados de los setenta, tanto en el interior como en la diáspora.

Entre ambos periodos hubo más de un deseo por asumir la representación palestina, aunque sólo dos tentativas fueron las más significativas. Primero, desde el ámbito palestino, el Alto Comité Árabe (ACA) intentó retomar la situación tras la catástrofe de 1948 con la formación del "Gobierno de Toda Palestina" (1948-1959), que proclamó la independencia de Palestina como un Estado libre, soberano y democrático, en el Consejo Nacional celebrado en Gaza (octubre de 1948). La iniciativa por resucitar el ACA como gobierno semiexiliado (aún se conservaba la franja de Gaza) fue frustrada por la ocupación egipcia

---

<sup>4</sup> (Sahliyah, 1988: 33).

de Gaza y la consecuente restricción de movimientos del nominal gobierno palestino (sin operatividad desde 1952), al tiempo que iba menguando su apoyo y reconocimiento en la LEA, y no contaba con una amplia base de apoyo popular.

El segundo intento procedió de la oposición del rey Abdallah a cualquier reemergencia del nacionalismo palestino, dada sus ambiciones anexionistas que le habían llevado a pactar con el movimiento sionista la repartición de Palestina tras su partición (1947) e impedir el nacimiento de un Estado palestino (Shlaim, 1988). En esa sintonía convocó en Jericó una reunión de personalidades palestinas colaboradoras con su régimen (diciembre de 1948) para contrarrestar los esfuerzos por reavivar el ACA; y anexionó Cisjordania a su reino, Transjordania, que a partir de entonces se denominó Jordania (1950).

a) **La disputa jordano-palestina:** la anexión de Cisjordania supuso la creación de una sociedad dualista formada por dos comunidades, la jordana y la palestina, en la que la primera mantuvo el control exclusivo del poder y emprendió la integración forzosa de la segunda, tanto de los que residían en Jordania como en Cisjordania (Mishal, 1978). El nombre de Palestina fue borrado de los documentos oficiales y cualquier referencia al mismo se hacía en los términos relativos a las riberas del río Jordán: la occidental (*Dafa al-Garbíe*: Cisjordania) o la oriental (*Dafa al-Sharquíe*: Jordania). Así, Jordania triplicó su población, que pasó de 400.000, en 1948, a 900.000, en 1950, de la que prácticamente la mitad eran refugiados: 100.905 en Cisjordania, y 431.500 en Jordania (Mishal, 1980: 170).

Además de la represión de los sentimientos nacionales, la prohibición y persecución de las organizaciones palestinas, panarabistas y de izquierdas,

Abdallah inició la cooptación de líderes palestinos, de ámbito local y orientación tradicional, en una alianza que conservara fragmentada la sociedad palestina y frenara la tendencia a su centralización, que potencialmente podía "movilizarse contra su régimen" (Migdal, 1980: 37).

En esa tesitura, Jerusalén perdió su cualidad de centro de las actividades político-administrativas en favor de la capitalidad de Ammán, frenando el tradicional activismo jerosolimitano en beneficio de los centros urbanos menores y periféricos, de rivalidades localistas que, en definitiva, era lo que perseguía esa mudanza (Mishal, 1980: 179). Paralelamente, se produjo el trasvase socioeconómico desde Cisjordania a Jordania, en una relación desigual en la que Jordania monopolizó el poder y generó la dependencia de la orilla occidental a la oriental, pese a que los palestinos presentaron unos indicadores de modernización económicos y políticos superiores (ibid.: 172-174; Hilal, 1992).

b) **La disputa Jordania-OLP**: con esos precedentes era fácil que surgiera la conflictividad en las relaciones jordano-palestinas, sobre todo tras la madurez alcanzada por el movimiento nacional palestino (Mesa, 1975: 24). Después de 1967 la fricción se centró en reivindicar la reintegración de Cisjordania en Jordania o, por el contrario, en su separación como parte de un Estado palestino; y en ganar el control de los recursos movilizados de la comunidad política en Cisjordania y Gaza. El objetivo era la legitimidad para aspirar a sus respectivos y encontrados deseos de asumir la representación de la población y cuestión palestinas.

Las diferencias entre ambos jugadores eran obvias: Jordania era un actor estatal, la OLP no. El régimen jordano contó con un considerable poder de coacción que, si bien no llegó directamente a los territorios (ya que su ocupación puso fin

a los vínculos geopolíticos entre ambas orillas del Jordán), se extendió mediante un amplio surtido de recursos. En concreto, se valió de su administración civil en Cisjordania (consejos municipales, cámaras de comercio e industria, centros docentes, asociaciones caritativas, y personalidades que habían desempeñado puestos en su burocracia, parlamento o gobierno), y de su asistencia socioeconómica (trabajos y puestos en la administración, pasaportes, residencia, certificados, permisos, puente de comunicación entre los territorios y el mundo árabe, mercado de sus productos, y principalmente financiación de proyectos, subvenciones o ayudas económicas), de esta forma desplegó sus redes clientelares y guardó la lealtad a su orientación política.

Por su parte, la OLP, que entonces ampliaba su labor asistencial en la diáspora, sólo poseyó el recurso simbólico de la identidad nacional. Aún así, lo tuvo muy difícil para articular la creciente identidad colectiva, todavía débil entre los palestinos del interior, dependientes de los recursos y actores externos. Por ejemplo, en Cisjordania, las razones palestinas que hicieron deseable mantener los vínculos con Jordania descansaban en que era el único medio de comunicación con el mundo árabe, representaba un mercado para la salida de sus productos agrícolas, ofrecía su pasaporte (movilidad física o emigración), y existían fuertes lazos socioculturales y familiares entre ambas orillas.

c) **Cambios sociopolíticos y económicos**: el trasvase del liderazgo tradicional al nacionalista o de la lealtad de Jordania a la OLP se produjo en un plazo de tiempo relativamente corto, en el que mediaron una serie de acontecimientos, con la mudanza silenciosa de su base socioeconómica y valores sociopolíticos.

c.1) **Septiembre Negro**: el choque violento entre la resistencia palestina y el ejército jordano exhibió ciertas repercusiones políticas, de un lado, la OLP

perdió su base territorial en Jordania, y, de otro lado, la imagen del régimen hachemita comenzó su declive entre los palestinos a los que deseaba representar e integrar en su Estado.

A su vez, estos hechos se reflejaron en el interior. La élite tradicional tuvo que refrenar su alianza con Jordania que, si bien le había resultado útil hasta entonces, resultó contraproducente después del Septiembre Negro porque erosionaba su imagen en el seno de su comunidad. Por su parte, el liderazgo nacionalista vio postergado el contacto más directo que ofrecía la presencia de la central palestina en Ammán, pero al mismo tiempo fue testigo de las crecientes simpatías de sus bases hacia la OLP, reforzadas por la represión que sufrió su comunidad en Jordania, con la que muchos miembros del interior mantenían relaciones familiares y comunitarias.

c.2) **Elecciones de 1972**: esas preocupaciones y valores nacionalistas comenzaron parcialmente a manifestarse en las elecciones municipales de 1972. Pese a que de los 192 cargos electos 108 eran nuevos, ello no supuso un cambio radical, sino que fue un resultado -en cierta medida- inmovilista por cuanto la orientación política (conservadora y pro-jordana) y condición socioeconómica (familias prominentes aliadas por vínculos de clase) mantenían el *statu quo* de la estructura social palestina antes que implicar una ruptura con su pasado (Shemesh, 1984: 313; Ma'oz, 1984: 102-106; Sahliyah, 1988: 36-40).

Sus resultados no fueron ajenos a las posiciones encontradas de la OLP y Jordania. Para el movimiento de resistencia participar en las elecciones bajo ocupación, además de ilegal, era una táctica opuesta a su estrategia liberacionista. Pese a que un grupo de sus seguidores decidió en la segunda ronda electoral intervenir en las mismas, la OLP las consideró una maniobra israelo-

jordana, máxime al haber anunciado el monarca hachemita su plan (15 de marzo): *el Reino Árabe Unido*, que consistía en integrar Cisjordania en Jordania reservándole su autonomía (Bailey, 1978: 161; Sahliyah, 1988: 35). Sin embargo, las primeras reticencias jordanas a participar fueron eliminadas por la atracción que causó la ausencia de la OLP en la competición electoral y el incremento de sus posibilidades de ganarlas, perspectiva que de cumplirse reforzaría la legitimidad de Jordania en Cisjordania y preservaría su control político. No menos ayudó la limitación censitaria de la ley electoral por la que se rigieron, la jordana de 1955, que otorgaba el derecho de voto sólo a los hombres mayores de 21 años y contribuyentes del erario público (Shemesh, 1984: 309), con la exclusión de la mujeres y los refugiados. Amén de las pautas del comportamiento electoral ligadas todavía a las redes tradicionales: lealtades de clanes, familiares, locales y regionales, en definitiva, a todo lo que envolvía el sistema de patronazgo y clientelismo.

Además de la cooptación de un liderazgo local y colaboracionista, Israel intentó rentabilizar la decepción que siguió a la derrota de los fedayines en Jordania (1970-71) y, de paso, mostrar el carácter *liberal* de su ocupación (Sahliyah, 1988: 37). No por ello dudó en coaccionar a los que se negaron a colaborar: no extender permisos de viaje, licencias para comercios o transportes, certificados, y la amenaza (sensible a los intereses de las familias notables y acomodadas) de hacerles perder su control económico. A cambio sólo tenían que cooperar para que su prestigio social arrastrara a la participación electoral que, tanto pasiva como activa, fue elevada.

c.3) **La guerra de 1973:** dejó la partida en tablas, sin vencedores ni vencidos, al menos formalmente. Mientras que Israel volvió a probar su superioridad militar, los países árabes que la encabezaron, Egipto y Siria, recuperaron parte

de la autoestima del mundo árabe perdida en la confrontación anterior. Sin embargo, el objetivo de la contienda fue más político que militar: movilizar la situación de *statu quo* que vivía el Próximo Oriente desde 1967 con el fin de alcanzar una resolución negociada del conflicto árabe-israelí (Hourani, 1992: 330). En ese sentido, la no cooperación jordana en la guerra contribuyó a restarle cierta influencia en los territorios, al mismo tiempo que se incrementaba el papel de la OLP como actor regional tras su reconocimiento en Rabat y en la ONU (1974). Previamente, los palestinos del interior le otorgaron ese papel con el claro objetivo de apoyar su acción político-diplomática en las relaciones internacionales, donde existía una coyuntura política favorable a las negociaciones.

c.4) **La revolución silenciosa**: uno de los recursos más atractivos de Gaza y Cisjordania fue el excedente de su mano de obra barata, muy fácil de obtener entre los refugiados y campesinos (en proceso de descampesinización)<sup>20</sup>, para los que trabajar en Israel supuso una oportunidad ante su precaria situación. Pese a las amenazas y críticas que recibieron en un principio, los trabajadores continuaron con sus empleos en Israel, dado que aquéllas no ofrecieron más alternativa que los argumentos morales y políticos. Esta pauta de comportamiento invalidó la tesis de que son los que en peores condiciones se encuentran los que mayor conciencia política desarrollan y más disponibilidad tienen para una acción colectiva.

Desde 1967 el movimiento de trabajadores palestinos hacia Israel aumentó paulatinamente. Esta ola de empleo restó el número de emigrantes hacia la creciente industria petrolera de los países árabes del Golfo y hacia América, y contribuyó a satisfacer las demandas de bienes privados, especialmente entre los campesinos y refugiados. El incremento del nivel de vida que registraron los

territorios no supuso un aumento de su capacidad de producción, sino que fue producto de las remesas traídas por los trabajadores en Israel o las enviadas por los emigrantes en el extranjero, y que eran reinvertidas en Israel a través de la dependencia económica (Graham-Brown, 1984a: 200-201). Ese aumento de los ingresos, comparativamente mayores a los salarios en los territorios, introdujo un efecto inflacionista en su economía. Los más afectados fueron los estratos medios (trabajadores de cuello blanco, comerciantes, empresarios, pequeños industriales, profesionales liberales), y los terratenientes, obligados a subir los salarios de sus trabajadores (Heller, 1980: 194).

Pero su mayor efecto fue la remodelación de la base económica palestina, mayoritariamente campesina (en 1967 el 70 por ciento de la población activa de Cisjordania y Gaza se dedicaba a la agricultura). Los nuevos ingresos produjeron una dinámica socioeconómica cambiante. La distribución de la riqueza entre las clases menos privilegiadas apuntó hacia su seguridad socioeconómica y movilidad social, al tiempo que se vieron gradualmente liberados de la dependencia del sistema de patronazgo y clientelismo sobre el que basó su poder la clase dirigente. Por tanto, paralelamente a esas transformaciones en la estructura económica se produjo una revolución silenciosa con la mudanza de valores y actitudes, que acarreó importantes consecuencias sociopolíticas: la ruptura de los vínculos que sostenían el sistema de patronazgo y las bases de poder de la élite palestina de entonces. Según Heller:

"Because of the existence of alternative sources of employment, workers and peasants are less dependent on local businessmen or landowners for jobs in the private sector: nor do they require the intervention of local notables, politicians, or wellplaced relatives to secure government positions"<sup>5</sup>.

---

<sup>5</sup> (Heller, 1980: 195).

En ese contexto de relativa prosperidad material, se produjo la expansión de los estudios superiores en los territorios. A mediados de los setenta se crearon varias universidades palestinas: al-Nayah, en Nablus; Bir Zeit, en el área de Ramallah; y la de Betlahem, en la ciudad de Belén. La formación universitaria dejó de ser un coto cerrado y privilegiado de las prominentes familias de Cisjordania y Gaza. Comenzó a reducirse la diferenciación social, se internalizaron nuevos valores y normas en las relaciones sociales en menoscabo de la consideración social de los notables y sus arcaicas pautas de comportamiento, sobre todo en el terreno político.

La nueva generación presentó ciertas pautas de relajación (emergencia de valores postmaterialistas) con respecto al comportamiento de la generación ascendente en torno a la búsqueda de la seguridad y satisfacción de las necesidades materiales<sup>21</sup>. Los cambios socioeconómicos brindaron la oportunidad de participar en la vida pública (hasta entonces reservada a los notables y líderes tradicionales) a nuevos grupos: los estudiantes y los trabajadores, a los que se fueron gradualmente adhiriendo la otra mitad de la sociedad, las mujeres, junto a otros sectores desfavorecidos o penalizados por la alteración de la vida económica y política de los territorios (trabajadores de cuello blanco, pequeña burguesía comercial, profesionales liberales).

En esa metamorfosis sociopolítica cabe señalar la clásica interacción entre los colonizados y los colonizadores, producida ante el contacto directo con los medios de comunicación israelíes, sus instituciones, su estilo de vida moderno y democrático, que afectó en cierta medida a la cultura política palestina (al contrastarla con las pautas autoritarias y tradicionales de su medio y del mundo árabe) (Heller, 1980: 195-199).

A partir de que dichos cambios se extendieron a lo largo de la nueva base social, las expectativas aumentaron: demanda de derechos, trabajos dignos, libertad y creciente conciencia política en torno a su identidad colectiva. Este círculo de reconocimiento no fue ajeno a la discriminación material y humillación nacional que sufrieron<sup>22</sup>. Paradójicamente estos hechos fomentaron una consecuencia no deseada de la acción<sup>23</sup>, debido a que el crecimiento económico y mejora del nivel de vida en los territorios no impidió el continuo ascenso de la conciencia nacionalista y de las simpatías hacia la OLP (Shemesh, 1984: 297), sino que terminaron transformando su estructura social y su paisaje sociopolítico en favor de las tesis no deseadas.

d) **Relevo generacional**: la élite palestina, que no fue objeto de la expoliación o deportación y permaneció en los territorios, disfrutó de un liderazgo de alcance familiar o de clan, local o regional. Pero no logró vertebrarse como liderazgo nacional debido tanto a las lagunas endógenas (tradicional/moderno, urbano/rural, cristiano/musulmán, laicos/religiosos, anexionistas/nacionalistas, conservadores/progresistas, e interior/exterior), como a las exógenas (fomentadas al principio por Jordania y luego por Israel: liderazgo local y rivalidades regionales, fuerzas económicas y políticas centrífugas, segmentación física y sociodemográfica, e incomunicación entre las fuerzas sociopolíticas del interior y de la diáspora). Pese a estas lagunas, pudo diferenciarse dos tendencias en la élite del interior, la tradicional (pro-jordana) y la nacionalista (pro-OLP).

d.1) **La élite tradicional**: no ponía en duda la indivisibilidad de Jordania y Cisjordania. En consecuencia, reivindicó la restauración de la soberanía jordana, y rechazó la idea de un Estado palestino independiente en Cisjordania y Gaza bajo el temor de que tal Estado estaría separado del mundo árabe y, por consiguiente, sería dependiente de Israel<sup>24</sup>.

La élite tradicional se caracterizó por su riqueza en capital y tierras, su monopolio de los estudios superiores, y su estatus social y religioso. Su influencia política, poder y prestigio derivaron de su acercamiento al régimen jordano, que los respaldó a cambio de su connivencia con la anexión y lealtad política. Eran personalidades notables más preocupadas en mantener su liderazgo comunitario que, retado por la nueva generación de activistas nacionalistas, de hacer frente a la ocupación. La debilidad del incipiente movimiento nacional fue su punto de apoyo, por lo que preservaron su liderazgo, por ejemplo, durante las primeras protestas (1968). Los temores a ver perjudicados sus intereses por la actividad de los fedayines, a los que consideraron como elementos "extraños y desestabilizadores", les llevó no sólo a rechazarlos, sino incluso a colaborar en algunos casos con Israel y Jordania para su desmantelación. Su apuesta por la *opción jordana* buscaba terminar con la ocupación mediante un acuerdo político entre Jordania e Israel (Cobban, 1989: 94-95). Es decir, por medio de soluciones gradualistas o diplomáticas, lejos de la estrategia de confrontación liderada por los grupos nacionalistas y afines a la OLP, cuyas acciones provocaban las represalias israelíes y hacían peligrar la integridad de sus propiedades, su liderazgo social y su relativa inmunidad, de la que gozaron durante los primeros años de la ocupación.

Un factor que contribuyó al declive de la élite tradicional fue su incapacidad para organizarse. Esta dificultad se enraizaba en la propia historia política de Palestina, dependiente de la benevolencia externa (ya fuera turco-otomana, británica, egipcia, jordana o israelí), que impidió o frustró el desarrollo de una estructura organizativa fuerte y autónoma. En ese contexto, cualquier intento organizativo de carácter independiente sufrió la prohibición, erradicación o manipulación. A ello, sumó las taras de su cultura política arcaica y personalista, poco participativa o de participación exclusivista, reducida a una élite que

tomaba las decisiones en torno a la figura de un notable local, y propensa a las rivalidades de clanes familiares, regionales o religiosas (Divine, 1980: 212-229).

A medida que se fue polarizando la situación en los territorios, la clase tradicional vio su posición cada vez más comprometida y cuestionada. El vacío político de los territorios fue percibido con cierto recelo por las autoridades israelíes ante el ascendente protagonismo como actor regional de la OLP (Rabat y ONU, 1974), y la no menos creciente secuencia de los disturbios en los territorios (incrementados desde 1973). En esa tesitura se barajó la posibilidad de transferir poderes administrativos a los municipios palestinos (idea de instaurar la administración civil), controlados por los elementos conservadores con la finalidad de prevenir los desórdenes y establecer el control indirecto de la población ocupada. La vacilación para proceder a la autonomía administrativa estuvo impregnada del temor a un deslizamiento, aún mayor, de la influencia de los líderes tradicionales y moderados hacia la militancia nacionalista radicalizada e identificada con la OLP.

La élite tradicional no respondió a la ilusión israelí de contar con una clase compradora que ejerciera el control directo de la población. A diferencia de otras situaciones coloniales, la israelí no consiguió la colaboración entusiasta o el apoyo de una clase o sector social de la colonia, ni siquiera del grupo social más inclinado a la cooperación con la potencia o país extranjero (y a la defección respecto a sus connacionales)<sup>25</sup>. Los grandes propietarios de tierras, no expresaron sus simpatías por las autoridades israelíes. Por el contrario, desde el primer momento comunicaron su rechazo a la ocupación. Mensaje que fue canalizado a través de emisores y contenidos moderados, pero rechazo al fin y al cabo. Su distancia de la élite emergente procedía más del contenido de sus demandas nacionales, que de la ausencia de tales reivindicaciones. Los grandes

terratenientes vieron con recelo la ocupación por su propia condición de clase, basada en la posesión de grandes extensiones de terrenos. De ahí su pánico a ser desposeídos y desclasados. Incluso, en ocasiones, fueron vistos como contestatarios al no acceder a ciertas demandas<sup>26</sup>.

Pese a que del lado insurgente esta clase dirigente fue acusada de colaboracionista por cooperar con el enemigo. En justicia, y salvo excepciones, las personalidades notables no eran unos vendepatrias cualesquiera como erróneamente se les ha tachado. Todo lo contrario, rechazaron la ocupación de su tierra como cualquier palestino más, y resistieron la ocupación con los únicos medios que tenían. Ciertamente, su condición de clase les llevó al campo de la moderación con objeto de no arriesgar sus posesiones, pero no menos cierto fue que, precisamente, esa base económica se contradecía con la política practicada por la ocupación (explotación de tierras y agua). Por tanto, tenían mucho más que perder que ganar. Su organización alrededor del desmantelado Consejo Supremo Islámico y su proclamas de retirada del ejército israelí fueron una buena muestra de ello.

La erosión definitiva del liderazgo tradicional se produjo ante la imposibilidad de acomodar las expectativas israelíes con el creciente estado de desobediencia y resistencia civil en los territorios, y al quedar vacíos de referencias sus tradicionales mecanismos de control en una sociedad con normas y valores cambiantes ante el impacto de la ocupación en su estructura social. Es más, el temor a perder su ya de por sí reducida base social de apoyo, cuando no ganarse su oposición, les orientó a reconciliarse con el grueso de su comunidad. Incluso muchos renunciaron a presentarse en las elecciones siguientes (1976). Comicios que no hicieron más que confirmar el ánimo de revuelta que existía en las calles.

d.2) **La élite nacionalista**: se caracterizó en contraposición a la tradicional (salvo en su procedencia social enraizada en las mismas familias prominentes), por su residencia urbana, su cohorte generacional más joven, su formación universitaria, y su ejercicio de las profesiones liberales.

El nuevo liderazgo enarboló a la intelectualidad que, sensiblemente ideologizada y nacionalista, expresó su rechazo a la ocupación y a las ambiciones del régimen jordano. Una de las primeras voces de disenso con la visión pro-jordana fue la del alcalde de Nablus, Hamdi Kanaán, que abogó por la reforma del sistema constitucional jordano y sugirió la federación entre Cisjordania y Jordania antes que la reintegración (Bailey, 1978: 160). Esta demanda fue el punto de arranque de la dirección nacionalista del interior que, diferenciada de la tradicional, rechazó vincular su futuro al destino del reino Hachemita. Por el contrario, afirmó su adhesión a la OLP y a la creación de un Estado palestino en Cisjordania y Gaza<sup>27</sup>.

Eran miembros de una generación más joven con creciente protagonismo sociopolítico en contraposición a la experiencia decepcionante (o pasividad política de la generación anterior). Tanto su compromiso público como su aceptación popular corrieron de acuerdo a los tiempos de modernización social y crecimiento económico. Frente a la debilidad organizativa y fragmentación política de la orientación tradicional, la nueva élite logró el control de los recursos organizativos para garantizar la movilización social. No en vano su rodaje político en la militancia clandestina (o semiclandestina), tanto en los partidos preexistentes a la ocupación (ba'as, movimiento nacionalista árabe y comunista) como en los grupos del movimiento de resistencia (Fatah, PFLP, FDLP), le reportó una ventaja adicional a la hora de movilizarse bajo la ocupación, que le capacitó para participar en las decisiones comunitarias y

representar a su población. Cuando se produjeron las elecciones municipales de 1976, el relevo generacional y la emergencia del nuevo liderazgo político ya habían tomado lugar.

## NOTAS:

1. El número de asentamientos "oficiales" entre 1967 y 1977 fue de 25 en el valle del Jordán, 7 en Cisjordania y 16 en Gaza. A principios de la segunda década de la ocupación las colonias israelíes en los territorios alcanzaron un número desorbitado respecto a la etapa anterior: tan sólo durante los años de 1977 a 1982 se construyeron 62 asentamientos en Cisjordania y 9 en Gaza, además de otras zonas que sumaron un total de 205 (Matar, 1984: 119). Un estudio específico de la colonización israelí en las tierras ocupadas en 1967 es el informe de Naciones Unidas. (1981): La adquisición de tierras en Palestina. Nueva York: Naciones Unidas.
2. Véase: Quandt, W.B. (1977): Decade of decisions: american policy toward the arab-israeli conflict, 1967-1976. Berkeley: University of California Press.
3. Véase: Quandt, W.B. (1986): Camp David: peacemaking and politics. Washington, D.C.: The Brookings Institution.
4. Precisamente a falta de indicadores jurídicos se puede acudir a los políticos, por ejemplo, durante más de dos décadas de ocupación de Cisjordania y Gaza ninguna autoridad israelí declaró su intención de abandonar dichas posesiones. Es más, la línea seguida fue la opuesta. Dependiendo de quienes estuvieran en el poder, los territorios palestinos registraron diversas calificaciones: "zonas de seguridad" de las que no podían desprenderse en su totalidad (Allon), durante la década laborista; territorios "liberados", en la terminología de Begin, y de los que no se devolvería ni una "pulgada", en la de Shamir, durante la década del Likud.
5. Entre los numerosos informes elaborados sobre esta situación cabe destacar tanto por su cercanía como por ser pionero en nuestro país, el realizado por la comisión de juristas españoles, compuesta por Juan María Bandrés, Javier Nart, Juan Alberto Belloch, José María Mena, Perfecto Andrés y Marc Palmés, en enero de 1988.
6. Mientras que el texto francés dice: *des territoires occupés*; en la versión inglesa se lee: *from territories occupied*. De aquí su doble -y opuesta- interpretación, a saber, si se afirma la retirada de las fuerzas israelíes de todos los territorios ocupados, o bien de (algunos) territorios. Para Israel la resolución 242 sólo exige la retirada de algunas zonas ocupadas y para los palestinos, por el contrario, la misma resolución reclama la retirada de todos los territorios.
7. Véase: Langer, F. (1990) "A judicial system where even Kafka would be lost", Journal of Palestine Studies, 77: 24-36.
8. Otra variante de este singular proceso puede ser expuesta por el siguiente ejemplo: al mismo tiempo que suelen ser negados los permisos para abrir pozos a los agricultores palestinos, se facilita dicho permiso a los colonos israelíes. En caso que el agricultor palestino consiga dicho permiso sólo puede cavar hasta un número limitado de metros, a diferencia del colono israelí que puede perforar bastantes más, por tanto, tiene más posibilidades de encontrar agua. Aparte de que los recursos hídricos palestinos son desviados hacia la parte israelí, existe una ley que resuelve el tema de las tierras no productivas (tal vez por falta de riego) expropiándolas y pasándolas automáticamente a la propiedad del Estado. Véase: Informe de

Naciones Unidas, (1980): Política de Israel sobre los recursos hídricos en la Ribera Occidental. Nueva York: Naciones Unidas.

9. Véase: Informes de Amnistía Internacional, Cruz Roja Internacional, Creciente Rojo, así como el de la Comisión de Seguimiento en el Cumplimiento de los Derechos del pueblo palestino que, bajo la orientación de la ONU, se edita periódicamente. por ejemplo, el informe de Naciones Unidas, (1985): Condiciones de vida del pueblo palestino en los territorios palestinos ocupados. Nueva York: Naciones Unidas.

10. La población de Cisjordania y Gaza en 1967 era de 1.350.000 almas, con un crecimiento demográfico anual que oscilaba entre el 4 y el 3,5 por ciento anual. Estos datos sugerían un incremento sustancial de la población que no se correspondió con la realidad, ya que a principio de los ochenta su número se mantenía invariable debido a la emigración (en diciembre de 1982 habían 1.295.000). De aquí las estimaciones que calculan en torno al millón de palestinos que han tenido que abandonar los territorios desde entonces (Abu-Lughod, J., 1984: 255 y 258).

11. La desintegración que se produjo en la sociedad palestina a causa de la guerra y la expulsión tiene en los refugiados palestinos su máximo ejemplo: desde la discriminación en su propia sociedad hasta el rechazo en los países receptores. La crisis de identidad se articuló expresiva e instrumentalmente como fuente de movilización socioeconómica y política (Shamir, 1980: 146-165).

12. En 1972 el número de trabajadores de Cisjordania en Israel (14.700) representaban el 12.8% de la fuerza de trabajo de dicha región. En 1975 su número ascendió a 40.400, esto es, el 30.5% de su fuerza de trabajo, en 1982 eran 43.000 (30%), y 50.000 (31.5%) en 1984, más unos 20.000 ilegales. En la zona de Gaza el crecimiento fue más regular debido a la ausencia de opciones que tenían en comparación con Cisjordania (agricultura, salida a los países árabes). En 1972 habían 17.500 palestinos de Gaza trabajando en Israel, 22.700 en 1973, 35.900 en 1981 y 40.000 en 1983. La mitad de ellos trabajaban en la construcción (representan el 18% de esta rama), seguida de los servicios, la agricultura y, algo menos, de la industria (Benvenisti, 1986: 78-79). En 1986 se contabilizaban 261.200 trabajadores palestinos: 167.000 en Cisjordania y 94.200 en Gaza. La fuerza de trabajo de Cisjordania empleada en su región era de 115.700 (69.3%) y 51.300 en Israel (30.7%) (Benvenisti, 1987: 16). La de Gaza con empleo local era de 50.800 (53.9%) y en Israel de 43.400 (46.1%).

13. Una serie de estudios se han ocupado de estas transformaciones en el comportamiento sociopolítico israelí, entre las que destacan el incremento de las corrientes fundamentalistas y exacerbadamente nacionalistas con la llegada al gobierno del ultraderechista bloque Likud, en 1977. Véase: Sivan, E.; y Friedman, M. (eds.) (1990): Religious radicalism and politics in the Middle East. Albany, NY: State University of New York Press. Kepel, G. (1991): La revancha de Dios. Madrid: Anaya & Mario Muchnik.

14. En 1986, las exportaciones israelíes a Cisjordania y Gaza sumaron 780,3 millones de dólares, y representaron el 89.4% de las importaciones de los territorios. En cambio, la exportación de productos de los territorios hacia el mercado israelí está limitada. En el mismo año, las importaciones desde Cisjordania y Gaza a Israel ascendieron a 289,1 millones de

dólares, que representaron sólo el 3% de los bienes importados por Israel y el 73,2% de las exportaciones de los territorios (ibid.: 10-11).

15. Por ejemplo, la contribución de la industria de Cisjordania al Producto Interior Bruto de 1986 fue del 8%, esto es, menor aún del 9% alcanzado al principio de la ocupación.

16. Una radiografía de esta situación la describe Jacobo Timerman: "Si algún imaginativo pequeño industrial palestino, mediante una fórmula heredada de su abuelo, fabrica chocolate en forma artesanal y vende su producción en pocas y pequeñas poblaciones israelíes, la Oficina de Control de Calidad -que depende de Sharon- sabe cómo clausurar la operación. Sólo el monopolio élite israelí, podrá vender chocolate. Si otro palestino emprendedor comienza a producir lácteos en Ramallah para vender a sus vecinos, los tres grandes conglomerados -Tnuva, Strauss y Yovatan- saben que Ariel Sharon restablecerá el orden colonial en el mercado (...) La venta de productos israelíes en los territorios ocupados deja un beneficio de 500 millones de dólares anuales, reduciendo en un 20% el déficit comercial de Israel" (Timerman, 1987: 11).

17. Véase: Informe de Naciones Unidas, (1982): Instituciones sociales, económicas y políticas de la Ribera occidental y la franja de Gaza. Nueva York: Naciones Unidas. Y el informe elaborado por el Creciente Rojo Palestino, (1989): La sanidad bajo la ocupación. Madrid.

18. Los bajos precios de los primeros supusieron un daño para los productos de los segundos, ya que las amas de casa israelíes no distinguieron la nacionalidad a la hora del consumo. Esta pauta de intercambio comercial de alcance doméstico continuó durante años hasta que fue cortada con la Intifada, que volvió a resucitar la línea verde entre Israel y los territorios.

19. Entre los que se encontraba el presidente del Comité Islámico, Abd el-Hamid al-Saeh, que años después fue elegido presidente del CNP de la OLP.

20. Se trató de en un peculiar proceso de *decampesinización*, por cuanto la mano de obra liberada en el campo (por la expropiación o baja rentabilidad de la actividad agrícola) no se integró (o asentó) en su lugar de trabajo (Israel), sino que mantuvo su residencia rural, de ahí que no cabe denominar dicho proceso como proletarianización o urbanización. Igualmente ocurrió con los refugiados de origen campesino, mayoritariamente, por cuanto "perdieron sus habilidades y técnicas agrícolas y pastoriles" sin ser integrados, a cambio, en los centros urbanos colindantes a los campos de refugiados (semi-urbanizados y periféricos), ni adquirieron habilidades urbanas (Peretz, 1982: 36)

21. De estas transformaciones sociales y económicas se ha hecho eco la literatura palestina, véase: Khalifeh, S. (1994): Cactus. Navarra: Txalaparta.

22. Por ejemplo, los trabajadores palestinos no disfrutaron de los mismos sueldos ni de la protección social y ascensos laborales de los que gozaban los israelíes, y cualquier intento de articular la defensa de sus derechos e intereses fueron violentamente abortados; y los estudiantes, pese a que contemplaron con entusiasmo la expansión de la oferta universitaria tolerada por las autoridades israelíes, se decepcionaron ante las restricciones de los planes de estudios que, dirigidos o supervisados por el gobierno militar israelí, sufrieron la censura de cualquier referencia a su patrimonio histórico, político y sociocultural, en definitiva, a todo lo que simbolizaba su identidad nacional.

23. Sobre las consecuencias no deseadas de la acción, véase: Elster, J. (1988): Uvas amargas: sobre la subversión de la racionalidad. Barcelona: Península. Lamo de Espinosa, E. (1990): La sociedad reflexiva. Sujeto y objeto del conocimiento sociológico. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas, (cap. 2): 24-81.

24. Curiosamente semejante argumentación la realizarían más tarde los radicales en el seno de la OLP, pero desde posiciones de extrema izquierda. Este punto de conexión entre ambos lados del espacio político tiene que ver con lo aportado por Hirschman, A. (1991): Retóricas de la intransigencia. México: Fondo de Cultura Económica.

25. Este sería el caso de la ocupación de China por el Japón que contó con el apoyo de los grandes terratenientes chinos. En el caso palestino la colaboración con las fuerzas de ocupación procede mayoritariamente de elementos marginales (desviados sociales, sobre todo) sin ningún tipo de reconocimiento social.

26. Por ejemplo, las peticiones israelíes de calmar los ánimos de la población ante las manifestaciones de protesta fue contestada por dichos dirigentes, en contrapartida, con la retirada previa del ejército de las ciudades.

27. Curiosamente la idea de un Estado palestino en Cisjordania y Gaza no procedió del liderazgo emergente, sino que la adelantó un grupo de personalidades independientes o cercanas al régimen jordano en los territorios (Aziz Shahada, Hamdi al-Taji al-Faruqi, Muhammad Ali al-Ja'bari y Musa al-Alami), que por el mismo periodo anunciaron a través de diferentes medios su propuesta política para solucionar la cuestión palestina (Shemesh, 1984: 300-302; Ma'oz, 1984: 96). Aunque no formaban un grupo en el sentido formal del término, las semejanzas de su proclamas permiten agruparlos, éstas venían a ser:

a) Derecho a la autodeterminación del pueblo palestino y fundación de su Estado independiente con Jerusalén como capital.

b) Cumplimiento de todas las resoluciones de Naciones Unidas, incluida la de la partición (181), y renuncia de la violencia como instrumento para alcanzar los objetivos políticos.

c) Periodo de transición bajo los auspicios de la ONU, al que seguiría un referendun a celebrar entre la población palestina para determinar su futuro.

Estas propuestas no encontraron el eco deseado. Primero, para Israel el concepto de autonomía palestina sólo alcanzó hasta la administración civil, además de su rechazo a cualquier solución que pudiera conducir a su retirada de los territorios y diera nacimiento a un Estado palestino. Segundo, para Jordania la cuestión palestina era un asunto del mundo árabe y, en consecuencia, correspondía a sus responsables decidir más que a los habitantes de Cisjordania y Gaza (ocultando detrás del velo panarabista el principio anexionista y el deseo de reintegrar la orilla occidental a Jordania). Por último, para la OLP tales propuestas chocaron frontalmente con su objetivo de liberar "todo el territorio palestino".

Si las presiones y amenazas que recibieron las mencionadas personalidades, tanto desde las organizaciones guerrilleras como de la misma Jordania, les obligaron a retirar públicamente sus propuestas, no menos contribuyó a ello la falta de apoyo popular: carentes de un amplio

respaldo social y medios de movilización de recursos masivos. Los precursores del cambio realizado a finales de los ochenta por el movimiento palestino sufrieron la incompreensión de los suyos ante los que se adelantan a su tiempo, por una razón u otra. En esta dirección se elaboró el Manifiesto Nacional por un grupo de 142 notables, en diciembre de 1967, que rechazaron la idea de un Estado palestino en Cisjordania y Gaza, al tiempo que remitieron la cuestión palestina al mundo árabe.

## VII. MOVILIZACIÓN E IDENTIFICACIÓN

A mediados de los setenta los palestinos del interior se volcaron intensamente en la vida pública, actitud prácticamente desconocida en décadas anteriores de recogimiento al ámbito privado. La guerra de 1973 y las posibilidades de solución al conflicto que desató señalaron el punto de inflexión decisivo que da comienzo a un nuevo periodo, en este caso, de mayor interés por los asuntos públicos: la guerra, el debate sobre las negociaciones, la ocupación, la participación pública, y la toma de decisiones políticas. Esta concentración en los temas públicos fue expresada también por una notable proliferación e incremento de las asociaciones y movimientos sociales, las organizaciones políticas, las movilizaciones colectivas y la creciente influencia en el seno del movimiento nacional, arraigado en la diáspora.

El deslizamiento hacia lo comunitario estuvo precedido por una fase centrada en mejorar y asegurar la situación individual (o familiar). Pero en esa tesitura de crecimiento económico no se lograron las ambiciones de consumo (libertad del mercado social y político), que frustraron las expectativas de los nuevos grupos de movilidad ascendente incorporados a la participación política en detrimento del liderazgo tradicional (y de su concepción restringida de la participación pública), desplazando así su apoyo en favor de la élite emergente, nacionalista, y desvelada por las preocupaciones y actividades públicas.

El choque de esas aspiraciones con la realidad se saldó en intermitentes ciclos de protesta, que no sólo fueron el resultado de la frustración de las expectativas crecientes, sino también de la creciente disponibilidad de recursos que reduce los costos de la movilización y aumenta sus posibilidades de éxito (Jenkins, 1983). Fue precisamente un nuevo grupo generacional, jóvenes universitarios,

el de mayor despliegue en el terreno político, explicado tanto por sus crecientes recursos (estudios, tiempo, dinero, esfuerzos, habilidad organizativa) como por el cambio radical que introdujeron en los valores de consumo privado de sus padres. Se trató de un relevo generacional en el que las pautas de socialización de la nueva generación (basadas en la mejora de sus condiciones materiales de vida), produjeron un cambio en sus preferencias (de los intereses privados a los públicos) y valores (postmaterialistas) reflejado en su comportamiento sociopolítico (Hirschman, 1986; Inglehart, 1991).

a) **Del interés privado a la acción pública**: la oscilación entre periodos de preocupación por los temas públicos (tendencia a la movilización colectiva), o bien de repliegue a los bienes privados y mejoramiento individual (predominio del interés privado), encuentra su base teórica en los ciclos del comportamiento colectivo (Hirschman, 1986).

Esa fluctuación entre una opción privada a otra pública es facilitada por una serie de mecanismos. La decepción con una experiencia anterior decepcionante y errónea termina invirtiendo sus auxilios ideológicos (comportamiento egoísta como deber social y exculpación por dar la espalda al compromiso social), de manera que esa decepción en la búsqueda de la satisfacción privada reanima el deseo de participar en la vida pública (ibid.: 77-78). Asimismo, la autoevaluación reflexiva o voliciones de segundo orden anticonsumistas expresan el rechazo de las pautas centradas en la búsqueda de los bienes materiales y protección privada, que supone un reordenamiento de preferencias en favor de la participación en los asuntos públicos a la que otorga mayor importancia (ibid.: 13 y 79-83); y, a su vez, son subrayadas por los factores de empuje: punto de inflexión que marca un evento precipitante endógeno (contradicciones) o exógeno (una guerra) (ibid.: 12). Por su parte, el cambio cognitivo radical

repara en la capacidad que a través de la acción, unida a la de otros individuos, cabe la posibilidad de cambiar el orden social y político; mientras que el placer de la acción es el desarrollo o cambio adquirido a través de las actividades sociopolíticas (por ejemplo, de la realización personal mediante la cosa pública) (ibid.: 88-101; Paramio, 1992: 135-155).

b) **Círculo de reconocimiento**: ese cambio de preferencias, del interés privado a la acción pública, rebasa la explicación puramente económica e implica una argumentación cualitativa de valores no materiales o postmaterialistas (culturales, ideológicos, compromiso moral con una causa, reconocimiento público, y reafirmación de la identidad colectiva).

En los procesos de formación de la identidad colectiva no hay lugar para la contradicción entre interés individual y participación pública. Es decir, el cálculo individual carece de sentido en la acción orientada hacia la formación de identidades colectivas, puesto que no persigue la maximización de las ganancias individuales, sino la formación de esas nuevas identidades (Pizzorno, 1989: 30; 1994: 141). Por tanto, en ese caso, la posición utilitaria se adentra en la incertidumbre valorativa, ya que no posee la seguridad de que su yo actual (*elecciones y costes*) se corresponda con sus yoes futuros (*preferencias y beneficios*), y sólo le resta participar para asegurarse su propia identidad (*reconocimiento*) (Pizzorno, 1989: 36-8). Por el contrario, adoptar una estrategia defraudadora (*free-riding*) equivale a autoexcluirse por cuanto se queda sin la identidad que provee el círculo de reconocimiento. De aquí que, en periodos de formación de la identidad colectiva, la acción no sólo es una opción obligada (por cuanto participar en la misma es inevitable para confirmar la identidad colectiva circunscrita a ese círculo de reconocimiento común), sino que incluso se incrementa (Pizzorno, 1989: 30; 1994: 142).

En dichos procesos, los medios de la acción (costes y riesgos) se transforman en fines (beneficios y reconocimiento) en la medida que la participación en la acción dota de sentido (identidad colectiva e individual) y cumple la función de los incentivos selectivos en la adhesión a la acción colectiva. De aquí que la lógica de la utilidad se invierta en beneficio de la lógica de la identidad (Pizzorno, 1989: 40).

c) **Mobilización de recursos y oportunidades políticas**: las olas de protesta y movimientos sociales registrados en Cisjordania y Gaza durante los años setenta no sólo tuvieron que ver con las tensiones estructurales y la frustración de las expectativas crecientes causadas por la ocupación, sino también con la movilización de recursos promovidos deliberadamente para su desarrollo.

Que la década de los setenta estuviera precedida por la pasividad en el ámbito público y la concentración en la satisfacción de las necesidades materiales confirmó que no suele ser en situaciones de privación cuando se produce las acciones y movimientos sociales, sino en situaciones de relativa prosperidad que permiten a los individuos disponer de mayores recursos (tiempo, energía, dinero) para movilizarse.

En el mismo sentido, la relación de causa/efecto entre frustración y agresión no explica el tránsito que se produce del descontento a la rebelión. En esa laguna explicativa, la teoría empresarial de la movilización de recursos introduce la organización como factor imprescindible para explicar el paso de los agravios individuales a la movilización colectiva. Mediante la habilidad para recabar y operar con los recursos (organizativos, externos e institucionales), y utilizar los incentivos selectivos para animar a la participación, la organización facilita la adhesión de nuevos participantes o un mayor número de miembros, reduce los

costes de la participación, y dota de mayor eficacia o posibilidades de éxito a la acción (McCarthy y Zald, 1977).

Para el modelo empresarial el elemento fundamental es el acceso a los recursos organizativos, y el componente estructural es secundario ya que éste (el descontento) puede ser elaborado por los empresarios políticos del movimiento. Para el modelo multifactorial se trata de un conjunto de factores (agravios, organización y oportunidades), que se complementan por encima de su umbral previamente a la emergencia del movimiento (Jenkins, 1983: 532). Por tanto, para que surja un movimiento social o una acción de protesta no basta sólo con la existencia de los agravios y la disposición de recursos organizativos, sino también hay que contar con la oportunidad. Esto es, situaciones políticas que favorecen coyunturalmente la acción colectiva, debido a la debilidad que presenta el bloque de poder (crisis, conflictos, divisiones e inestabilidades políticas en el seno de la clase dirigente, o ausencia de represión estatal, y apertura del sistema a la participación en las instituciones), o bien a la mejora que operan las fuerzas contendientes (ante esa vulnerabilidad del sistema, la alianza con terceros, y la presencia de grupos de apoyo) (Tilly, 1978; Tarrow, 1989).

### 1. Los movimientos sociales

Descartada la opción armada en los territorios por su debilidad e inviabilidad, la alternativa se centró en recabar los medios organizativos para la acción colectiva, que se expresaron en los movimientos sociales de los años setenta.

a) El Frente Nacional Palestino: agrupó a diferentes formaciones políticas (PCJ<sup>1</sup>, Fatah, FDLP, FPLP, Ba'as), fuerzas sociales y sindicales (mujeres,

estudiantes, trabajadores, profesionales liberales, comerciantes, campesinos), y personalidades independientes (intelectuales y algunos líderes islámicos). La emergencia del FNP era el segundo intento de asentar un amplio movimiento social en los territorios con dirección local que, a diferencia de la experiencia anterior, se identificaba con la OLP. En este sentido, vino a cubrir el vacío político dejado por el colapso de la élite tradicional ligada a los intereses jordanos y, con tal fin, los grupos que lo formaron lograron la unidad de acción, al margen de sus signos políticos e ideológicos.

La resistencia civil a la ocupación militar israelí, junto a los esfuerzos políticos y diplomáticos, eran los puntos básicos en el programa del FNP (Sahliyah, 1988: 54). Su deslizamiento hacia posiciones más pragmáticas, que integraban los métodos de lucha civil inspirados en otras experiencias coloniales (India), quedó reflejado en la carta que remitió al comité ejecutivo de la OLP (diciembre de 1973)<sup>2</sup>: además de reconocer su representatividad, animaba a la OLP a buscar una solución negociada del conflicto (sobre la base de reconocimiento de la partición), lo que provocó la retirada del FPLP por las concesiones territoriales del FNP.

Los esfuerzos políticos y diplomáticos de la OLP por consolidar su credibilidad internacional como interlocutor válido del pueblo palestino, implicó una mayor dedicación a los territorios ocupados donde intentó contrarrestar las ambiciones jordanas. El proceso de institucionalización del movimiento palestino en la diáspora, favorecido por la bonanza económica de sus arcas procedente mayoritariamente de las ayudas y donaciones de los países árabes (especialmente los del Golfo), permitió utilizar sus recursos económicos y sociopolíticos en el interior a la manera de incentivos selectivos positivos (apoyo material y reconocimiento) o negativos (desautorización o coerción de sus rivales u

opponentes). Por ejemplo, las personalidades deportadas (a diferencia de las cooptadas por Jordania en el periodo anterior) fueron integradas en el aparato de la OLP y algunas desempeñaron cargos en su comité central o en el CNP. De esta manera se consiguió un equilibrio en las relaciones entre el interior y el exterior que fue ejemplar en sus primeros años.

b) **El Comité de Orientación Nacional**: un año después de la visita de Sadat a Jerusalén (noviembre de 1977), y de las protestas que suscitó, nació una nueva estructura organizativa en la línea del prácticamente desaparecido FNP. La formación del Comité de Orientación Nacional, CON, se realizó durante un encuentro sostenido en Jerusalén (octubre de 1978) para discutir la firma de los acuerdos de Camp David, en el que participaron la mayoría de los alcaldes (con la excepción de los pro-jordanos de Belén y Gaza), líderes sociales (estudiantes, mujeres, trabajadores), representantes de organizaciones y movimientos sociales, asociaciones benéficas y de asistencia social, e instituciones (profesionales liberales, prensa, cámaras de comercio, universidades).

El CON decidió aprovechar la apertura del sistema de ocupación con la participación en las instituciones locales y, por tanto, conducir sus actividades por los espacios de legalidad tolerados por las autoridades israelíes, esto es, con un "perfil intencionalmente bajo" que evitara las deportaciones sufridas por el FNP. Pese a que la mayoría de sus miembros pertenecían a una u otra organización dentro de la OLP, el CON no buscó reflejar el peso político de las diferentes facciones de aquella como la integración de todas las voces del paisaje político de Cisjordania y Gaza: desde comunistas a pro-jordanos, desde moderados a radicales. Este consenso fue facilitado por la oposición común de Jordania y la OLP a los acuerdos de Camp David. El amplio abanico ideológico del CON tuvo como denominador común el apoyo a la OLP con objeto de

superar los errores cometidos por el FNP, atrapado en sus propias competencias y rivalidades ideológicas (Cobban, 1989: 372). En este sentido, el CON se articuló como un movimiento o plataforma civil contra la firma de los acuerdos de Camp David y la política de ocupación israelí.

Organizado en líneas geográficas e institucionales, sus diferentes organizaciones, sindicatos y asociaciones desarrollaron actividades políticas bajo la dirección o coordinación del CON<sup>3</sup>, con la salvedad del movimiento estudiantil, que era el más radical y activo. Fuertemente arraigado en los centros universitarios (Bir Zeit, al-Nayah, Belén y Hebrón), también contó con gran poder de convocatoria en los institutos y escuelas de formación profesional. Sus acciones de protesta (huelgas, manifestaciones, sentadas, marchas) terminaban frecuentemente en disturbios, tras la intervención del ejército. Los alcaldes (entre los más activos se encontraban los de Nablus, Ramallah, al-Bireh, Halhoul y Hebrón) cobraron un creciente protagonismo político, que reflejó el desplazamiento del liderazgo hacia la élite urbana y dotó a los municipios de un nuevo significado o sentido de misión nacional. Con el apoyo y confianza social que tenían entre su comunidad, dirigieron sus esfuerzos a, primero, resistir la política de anexión *de facto* de sus tierras por el gobierno del Likud, y, segundo, construir la infraestructura institucional de la entidad palestina (Ma'oz, 1984: 165).

El proyecto de organizar la infraestructura institucional del futuro Estado expresó la voluntad nacional palestina de resistir a la ocupación y articularse de forma independiente, cortando los vínculos de dependencia con el Estado israelí. Esta estrategia del *Sumud* (consistente en permanecer en el lugar, en procrear y en aferrarse a la tierra) se elaboró en un contexto de apertura del sistema político a la participación en las instituciones locales (administración de los municipios electos) y del apoyo brindado por la cumbre árabe de Bagdad

(noviembre de 1978) que, opuesta a los acuerdos de Camp David y su plan de autonomía, destinó importantes fondos a respaldar el *Sumud*. Así la OLP y Jordania, además de sus propias fuentes de financiación, canalizaron esas ayudas mediante el Comité Conjunto Jordano-Palestino, CCJP, encargado de distribuir los 150 millones de dólares anuales asignados a los territorios durante diez años.

Entre los proyectos desarrollados en esa línea de reconstrucción nacional destacaron: la creación de la Compañía de Electricidad de Jerusalén oriental, reproducida también en la ciudad de Nablus; y la construcción de edificios, viviendas públicas, carreteras, sistemas de alcantarillado, y otras actividades de carácter comunitario. El CON administró el Consejo de Educación Superior, CES, que había sido creado por iniciativa de la OLP (1972) para frenar la emigración de los jóvenes al extranjero en busca de su formación universitaria. Además de su supervisión, financiación y mejoramiento de la calidad de la enseñanza universitaria, el CON coordinó con el movimiento estudiantil las actividades culturales y sociopolíticas (que rebasaron el marco universitario). Como telón de fondo estaban los temas nacionalistas (teatro, folclore, recitales de poesía, encuentros literarios, semanas culturales, exposiciones de libros, pinturas y otras muestras artísticas), que expresaron los sentimientos extensivos al resto de su comunidad (ibid.: 167-8).

La prensa (los diarios *al-Fajr*, *al-Sha'ab* y el semanario comunista *al-Talia*) desarrolló una labor concienciadora y militante desde principio de los setenta, que contribuyó a incrementar la conciencia nacional en su alicuota parte de responsabilidad como agente o medio de socialización. Desde su inicio se decantó por la militancia nacionalista en abierta oposición a las aspiraciones jordanas y a la de sus pro-hombres. La prensa hizo las veces de portavoz de las demandas y protestas de su población, ya fueran las articuladas por el FNP o

el CON; y se hizo eco de los debates internos y de las propuestas revisionistas que reclamaron desde el inicio de la ocupación la solución de los dos Estados. Algunos medios reflejaban en sus editoriales la línea política de la OLP, de la que recibían apoyo económico. La prensa fue, además de una institución nacional, un centro de poder del nacionalismo palestino.

Menos politizados estuvieron los centros de investigación (académica), cuya tarea no se limitó a archivar e informatizar la documentación, sino que veló por el patrimonio cultural, histórico y político de su comunidad. Sus miembros solían participar en encuentros académicos y políticos sostenidos en el extranjero (algunos incluso en las universidades israelíes). Su ubicación en Jerusalén oriental por obvias razones de comunicación (interna y externa), de libre movilidad e información, junto a la prensa, editoriales, librerías y otros centros (de actividades económicas, políticas, culturales, académicas) convirtieron a dicha ciudad en símbolo de la resistencia palestina.

Pero esta estrategia del *Sumud* no estuvo a salvo de las críticas que, más que políticas, fueron sociológicas. Si bien, de un lado, invirtió en la construcción y expansión de una infraestructura de instituciones nacionales (municipios, universidades, prensa, centros de estudio e investigación, publicaciones, viviendas, asociaciones de beneficencia y socioculturales), de otro lado, subestimó la agricultura, que era un elemento vital y aquejado de la economía de los territorios. Este abandono del campo no olvidó la asistencia a las capas menos favorecidas de la sociedad (campesinos, refugiados y miembros de las clases medias bajas urbanas), que inundaron las universidades e hicieron oír su voz en el movimiento estudiantil y ampliaron la base social del movimiento nacional (Taraki, 1989: 440-1). No obstante, dicha estratagema pareció dotar a esos sectores de su comunidad del pescado necesario para el consumo

temporal (becas para obtener un título universitario sin posibilidades de empleo en los territorios), olvidándose de equiparles de la caña de pescar (o medios e infraestructuras que incentivarán la formación profesional de cuadros técnicos y empleos menos dependientes del exterior). En resultado fue cierto parasitismo social dependiente de la ayuda externa (o del patronazgo político).

## 2. Las olas de protesta

Las movilizaciones comenzaron como protestas ante la guerra (1973) y animadas por la vulnerabilidad israelí durante la misma. Se realizó un llamamiento a la desobediencia civil ante la creciente conciencia de que la lucha contra Israel no debía limitarse al terreno militar. En esa línea, se convocó a los trabajadores, que boicotearan su trabajo en Israel y que no participaran en las elecciones del sindicato israelí Histadrut; a los comerciantes y empresarios, que no pagaran los impuestos; y a los demás sectores, que secundaran las manifestaciones y huelgas, entre las que destacó la de los presos políticos.

Otro revulsivo de las movilizaciones fue el asesinato de tres dirigentes palestinos en Beirut por un comando israelí (abril de 1973). El sentimiento de indefensión producido tras la derrota de los fedayines en Ammán (1970-71) fue reavivado en un contexto en el que se anunció el "Plan Allon" y la opción jordana<sup>4</sup>.

En aras de involucrar a más sectores sociales en el movimiento social, el FNP invitó a 500 personalidades de Cisjordania y Gaza a una conferencia en Jerusalén (marzo de 1974), convocada para protestar contra la política de represión practicada por las autoridades israelíes (demolición de casas, toques de queda, estados de sitios, arrestos domiciliarios, detención administrativa, encarcelamientos, torturas, deportación y expropiación de tierras) (Lesch, 1980:

57). A mediados de los setenta el grado de movilización de recursos alcanzó un punto sin precedente bajo la ocupación militar israelí, de acuerdo con Mark Heller:

"Following the October War, however, there was a resurgence in its activity (...) By that time the National Front was explicitly identified as the arm of the PLO operating in the occupied territories, and its revival corresponded with that of the PLO itself. Its evolution therefore provides an excellent illustration of what is probably the most important phenomenon in the West Bank since 1967 -the externalization of political resources"<sup>1</sup>.

a) **La primera ola**: de estallidos en Nablus y Ramallah fueron secundados por otras ciudades de la Ribera Occidental y de la franja de Gaza, turnándose en la intensidad y la frecuencia de los acontecimientos durante el periodo de movilización, afirmando el carácter predominantemente urbano de las protestas.

Los sucesos inmediatos que provocaron las movilizaciones fueron el asentamiento del grupo ultranacionalista y fundamentalista Gush Emunim (Bloque de la Fe) en Sebastia y Kadumi, cerca de Nablus (finales de 1975); la decisión de la Corte israelí de permitir el rezo a los judíos en el Templo del Monte en Jerusalén, situado en lugares santos del Islam (mezquitas del Aqsa y de la Cúpula de la Roca) (enero de 1976); el anuncio de los planes de autonomía administrativa (1975) y de las elecciones municipales en Cisjordania (1976); el veto de los EE.UU. en el Consejo de Seguridad de la ONU para frenar el borrador de una resolución pro-palestina; y las medidas represivas empleadas por la ocupación, que a menudo sirvieron para elevar más la voz de la protesta que para silenciarla (Ma'oz, 1984: 117-118).

---

<sup>1</sup> (Heller, 1980: 207).

Los principales centros de la protesta residieron frecuentemente en las ciudades más que en la periferia rural (campos y aldeas), aunque sus miembros procedían tanto de las urbes como de las zonas rurales. Igualmente el sector social más implicado eran los jóvenes estudiantes (universitarios) que, junto a los trabajadores urbanos y comerciantes<sup>5</sup>, sumaron el apoyo de los indecisos y de las personalidades o líderes conservadores. Por ejemplo, cuando las autoridades israelíes pedían la colaboración de los alcaldes para calmar a la población, éstos exigían a cambio la retirada de las tropas israelíes de las ciudades, la abolición de los toques de queda o estados de sitio, y la liberación de los detenidos durante las protestas (Ma'oz, 1984: 155). Fue el primer paso público hacia el campo del nacionalismo militante de los líderes moderados, preocupados ahora por sintonizar políticamente con su comunidad y ganarse su confianza, una vez que aquélla había involucrado nuevos grupos y extendido su base social.

Los eventos fueron combinados con métodos de desobediencia civil y de resistencia: huelgas estudiantiles y comerciales<sup>6</sup> de alcance parcial y general, manifestaciones (algunas con brotes de violencia como el bloqueo de calles, quema de neumáticos, lanzamiento de piedras y cócteles molotov). La interrupción de la normalidad en la vida de los territorios durante meses se prolongó con las medidas israelíes que, percibidas como provocaciones, fueron instrumentalizadas por las organizaciones para intensificar las movilizaciones. Así la represión (interrupción de las clases, cierres de las universidades, arrestos, dispersión por la fuerza con el uso de gases lacrimógenos y balas de fuego con el resultado de heridos y muertos)<sup>7</sup> sirvió para retroalimentar la ola de protesta. En esa dirección se produjo la marcha sobre Cisjordania que realizaron unos 30.000 miembros del grupo ultraortodoxo Gush Emunim (17 y 18 abril). La expropiación de tierras a los denominados árabes-israelíes provocó las protestas de éstos extendiendo los desórdenes a Galilea (30 de marzo de

1976)<sup>8</sup>, por primera vez desde los años treinta los palestinos a ambos lados de la línea verde se unificaron en una acción colectiva.

El ascenso de la ola, su escalada, tuvo lugar entre noviembre de 1975 y abril de 1976, cuando se celebraron las elecciones locales. Este ciclo se vio intensamente prolongado durante los meses de marzo, abril y mayo (1976). Con el intermedio de las elecciones, las movilizaciones se reiniciaron a finales del mismo año gracias a la fuerza de su propia inercia (pues ya se producían de forma cada vez más interrumpida y decreciente), a la confiscación de tierras designadas para propósitos de seguridad, y a la expansión de los asentamientos alrededor de Jerusalén. Igualmente conflictivo fue el enfrentamiento entre los colonos judíos de Kiryat Arba y los habitantes de Hebrón en torno a la construcción de una sinagoga en una parte de la mezquita y la extensión de dicha colonia (octubre). Seguido de la introducción del impuesto del valor añadido, IVA, que levantó las iras del molesto sector mercantil. El temor a una subida de los precios, a ver reducido el nivel de vida, y al empobrecimiento de la economía de los territorios provocaron las nuevas movilizaciones (huelgas comerciales, manifestaciones y disturbios) encabezadas por el radicalizado movimiento estudiantil.

b) **La segunda ola**: de demostraciones públicas de protesta surgió con la visita de Sadat a Jerusalén (19-21 de noviembre de 1977), y el incremento de la represión del gobierno de Begin. El CON, en fase de formación, centró sus actividades en la instrumentalización del descontento y el rechazo a los planes de autonomía de Camp David; y articuló las demandas palestinas en declaraciones, manifiestos, comunicados, peticiones (en la mayoría de las veces de ámbito internacional como los dirigidos al secretario general de la ONU), al tiempo que

recabó el apoyo popular y llamó a la movilización civil (manifestaciones y huelgas)<sup>9</sup>.

Estas manifestaciones de repulsa, conducidas por el CON y los alcaldes nacionalistas, contaron con la intensa participación del movimiento estudiantil. Las manifestaciones estudiantiles o el lanzamiento de piedras a las patrullas israelíes eran motivos suficientes para aplicar castigos individuales o colectivos<sup>10</sup>, que si bien en algunas ocasiones desmotivaron la adhesión a las movilizaciones, en otras las retroalimentaron. De esta manera estuvo marcado el flujo y reflujo de las protestas, con brotes puntuales y la participación vanguardista de los estudiantes.

La población de los territorios aunó una serie de sentimientos de miedo, frustración y desesperanza que, expresados espontánea y públicamente desde 1978, fueron reavivados a principio de los ochenta en respuesta a la escalada represiva, los planes de administración civil, y la creación de las ligas de aldeas.

### **3. Institucionalización del movimiento social y de las protestas**

Las acciones palestinas de protestas ante la destitución de sus representantes locales (que por defecto o extensión también lo eran de sus aspiraciones nacionales), y la proscripción de sus movimientos sociales, cabe contemplarlas dentro de la denominada curva J de Davies (Davies, 1962): que las actividades de protesta o revoluciones surgen cuando, después de un periodo de desarrollo social y económico con expectativas crecientes de mejoras, se produce un corte e involución en las mismas. En otras palabras, después de un periodo significativo de relativo crecimiento económico, que permitió la participación sociopolítica en la apertura del sistema de ocupación (elecciones municipales), las ascendentes

aspiraciones políticas de los palestinos lideradas por el FNP y el CON (afirmación de su identidad nacional y de su liderazgo político) fueron cortadas violentamente por la represión. En ese sentido, la llegada al gobierno israelí del bloque ultranacionalista y derechista Likud, en 1977, supuso un incremento de la represión de la población palestina que, agotada, tuvo que sumar a su desmovilización otros eventos de carácter interno (fragmentación política e institucionalización del movimiento social de protesta) y externos (descalabro de la OLP en la guerra civil libanesa), que cerraron el ciclo de protesta iniciado a principio de los setenta.

a) **Elecciones de 1976**: la máxima expresión del consenso nacional palestino en torno a su liderazgo y demandas nacionalistas se produjo, paradójicamente, en las elecciones municipales convocadas por las autoridades israelíes, en 1976, que se saldaron con el triunfo de los candidatos afines a la OLP.

La consulta electoral se realizó en un contexto político de cíclicas movilizaciones colectivas de carácter nacionalista en el interior, y de creciente reconocimiento de la OLP en el ámbito internacional en el exterior. Ambos escenarios se entrecruzaron por la ascendente identificación del movimiento social del interior (FNP) con la OLP y por la mayor capacidad de ésta para la movilización de recursos en la tierra ocupada. Por tanto, desde la perspectiva del gobierno israelí, en concreto, de su ministro de Defensa, Peres, las elecciones podían, primero, neutralizar las movilizaciones de protestas contra los planes de autonomía administrativa (y la misma ocupación) al considerar que estaban hostigadas desde el exterior por elementos de la OLP<sup>11</sup> (Ma'oz, 1984: 133-134); y, segundo, erosionar la imagen internacional de la OLP como interlocutor de los palestinos mediante la promoción de un liderazgo indígena (Sahliyeh, 1988: 64), sobre todo ante las contradicciones (estratégicas) del movimiento

palestino que cuestionaron su presencia armada en el Líbano tras la guerra civil. Por otra parte, las elecciones eran un gesto diplomático cara a la sociedad internacional que subrayaba el carácter *benévolo* de la ocupación israelí bajo la que se desarrollaba -paternalmente- un régimen de autonomía árabe.

El cambio de actitud de la OLP con respecto a las elecciones municipales de 1976, en las que a diferencia de las de 1972 aceptó participar indirectamente mediante sus militantes y simpatizantes, se debió a la ampliación de su base social de apoyo en los territorios. Las ascendentes expectativas nacionalistas de su población, pavimentadas sobre una coyuntura estructural favorable (transformaciones socioeconómicas y políticas), fueron perfiladas por la acción intencional del FNP en la movilización de recursos de su comunidad política, rentabilizándolos en la oportunidad ofrecida por las elecciones. El FNP se presentó como bloque nacionalista, que abarcó a comunistas, ba'asistas, grupos de izquierda, miembros y simpatizantes de la OLP, personalidades relacionadas con las *hamulas* (familias extensas) e incluso elementos conservadores. La excepción a esta pauta fue la abstención del Frente de Rechazo que, liderado por el FPLP, rehusó a su condición de miembro del FNP.

En contraposición a la OLP, la ambigüedad jordana procedió de su desconfianza en los resultados y, sobre todo, del cambio introducido por el gobierno israelí en la ley electoral jordana de 1955 (por la que se regularon las elecciones de 1972), que dejó de ser censitaria al permitir el voto a los mayores de 21 años, a las mujeres (de las que se esperaba un voto conservador), y a los refugiados, carentes de propiedades. Los temores jordanos se vieron confirmados desde el inicio de la campaña electoral, impregnada de un fuerte contenido nacionalista y de rechazo a las componendas preelectorales. Los lemas electorales giraron en torno a las consignas políticas antes que a las municipales: reconocimiento

de la OLP, retirada israelí, creación de un Estado palestino en Cisjordania y Gaza, y rechazo a los planes autonómicos israelíes y a la *opción jordana*.

Los resultados de las votaciones permitieron concluir la fase de realineamiento ideológico y de relevo generacional. El cuerpo electoral estaba compuesto por 88.462 personas de las que 59.914 eran hombres y 32.548 mujeres (en 1972 eran sólo 31.746 hombres). Votaron 62.988 (41.050 hombres y 21.948 mujeres), esto es, el 72,3 por ciento (porcentaje inferior al 85,1 por ciento de 1972). Tenían que elegir 205 candidatos entre 577 en 22 ciudades (377 en 1972). De los 205 electos 153 lo eran por primera vez, lo que produjo una renovación del 75 por ciento. Otros datos de interés son los relacionados con la edad, estudios, ocupación laboral y orientación política<sup>12</sup>.

Sin duda, se produjo un cambio radical en la tendencia del voto, donde el antisistémico ganó la mayoría al mismo tiempo que supo reconciliar el conflicto entre las viejas lealtades locales y la tendencia nacionalista, esto es, integró el conservadurismo social en el nuevo comportamiento de militancia radical y de confrontación con la ocupación (Mishal, 1986: 118). El triunfo de los candidatos de la OLP reflejó el respaldo popular, grado de representatividad y legitimidad alcanzados por el movimiento de resistencia entre la población de los territorios.

b) **Los municipios**: surgieron dentro del ciclo de protesta como nuevos marcos de la acción colectiva, en los que el movimiento social ensayó y refinó su acción con cierta tendencia a la institucionalización (Tarrow, 1989: 48). La tarea política que desempeñaron los nuevos responsables locales rebasó el marco municipal. La razón no era otra que la instrumentalización de las ventanas abiertas de la ocupación.

A partir de entonces el creciente activismo político comenzó a girar en torno a los municipios en una doble vertiente: interna (movilización de recursos comunitarios mediante la modernización y agilización de las administraciones municipales para ampliar y agilizar su infraestructura de servicios); y externa (movilización de recursos económicos que erosionaran la dependencia del gobierno militar israelí, buscando fuentes de financiación alternativa en los países árabes y en la OLP, y de recursos políticos y diplomáticos en la sociedad internacional, que apoyaran su reconocimiento político y derechos nacionales).

El nuevo dinamismo y eficiencia fueron compartidos por el entusiasmo de sus miembros y ciudadanos (además de la prensa local), entre los que reinó un nuevo espíritu de solidaridad cristalizado en la extensión de redes de asistencia que desarrollaron los municipios con las ciudades o aldeas en situación de emergencia (por ejemplo, bajo toque de queda), y con los colectivos agraviados o demandantes de apoyo (entre otros, los prisioneros). En este cometido asignaron a las organizaciones del movimiento social las actividades requeridas para ampliar la tarea asistencial e incrementar su eficacia que, colateralmente, ensayaron el trabajo colectivo y voluntario en los espacios comunitarios, tejiendo extensas redes de solidaridad que dotaron de referentes simbólicos (identidad), experiencia y canales de participación (o reclutamiento) a grupos sociales nuevos o desorganizados, y movilizados posteriormente. Por otra parte, recibían a delegaciones extranjeras en visita a los territorios ocupados, y participaban en conferencias o simposios internacionales sobre la cuestión palestina (muchas veces compartían dichas asistencias con los delegados oficiales de la OLP en los organismos internacionales); y atendían a la prensa extranjera destinada en Gaza y Cisjordania, celebraban ruedas de prensa y emitían comunicados -de alcance internacional- dirigidos a la opinión pública, instituciones y organizaciones internacionales (ONU, CEE, ONGs).

c) **Industria de los movimientos sociales**: viene a ser la relación de cooperación o competencia entre las diferentes organizaciones que forman el movimiento social, con los efectos positivos y negativos de la confrontación entre los sectores moderados y radicales (McCarthy y Zald, 1977).

c.1) **El Frente Nacional Palestino**: el protagonismo cobrado por los municipios y por los alcaldes suscitó ciertos recelos hacia la institucionalización de la acción colectiva que, compartida con otros factores endógenos y exógenos, señalaron el descenso de las movilizaciones a mediados de los setenta.

La polémica que envolvió los orígenes del Frente Nacional o Patriótico Palestino no sólo fue semántica, traducido como Nacional (Qawmiyeh) o como Patriótico (Watanieh)<sup>13</sup> (Dakkak, 1983: 95-96), sino también política: centrada en la composición y correlación de fuerzas del Frente, y si éste fue creado por una decisión burocrática (instrumental) o por su propio cauce (expresivo). La primera posición sostiene que la iniciativa fue tomada por el XI CNP (enero de 1973) al sugerir la creación de un marco organizativo que fuera la voz de la OLP en los territorios; mientras que la segunda afirma que dicha determinación fue remitida desde el interior sin presión exógena alguna, pues el Frente fue el resultado del proceso de articulación de las demandas nacionales palestinas (1972-1973) (ibid.: 75-78).

Independientemente de su origen, la controversia procedió de su diferente correlación de fuerzas políticas y orientaciones ideológicas, que debatieron si el FNP era una extensión de la OLP o una organización rival que podía erosionar el liderazgo de ésta y, en consecuencia, si las actividades de la OLP en los territorios debían ser filtradas exclusivamente por el FNP o por otros canales (Sahliyeh, 1988: 58). La fortaleza del partido comunista (PC) en el movimiento

obrero y estudiantil le situó a la cabeza del FNP, manifestado por la elaboración de su programa, la reclamación del 60 por ciento de sus filas, la demanda de incorporación del PC al comité ejecutivo de la OLP, y la reivindicación (sensible al liderazgo exterior) de ganar para el interior el protagonismo de las decisiones políticas mediante el incremento del papel sociopolítico del FNP. Es decir, que el FNP fuera el único canal de expresión de los intereses y puntos de vistas de los territorios, y entre éstos y la OLP. En esa lucha por el control político del PNF, Fatah acusó al PC de intentar establecer un liderazgo alternativo a la OLP (ibid.: 58-60).

Los celos entre la dirección del exterior y la emergente en el interior no fueron ajenos a la situación, por un lado, de predominio político del movimiento en la diáspora, que era el escenario del epicentro de la acción colectiva, de su más extensa e inmediata base social de apoyo (refugiados de 1948), de las instituciones y centros de decisiones políticas (CNP y comités ejecutivos de las organizaciones); y, por otro lado, de debilidad de movimiento bajo la ocupación, que a menudo le llevó a buscar referencias simbólicas, legitimidad y apoyos (políticos y materiales) en sus organizaciones homólogas en el exterior, donde residía su dirección política. Desde el exterior, la OLP temió ver desplazado su liderazgo, sospecha que, por atenuada con la desaparición de la élite tradicional y pro-jordana, no dejó de mantenerse. Asimismo la central palestina desarrolló sus propias redes clientelares en los territorios mediante sus diversas organizaciones e instituciones. De aquí la dependencia externa de las organizaciones del interior, que señaló el declive del FNP ante la suscitada controversia, según Sahliyah:

"a central factor in the collapse of the PNF was the continuing loyalty of the political forces in the front to their external custodians. Rather than giving primary allegiance to the front, the PNF's four principal components -the

communities, the followers of Fatah, the Democratic Front, and the Bath party-were consistently faithful to their political patrons within the Palestinian nationalist movement"<sup>2</sup>.

La tendencia al faccionalismo del movimiento palestino (arrastrada desde los años treinta) se debió en gran parte a su dispersión geográfica, que desarrolló dos percepciones diferentes respecto a la misma realidad. Estas diferencias no siempre estuvieron tan claramente delimitadas por el entorno físico (exilio u ocupación) como por sus concepciones ideológicas y estratégicas. La institucionalización de ciclo de protesta en el interior estuvo precedida por la galopante institucionalización de la OLP en el exterior, acentuada tras su reconocimiento árabe e internacional. La consolidación de su liderazgo nacional exigió la integración de las corrientes más moderadas y conservadoras en su paisaje político y, en contrapartida, frenar la radicalización del movimiento social (con fuerte arraigo de comunistas e izquierdistas). Se trató de preservar la alianza de unidad nacional (interclasista) que en la versión radical sólo alcanzaba hasta la unidad popular (trabajadores, campesinos y estudiantes).

La institucionalización de la OLP tuvo otra lectura: que sólo se había interesado en los territorios después de estrenar su traje diplomático y el auge de la corriente derechista (Fatah), proceso acelerado por su acercamiento a los regímenes árabes conservadores (países del Golfo) en busca de apoyo financiero y, por extensión, político. En esa tesitura de sucesivos reconocimientos internacionales de la OLP (invitada a aceptar el orden árabe e internacional) se produjo el florecimiento de la estrategia política en detrimento de la armada, la burocracia adquirió una inusitada importancia en el terreno político, administrativo y económico del movimiento de resistencia que, en consecuencia, se

---

<sup>2</sup> (Sahliyah, 1988: 61).

deslizó hacia "la moderación y la diplomacia en oposición a la militancia y el radicalismo" (Dakkak, 1983: 79 80).

La línea de moderación adoptada por la OLP fue impulsada en los territorios, y asumida por algunos alcaldes, con objeto de desradicalizar el movimiento social en el interior (ibid.: 80-81). Esa tendencia se expresó por la ausencia de consultas a sus bases sociales, con la marginación de los grupos o personalidades divergentes a sus planteamientos; y por la organización de la resistencia a través de instituciones y organizaciones tradicionales (concejos municipales, de aldeas y de notables, cámaras de comercio e industria, colegios profesionales, asociaciones benéficas) donde el poder de los moderados era más fuerte, en contraposición a las corrientes de izquierda que lideraban el movimiento social (particularmente influyentes en el sindicato de trabajadores, las organizaciones estudiantiles y profesionales), y más tendentes a construir nuevas organizaciones o radicalizar las filas de las existentes (Tamari, 1981: 30).

En el tira y afloja de la institucionalización o radicalización de la acción colectiva se consumieron las últimas energías del FNP. En medio de la fragmentación política (factor endógeno) se sumó la represión del nuevo gobierno israelí (mayo de 1977), que se obstinó en acabar con los desórdenes generalizados en los territorios, producidos bajo el anterior gabinete (factor exógeno). De manera que después del periodo de protesta no siguió un cambio positivo (reformas), sino negativo (involución) con el incremento de los costes de la participación, introducido por el Likud. Una de sus principales metas políticas fue la dirigida a minimizar los logros del movimiento nacional palestino, tanto en la región como en la esfera internacional.

En el primer término, la represión se caracterizó por una sistemática violación de los derechos humanos. Expropiación y transferencia de tierras. Restricción de las actividades públicas (interferencia en los asuntos municipales y académicos) y socioculturales (censura de libros, artículos, revistas y prensa, arresto de periodistas y escritores, cierre de universidades y escuelas). Penas colectivas y humillaciones públicas (transferencia de población o exilio interno, destierro de familias enteras, demolición de casas, confinamiento domiciliario, detenciones administrativas, encarcelamiento y torturas, toques de queda sobre ciudades, aldeas y campos de refugiados). Prohibición de cualquier símbolo del nacionalismo o identidad nacional palestina (banderas, canciones, emblemas). Todos estos castigos indiscriminados respondieron a una misma lógica: eliminar la resistencia nacionalista (Aruri, 1978: 48-66).

En el mismo ámbito, se produjo una escalada colonizadora de los territorios (multiplicación de asentamientos, apropiación de tierras y recursos acuíferos palestinos, adhesión de los servicios de teléfono y electricidad a los de Israel), que señaló el preludio de la anexión total de Cisjordania y Gaza. En esa dirección, el parlamento israelí proclamó la ciudad de Jerusalén como capital *eterna* de Israel (julio de 1980) (Dakkak, 1983: 67-96; Ma'oz, 1984: 162). Es más, debido a ciertas dificultades legales sin precedentes (en 1979, la Alta Corte de Justicia decidió el desmantelamiento de la colonia de Elon Moreh por haber sido creada en terrenos privados), el gobierno israelí comenzó a modificar la legislación jurídica con objeto de facilitar la colonización de Cisjordania y Gaza, utilizando el entramado legal para apropiarse de más tierras palestinas y transferirlas a los asentamientos judíos. Las críticas de la ONU a la política de asentamientos israelíes y de represión en los territorios<sup>14</sup> fueron contestadas por el parlamento israelí: con la afirmación del derecho de Israel a establecer

asentamientos en cualquier parte de los territorios ocupados (6 de marzo de 1980).

En el segundo escenario, Israel maximizó la predisposición egipcia a sellar unilateralmente (sin el resto de sus aliados árabes ni la participación palestina) un tratado de paz con Israel, los acuerdos de Camp David. En el mismo ámbito, otro factor que contribuyó a la desmovilización fue el retroceso de la OLP en la guerra del Líbano<sup>15</sup>. La inmovilización de las fuerzas de la OLP en el laberinto libanés, el giro a la derecha del mundo árabe y la pérdida de aliados (Egipto) formaban el paisaje externo de los territorios, donde la resistencia interna comenzó nuevamente la reorganización de sus recursos. Reaccionando de esta forma al punto muerto en el que había entrado la OLP, carente de respuesta política y diplomática a los acuerdos de Camp David que, durante un breve periodo (1976-78), fue reflejada por la relativa calma e inactividad política en el interior<sup>16</sup>.

c.2) **El Comité de Orientación Nacional**: también conoció una serie de divisiones internas que le restaron energías en su acción movilizadora. La principal polémica giró en torno al CCJP y la distribución clientelista de sus fondos: Jordania en favor de sus hombres, sobre todo en los medios rurales, y Fatah en beneficio de sus miembros más conservadores y organizaciones afines.

Dicha polémica estuvo envuelta en otras competiciones y crisis, por ejemplo, la elección del presidente de la compañía de electricidad de Jerusalén oriental: Khalaf, propuesto por los grupos de izquierda del CON, o Anwar Nuseibeh, que resultó elegido a propuesta de Fatah y con apoyo jordano; la tendencia de los alcaldes Shaka y Khalaf, respaldados por el FDLP y FPLP<sup>17</sup>, a una posición semi-independiente de la dirección de la OLP en Beirut (conducida por la línea

moderada de Fatah); y la hostilidad del ala izquierda del CON a la participación de Jordania en el CCJP y a su apertura de una oficina de pasaportes para la población de Cisjordania, en oposición a la opinión de los dirigentes de la OLP (Dakkak, 1983: 86-88; Ma'oz, 1984: 173-175; Mishal, 1986: 138-139; Sahliyah, 1988: 75-77).

En definitiva, se trató de la persistente controversia entre moderados y radicales en el seno de la resistencia, y la propia dinámica de la acción colectiva en su fase de institucionalización y moderación con la renuencia de una parte del movimiento social a aceptarla. Estas disensiones se agravaron al cruzarse con la represión israelí, orientada hacia la desinstitucionalización del movimiento nacional palestino y sus logros.

Los alcaldes electos fueron el chivo expiatorio de la resistencia a la política israelí en los territorios y a los acuerdos de Camp David. El gobierno de ocupación acusó a Basam Shaka, Karim Khalaf y Mahmud Melhem de ser miembros del comité preparatorio del FNP (también miembros del CON), y responsables de la huelga general convocada el día que se firmó el tratado de paz entre Egipto e Israel (26 de marzo de 1979). El FNP, que estaba reorganizándose a caballo de las protestas que siguieron a los citados acuerdos y a la oposición de izquierda en la OLP, fue proscrito (octubre de 1979). Los alcaldes de Ramallah y al-Bireh, Khalaf y Tawil, fueron llevados a los tribunales. El alcalde de Nablus, Shaka, fue arrestado y amenazado con la deportación hasta que la Alta Corte suspendió el proceso (noviembre de 1979). Shaka fue recibido en su ciudad como un héroe en medio de la alegría popular. Meses más tardes los alcaldes de las ciudades de Hebrón y Halhoul, junto al Qadi (jurista religioso) de la primera, fueron deportados al sur del Líbano, acusados de incitar a la violencia (mayo de 1980).

Aunque las presiones del Consejo de Seguridad de la ONU lograron el retorno de los deportados (octubre), Begin los expulsó nuevamente al Líbano (diciembre de 1980). Un mes más tarde los alcaldes de Nablus y Ramallah sufrieron un atentado con bombas en sus respectivos coches, que amputó las dos piernas a Shaka y una a Khálaf. Otros siete ciudadanos árabes de Hebrón fueron heridos y el alcalde de al-Bireh, Tawil, se salvó de un atentado. Pese a que los autores no fueron aprehendidos, todas las sospechas apuntaban a los fanáticos del Gush Emunim y a los seguidores del partido racista Kash, liderado por el rabino Meir Kahane, que alentaba a transferir (léase expulsar) a la población árabe-palestina (Kahane, 1981). La responsabilidad de estos acontecimientos fue trasladada al gobierno de Begin, que los había pertrechados con incentivos económicos y políticos, y legitimados con su política colonizadora.

La represión se extendió a otras figuras de la vida política y relacionadas directamente con responsabilidades en el CON. En aras a desmovilizar sus actividades se les impuso el confinamiento o arresto domiciliario (a los alcaldes del al-Bireh y Anabta, los editores de los diarios *al-Fajr*, *al-Sha'ab* y del semanario *al-Talia*, la presidenta de la asociación de rehabilitación familiar, y el presidente de la unión de ingenieros). Las restricciones de movilidad y comunicación al resto de los alcaldes y concejales fueron otros de los castigos (prohibición de contactar entre ellos y de abandonar sus respectivas ciudades sin permiso del gobernador militar). A los líderes estudiantiles se les prohibió toda expresión pública o colectiva.

Durante los primeros meses de existencia del CON el ministro de Defensa israelí, Ezer Weizman, toleró en cierta medida las reuniones públicas que el CON sostenía en Gaza y Cisjordania, con la perspectiva de que tales actividades pudieran abrir un canal para el diálogo con los líderes locales, esto es, que

asumieran la parte palestina buscada en los acuerdos de Camp David (Mishal, 1986). Pero la nueva ofensiva del régimen de ocupación no dejó espacio a la participación institucional de los ocupados, y procedió al aumento de la represión con la destitución de los alcaldes electos reemplazándolos en sus cargos por oficiales del ejército israelí, y con la ilegalización del CON (marzo de 1982).

Otras instituciones y órganos de sensibilidades nacionalistas corrieron parecida suerte: cierre de la Universidad de Bir Zeit por tercera vez en siete meses ante las manifestaciones estudiantiles, junto a la de al-Nayah y Belén (Aruri, 1984: 319-336); aplicación de una fuerte censura (o clausura) de los diarios palestinos editados en la parte oriental de Jerusalén, que vieron reducida sus tiradas; imposición de toques de queda en ciudades y aldeas; y dispersión de las manifestaciones por el ejército con el uso de fuego real y, en ocasiones, con la cooperación de colonos armados, cobrándose vidas, heridos y numerosos detenidos.

La dureza de la represión, sin precedente desde 1967, se saldó con un número de víctimas superior "a la mitad de las producidas durante los quince años de ocupación" (Demant, 1984: 149; Ma'oz, 1984: 202). Si bien estos acontecimientos indicaron la intensidad y amplitud de las actividades de protestas, también reflejaron la tensión bélica introducida por el nuevo gobierno israelí en la región (1981): anexión de los altos del Golán, bombardeo a la central palestina en Beirut y al reactor nuclear iraquí, como ensayos previos a la invasión del Líbano (1982).

Los planes del nuevo ministro de Defensa, Sharon, en el segundo gobierno de Begin, además de intentar establecer un millón y medio de colonos judíos en

los territorios durante la próxima década, sugerían que la solución del conflicto pasaba por la construcción de un Estado palestino en Jordania (Ryan y Hallaj, 1983)<sup>18</sup>. A donde se podía transferir bolsas de población palestina (Demant, 1984: 153), y donde se presumía que sería el destino de una parte de los palestinos residentes en el Líbano, después de que la OLP fuera derrotada tras la prevista invasión israelí al país de los cedros (Ryan, 1984: 371).

La solución de una patria alternativa (*watan el-badil*) en el exterior fue complementada en el interior con el reemplazo de los dirigentes nacionalistas, identificados con la OLP, por una red de colaboradores. Las *ligas de aldeas* venían, así, a reemplazar el liderazgo de la comunidad palestina electo en 1976 y a sus canales expresivos. El autor de la idea fue un arabista de la Universidad Hebrea, Milson, convertido entonces en estratega y gobernador -por designación de Sharon- de la nueva administración civil en los territorios. Su planteamiento era simple: retornar al sistema de patronazgo pre-existente a la ocupación (1967) en el medio social campesino a través de la intervención e impulso de un liderazgo rural (Milson, 1981: 30-1). Las contradicciones entre las radicalizadas ciudades y el medio rural más conservador (molesto por sufrir cierta discriminación en la distribución de las subvenciones y servicios de los municipios) querían ser explotadas instrumentalmente por "las ligas" (Tamari, 1984).

El amplio apoyo desplegado por Israel a su nuevo proyecto, con antecedentes en el partido granjero, *Hizb al-Zurra*, del periodo de entreguerras (Porath, 1974), llegó a conceder poderes extralegales a las ligas: armas (milicia paramilitar) y servicios (permisos de construcción, de viajes, certificados), con objeto de transferir cierta autoridad a la población autóctona en línea a los acuerdos de autonomía de Camp David (Tamari, 1984: 381-2). Sin embargo, no llegaron a arraigarse en la base social campesina ni -mucho menos- en la

urbana cuando, después de la invasión del Líbano, fueron ampliadas como partido nacional. La razón no era otra que el mismo planteamiento ahistoricista de Milson, que no contempló las transformaciones socioeconómicas y políticas producidas en los últimos años en la sociedad palestina (ibid.: 389).

## NOTAS:

1. Siglas que se corresponden a las del partido comunista jordano que mantenía su estructura en los territorios desde la anexión jordana de Cisjordania (1950).
2. Reproducida por Journal of Palestine Studies, vol. 3 (1974): 187-191.
3. El CON incluía ocho alcaldes (al-Shaka de Nablus, Hanoun de Tulkarem, al-Hamdallah de Anabta, Khalaf de Ramallah, al-Tawil de al-Bireh, al-Sati de Jericó, al-Qawasmeh de Hebrón y Melhem de Halhoul), tres periodistas (Mamoun al-Sayid, editor de *al-Fajr*, Akram Haniyah de *al-Shaab*, y Bashir Barguthi de *al-Talia*) y varios representantes sociales, por ejemplo, de las mujeres (Samiha Khalil), de las sociedades de bienestar (Dr. Dajani), del movimiento estudiantil (elegido anualmente y que siempre incluía al presidente del consejo de estudiantes de la Universidad de Bir Zeit), del sindicato de trabajadores (Adil Ghanim), del Consejo Supremo Islámico (Ikrima Sabri), de la franja de Gaza (Haidar Adbdel Shafi y Zuhair al-Rayis), de los comerciantes (Ali al-Taziz y Said Ala al-Din), y de las asociaciones profesionales (Ibrahim Dakkak de los ingenieros, Jiryis Khouri de los abogados, y Azmi al Shuhabi de los odontólogos) (Kapeliouk, 1980: 13; Sahliyah, 1988: 73).
4. La descendente influencia de Jordania en los territorios fue reanimada por el "plan Allon", como intento de maximizar la seguridad militar y ganancias territoriales israelíes en menoscabo de su población árabe (Ryan, 1984: 341). Su planteamiento de la retirada israelí de algunas áreas y la anexión de la mayoría requería lograr un acuerdo con el rey hachemita. La denominada "opción jordana" se puso en marcha reforzando el apoyo a los alcaldes y personalidades pro-jordanas a los que el gobierno de Ammán entregó grandes sumas de dinero. Paralelamente, tuvieron lugar conversaciones secretas con los líderes israelíes en espera de un gesto (retirada de algunas partes del valle del Jordán) que mantuviera la influencia jordana y diera credibilidad a su papel de interlocutor del pueblo palestino residente en las dos orillas del Jordán. Sin embargo, ni uno ni otro plan llegaron a materializarse.
5. Entiéndase el término de comerciante en su acepción más amplia de ese importante sector urbano formado por los tenderos, artesanos, pequeños comerciantes y empresarios que representan a la pequeña burguesía o, en algunos casos, a la burguesía emergente. Sirva como orientación el ejemplo del "Bazar" iraní con todas las salvedades propias a contextos diferentes.
6. Nuevamente es necesario observar que debido al considerable número de pequeños comercios en las ciudades (zocos), el cierre de éstos supone por extensión la ausencia de vida en la ciudad. Es más, en la propia lengua árabe se considera cerrada la ciudad (*el-balad muglaqah*) cuando no hay actividad comercial en la misma.
7. El recuerdo de los mártires, como en otras experiencias similares, ha pasado a formar parte de las expresiones y símbolos populares de resistencia a la ocupación. De esta forma las paredes se llenan de graffitis y pasquines en referencia a sus mártires, presos y líderes, tanto como las canciones nacionalistas y de protesta, por ejemplo la dedicada a Lina Nabulsi (15 de mayo de 1976).

8. La importancia de la movilización de los palestinos del interior de Israel radicó en ser la primera de este signo después de un largo periodo de calma (1948). Precisamente cuando más se presumía de su integración en las fronteras israelíes estalló la protesta colectiva, de tal modo que en el calendario del nacionalismo palestino el 30 de marzo está considerado como el "Día de la Tierra", y así se celebra en memoria no sólo de los mártires que produjo la represión y el significado de la lucha por preservar las tierras árabes, sino por el no menos importante símbolo de unión e identidad nacional entre los palestinos a ambos lados de la línea verde. Véase: Schölch, A. (ed.) (1983): Palestinians over the green line: studies on the relations between palestinians on both sides of the 1949 armistice line since 1967. Londres: Ithaca Press. Halevi, I. (1979): Palestina bajo Israel. San Sebastian: Ediciones Vascas.

9. El CON convocó una serie de movilizaciones con motivo de las visitas de mandatarios extranjeros para llamar su atención sobre la situación de los territorios ocupados, o bien para manifestar el desacuerdo con la política de su gobierno: por ejemplo, ante la visita del Presidente Carter a Israel (marzo 1979), el boicot al enviado de la misión diplomática americana (enero 1980), y ante el intercambio de embajadores entre Egipto e Israel (febrero 1980).

10. Por ejemplo, el campo de refugiados de Jalazone de 4.000 habitantes, sitiado durante doce días sin permitirse la entrada de alimentos (mayo de 1979).

11. El argumento del enemigo o conspirador exterior ha sido una regularidad en los análisis de los gabinetes israelíes a la hora de enfrentarse con las protestas de la población palestina, y repetido con la Intifada.

12. En las elecciones de 1972, el 40% del cuerpo electo tenía menos de 67 años y sólo el 3% tenía menos de 30 años. En las de 1976, el primer grupo de edad representaba el 67% y el segundo el 10%. Con estudios universitarios: 10%, en 1972, y 28%, en 1976; y con otros estudios superiores: 25% en ambas fechas. En cuanto a la ocupación laboral en 1972, los trabajadores de cuello blanco eran el 20%, 1/3 los comerciantes y 1/3 los granjeros; y en 1976, el 40%, el 40%, y el 20%, respectivamente. De ideología nacionalista o de izquierda en 1972 eran: el 8% de los alcaldes y el 20% de los concejales, mientras que en 1976 los primeros representaban el 33% y los segundos el 40%. (Ma'oz, 1984: 136-7).

13. Se sigue la traducción más conocida, la de Frente Nacional Palestino, aunque no por ello la más exacta.

14. Las protestas de Naciones Unidas se canalizaron en la Asamblea General (el 12 de diciembre de 1978) y en el Consejo de Seguridad (el 1 de marzo de 1980). Por entonces el gobierno israelí creó dos escuelas religiosas judías en el mismo centro de la ciudad árabe de Hebrón. acción que fue interpretada como una provocación.

15. Donde se involucró desde el comienzo de la guerra civil en estrecha alianza con el movimiento nacional progresista y el conjunto de la izquierda libanesa. La intervención siria, bajo la cobertura de "Fuerzas Árabes de Pacificación", significó un retroceso para dicha alianza, por cuanto frenó su avance que amenazaba con cambiar el paisaje sociopolítico y económico del Líbano e iniciar una experiencia revolucionaria en el Próximo Oriente, desafiadora del *statu quo* de la región.

16. Nótese el paralelismo del comportamiento político en los territorios ocupados entre la década de los setenta y ochenta, y la interacción entre la acción violenta en el exterior y la resistencia civil en el interior. Es decir, como el retroceso de la primera afecta de manera desmovilizadora a la segunda, que después de un significativo *impasse* reacciona movilizándose sus propios (y limitados) recursos ante la ausencia de un salvador externo (OLP, mundo árabe, sociedad internacional).

17. Este apoyo no sólo se debió al empeño de garantizar la autonomía decisional de los activistas del interior, sino también a la intención de contrarrestar la influencia de Fatah en el seno de la OLP: a través del movimiento social de los territorios en el que la izquierda de la OLP y el partido comunista tenían una considerable presencia. Esta polémica entre la dirección del exterior y el interior fue recogida en el seminario celebrado por el Centro de Estudio e Investigación Palestino de Beirut, en julio de 1981, bajo el título de "Problemas de la lucha nacional en Cisjordania y la franja de Gaza". Algunos extractos de las ponencias del debate pueden verse en: Journal of Palestine Studies, vol. 11, nº 2 (1982): 152-164.

18. Según las declaraciones de Ariel Sharon, en la revista Time, 5 octubre de 1981.

## VII. LA EMERGENCIA DE LA SOCIEDAD CIVIL

Antes de su diáspora (1887-1948), los palestinos -cristianos y musulmanes- formaban una comunidad que había integrado el renacimiento intelectual y nacional árabe con sus valores culturales y políticos. Al mismo tiempo que, desde hacía décadas, recibían la influencia modernizadora occidental mediatizada por las misiones cristianas, europeas y americanas (Khalidi, W., 1987: 33), y por el impacto socioeconómico del capitalismo en la zona (Owen, 1981). Pese a que no contaban con instituciones propiamente nacionales durante el gobierno del Mandato británico (1917-1948), o tal vez por ello, proliferaron toda una serie de asociaciones civiles: clubes, sindicatos, sociedades deportivas, femeninas, culturales y de caridad; además de centros de reunión como los cafés-tertulias en las ciudades, o la casa de huéspedes en las aldeas (*mudafa*) que, junto a la prensa de la época y los casinos literarios, articularon las demandas de sus respectivos sectores sociales hasta introducirse en el área de influencia del movimiento nacionalista (Abu Ghazaleh, 1991; Muslih, 1993).

### 1. La recomposición del tejido social asociativo

La continua dispersión y fragmentación de la sociedad palestina, carente de una autoridad nacional, central e independiente, sin desarrollo socioeconómico ni protección política, vio agravada la situación de su comunidad en Cisjordania y Gaza ante las prácticas sistemáticas de represión y asimilación realizadas por el gobierno de una potencia extranjera (Israel), que amenazaron su existencia material y nacional.

De una manera u otra, el régimen de ocupación afectó a todos los sectores de la sociedad palestina, lo que facilitó cierta alianza comunitaria e interclasista<sup>1</sup>.

Pese a que la existencia de los agravios fue una condición necesaria en la formación de su conciencia nacional, aquéllos resultaron insuficientes para la extensión y articulación de ésta. Los cambios en la estructura económica coadyuvaron a la marginación de la élite tradicional y a su reemplazo por un nuevo liderazgo nacionalista, con renovadas formas de identidad y pautas de comportamiento sociopolítico. El control que realizaron de los recursos comunitarios se articuló en la formación de un amplio movimiento social, con el reclutamiento de nuevos grupos que compartían identidades y estructuras (estudiantes, trabajadores, profesionales, mujeres), y protagonizaron las movilizaciones colectivas de los años setenta.

El aprendizaje a través de la experiencia, que incluyó el retroceso del movimiento social en la guerra del gobierno militar israelí contra las instituciones palestinas, exigió redefinir la tarea de movilización de recursos. En este contexto, surgieron las organizaciones de base como proveedoras de servicios a su comunidad, que no eran ofrecidos por el poder colonial o eran objetos de sus agravios. Su principal función consistió en vincular la experiencia diaria de cada sector de la población (por ejemplo, los trabajadores en Israel) con el programa más amplio del movimiento nacional. Sus cuadros relacionaron la situación particular de un determinado grupo social con la general, y concienciaron sobre las necesidades y esfuerzos requeridos para cambiar tal situación; del mismo modo transformaron las organizaciones existentes y las dispusieron al servicio del movimiento nacional. En suma, esas organizaciones ofrecieron a su sociedad una infraestructura (política, ideológica, social y económica) capaz de trasladar su movilización de recursos en una acción colectiva (estructura y liderazgo visualizados con la Intifada).

a) **Características de las organizaciones de base**: vienen definidas por sus miembros, política de reclutamiento, estructura en la toma de decisiones, extensión comunitaria, dimensión del trabajo, estrategia de movilización y participación, que las distingue del resto de las asociaciones e instituciones en los territorios (Taraki, 1989: 433). Todas estas organizaciones, pese a sus diferencias políticas, constituyen una infraestructura civil y sociopolítica que asegura la supervivencia de la sociedad palestina frente al desafío de la ocupación. Su trabajo es una alternativa a los servicios que no sólo no provee el sistema de ocupación, sino a las nuevas necesidades que provoca mediante sus agravios. Su solidaridad se basa en la alianza de intereses comunes de una colectividad que comparte la misma realidad política y rebasa los marcos locales; y su cooperación demuestra la capacidad de una pequeña sociedad para superar sus limitados recursos mediante un abanico de organizaciones sociales (Muslih, 1993: 271). Fenómeno que señala la existencia de la sociedad civil pese a la ausencia de un Estado democrático (ibid.: 272).

a.1) **Origen**: algunas tienen sus antecedentes en las existentes en el periodo previo a la ocupación (1948-1967) o incluso antes de la desintegración de la sociedad palestina (1917-1948), aunque sin continuidad lineal y transformadas (por ejemplo, el movimiento obrero hunde sus raíces en el periodo del Mandato británico).

Los primeros sindicatos fueron creados y dominados por los comunistas dado su énfasis en la movilización civil antes que en la acción armada. El peso sociopolítico que adquirieron en los territorios llevó a otras organizaciones a crear los suyos (médicos). Otros han surgido de manera espontánea ante las necesidades apremiantes de su sociedad y luego se han institucionalizado (trabajo

de voluntariado o cooperantes). O bien recogen la modalidad de los existentes en la diáspora bajo la égida de la OLP (escritores y periodistas).

a.2) **Dirección descentralizada**: presenta la rotación del liderazgo para evitar la detención o deportación y lograr un mayor grado de democratización, y una estructura informal, sin ubicación física fija o muy conocida (oficinas o sedes), que opera de manera semiclandestina o semilegal, y sin los permisos requeridos por las autoridades de la ocupación.

a.3) **Clientelismo político**: suele ser frecuente que cada una de las cuatro mayores organizaciones políticas (Fatah, FPLP, FDLP y el PCP, que es la única que tiene su dirección en el interior) cuente con su propio sindicato en los territorios, cuadruplicando el número de organizaciones asignadas a unas determinadas áreas sociales (trabajadores, médicos, mujer). Con prácticas de patronazgo y clientelismo políticos compiten por ganar mayor base social y redoblan los esfuerzos debido a ese faccionalismo<sup>2</sup>, que en algunos casos dificultan la coordinación (trabajadores) aunque en otros ésta se ha conseguido de forma ejemplar (mujer).

a.4) **Nacionalismo y socialismo**: al formar parte del movimiento nacional reflejan sus diferentes líneas ideológicas y alianzas políticas. Generalmente los nacionalistas (Fatah) acostumbran a mostrarse más conservadores en las materias socioeconómicas en aras a mantener la unidad nacional interclasista, mientras que los grupos de izquierda (FPLP, FDLP y PCP) enfatizan habitualmente los temas sociales y económicos sin desmerecer los nacionales.

b) **Organizaciones de trabajo voluntario**: tuvieron su origen a principios de los setenta (1972), por iniciativa de un pequeño grupo de profesionales jóvenes

de clase media y adolescentes. De esta labor pionera se ha pasado en la actualidad a una organización de amplia base que integra a muchos jóvenes de origen rural o campesino, campos de refugiados, y estudiantes universitarios, de enseñanzas medias y básicas. Su principal misión entonces (y ahora) fue combatir la barrera entre el trabajo manual e intelectual, y el egoísmo; e inculcar la conciencia colectiva, promover los derechos de la mujer, y ayudar a la comunidad (Taraki, 1989: 452).

Un sinfín de actividades acumuló su agenda: impartir clases, recoger la basura de sus localidades, pavimentar calles, crear sistemas de alcantarillado en los campos de refugiados y aldeas, reparar inmuebles de las zonas más deprimidas, ayudar a los campesinos en la recogida de la cosecha, reclamar tierras para la agricultura, reforestar, establecer clubes de ocio y deporte, celebrar reuniones culturales en las que se discute sobre autores árabes e internacionales.

El trabajo voluntario se extendió de tal manera que, tras las elecciones municipales de 1976, fue centralizado por los municipios. Después de 1982 el Alto Comité del Trabajo Voluntario registró ciertas diferencias en su seno que llevaron a algunos grupos a trabajar fuera de su marco. No obstante, sus logros se cuentan en la comunicación que estableció entre el campo y la ciudad; el contacto de los profesionales y estudiantes (trabajo intelectual) y los trabajadores y campesinos (trabajo manual); el acercamiento entre ambos sexos, que era una oportunidad (e incentivo) para los jóvenes el trabajar conjuntamente; y por su labor de socialización política, que brindó un marco de expresión nacional y una escuela de cuadros especializados en la cooperación. Otros autores destacan su labor por promover los intereses individuales y colectivos (Muslih, 1993: 264). En cualquier caso, el trabajo voluntario inauguró la cooperación entre diferentes

grupos y sectores sociales a manera de ensayo previo a la Intifada y a la labor asistencial de sus comités populares.

c) **Organizaciones de la mujer**: la procedencia del movimiento de la mujer se remonta a principios de siglo. Entonces fueron las mujeres de clase alta urbana (versión femenina de los notables), con estudios superiores y pertenecientes a las familias prominentes, las que se adentraron en la vida pública y dominaron las organizaciones de la mujer. Se trató de asociaciones femeninas, pero sin agendas feministas. Dedicadas principalmente a las actividades benéficas o filantrópicas, combinadas por acciones puntuales de protesta bajo el Mandato británico (manifestaciones, manifiestos, congresos). La rebelión de 1936-39 abrió un paréntesis con la participación masiva de la mujer campesina, ya que se trató de una revuelta campesina de signo nacionalista.

Con la interrupción de la diáspora volvieron a renacer las asociaciones femeninas ligadas a las actividades de caridad y protección de la familia, que dominaron el movimiento de la mujer hasta entrados los años setenta. Periodo en el que entró en escena una nueva generación de mujeres activistas, no ajenas a las transformaciones de su sociedad que conoció la incorporación masiva de la mujer a las universidades y al mundo laboral (sobre todo las de origen campesino, refugiadas y de las clases más depauperadas); ni indiferentes al ejemplo de sus compañeras en la diáspora como agente importante de socialización en el mantenimiento de la identidad colectiva y en la participación sociopolítica (Peteet, 1991).

La primera organización propiamente de la mujer en los territorios fue el Womens's Work Committees (WWC, 1978) ligada al PCP y que más tarde fue renombrada como Federation of Palestinian Women's Action Committees

(FPWAC, 1989); la Union of Palestinian Working Women's Committees (UPWWC) surgió de la escisión de los miembros del FDLP de la WWC (1981); la Union of Palestinian Wómen's Committees (UPWC) fue establecida por el FPLP; y, por último, la Union of Women's Committees for Social Work (WCSW), creada por Fatah (1982). La fragmentación del movimiento de la mujer respondió a su identificación o afiliación con las diferentes tendencias políticas e ideológicas en el seno de la OLP (pauta igualmente observada en otros movimientos); y a las tensiones y divisiones del movimiento nacional en la primera mitad de los ochenta. No obstante, establecieron una coordinación entre las distintas organizaciones, Consejo Supremo de la Mujer, (1984), que resultó ejemplar antes y durante la Intifada.

Su denominador común fue el programa de organización y movilización de la mujer. Diferenciadas de las asociaciones de caridad y de su comportamiento paternalista, los nuevos grupos buscaron desarrollar proyectos, concienciar a la mujer de su situación específica e involucrarla en las actividades sociales y políticas. El WCSW, vinculado a Fatah, fue el grupo más renuente a esa tarea por seguir la orientación de las sociedades de caridad con su conducta de patronazgo: donaciones de dinero y prestaciones de algunos servicios (Hiltermann, 1991). Mientras que las familiarizadas con los grupos de izquierda trataron más con la opresión de la mujer: rescatarla de las restricciones sociales.

Las dificultades que encontraron en la organización y movilización de la mujer fueron las propias de una sociedad conservadora; reflejadas incluso entre los sectores más políticamente concienciados, como los líderes (masculinos) de los otros movimientos sindicales, en su falta de interés por el tema de la mujer y en la ausencia de un programa de reclutamiento y movilización de la otra mitad de la sociedad palestina. De hecho, la mayoría de las mujeres militantes

procedían de un determinado perfil social: de clases medias, con estudios superiores y solteras. Mientras que las más inclinadas a la participación pública fueron las mismas que más impedimentos encontraron en sus medios rurales y campos de refugiados (ibid.: 170-171).

d) **Organizaciones de trabajadores**: el movimiento obrero en Palestina data de los años del Mandato británico. Su nacimiento estuvo enraizado con las ideas socialistas de la revolución rusa (el internacionalismo proletario y la creación de partidos comunistas por todo el mundo), y las nacionalistas, amenazadas por los planes coloniales del movimiento sionista y la inmigración judía a Palestina. Se trató de un movimiento pequeño, de base urbana (Haifa y Jaffa), que fue integrando a los trabajadores de origen campesino que emigraban a la costa. En cierta medida, la creación de la *Palestinian Arab Workers' Society*, (PAWS), en Haifa (1925), respondió a la discriminación de los trabajadores árabes por parte de los judíos, que establecieron su sindicato, Histadrut, en 1920 (Lockman, 1992).

La división del movimiento obrero palestino entre una agenda nacionalista y otra obrerista ha sido una constante. En el periodo de entreguerra la prioridad nacional antes que la sindical quedó patente con la participación en la huelga general (1936) que terminó en rebelión (1936-39). Posteriormente, las disputas continuaron con la bifurcación entre la estrategia obrerista del *Arab Workers' Congress* (AWC), vinculado al PCP, y la nacionalista del PAWS. El PCP, renombrado con la anexión jordana como PCJ, mantuvo su influencia entre los trabajadores gracias a su estructura clandestina, que aseguró la continuidad del movimiento dentro de la *General Federation of Trade Unions* (GFTU). Con la ocupación israelí se congeló la lucha de clases en favor de la nacional. La importancia que adquirieron los territorios de Cisjordania y Gaza en la estrategia

de liberación llevó, en los años setenta, a la formación de una infraestructura de resistencia capaz de recibir y sostener la autoridad nacional.

El primer sindicato en organizar a los trabajadores emigrantes en Israel fue el Workers' Unity Bloc (WUB), del FDLP (1978). Los asalariados en Israel fueron considerados traidores (FPLP) o lumpenproletarios (PCP), hasta que el conjunto del movimiento nacional se percató de las razones de supervivencia y decidió organizarlos, con la dificultad de no tener ningún tipo de jurisdicción. De ahí su dedicación a suministrar servicios (abogados, asistencia médica, economatos, actividades culturales, de ocio, clases de formación general y política), con una estructura de organización semiclandestina en los territorios, que evitara las medidas represivas (permisos, colaboradores, castigos, detenciones, restricciones de movimiento, clausuras de oficinas, deportaciones). Los trabajadores son visitados en su lugar de residencia y no en el trabajo (en Israel), y la reclutación de miembros se realiza por medio de redes informales o personales (parientes o amigos), o bien, a través de lealtades políticas (militantes o simpatizantes). Sin olvidar su carácter democrático, descentralizado e informal. Las elecciones internas, celebradas periódicamente, permiten la rotación del liderazgo, proporcionan un número considerable de cuadros capaces de tomar el relevo de la dirección, y los hacen invisibles ante las autoridades israelíes (Hiltermann, 1991).

A principios de los ochenta el movimiento obrero conoció su expansión y, al mismo tiempo, su fragmentación. El establecimiento de nuevos sindicatos como el Progressive Unionist Action Front (PUAF, 1980), del FPLP, el Workers' Youth Movement (WYM), de Fatah (1980), y el citado WUB, del FDLP, amenazó el predominio tradicional que el PCP ejercía dentro del GFTU. En 1981, la tensión en el seno del GFTU, donde los comunistas eran fuertes a

través del Progressive Workers' Bloc, (PWB, 1979), concluyó con su división: un GFTU, liderado por el WYM (Fatah), y otro GFTU, encabezado por el PWB (PCP). Las diferencias atendieron perfiles políticos antes que sindicales: la vieja rivalidad entre Fatah y el PCP, arrastrada desde los días en que el PCP mantenía la hegemonía en el FNP y el CON, en contra de la posición predominante de Fatah en la diáspora; y el uso de los fondos del CCJP, que llegó a suministrarlos sólo al GFTU oficial y ligado a Fatah.

e) **Organizaciones estudiantiles y juveniles:** aparte de las organizaciones políticas y los movimientos sociales, los canales de expresión sociopolítica de los jóvenes fueron el movimiento estudiantil y el juvenil. Con la creación de las universidades en la primera mitad de los setenta un nuevo grupo social entró en escena: los estudiantes universitarios. Habitualmente el movimiento estudiantil encabezó las movilizaciones de dicha década. Su importancia sociopolítica no sólo provenía de su rol vanguardista (junto al movimiento obrero), sino de mostrar la correlación de fuerzas políticas de la resistencia en las elecciones a los consejos de facultades y universidades. Si la universidad simbolizó el centro del nacionalismo palestino, las elecciones eran todo un acontecimiento nacional. Fueron estas competiciones electorales, a falta de otras, las que midieron el grado de concienciación política y las tendencias ideológicas.

En los setenta, la colisión electoral fue entre dos contendientes: los nacionalistas (Fatah) y los grupos de izquierda (FPLP, FDLP y PCP). En los ochenta, la rivalidad se centró entre el bloque nacionalista secular, que incluía a las izquierdas, y los grupos islamistas. La entrada de los islamistas en el juego político de la resistencia en los territorios ocupados se inició -como era obvio- en el movimiento estudiantil. El ascenso de dichos grupos no fue ajeno a dos acontecimientos: uno, genérico al mundo árabe e islámico, que se hizo eco del

fenómeno islamista; y otro, particular a los palestinos, que señaló el declive de la estrategia secular tras la salida de la OLP de Beirut.

En esta tesitura, Fatah creó, bajo la dirección de su responsable para los territorios ocupados, Abu Yihad, las Comisiones Juveniles para la Actividad Social (*Lijan al-Shabiba l'al-Amal al-Ijtimai*), más conocida como la *Shabiba* (1982), que logró ser la mayor y mejor organización juvenil de los territorios. Su objetivo no se reducía al ámbito estudiantil sino a todos los jóvenes (cualquiera mayor de catorce años) para hacerles espacio en el campo del activismo nacionalista, con el consecuente proselitismo de los grupos políticos por ampliar su militancia. La *Shabiba* estaba liderada por antiguos prisioneros y activistas políticos (Schiff y Ya'ariv, 1991: 60). Se estimó en varias decenas de miles el número de sus miembros. Llegó a organizar 400 comités locales agrupados en 8 concejos regionales. Entre 1983 y 1984 comenzó a operar en Gaza, donde estableció 150 comités locales (Shalev, 1991: 25). En definitiva, no había rincón de los territorios donde la *Shabiba* no tuviera un club juvenil, social o deportivo. En cada barrio, aldea o campo de refugiados existía un centro de reunión para los jóvenes. Su extensa red y popularidad hizo posible la articulación de las inquietudes juveniles.

Ambos movimientos, estudiantil y juvenil, desarrollaron una ingente labor de socialización política entre los jóvenes: incrementaron sus sentimientos (o conciencias) nacionalistas y estimularon su activismo político. Fueron una auténtica escuela de cuadros, que aportaron una sólida infraestructura a la movilización de recursos. Entre sus actividades empresariales destacaron las tareas comunitarias de carácter voluntario (pavimentación de calles, mejoras del sistema de alcantarillado, transporte de basura, reformas de mezquitas) (Schiff y Ya'ariv, 1991: 60).

La cooperación se lograba mediante los mecanismos de control comunitarios que, además de facilitar la supervisión de la conducta individual, disponen de un amplio repertorio de sanciones positivas y negativas (Taylor, 1988). Las propias universidades introdujeron el programa de trabajo voluntario (por ejemplo, recogida anual de la aceituna). La de Bir Zeit no sólo fue pionera en desarrollarlo, sino que llegó más lejos al exigir a cada uno de sus estudiantes 120 horas de desarrollo comunitario antes de obtener la graduación (Sahliyeh, 1988: 106). En este contexto, los estudiantes sirvieron de puente sobre la laguna existente entre la ciudad y el campo.

La OLP fue el referente simbólico de identificación política, particularmente importante para los jóvenes estudiantes. Sin olvidar los fondos remitidos por la OLP y distribuidos por el CES (becas, ayudas, financiación de organizaciones y actividades). La aportación económica propiciaba la expansión del movimiento estudiantil y juvenil, aseguraba la continuidad de su participación política, y señalaba el potencial de un determinado grupo o coalición en detrimento de otros. Se trató de la competencia entre las diferentes organizaciones que, bajo el paraguas de la OLP, mantenían sus ramificaciones en el interior y rivalizaban entre sí por ampliar sus bases sociales. A su vez, los distintos grupos estudiantiles conectaban con otros sectores y élites en los territorios, en orden a sus preferencias con la línea política, ideológica y afiliación de los grupos en la diáspora.

En cierto modo, la relación entre la OLP y los estudiantes fue recíproca. La politización del movimiento estudiantil (y su radicalización) proporcionó a la OLP una de sus fuerzas más leales y activas en los territorios. En los setenta, la labor movilizadora de los estudiantes cumplió una función elemental: amplió la base social e incrementó la legitimación de la OLP en los territorios. Máxime

cuando en la misma década la OLP comenzó a decantarse por una vía político-diplomática, que fijaba la solución negociada del conflicto en el establecimiento de un mini Estado en Cisjordania y Gaza. La formación de cuadros políticos, ya fuera en las universidades o en las cárceles, fomentó un liderazgo social capaz de reemplazar a las élites tradicionales. Es más, su entrada en la escena sociopolítica redujo el control que dichas élites acostumbraban a ejercer sobre la participación política, y desplazó su lealtad del régimen jordano a la OLP.

En cualquier caso, el sentido de la identidad, solidaridad y cooperación no sólo procedió del lugar de encuentro (*campus universitario*), que ofertó la oportunidad para la participación política: manifestaciones, huelgas, sentadas, encierros, asambleas, debates, elecciones, proselitismo y articulación de las demandas particulares (*estudiantiles*) y generales (*nacionales*). La fortaleza del movimiento estudiantil, su protagonismo, tuvo que ver con la ineficaz resistencia a la ocupación de los sindicatos y asociaciones profesionales, que dotó a los estudiantes de un sentido de misión y dinamismo (Sahlyeh, 1988: 123). Mientras la ocupación continuara estaba garantizada la principal motivación para la acción de protesta y la razón de ser del activismo político. De aquí la estrecha relación entre el alto grado de concienciación política de los jóvenes estudiantes y sus condiciones de vida bajo la ocupación (Kuttab, 1988a: 14). En esta tesitura, la OLP suministró los recursos e incentivos (morales y materiales) que animaron la participación política.

En los ochenta, la desolación palestina se manifestó en el movimiento estudiantil: divisiones entre las fuerzas nacionalistas y de izquierda, agravadas por la polarización entre seculares e islamistas. La recesión económica en los países productores de petróleo frenó la salida de los jóvenes profesionales y universitarios, que engrosaron el paro y no encontraron trabajo adecuado a su

formación en Israel, salvo los que no deseaban realizar los israelíes. El protagonismo del movimiento estudiantil de los setenta cedió en favor del juvenil. Con la Intifada se rompió la tradición vanguardista de los estudiantes universitarios y del activismo político centrado en los campus de las universidades. Ya no fueron los pioneros de la acción colectiva ni los primeros en adherirse a las movilizaciones, sino que fueron los estudiantes de enseñanzas media y básica, y los jóvenes en general.

f) **Organizaciones de la salud:**<sup>3</sup> con la ocupación se produjo un deterioro de las condiciones de vida de los habitantes de Cisjordania y Gaza, agravadas por las limitaciones que encontraron para desarrollar sus propias infraestructuras. Algunas cifras ponen de relieve su situación sanitaria: con una mortalidad infantil del 70 por mil (14 en Israel), en 1985; con una media de 6 a 8 médicos por cada 10.000 habitantes (28 en Israel), en 1986; con un descenso de camas de hospital de 2,2 a 1,6 por cada mil individuos entre los años 1974 y 1985 (6,1 por mil en 1986) (Robinson, 1993: 302).

En la respuesta palestina a las necesidades sanitarias se recogen tres fases evolutivas. Una, que alcanzó hasta mediados de los setenta, compuesta por la vieja escuela de médicos graduados en los años 40 y 50: consideraban la medicina un fenómeno estrictamente biológico y dissociado del entorno social. Dos, articulada desde mitad de los setenta hasta finales de la misma década: vinculada a los círculos nacionalistas, que intentaron alcanzar la independencia del aparato sanitario israelí y crear uno propio. Tres, iniciada a finales de los setenta y extendida a los ochenta: desarrollaron la nueva infraestructura sanitaria marcada por rehusar la solicitud de los permisos exigidos por las autoridades ocupantes, el trabajo de los cooperantes, la descentralización y democratización, la participación de la mujer, el desarrollo de la medicina preventiva, la

educación sanitaria, y la extensión a las áreas rurales con clínicas móviles o permanentes (Barghouthi y Giacaman, 1990: 75-81).

Como otras organizaciones de base, la de los médicos pretendió dotar a sus servicios de una visión política particular, con una función colateral de lucha por la hegemonía ideológica en el seno de su sociedad. La Union of Palestinian Medical Relief Committees (UPMRC), vinculada al PCP (1979), fue la pionera, con una notable participación de la mujer (el 32 por ciento de los médicos de la UPMRC eran mujeres, que en los territorios representaban sólo al 6 por ciento de los médicos). Los Popular Committees for Health Services (PCHS), asociados al FPLP (1981), con gran dedicación en Gaza, donde el Frente tenía gran fuerza. La Union of Health Care Committees (UHCC, 1985), cuya actividad informal venía realizándose desde 1980 por medio del Comité de Acción de la Mujer, también simpatizante del FDLP. Fatah fundó sus propios Health Services Committees (HCS, 1984), diferenciados de los tres anteriores por no tener una agenda política, considerarse una sociedad de caridad, no incluir el voluntariado en su trabajo ni su comité de la mujer. Su rápida expansión se debió más a sus recursos financieros que a su activismo (Robinson, 1993: 308-309).

g) **Organizaciones de la agricultura:** la base económica de los territorios era la agrícola, que a la vez ha sido fuente de sustento e identidad. Precisamente, la actividad agrícola fue el sector que más padeció los efectos de la política de ocupación: expropiación de tierras y aguas, restricciones en el uso del agua y a las exportaciones, limitación de las tierras cultivables, liberación de mano de obra no por la modernización, sino por las pérdidas de trabajo y rentabilidad de la agricultura, ausencia de subvenciones, falta de formación agrícola, y competencia desleal de los productos agrícolas israelíes.

En los ochenta una serie de profesionales de clases medias (ingenieros agrícolas y agrónomos) establecieron contactos con granjeros palestinos para mejorar la amenazada agricultura y animar a la autosuficiencia. La estrategia de esta cooperación no era muy diferente de las iniciadas por el resto de las organizaciones de masas, con la especificidad de incrementar la formación y consolidación de los comités agrícolas locales como canales que desarrollaran los proyectos de la agricultura.

La primera organización de este tipo provino de los fondos del CCJP que, repartidos con criterios de patronazgo para ganar lealtades políticas, buscaban el desarrollo agrícola. Este programa fue ampliado y formalizado por los Palestinian Agricultural Relief Committees (PARC, 1984), con fuerte presencia del PCP. Más tarde, las desavenencias internas llevaron a la formación del Technical Center for Agricultural Services (TCAS, 1986), producto de la alianza entre el FDLP y Fatah. Los agrónomos afiliados al FPLP también establecieron su organización, la Union of Agricultural Work Committees (UAWC, 1986); y, finalmente, una rama del FDLP fundó la Union of Palestinian Farmers' Committees (UPFC, 1989). La Intifada ofertó la oportunidad de desarrollo de estas organizaciones (Robinson, 1993: 311-313).

h) **Cárceles y prisioneros:**<sup>4</sup> la cárcel colonial no tiene como función prioritaria garantizar la seguridad de sus ciudadanos (no indígenas) al privar de libertad a los individuos que atentan contra su integridad física o moral, sino la más relevante de salvaguardar el orden y permanencia colonial. La primera extracción de los recursos humanos y materiales existentes en esos dominios territoriales se realiza de manera paralela a la erección de sus penales. No son meros centros correccionales que encierran a los desviados sociales para que, una vez expiadas sus penas y reeducados, sean devueltos a la sociedad. Su

principal tarea no es tanto el encarcelamiento de individuos como destruir mediante el cautiverio el movimiento de resistencia anticolonial. En este sentido, la prisión es un escenario más en la pugna entre la potencia colonial y el movimiento de liberación. Frente a los ingentes procedimientos de coerción física y psíquica empleados por los carceleros para reformar ideológicamente a los encarcelados, éstos sólo poseen el recurso de su voluntad: su conciencia e identidad. Mandela fue el paradigma del prisionero que no renunció a ejercer su voluntad de resistencia en el mundo contemporáneo y postcolonial (Mandela, 1995).

La ocupación de Cisjordania y Gaza representó en sí misma una cárcel o colonia penitenciaria que privó de dignidad humana a los ocupados, sin dejar por ello de construir aparatos específicos de coacción. La proliferación de cárceles formó parte importante de la estructura de ocupación para asimilar a sus habitantes. Los medios ejercidos sobre la población reclusa variaban desde los castigos psicológicos hasta los físicos. Durante su condena, los prisioneros tenían que afrontar la incomunicación, interrogatorios, torturas, amenazas, humillaciones y vejaciones ante sus compañeros. Incluso pasadas las sentencias, muchas veces con el uso de las confesiones arrancadas por la fuerza como prueba suficiente, los castigos continuaban.

La red de colaboradores se extendía al interior de las cárceles mediante informadores o pájaros (*assafir*), con objeto de quebrar la solidaridad de los prisioneros e interceptar sus redes de organización y educación política<sup>5</sup>. Una serie de herramientas psicológicas (promesas de liberación inminente) fueron usadas para destruir la autoconsideración, respeto y estima personal. Por razones básicas de supervivencia los mismos reclusos elaboraron una contra-estrategia de comunicación, instrucción, organización y movilización tanto dentro como

fuera de las cárceles. El clandestino movimiento de prisioneros llegó a coordinar actividades conjuntas (huelgas de hambre y comunicados a instancias internacionales) con otros centros penitenciarios en los territorios.

El único método disponible de resistencia de cualquier prisionero era su voluntad, que hacía de su celda un espacio de libertad para impotencia y debilidad de sus carceleros. La toma de conciencia sobre la necesidad de rebelarse o negarse a subordinar su voluntad a los interrogadores se expresaba en cosas aparentemente simples, pero de gran trascendencia en el autodomínio personal frente a los deseos de fumar, beber, ser tratado con respeto o evitar los castigos físicos. Se trató de lograr la única libertad posible en la prisión: la interna (Nusseibeh, 1991). Decisión existencial que permitía superar (y neutralizar) las pruebas a que estaban sistemáticamente sometidos con las condenas físicas y psicológicas. En definitiva, ganar la autoconfianza o sentimientos de pureza interior que permitiera trasladarse en hechos o actos objetivos de su lucha (ibid.: 21).

Estas acciones individuales e intransferibles de conciencia contaron con el apoyo de la comunidad reclusa<sup>6</sup>, que reveló su voluntad de supervivencia individual y colectiva, asociada al sostén de su sociedad<sup>7</sup>. En este sentido, las cárceles fueron reconstruidas por los prisioneros como auténticas universidades del nacionalismo palestino en la formación de sus cuadros. El alto número de prisioneros políticos<sup>8</sup> habla por sí mismo no sólo de la oposición con la que se toparon las autoridades israelíes, sino también del escaso efecto disuasor o preventivo que tuvieron los penales. Se estima que unos 30.000 palestinos han pasado por la cárcel desde el inicio de la ocupación, permaneciendo siempre una media en torno a los 4 ó 5 mil prisioneros.

Las actividades de los presos políticos traspasaron los muros de las prisiones. Pese a su privación de libertad, y sobre todo una vez liberados, la repercusión sociopolítica se advirtió en el seno de su comunidad. Su integración en la sociedad estuvo vehiculada por su notable consideración social y activismo político. Muchos de los prisioneros lo son por su condición de activistas o líderes políticos. Por tanto, sus decisiones en el interior de la cárcel tiene un seguimiento fuera de ella. Y quienes no son conocidos como cuadros lo terminan siendo al pasar por las cárceles o, al menos, son recibidos como héroes en sus respectivas comunidades<sup>9</sup>. De hecho, los activistas liberados pasan rápidamente a integrarse en el campo nacional desarrollando actividades (transmitiendo su experiencia o ejerciendo la dirección política), a lo que no fue ajena la Intifada<sup>10</sup>.

## NOTAS:

1. Curiosamente los primeros grupos sociales en movilizarse en contra el régimen de ocupación, de forma pacífica y un tanto elitista, fueron los que, al mismo tiempo, tenían más intereses que perder y que sólo los veían a salvo con la restitución de la soberanía árabe (jordana y egipcia) previa a la ocupación.

2. Por ejemplo, se producen situaciones en las que dos organizaciones de salud operan en una misma aldea, mientras que en otra no hay ninguna que cubra las necesidades sanitarias.

3. Tanto este apartado como el siguiente, se refieren a organizaciones de asistencia (salud y agricultura), que se diferencian de las características definitorias de las organizaciones de base, sobre todo porque sus fines no ponen tanto énfasis en la movilización como en la satisfacción de las necesidades más apremiantes de su comunidad. En cualquier caso, suelen complementar la actividad de los grupos de base, que cooperan en esta labor asistencial (mujeres, jóvenes, voluntariado). En este sentido, se consideran parte del movimiento social de resistencia a la ocupación por cuanto actúan en los márgenes de ésta y, mediante sus servicios, recomponen el tejido social comunitario.

4. Sin duda, no se trata de un grupo de base o de asistencia social, pero su peso como agentes de socialización política en su medio social es de un valor extraordinario que resulta obligada su referencia en este epígrafe, por cuanto desde las cárceles o fuera de éstas han contribuido a la reconstrucción del tejido social y de la identidad colectiva.

5. Según algunos testimonios cada individuo en la cárcel debe de aportar sus conocimientos - en las diferentes materias en las que esté versado- al resto del grupo. Esta labor docente tuvo una función terapéutica: evitar el tedio y fomentar la cohesión del grupo. No menos importante fue la tarea política: reuniones, seminarios, asambleas e incluso congresos. Ya fuera por una vía u otra, la formación adquirida en prisión tenía un notable reconocimiento social, sobre todo en el ámbito político.

6. La cohesión microsocia en las cárceles tenía el valor de restaurar la desintegración individual. A falta de educadores o psicólogos, el movimiento de prisioneros diseñó un programa de integración de los nuevos reclusos, en el que no faltaron las consabidas pruebas de confianza para desenmascarar a los infiltrados. Una respuesta sintomática de esa labor fue la de Jamal que, al ser preguntado por su pasado de tres años en la cárcel, se limitó a decir: "mejor que fuera". Se refería, como pudimos averiguar, al ambiente de solidaridad y cooperación entre los prisioneros en contraposición al clima de tensión que vivían las diferentes facciones tras el declive de la Intifada.

7. Los apoyos externos de carácter material estaban limitados y prácticamente prohibidos. Salvo que se lograra colar por la rendija algún billete enrollado con el que, luego, sobornar al soldado que se prestara para conseguir alguna necesidad material. Por tanto, el soporte desde el exterior tenía una índole más política (directrices, reconocimiento, promoción interna en la organización) y afectiva. Las visitas son permitidas una vez al mes o cada dos meses (o ninguna en algunos casos). En una de esas Kamel, comerciante palestino afincado en Jordania y de visita en los territorios, aprovechó para ver a su sobrino. Cuando los jóvenes aparecieron en grupos al otro lado de las rejas las mujeres comenzaron a ulular y cantar a sus

hijos. En ese justo momento Kamel no pudo resistir la emoción y le saltaron las lágrimas, seguidamente fue increpado por una de las mujeres que le reprochó su actitud y le encomendó a no saludar "asi" a los chicos, ya que ellas estaban allí para infundirles ánimos.

8. Un viejo palestino nos comentaba la disparidad entre las condenas por infracciones políticas (izar una bandera palestina) y las cometidas por delincuentes comunes (robos en propiedades privadas). Mientras los primeros podían pasar años en las cárceles, los segundos sólo llegaban a pisarlas por algunos meses o tal vez días. Sin duda, a nadie se le escapaba en los territorios que la tolerancia o permisividad -cuando no su fomento- de los desviados sociales era otra forma de control o dominio. Mucho más énfasis ponían otros entrevistados en denunciar que era precisamente esa "escoria social" la que servía para alimentar la red de colaboradores.

9. Cuando un prisionero es liberado lo que sucede normalmente es que sus familiares, parientes, amigos y vecinos se acerquen a su casa a saludarlo -sin previa cita- y desearle la bienvenida. Un acto presenciado en una aldea de Cisjordania fue ver como un grupo de jóvenes saludaban con entusiasmo al hijo de un emigrante de ese pueblo. Al mismo tiempo apareció en escena un preso recién liberado, y automáticamente todos los chicos se aproximaron a él -junto a otros jóvenes- y dejaron a solas al que hasta hacía unos segundos había sido el centro de la atención (que era el que esto suscribe).

10. Por ejemplo, los prisioneros palestinos liberados tras el canje que, mediatizado por la Cruz Roja Internacional, realizó Israel y el FPLP-CG de Ahmad Jibril, en 1985. De los prisioneros liberados unos 600 permanecieron en los territorios y tuvieron un importante rol en la revuelta de diciembre de 1987.

## IX. LA INTIFADA

"In 1967 the Israeli Army needed fewer than five days to gain control over the West Bank and Gaza. In 1987 to 1988 the same army -much stronger- cannot restore order when faced with stone-throwing turbulent youths. A greater Israel is not more secure but less secure for Israeli Jews".

Sholomo Avineri<sup>1</sup>

Diversas causas han sido barajadas para explicar las raíces de la Intifada. Con notable diferencia respecto de otras, la ocupación israelí de Cisjordania y Gaza es señalada como la principal. En ese sentido, la Intifada vendría a expresar la contradicción entre la potencia ocupante y la comunidad ocupada, en la que la primera niega la identidad nacional de la segunda que, a su vez, percibe la política del ocupante "dirigida a minar su existencia material y nacional sobre su propia tierra" (Abu Amr, 1990). Por consiguiente, cabe afirmar que la Intifada no nació del vacío, sino que tiene sus orígenes en los veinte años de ocupación que han cosechado el descontento y maduración de la conciencia política e identidad nacional del pueblo ocupado.

### 1. Explicando la Intifada

Gaza, día 8 de diciembre de 1987: "Un mortal accidente se produjo al coalisionar un camión militar israelí con un coche de pasajeros. Las víctimas fueron cuatro trabajadores palestinos del campo de Jabalia". Así pudo haber sido dada la noticia, pero los rumores<sup>1</sup> se extendieron rápidamente por todo el campamento: que la colisión había sido premeditada en venganza del israelí asesinado dos días antes en el mercado central de Gaza.

---

<sup>1</sup> New York Times, 24 de febrero de 1988.

De la multitud conmocionada procedente del entierro fueron lanzadas las primeras piedras. La dispersión que produjo los disparos de la patrulla israelí fue contestada con nuevos agrupamientos y manifestaciones. Los disturbios, prolongados más de lo habitual, continuaron hasta entrada la noche. Al día siguiente pocos trabajadores de Jabalia se incorporaron a sus puestos de trabajo, tampoco siguieron sus clases los estudiantes. Desde muy temprano comenzaron nuevamente los desórdenes, y en medio de éstos una bala hirió de muerte al joven Hatem Sisi. La Intifada tenía ya su primer mártir.

Esta secuencia fue una y otra vez repetida con nuevas víctimas y disturbios. A medida que pasaban los días se incrementaba la participación en las manifestaciones de repulsa. La espontaneidad de la contestación de los hombres y mujeres del campo de Jabalia (60.000 habitantes), seguida de la adhesión libre desde prácticamente todos los ámbitos de su sociedad, dio lugar a un ciclo de protesta. Estos ciclos, además de infrecuentes, tienen una duración e intensidad impredecibles y suelen involucrar actores, grupos y modos de actuación que difieren con los activos en periodos de pasividad (Tarrow, 1989: 44), y son suscitados por "sucesos imprevisibles" (ibid.: 48).

La Intifada tenía precedentes menores (1968-69, 1975-76, 1981-82) que marcaron pequeños ciclos de contestación a la ocupación, pero que no llegaron a adquirir su dimensión<sup>2</sup>. Por tanto, parecía evidente que mientras la ocupación persistiera era lógico esperar algún que otro tipo de reacción en la misma línea, pero nada hacía pronosticar su escala: intensidad, durabilidad y participación, ni las formas de sus acciones. Efectivamente, nadie podía prever que las iras desatadas por un mortal accidente condujera a una acción colectiva generalizada de los palestinos del interior. ¿Cómo un incidente fortuito fue percibido como un agravio? ¿Qué hizo posible que dicho agravio o incidente tuviera los efectos

movilizadores que otros tantos o más graves no tuvieron en veinte años de ocupación? ¿Qué había cambiado durante todo ese tiempo para que se produjera la Intifada? Probablemente dos sean las respuestas que más se ajusten a las transformaciones producidas durante esos años: una, la acción intencional de los palestinos del interior, y, dos, el marco estructural en el que esa acción tiene lugar.

## 2. La acción intencional

Un hecho azaroso, de mala fortuna, probablemente sin la intencionalidad que los palestinos percibieron en su momento, fue la señal de partida del levantamiento. Precisamente que dicho suceso no fuera sentido como un accidente más, sino que fuera percibido subjetivamente como una humillante violación, explica el malestar que provocó, ya que la mera existencia de la injusticia no produce una revuelta, sino su percepción como transgresión de las normas morales tradicionales (Thompson, 1971).

La indignación difuminada e individual de la gente de Jabalia se expresó espontánea y colectivamente. En el paso del descontento individual a la movilización colectiva mediaron las densas relaciones comunitarias existentes en dicho campo. No es extrañar que la Intifada partiera de un campo de refugiados en el que las condiciones de vida comunitaria, semi-aislada y con poca movilidad, permiten disponer de una serie de recursos expresivos (normas y valores compartidos) que, dado su control efectivo sobre sus miembros, hacen inviable una estrategia defraudadora (Taylor, 1982, 1988).

Ahora bien, ¿qué permitió que el detonante de la protesta colectiva se extendiera a todos los territorios ocupados? Ciertamente, una característica de la Intifada

fue su sorpresa, tanto por inesperada como por la dimensión que alcanzó rápidamente. La espontaneidad de la acción procede cuando ninguno de sus participantes la ha "planificado previamente", y su contagio se produce porque al extenderse no sólo difunde su "modelo de conducta", sino la "información (correcta o no) de que sus costes y beneficios han cambiado repentinamente" (Tilly, 1978: 158-9).

Sin embargo, no queda claro qué cambios se produjeron en los cálculos de la relación costes/beneficios de los palestinos del interior para creer que su participación individual contribuiría decisivamente a terminar con la ocupación o hacer avanzar a su movimiento nacional en esa dirección. Ni cómo miles de ellos superaron los enormes costes, sacrificios y riesgos implícitos en la participación de la Intifada, en la organización y prolongación de la misma durante un proceso largo (de años), sobre todo en los colectivos donde no mediaban las relaciones intercomunitarias para superar el problema del *free-rider*.

### **2.1. Tomando la iniciativa: el Mando Nacional Unificado**

Una innovación de la Intifada respecto a protestas precedentes fue contar con una dirección política autóctona, surgida en el seno de sus propias filas. Sus miembros no procedían del aparato burocrático o militar de la OLP en el exterior, ni tampoco de las personalidades o figuras notables, emparentadas con los nombres de las prominentes familias de los territorios y de las que tradicionalmente se surtió su clase política. Su procedencia social eran las clases medias radicalizadas, con una larga experiencia política de resistencia clandestina a la ocupación o desde las organizaciones y movimientos sociales que protagonizaron las movilizaciones de la década anterior y principio de los

ochenta. Curtidos en eludir la represión de la potencia ocupante o en sus cárceles, también complementaron su formación con los estudios universitarios<sup>3</sup>. Ambos aspectos, origen social (que los dotó de arraigo o familiaridad con su comunidad) y destreza política (que los formó como empresarios políticos especializados en la movilización de recursos comunitarios), contribuyeron a su influencia y prestigio en la dirección de la Intifada.

Un tercer elemento, su credibilidad, derivó de su relación con la OLP. La adhesión a ésta o a una de sus organizaciones (políticas, sindicales, sociales) fue uno de los incentivos positivos más comunes que habitualmente animó la participación en la vida pública de Cisjordania y Gaza. La OLP era la fuente de identidad y legitimidad. La dirección de la Intifada no fue una excepción a esta regla, su nacimiento estuvo enraizado en los grupos de la resistencia, aunque su militancia era más autónoma de la dirección exterior que la conocida en épocas pretéritas (o en la diáspora donde residían en el mismo escenario las bases sociales y los dirigentes), y gozaba de un cuerpo orgánico menos dependiente de la OLP, pero sin vocación secesionista.

a) **Relación con la OLP:** históricamente las relaciones entre el exterior y el interior fueron susceptibles de los más variopintos celos políticos (fundados o imaginados). Conscientes de la sensibilidad de la central palestina hacia cualquier liderazgo autónomo en los territorios que pudiera reemplazarla, la dirección del levantamiento actuó con la máxima diligencia en reivindicar la centralidad de la OLP en el conflicto y, una vez exhibidas sus credenciales políticas, buscó un camino intermedio o de enlace entre la jefatura palestina en la diáspora (que adoptaba hegemónicamente las decisiones) y la emergencia de su liderazgo bajo la ocupación (que no pretendió reemplazar a la OLP). Su funcionamiento clandestino (tenía que escabullir el acoso israelí) y la lejanía

física de la dirección de la OLP de sus bases sociales del interior (que imposibilitó el seguimiento y supervisión de los acontecimientos sobre el terreno) brindaron al liderazgo interior la oportunidad para reducir su tradicional dependencia del exterior y exigir mayor libertad en sus decisiones y acciones (debido a su conocimiento de la situación *in situ* y a que las movilizaciones no podían esperar a consultas diarias ni ser conducidas por teléfono o fax desde Túnez o Bagdad).

La coordinación entre la OLP y el Mando Nacional Unificado de la Intifada, MNU, no estuvo exenta de algunas fricciones (McDowall, 1989: 120), aunque su técnica dominante fue la cooperación<sup>4</sup>. La mayor contribución de la OLP al MNU residió precisamente en la escasez de recursos de éste (salvo los movilizados): el simbólico (que legitimó políticamente al MNU ante su comunidad), el económico (que sufragó los gastos derivados de la ola de protesta y de la infraestructura necesaria para sostenerla o prolongarla), y el político-diplomático (basado en la larga experiencia de la OLP en las relaciones internacionales que, durante la Intifada, situó a la causa palestina con renovadas fuerzas en la escena árabe y mundial). Como es notorio en las relaciones políticas, la ayuda no suele ser altruista, sino que tiene un precio: la dependencia. La vulnerabilidad del MNU al patrocinio penetrador de la OLP resultó evidente con el creciente protagonismo del liderazgo exterior en la toma de decisiones y la división de tareas: la OLP se encargó de la estrategia (capitalizar la Intifada en logros políticos) y el MNU de la táctica (del día a día de la Intifada).

Cuando el levantamiento comenzó durante las primeras semanas a adquirir su dimensión, cuantitativa y cualitativa, la coalición que más recursos colectivos controlaba era la infraestructura de la OLP en el interior (organización,

influencia, contacto con la base, experiencia, apoyo material, político y diplomático). Las fuerzas nacionales (Fatah, FPLP, FDLP y PCP) se articularon en el MNU que, dotado de una dirección rotativa para impedir su desmantelamiento y reemplazar a los caídos (en claro mimetismo con su experiencia en las organizaciones populares), le permitió autodenominarse como "el brazo militante y político de la OLP". La cooperación entre estos grupos fue precedida por el acuerdo alcanzado meses antes en el XVIII CNP (20-25 de Abril), y reflejado posteriormente en esa unidad de acción en el interior. En principio, el MNU colaboró con las organizaciones islamistas (Yihad Islámica y Hamas) de manera coyuntural e intermitente hasta la definitiva ruptura entre el bloque nacionalista secular y el fundamentalista. La clandestinidad de la función del MNU exigió de una estructura operativa para tal circunstancia. Si bien contaba con un comité central, su infraestructura organizativa registró cotas de descentralización sin precedentes en el ámbito palestino. Su horizontalidad permitió el reemplazo automático de sus mandos ante su desaparición (por encarcelamiento, muerte o deportación), que permitió la autonomía decisional a sus células en zonas donde se enfrentaban a situaciones de emergencia.

Los comunicados, enumerados y emitidos periódicamente, eran consultados con la OLP, algunos se contradijeron con la central palestina, otros fueron elaborados por ésta en el exterior. Su distribución descentralizada (células autónomas los reproducían en sus respectivos centros comunitarios) o radiofónica (centralizada en el exterior)<sup>5</sup> consiguió una notable difusión canalizando las directrices políticas de la Intifada (que, dada la clandestinidad del MNU, le hacía inaccesible a los medios de comunicación y a los círculos diplomáticos).

b) **Relación con las personalidades**: la consolidación del MNU como liderazgo emergente de la Intifada fue corroborada tras su disputa con los llamados *Mickey*

*Mouse*, bajo la consigna emblemática de *"ninguna voz más alta que la Intifada"*. Las personalidades públicas de los territorios procedían del vacío político de éstos (tras la desaparición del liderazgo tradicional, del FNP y el CON, de los alcaldes nacionalistas, y de las divisiones internas en la OLP), que no volvió a ser colmado hasta surgir la Intifada. En ese interregno la vacante política fue desempeñada informal e intermitentemente por una serie de personalidades ligadas o cooptadas por la OLP, que actuaron como sus portavoces oficiosos en los territorios. Se trató de un conjunto de intelectuales<sup>6</sup>, residentes en Jerusalén o en el área de Ramallah (donde gozaban de mayor movilidad), dedicados principalmente a la docencia (sobre todo en la Universidad de Bir Zeit) y a los medios de información escritos (prensa palestina editada en Jerusalén Este), relacionados con gran parte de los diplomáticos extranjeros acreditados en la zona (que les otorgaron cierta seguridad o protección), y conocidos en los medios internacionales (por su fluida comunicación con la prensa extranjera o por su asistencia periódica a los foros mundiales y, sobre todo, por no estar vinculados a la lucha armada).

Eran líderes de opinión, pero no dirigentes políticos. Su lenguaje estaba más destinado a las cancillerías occidentales o a la opinión pública mundial (entre ellas, la israelí) que a sus connacionales. Y, por ello, encontraron más simpatías a sus tesis fuera que dentro de los territorios<sup>7</sup>. No obstante, disfrutaban de la confianza de la OLP y de una inmunidad frágil, que les permitía una evidente movilidad física y cierta libertad de expresión. La independencia política de estas personalidades les llevó a formular sugerencias poco ortodoxas a ojos del nacionalismo militante<sup>8</sup>. Sus propuestas de desobediencia civil fueron interpretadas por el MNU como un intento por capitalizar los esfuerzos de las barricadas. A lo que se unió la impopularidad de algunas de sus sugerencias no sólo por

moderadas, sino por su corto alcance: menor al que el MNU deseaba dar a la revuelta.

Con la Intifada el protagonismo de los intelectuales sufrió serios altibajos y vio su estatus amenazado, debido a que su rol sociopolítico había surgido en el periodo de quietud de las masas (a las que no daban cuenta de sus relaciones públicas), a su escasa confianza en las fuerzas locales, y a su exceso de realismo que situaba la clave del conflicto en los poderes externos (Jarbawi, 1990: 298). En principio, dicha contradicción se saldó en favor del MNU que articulaba la voz de la protesta, pero ésta no tenía por blanco a las personalidades, pese a que el liderazgo emergente de la Intifada rompió su monopolio.

Dos aspectos coadyuvan a explicar la presunta desconfianza e incompatibilidad entre el MNU y las personalidades. Primero, su diferente bagaje político: militantes de organizaciones de la resistencia, comprometidos con su disciplina y con sus líderes en el exilio<sup>9</sup> a los que debían lealtad, frente a las personalidades independientes que no tenían más ataduras que sus propias conciencias. Y segundo, su cohorte generacional: jóvenes nacidos o criados bajo la ocupación, que aprendieron desde sus cárceles a desafiarla y no conocieron derrota alguna; mientras la generación de las personalidades había quedado atrapada entre el liderazgo de los notables pro-jordanos (después de 1967) y el emergente de los jóvenes de la Intifada que dominaban las calles.

Ambos grupos, pese a su distinto talante, fomentaron la cohesión social y política en tiempos de crisis, reduciendo las tensiones internas (ibid.: 291), y eran leales a la OLP que actuó de mediadora entre los dos, con las ventajas del que arbitra<sup>10</sup>. El clientelismo político practicado por la OLP entre ambos grupos y dentro de ellos, respondió a una concepción arcaica: suma de lealtades

fragmentadas que evitase un liderazgo fuerte o suficientemente sólido, capaz de retarla o reemplazarla desde el interior, donde su poder coactivo era menor al ejercido sobre sus bases en la diáspora. La Intifada no escapó a semejante máxima, arraigada prejuiciosamente en la experiencia del pasado y los privilegios derivados del control hegemónico del aparato institucional y político palestino.

Si bien la OLP estrechó su cooperación con el MNU no descuidó por ello su trato con las figuras locales, ambos resultaban igualmente útiles en sus correspondientes ámbitos. Los cálculos de la OLP se fundamentaron en la importancia de las movilizaciones protagonizadas por los *shabab*, conductores visibles de la rebelión, parapetados en las calles, campos de refugiados y aldeas. La Intifada no se reducía a ellos, pero sin ellos no se podía hablar de Intifada. Sus cuadros intermedios, representantes de la generación más joven y militante, demostraron la capacidad movilizadora de las bases sociales de apoyo a la OLP en los territorios<sup>11</sup>. Atrincherados en las barricadas, ejercieron el dominio indiscutible del liderazgo de la Intifada mediatizado en el MNU. Se trataba de una dirección política más joven y difusa<sup>12</sup>, menos personalista que la desempeñada por "la élite tradicional y las clases profesionales" (McDowall, 1990: 104).

Igual atención dedicó la OLP a los intelectuales, sobre todo a partir de la prolongación del levantamiento. Si los cuadros intermedios y los jóvenes (poseedores del recurso de la organización y movilización) recibieron el respaldo del liderazgo nacional en la diáspora durante el ascenso de la protesta, no menos se estimó el repertorio de los profesionales (dominio de los medios de comunicación, contactos con la sociedad israelí, experiencia en los foros internacionales, signos de moderación y realismo como virtuales negociado-

res)<sup>13</sup>, que les garantizó la confianza de la OLP. A medida que la acción se institucionalizaba el protagonismo de los jóvenes se desplazó a las figuras locales.

En cualquier caso, la función del MNU resultó clara: dotar de orientación política a la rebelión para sostener su momento y prolongar e intensificar todas sus potencialidades en aras a conseguir las mayores metas políticas posibles. Pero la acción colectiva revolucionaria no sólo requiere una dirección política, sino también una organización eficaz que canalice y garantice la adhesión o participación de su tejido social.

## 2.2. Composición social: los comités populares

A cuatro meses de iniciada la Intifada, el MNU llamó a la formación de los comités populares (comunicado 11)<sup>14</sup>, con una doble propósito.

**Táctico**: consistente en descentralizar la función dirigente del MNU, que delegó y extendió esa corresponsabilidad a sus bases autónomas en los distintos sectores y espacios comunitarios con el fin de lograr la mayor operatividad y eficacia posibles, esto es, que asegurara una amplia adhesión a la acción insurgente. Los comités se vertebraron -operativamente- como los canales para la participación pública y rentabilización de las potencialidades de su comunidad política: traduciendo instrumentalmente las acciones expresivas en objetivos políticos concretos.

**Estratégico**: su objetivo pasaba por la institucionalización de la acción colectiva, que exigía dotarse de una infraestructura (organizativa e institucional) alternativa a la integración y dependencia de los territorios y de su población a Israel. Los

comités actuaron como suministradores de bienes o servicios colectivos que satisficieran o paliaran las necesidades inminentes provocadas por la situación de emergencia; y nacieron con la voluntad de articularse como embriones institucionales del potencial objetivo estratégico de la Intifada: la independencia nacional materializada en la creación de un Estado palestino.

El origen de los comités no se debió a un comunicado más de los emitidos por el MNU (a modo de decretos revolucionarios), ni puede explicarse por su amplio eco social. Estas organizaciones no surgen de la noche a la mañana. El breve periodo que tomó su construcción y funcionamiento eficaz era parte de un proceso histórico más largo, de ensayos previos, basados en la experimentación del error y la corrección, que refinaron su eficiencia.

En gran parte, el éxito de la Intifada fue debido a la existencia de una amplia infraestructura de organizaciones de base que facilitó la movilización de los diferentes sectores sociales en la insurrección civil. De otra forma, resultaría impensable el levantamiento sin la previa movilización de recursos y organización realizada por los empresarios políticos que, durante más de una década, trabajaron en los límites de eficacia de la ocupación (o sobre las secuelas de sus agravios) como proveedores de bienes a su comunidad. Esa tarea empresarial permitió tejer una tupida red asistencial que recompuso el tejido social asociativo, deteriorado por el impacto de la ocupación. En consecuencia, ejercer la voz de la resistencia a la ocupación sólo exigió tirar de esas redes de solidaridad comunitaria e integrar dichas organizaciones en el marco de una oportunidad política. Más que la creación de nuevas estructuras, se trató de la transformación o adecuación de las preexistentes en otras que rentabilizaran políticamente el levantamiento. De hecho, allí donde previamente existía cierto

tipo de asociación u organización políticas, los comités se desarrollaron más rápidamente (Rigbi, 1991: 23).

Los comités combinaron viejas y nuevas tareas, tanto las desarrolladas antes del levantamiento como las nuevas surgidas con éste. Su apoyo y participación procedieron de los grupos sociales activos durante la resistencia pasiva a la ocupación (o en periodos de quietud bajo ésta) como de los nuevos sectores incorporados a la acción de protesta. En el mismo sentido, sus servicios se realizaron entre aquellos colectivos que los demandaban previamente a la revuelta como los nuevos agraviados a causa de su participación en la misma. Según estas variables, cabe distinguir tres tipos de comites.

a) **Sectoriales**: encargados de atender unas determinadas labores de carácter alternativo, por ejemplo, la educación, sanidad, autosuficiencia, agricultura, alimentación, bienestar social o jurídico, seguridad, piquetes, confrontación de impuestos, información y asociaciones de caridad<sup>15</sup>.

b) **Sociales**: canalizaban la participación de los diferentes grupos sociales bajo la ocupación. No necesariamente un sector de la población tenía que estar vinculado a estos comités para su participación en el levantamiento. Ni tampoco existieron comités en todas las áreas sociales para la adhesión de un grupo social, ya que la participación era plural o multilateral, es decir, se podía pertenecer a un determinado colectivo y participar en un comité sectorial, independientemente de la procedencia social o espacial (por ejemplo, los jóvenes desarrollaron su participación en múltiples comités al igual que la mujer). En este apartado los comités más importantes fueron los de la mujer<sup>16</sup>, los trabajadores<sup>17</sup>, los comerciantes<sup>18</sup>, los prisioneros<sup>19</sup> y los jóvenes (véase epígrafe X.3).

c) **Espaciales**: independientemente de su vocación sectorial o de la destreza o cohesión de un grupo social para significarlos, los comités también tuvieron un alcance espacial, que dada su estructuración descentralizada y horizontal se desplegaban desde el ámbito nacional hasta el local. Los subcomités fundados en un campo de refugiados; aldea o barrio derivaban de los citados comités, de las necesidades determinadas que tuvieran, y de la correlación de fuerzas políticas en una determinada localidad (Rigbi, 1991: 21-24).

El protagonismo de los campos de refugiados en la revuelta invirtió su relación con las ciudades, ya que pasaron de estar situados demográfica y socialmente en las periferias de éstas a ocupar la centralidad sociopolítica de los centros urbanos<sup>20</sup>. La Intifada propició un cambio en la relación entre los refugiados del interior y la OLP, de receptores pasivos a participantes activos, que excluyó la hegemonía de los actores externos en la OLP (comunidades de refugiados en la diáspora) por los internos. Que el conflicto palestino-israelí haya dejado de ser conceptualizado como un juego suma cero tiene mucho que ver con ese cambio en las bases sociales de apoyo a la OLP<sup>21</sup>.

Por su parte, las zonas rurales declinaron su aparente docilidad con su participación en la revuelta. Es más, durante la fase de auge de la Intifada, las aldeas fueron el blanco más frecuente del ejército, no en vano fue donde comenzó el desmantelamiento de la red de colaboradores y la proclamación simbólica de "zonas liberadas"<sup>22</sup>. En ambos espacios, la participación de sus miembros fue favorecida por las fuertes interrelaciones comunitarias existentes en dichos ámbitos locales, y donde las organizaciones de base operaban en la recomposición del tejido comunitario al tiempo que estimulaban la adhesión a la acción insurgente: rebajando sus costes, posibilitando su éxito y ofreciendo incentivos sociales (positivos y negativos).

### 3. El marco estructural

Si bien la opresión y frustración de los palestinos del interior no explican la acción colectiva que iniciaron a finales de 1987, no menos cierto es que los esfuerzos deliberados y organizados para traducir esos agravios en una acción insurgente no completan por sí mismos dicha explicación a menos que se tenga en cuenta las precondiciones socioestructurales en las que se desarrollaron, de lo contrario la argumentación quedaría como un mero ejercicio voluntarista.

El escenario social en el que los actores deliberan y adoptan sus decisiones sufre una serie de transformaciones indirectas y a largo plazo, debido a la interrelación entre la estructura económica y política. En el caso de Cisjordania y Gaza el impacto de la ocupación en la composición de su estructura social alteró el proceso de construcción de su identidad colectiva, de sus bases sociales y organizativas, de sus intereses y de su percepción de las injusticias. Por consiguiente, en la génesis de la Intifada debe repararse en la estructura y entramados del poder político y de las oportunidades que presentaron para la acción.

a) La vulnerabilidad israelí: en la primera década de la ocupación (1967-77) la ambigüedad del laborismo no permitía concluir el futuro de los territorios, estas dudas se disiparon en la década siguiente (1977-87) con la llegada al poder del ultranacionalista bloque del Likud, que emprendió su anexión *de facto* con la política de *puño de hierro*: escalada de colonización, asentamientos y represión. En el *statu quo* de Cisjordania y Gaza no se vislumbraba ningún cambio salvo a peor, ya que las muestras de intransigencia que daba el gobierno israelí crecían en sentido contrario a la flexibilidad política manifestada por los países árabes (cumbre de Fez, 1982) y la OLP (acuerdos de Ammán, 1985).

Ante mayor moderación de la central palestina más radical se mostró el gobierno israelí.

En el ámbito internacional, el Estado de Israel seguía contando con el incondicional apoyo de los EE.UU., por lo que no se percibía ninguna fisura crítica en la posición de Israel en las relaciones internacionales, salvo la desaprobación de la sociedad y opinión pública internacionales de la invasión israelí en el Líbano (1982) y de su política de confiscación y represión en los territorios palestinos. Esta creciente simpatía internacional hacia los palestinos no tuvo eco en un proceso negociador. Tampoco los cambios producidos en las relaciones entre la URSS y los EE.UU., que auguraban soluciones pacíficas a los conflictos internacionales, lograron traducirse en un principio de acuerdo entre ambas superpotencias respecto al conflicto israelo-palestino, ni siquiera el tema fue tratado en la cumbre entre Reagan y Gorbachov, en Washington (1987).

Las brechas más relevantes se dieron en la sociedad israelí, donde importantes sectores (movimientos pacifistas o por el diálogo con los palestinos, personalidades independientes, intelectuales y ex-militares) cuestionaban cada vez más la política de su gobierno en los territorios, sobre todo a raíz de la también criticada actuación de su ejército en el Líbano<sup>23</sup>. Igualmente, en las alianzas políticas se produjeron cierta inestabilidad, ya que los dos partidos más votados, Likud y laboristas, no alcanzaron la mayoría para formar otro gobierno que no fuera el de coalición y en el que se conocieron algunas divisiones y conflictos en torno a la cuestión palestina.

Paralelamente, en la percepción de los palestinos la imagen de Israel comenzó a tambalearse tras la salida de su ejército del Líbano, provocada por el alto coste que se cobró la resistencia libanesa<sup>24</sup>. Por otra parte, el ciclo de

incidentes violentos que conocieron los territorios (1982-87) marcó una nueva tendencia en las acciones de la resistencia. En contraposición a las tradicionales actuaciones de los comandos planificadas desde exterior, se trataban de operaciones individuales surgidas espontáneamente o por iniciativa local, realizadas sin ningún tipo de base organizativa (tal como manifiesta el arma utilizada: cuchillos)<sup>25</sup>, que parecieron percibir la vulnerabilidad estatal. El clima social y político de los últimos meses de 1987 registró un notable incremento de los desórdenes públicos y la participación en los mismos durante los que se produjeron una serie de acontecimientos violentos<sup>26</sup>, algunos originados en el exterior<sup>27</sup>, y en los que se ha querido ver los factores precipitantes del levantamiento (Schiff y Ya'ari, 1991: 30).

En el mismo contexto, la situación socioeconómica de los territorios se había deteriorado en los ochenta debido a la crisis económica en Israel (de la que dependía) y en los países árabes productores de petróleo (con la recesión de sus ingresos). Ambos mercados laborales eran el destino tradicional de la emigración palestina desde la que enviaba ayudas a sus familiares en los territorios. Esta salida en busca de bienes privados dejó de ser una de las válvulas de escape que rebajaba la tensión en la zona, en especial entre los más jóvenes con un índice de paro muy elevado. Así que, después de un periodo significativo de mejora económica (satisfacción de los bienes materiales) y de estatus (creciente reconocimiento nacional), se produjo una caída de esas crecientes expectativas que terminó generando la frustración, agravada por la disonancia en la interacción con la sociedad israelí (sueldos y puestos inferiores a los israelíes pese a desempeñar los mismos trabajos e igual cualificación profesional o universitaria), y el colapso de su movimiento nacional en la diáspora.

b) **Los aliados externos**: tradicionalmente los palestinos del interior fijaron sus esperanzas (fin de la ocupación) en los actores externos. Sin embargo, a mediados de los ochenta la cuestión palestina pasaba por uno de los momentos más precarios de su historia. La evacuación de las fuerzas de la OLP del Líbano (1982) quebró la base territorial y social de sus acciones. La lucha armada quedó reducida a una estrategia vacía. A la fragmentación física de sus tropas se adhirió la política. La crisis estructural del movimiento nacional fue puesta de relieve por la derrota militar que sufrió a manos del ejército israelí, y las fuertes críticas ejercidas contra la dirección de la OLP (en concreto, el mando centralizado y autoritario de Arafat)<sup>28</sup>.

La marginación palestina en el mundo árabe comenzó a ser notoria ante esta división y debilidad de la OLP. En el Líbano las fuerzas leales a la OLP, atrincheradas en los campos de refugiados del sur, eran acosadas por las milicias shiís de Amal con el apoyo de la presencia militar siria. La cumbre árabe de Ammán (noviembre de 1987) situó la guerra irano-iraquí en el primer punto de su agenda y, paralelamente, relegó la cuestión palestina a un segundo término. El orden de importancia no hubiera alterado los ánimos palestinos si no hubiese sido la primera vez que tal cambio de prioridades ocurría. Efectivamente, desde su creación en 1945 la Liga de los Estados Árabes había otorgado siempre la primacía a la cuestión palestina<sup>29</sup>, al menos formalmente.

c) **Disonancia cognoscitiva**: en 1987 la situación palestina no podía ser más desalentadora cuando se cumplían dos décadas de la ocupación y de la existencia del movimiento de resistencia que, junto a otras efemérides<sup>30</sup>, invitaba a un debate interpalestino *deshinhibido y libre* (Sharabi, 1987). Una síntesis paradigmática de esa reflexión la adelantó Nusseibeh en torno a las opciones políticas.

c.1) **Desvincularse mediante la acción colectiva**: ver reemplazada la ocupación por un Estado palestino mediante la presión de los países árabes o de la sociedad internacional era una opción poco menos que imposible. Para hacer realidad ese sueño era necesario, según Nusseibeh, primero, establecer un entramado institucional y, segundo, trabajar por su independencia estructural. Esto significaba cortar los vínculos<sup>31</sup> con las autoridades de la ocupación mediante el esfuerzo colectivo (Nusseibeh, 1991: 4-5).

La ausencia de referencias a la OLP en los comentarios de Nusseibeh merece ser señalada por cuanto no se trató de un problema con la censura israelí, que logró hacer de los intelectuales palestinos verdaderos artistas en burlarla<sup>32</sup>, tampoco de un despiste u olvido, sino de la falta de crédito que tenía entonces la OLP como alternativa capaz de retar a la ocupación. La conciencia de que solamente ellos podían labrar su futuro era clara: las cosas sólo cambiarían mediante una acción colectiva.

c.2) **Integrarse mediante la ciudadanía**: el proceso de integración, asimilación y adaptación de los territorios y su población en Israel era la característica más sobresaliente de los veinte años de ocupación. Esta dinámica resulta, de un lado, cuantificable (confiscación de tierras y fuentes acuíferas, asentamientos de colonos, balanza comercial); y de otro, más difícil de cuantificar -pero no menos real- es la adaptación de los palestinos al sistema de ocupación (uso de algunos servicios públicos, mercado de consumo y laboral, puentes abiertos, y participación institucional como las elecciones municipales). En esa lógica, salvo que cambiase sustancialmente la relación entre Israel y los palestinos, era de esperar el incremento de su incorporación al Estado israelí.

La disonancia derivada de la brecha entre la realidad material y la conciencia nacional resultó evidente. Nusseibeh se pregunta si la realidad conductual debe adecuarse a la estrategia nacional o, por el contrario, es ésta la que debe adaptarse a aquélla. Su respuesta guarda relación con la situación de *statu quo* que sostiene las autoridades ocupantes (una anexión *de facto* sin otorgar derechos a sus habitantes y no ser el Estado de Israel acusado por la sociedad internacional como un sistema político discriminatorio). Por tanto, según el mismo autor, la mejor opción es que la conciencia nacional acepte la realidad para transformar el proceso de integración en una estrategia aventajadora a los palestinos: reivindicar un Estado binacional, secular y democrático<sup>33</sup>, como alternativa a la idea de los dos Estados.

c.3) **Cambio cognitivo radical**: los dos ensayos de Nusseibeh, aparecidos en el breve plazo de un mes, con sus reflexiones y sugerencias tan dispares, revelaron el estado de esquizofrenia colectiva de los palestinos del interior: de rechazo al sistema de ocupación y de colaboración pasiva<sup>34</sup> a un mismo tiempo. En el ámbito teórico, los palestinos sostuvieron un discurso, político e ideológico, de ruptura con el régimen de ocupación, pero en la praxis "permitieron ser gradualmente cooptados por ese mismo sistema que verbal y emocionalmente rechazaban" (ibid.: 25).

El desarrollo histórico de esta actitud antagónica conoció su excepción en grupos activistas muy sensibilizados o en periodos extremadamente críticos, pero no fue precisamente la preferencia mayoritaria. Nusseibeh introduce el ejemplo de la prensa para ilustrar lo que ha venido sucediendo desde su ocupación (1967) hasta la explosión de la Intifada (1987) y, a su vez, agrupa las distintas posiciones en dos tendencias.

**Pragmáticos:** no repararon en escrúpulos para aceptar las medidas oficiales con tal de editar la prensa árabe. Desestimaron la idea de no publicar (equivalente a no cooperar con la ocupación) por cuanto facilitaba la monopolización israelí de la información sin ninguna contrapartida. Conscientes de los costes de su empresa (permisos, leyes y censura israelíes), valoraron positivamente sus beneficios (proveer de información a su población).

**Ideologistas:** publicar exigía una serie de costes considerables que hacían irrisorios sus beneficios. Solicitar permiso a las autoridades israelíes o acogerse a sus leyes era legitimar su autoridad. Y, en cualquier caso, la censura israelí sólo permitiría publicar lo que estuviera en consonancia con la ocupación o no la desafiara. Además, el rechazo a la potencia ocupante tenía que expresarse en el comportamiento.

En esa distinción se advierte la discernida por Max Weber entre la ética de la convicción y la de la responsabilidad. La primera, piensa y actúa en sintonía a sus principios sin reparar mucho o nada en las consecuencias derivadas de tal actitud. La verdad debe de prevalecer por encima de las circunstancias. La segunda, tiene en cuenta las consecuencias emanadas de sus principios, no sea que originen efectos diferentes o contrarios a los deseados. Por eso intenta adecuar sus planteamientos y comportamientos.

Ambas éticas tuvieron sus correspondientes desarrollos en las pautas de comportamiento sociopolítico bajo la ocupación. Las arraigadas en los principios ideológicos se cuentan de manera excepcional con la respuesta negativa: de los abogados de Jerusalén a participar en el sistema judicial israelí ante la anexión de su ciudad; de los activistas a recurrir a la Corte Suprema ante su deportación; de los municipios nacionalistas a tratar con la administración civil; de las

universidades y sus profesores extranjeros a firmar el manifiesto contra la OLP. La pragmática o de la responsabilidad fue la más internalizada y ejercida: trabajar en Israel, consumir sus productos, usar sus *mass media*, participar en las elecciones municipales de 1976, apelar a la Corte Suprema, solicitar permisos y licencias para actividades económicas, sociales, docentes, etc.

Esta adaptación al sistema de ocupación fue gradual, forzada o inducida, pero también consciente y colectiva. Por ejemplo, los primeros trabajadores palestinos en Israel fueron duramente criticados y amenazados. Sus críticos, aferrados a los principios nacionalistas, no tenían ninguna alternativa eficaz que ofertarles para satisfacer sus necesidades más elementales. Opuestos, por principios, a los planteamientos utilitarios, sólo podían ofrecer una suma de abstracciones disociadas de la realidad social que pretendían transformar. Desde otro ángulo, se consideraron más las circunstancias sociales que envolvían a dicho colectivo, y sin renunciar a sus principios nacionalistas aceptaron con renuencia adaptarse a la nueva realidad. La contradicción entre el discurso y las pautas de comportamiento sociopolítico generó la disonancia, su magnitud, en palabras de Nusseibeh:

"Is a widening gap between consciousness and reality, between mind and matter, with the tension engendered by this increasing distance manifesting itself in eruptions of violence, where the implicit assumption is that the distance between mind and reality to be covered is simply a rock's throw away"<sup>2</sup>.

Suprimir la disonancia implica cambiar la cognición variando las acciones (no cooperar en el proceso de asimilación); o bien, modificar las cogniciones (cambio de estrategia o mudanza de los principios nacionalistas hacia un Estado

---

<sup>2</sup> (ibid: 8).

binacional). No resulta fácil eliminar la disonancia mediante el cambio de un elemento cognitivo ambiental (acabar con la ocupación); más sencillo es el cambio del principio cognitivo de la conducta (no cooperar, siguiendo el postulado ideológico); o añadir nuevos fundamentos cognitivos (cooperar a medias, según y cómo, apuntan los pragmáticos). Es más, los intentos de racionalización de la disonancia pueden quedar en la mera reducción de su magnitud. Su resistencia a desaparecer procede de los elementos cognitivos de la conducta (no cooperar es complicado ante la ausencia de recursos alternativos); y de las intransigencias ambientales (más difícil es terminar con la ocupación).

La disonancia mantenida durante los veinte años de ocupación ha sido expresada cíclicamente por olas de protesta, acompañadas de elementos colaterales: las medidas de regularización impuestas por las autoridades israelíes y la represión en su aplicación. A mayor incremento del proceso de integración, mayor magnitud adquirió la disonancia al fomentar la articulación de la conciencia nacional amenazada por la asimilación (ibid: 8).

La magnitud de la disonancia tiene sus límites, la máxima es igual a la resistencia al cambio de los elementos cognoscitivos, ya sea de conducta o del entorno (Festinger, 1967). Si se rompe el equilibrio (*statu quo* de la ocupación), el elemento menos resistente (cooperar por necesidad o inducción) cambia y deja paso a la eliminación de la disonancia. Dos eran las elecciones para suprimir la disonancia: adecuar las aspiraciones nacionalistas a una estrategia en sintonía con las pautas del comportamiento social integrador, o conciliar dicho comportamiento sociopolítico con las metas nacionalistas. En diciembre de 1987, los palestinos de Gaza y Cisjordania tomaron su elección.

## NOTAS:

1. La función del rumor es proporcionalmente importante a la restricción o carencia de la información, o bien a la falta de credibilidad en ésta. De ahí que el rumor venga a cubrir dicho vacío informativo, véase: McQuail, D. (1983): Introducción a la teoría de la comunicación de masas. Barcelona: Paidós. Monzón Arribas, C. (1987): La opinión pública. Madrid: Tecnos.
2. La intensidad de la movilización fue sellada por la incorporación de casi todos los sectores de la sociedad (estudiantes y trabajadores, campesinos y comerciantes, profesionales liberales y artesanos), cruzada por las variables de edad (jóvenes y viejos), género (mujeres y hombres), religiosa (cristianos y musulmanes, laicos y religiosos), y espacial (campos de refugiados, ciudades y aldeas).
3. Un buen ejemplo de ello fue Ahmad al-Dick, uno de los primeros deportados por Israel durante la Intifada, que había pasado cuatro años en la facultad de Sociología de la Universidad de Bir Zeit y otros cuatro en la cárcel. Entrevistado en Túnez, verano de 1989.
4. Por ejemplo, los dos primeros comunicados del levantamiento fueron firmados con la rúbrica de Fuerzas Nacionalistas Palestinas (el primero) y Mando Nacional Unificado (el segundo), a partir del tercero llevaron la firma conjunta de la MNU/OLP; y la integración de los deportados de la Intifada en el aparato de la OLP que, con la excepción de los militantes fundamentalistas que repostaron en Jordania, limó las asperezas entre el interior y el exterior: recibidos como héroes (entrevistados por las publicaciones palestinas donde ocuparon espacios preferentes), atendidos en sus primeras necesidades materiales (casa, salario, trabajo), y remitidos a puestos intermedios en sus departamentos (con tareas poco sobresalientes, salvo asistir a encuentros internacionales como testimonio vivo de denuncia de la ocupación y represión israelíes).
5. Las emisoras que cedieron su apoyo a la Intifada fueron: la radio "de Jerusalén" (*al-Quds*), del FPLP-CG liderado por Ahmad Jibril, con base en Damasco y opuesto a la línea de la OLP, de la que ya no formaba parte; y "la Voz de Palestina" (*Saut Filistín*), tradicional programa radiofónico de la OLP emitido en varios países árabes, que durante la Intifada se transmitió desde Bagdad con el nombre de "la Voz de la OLP". Diferenciándose de la radio "de Jerusalén" a la que criticó de distorsionar los hechos y faltar a la verdad. A finales de enero (1988) la emisora de Damasco recibió la apelación del MNU a refrenar sus discrepancias que, al fin y al cabo, no representaban la "voz del levantamiento" (Baumgarten, 1990: 220).
6. Que cabe distinguirlos de las personalidades independientes, que estaban formados por una variedad heterogénea de personas prominentes, cuyo denominador común era su estatus social y económico (profesionales liberales, empresarios en el sector mercantil y agrícola), y su apoyo a la OLP como representante de los palestinos, pero sin adhesión o militancia organizada, de ahí su escasa influencia.
7. Por ejemplo, Harna Siniora; director del diario árabe *al-Fayer* (el Amanecer) y, con el mismo nombre, del único semanario palestino en inglés, ambos editados en Jerusalén y

financiados por la OLP, puede ser considerado como el prototipo de esos creadores de opinión.

8. Por ejemplo, la iniciativa personal que Siniora anunció meses antes del estallido de la Intifada: de presentar su candidatura a la alcaldía de Jerusalén en las elecciones municipales israelíes, que le acarreó serias críticas (colaborar con la ocupación y legitimar la anexión de Jerusalén). Algo parecido le ocurrió al profesor Nusseibeh con su propuesta de integración palestina en un Estado binacional.

9. Con la excepción del partido comunista palestino, que contó con la práctica mayoría de su dirección en el interior y se negaron a seguir "a pie juntillas" las instrucciones procedentes del exterior.

10. El propio MNU asumió alguna de las propuestas de los creadores de opinión (reflejo del juego integrador de la OLP).

11. Que renovaron a las bases lejanas en el tiempo y en el espacio encarnadas mayoritariamente por los refugiados de 1948 en el Líbano y que, a su vez, habían ocupado las pautas sociopolíticas de las bases sociales en Jordania.

12. Tanto por razones de seguridad (evitar las detenciones) como por su estilo político (más comunitario que individualista).

13. Por ejemplo, establecer el diálogo con Moises Amirav, miembro del secretariado del partido Herut, que formaba parte de la coalición gubernamental, y la elaboración del borrador de independencia o documento de Jerusalén, que la policía israelí encontró en el despacho de Faisal Huseini.

14. "Afirmamos la necesidad de completar la formación de comités populares en cada ciudad, pueblo, campo de refugiados y barrio, hasta que se constituyan como el brazo del MNU en todos los lugares de nuestra patria" (MNU, 1991: 67).

#### 15. COMITÉS SECTORIALES:

a) Educación: respondieron a la clausura de los centros docentes por las autoridades israelíes con la organización de clases en casas particulares o centros comunitarios que escapaban al control del ejército. Los programas de estudios, particularmente en las áreas de letras y sociales, traspasaron la línea roja impuesta por la censura israelí a los temas relacionados con el patrimonio cultural e histórico palestino.

b) Sanidad: los servicios médicos preexistentes a la Intifada fueron integrados en las comunidades que servían, y se extendieron a través de los comités populares como muchas otras organizaciones de masas. La relación forjada entre médicos urbanos y población rural superó algunas lagunas sociales y demográficas para la movilización colectiva.

Los comités sanitarios fueron de los más activos debido al alto número de lesionados por la represión (según estimaciones moderadas se calcula que durante el primer año hubieron unos 20.000 heridos) (Barghouthi y Giacaman, 1990: 81). Pese a que la atención desplegada fue ingente, las demandas de la Intifada sobrepasaron las infraestructuras de dichos comités: las

clínicas se quedaron pequeñas. Su principal tarea consistió en atender la demanda urgente de pacientes y aplicar tratamientos de rehabilitación, en movilizar nuevos recursos humanos y materiales, y en impartir instrucciones de primeros auxilios. Los problemas que enfrentaron estuvieron relacionados con la deficiente infraestructura hospitalaria (desbordada por los acontecimientos), la falta de experiencia de los profesionales de la medicina en traumatismos de guerra, la política israelí de obstrucción y restricción de la salud pública (ibid.: 81-82), y las secuelas del faccionalismo, que duplicó los recursos por rivalidades políticas en detrimento de los criterios de racionalidad o eficacia.

c) Autosuficiencia: respondían al llamamiento del MNU para desarrollar la "economía doméstica" como medida de supervivencia (que permitiera prolongar el levantamiento y hacer frente a las medidas israelíes para asfixiarlo), y de boicot a los productos israelíes (esto es, desobediencia civil que cortara los lazos de dependencia con la potencia colonial) (comunicados 4 y 6). Dentro de este apartado, aunque organizados de forma independiente, cabe contemplar por su función los dos comités siguientes.

d) Agricultura: instruyeron a los habitantes -sobre todo- de las urbes a cultivar sus propios productos agrícolas y criar animales (conejos, gallinas, pichones). La experiencia más importante en este terreno fue la de Beit Sahur, que contó con un grupo de profesionales agrícolas fundadores del centro "La semilla", especializado en la distribución de suministros agrícolas y consejos técnicos (cómo cultivar en jardines y terrazas de las viviendas, o los más especializados de construcción y mantenimiento de corrales y granjas en las zonas rurales). Los intentos a mayor escala que el ámbito doméstico (producción de fertilizantes agrícolas, reparto de semillas y cultivos de hortalizas) fueron abortados por el gobierno militar israelí y algunos de sus líderes detenidos (Jad Ishaq); amén de instar a los granjeros israelíes a no vender vacas u otros animales a los palestinos. No obstante, la producción de algunos productos de los territorios durante la Intifada creció y las importaciones de alimentos desde Israel descendieron (Robinson, 1993: 313-320).

e) Alimentación: se especializaron en el suministro de víveres y otras provisiones entre las personas, familias o comunidades más afectadas. Su labor cobró particular importancia en las zonas que sufrían toques de queda, estaban sitiados o cerrados por los militares. El comunicado 4 recoge la preocupación del MNU por las personas más afectadas e invoca a incrementar la solidaridad: "...abasteced con alimentos y productos de primera necesidad a los campos asediados, a los pobres y a aquellas familias que hayan sufrido daños" (MNU, 1991: 33). Esta situación de aislamiento podía extenderse durante varios días e incluso semanas. El castigo colectivo impuesto por el estado de sitio (en ocasiones durante los puntuales o delicados periodos de cosecha) no sólo persiguió minar la moral de los sublevados, sino también sus recursos materiales. Burlar los toques de queda se convirtió en una costumbre frecuente, sobre todo cuando se acababan las provisiones en casa y no había otra alternativa; y también como acto de solidaridad (o heroísmo) los miembros de dichos comités se arriesgaban para proveer suministros a los sitiados.

Por otro parte, el origen campesino de los palestinos quedó corroborado por sus despensas que, a lo largo de la Intifada y en otros períodos críticos como la guerra del Golfo, lograron superar las necesidades de supervivencia. Así muchas de las familias entrevistadas en las ciudades (Nablus) relataban como sobrevivieron a los frecuentes y prolongados estados de sitio o toques de queda, que en ocasiones se extendieron a las veinticuatro horas del día sin

posibilidad alguna de adquirir provisiones. Merece la pena destacar la puntualización que con denotado orgullo hacían estas familias o miembros de ellas de su origen campesino (*fellah*). Aprovisionar de alimentos la casa con caducidad y cantidad media de un año (aceitunas en salmuera, aceite de oliva por toneles de varios litros cada uno, quesos en aceite, azúcar, legumbres, frutos secos, arroz, especias, jabón de aceite, harina, té, café, pastilla de leban, etcétera) no era más que un hábito preservado por su ascendencia campesina y reforzado con la Intifada. Comportamiento extensivo a los campos de refugiados y a la ciudad de Gaza con la advertencia debida de que mantenían la misma tradición, pero en menor abundancia dada su carencia de recursos económicos y agrícolas, respectivamente.

f) Bienestar social: equivalentes al apartado jurídico de la Intifada. Su misión consistió en suplir a la Corte israelí y dirimir las disputas sociales, ya fueran protagonizadas por individuos o familias (divorcios, matrimonios, herencias, rentas por alquiler, por compras o ventas, lindes de propiedades, robos). La credibilidad del comité estaba mediatizada, en cierta medida, por la personalidad de sus miembros, que gozaban de una buena reputación social: por su rectitud moral (por ejemplo, el comité principal solía contar con la figura de una autoridad religiosa musulmán en las áreas islámicas o un sacerdote en las cristianas); por su trayectoria de resistencia (ex-presos políticos o militantes destacados); y por su talante personal (maduro, dialogante e integrador y, por lo general, con una media de edad entre los treinta y cuarenta años). A su rol mediador unían el carácter vinculante de sus resoluciones mediante el uso de las fuerzas coactivas, cuando las morales resultaban insuficientes.

Durante una entrevista sostenida con los máximos responsables de este comité en el área correspondiente a Nablus, Tulkarem y Jenín, fuimos interrumpidos por uno de sus miembros que en esos mismos momentos atendía a una mujer. Dicho caso resulta pertinente relatar a continuación a modo de ilustración de la labor llevada a cabo por el citado comité: la mujer, divorciada, vivía en un campo de refugiados con un hermano al que había denunciado en repetidas ocasiones por causarle malos tratos físicos. El agresor había sido amonestado por la resolución que el comité dio en su día al caso, ante su reincidencia el comité optó sobre la marcha pasar de la amonestación a la amenaza disuasoria de tal comportamiento vejatorio (propinarle un castigo físico si volvía a incurrir, al tiempo que era amenazado en términos más drásticos si los miembros del comité eran delatados ante las autoridades israelíes).

g) Seguridad: constituidos como guardianes del orden ante la dimisión de la policía (administración jordana) y la desobediencia civil a las autoridades israelíes. Las fuerzas de seguridad de la Intifada protegieron la propiedad e integridad física ante la potencial amenaza de los desviados sociales (delincuentes comunes o criminales); también intentaron -con menor éxito- defender a la población palestina del ejército y de los colonos o paramilitares. Estos comités eran frecuentes en los accesos a los campos de refugiados, barriadas y aldeas, donde los jóvenes encapuchados o cubiertos con el pañuelo palestino (*mulazamín*), montaban guardia (algunos incluso con armas blancas como cuchillos o hachas) para alertar a su comunidad ante la intervención del ejército o de los colonos. Igualmente en dichos accesos, sobre todo en los campos de refugiados, habían grandes obstáculos (piedras o montículos de tierra) ubicados en zigzag para impedir la entrada fácil (o bien la salida) de una incursión violenta.

h) Piquetes: actuaban como fuerza de choque en la primera línea de confrontación con las tropas israelíes o los colonos; y cumplían con su tradicional labor de invitar a la cooperación (manifestaciones, huelga, boicot) mediante la coacción (amenaza o uso de la fuerza). Su

actuación se centró en asegurar el seguimiento generalizado de las directrices emitidas periódicamente por el MNU, con especial atención en el sector mercantil (burguesía emergente). Fueron los encargados de meter en cintura a los colaboradores o aplicarles los castigos.

i) Confrontación de los impuestos: fueron una variante tanto de las fuerzas de seguridad como de los piquetes, que los organizaron de forma independiente o específica. Su misión radicó en evitar el pago de las contribuciones palestinas al fisco israelí; y la expulsión del recaudador de impuestos que solía ir acompañado de alguna patrulla del ejército. Durante un periodo se estableció el cobro de impuestos revolucionarios, pero esta práctica fue desechada por las disfunciones que creaba (picaresca, extorsión, robos), en menoscabo de las movilizaciones.

j) Información: centrados en recopilar y difundir todos los informes del levantamiento (comunicados, nombres de los presos, mártires, deportados, heridos, prisioneros liberados, denuncia pública de los colaboradores, tareas a cumplimentar, fechas de seguimiento de una actividad u otra). Estaban facultados por el MNU para colmar el vacío de la censura o límites impuestos por los militares a los periodistas palestinos o a sus publicaciones, también para dedicar parte de su trabajo a las delegaciones extranjeras o medios de comunicación internacionales que cubrían la información de la Intifada (por ejemplo, pasarles las noticias de lo que ocurría en los territorios cuando éstos eran cerrados por el gobierno militar).

k) Asociaciones de caridad: no eran nuevos comités, ni siquiera adquirieron las formas de éstos (algunas existían incluso antes de la ocupación), pero su ingente labor como instrumentos que proveen ayuda a muchísima gente (que a cambio ofrece su colaboración en dichas tareas) merece ser destacada. En 1989, sólo en Cisjordania operaban 206 sociedades de caridad (45 femeninas y 94 mixtas), que empleaban a 2.240 personas, además de los cientos de activistas que forman el voluntariado (Shalev, 1991: 24).

16. Animaban al resto de las mujeres (desorganizadas u organizadas pero sin coordinación) a adherirse a la acción colectiva y a las tareas comunitarias. Sus actividades combinaron tanto las tareas tradicionales (visitas a los campos de refugiados y aldeas, consolación de la familias de los mártires, recolectas de dinero, distribución de alimentos), y previas a la Intifada (bazar, cursos de administración, apoyo médico, asistencia de información, comunicados de protesta, conferencias, coloquios, simposios, debates sobre la mujer, campañas de alfabetización), como las más específicas y vanguardistas (rescatar a los niños o jóvenes de los soldados israelíes, independientemente de que fueran sus hijos o no, ya que se vertebraron en la madre de todos los *shabab*\*; encabezar las confrontaciones civiles con el ejército; trabajar en las cooperativas que vendían productos de elaboración casera a bajos precios; asistir a heridos, detenidos y prisioneros).

Contaban con grupos locales de servicios de salud e instituciones de bienestar (orfanatos, hospitales para minusválidos físicos y psíquicos, centros de deporte y ocio, cursos de cocina, costura, tejido, bordado y lengua extranjera) que, a modo de pequeña infraestructura, les permitió alternar su participación en otras tareas y comités, por ejemplo, la instrucción de los niños (educación), la atención a la salud de las mujeres (sanidad), las relaciones públicas (recibir delegaciones extranjeras) e informar del desarrollo de la Intifada (comité de información) a sus compañeras en las zonas de la periferia social (campesinas) y geográfica

(aldeas). En definitiva, aunar los esfuerzos de la otra mitad de la sociedad palestina - constituida por las mujeres- en pro de su causa común.

Las mujeres destacaron por su intensa actividad y su amplia participación. *¿Dónde estáis, hombres?* fue una de las consignas coreadas en las manifestaciones populares de la Intifada. El desafío de la mujer a su estatus social quedó de manifiesto en la revuelta. De hecho una de las características de la Intifada fue la incorporación de la mujer a la acción colectiva como pocas veces en su historia había ocurrido, salvo en la rebelión de 1936-39 y en el Líbano (Peteet, 1991): con el protagonismo de la mujer campesina o de origen campesino en la acción insurgente. Sin embargo, bajo periodos de quietud había sido la mujer urbana de clase media, con estudios superiores y organizada la que protagonizaba la participación pública. La Intifada invirtió esa tradición y dio paso a la movilización amplia y espontánea de las mujeres campesinas y refugiadas, sin afiliación política conocida salvo la de simpatizante de una u otra organización y del conjunto de las organizaciones de la mujer como parte inherente del movimiento nacional. Precisamente, en la relación de dependencia entre el movimiento de la mujer y el nacional, algunos autores ven su debilidad o la ausencia de una "agenda de género", reforzada por la ausencia de crítica social de algunas organizaciones (Fatah) y la emergencia de las fuerzas islamistas (Jad, 1990: 138-139). Uno de los debates más intensos que sostiene el movimiento de la mujer es el eterno problema de las mujeres en el Tercer Mundo o bajo situaciones coloniales o neocoloniales: que los progresos (tímidos o considerables) de la mujer durante el proceso de liberación nacional no sean más que coyunturales sin consolidarse ni ampliarse después de la independencia nacional. El fantasma de la mujer argelina (hermana, madre y esposa antes que mujer) sigue siendo uno de los retos de las mujeres palestinas.

\* \* \*

\* Por ejemplo. Hadiye, una palestina de mediana edad, madre de seis hijos, residente en la región septentrional de Cisjordania, nos relataba las muchas veces que interfirió entre los jóvenes o niños y los soldados israelíes con variable fortuna (a algunos rescataba de ser detenidos y a otros no): también durante el forcejeo con los soldados recibió -en alguna ocasión- golpes, nada graves en comparación a los alcanzados por los muchachos, afirmaba. A la pregunta de por qué se arriesgaba nuevamente pese a que no eran sus hijos o parientes los potenciales detenidos, respondió algo airada: "Cómo que no, todos (los chicos) son nuestros hijos".

17. Durante la Intifada la participación de los trabajadores fue limitada debido, primero, a que tenían que atender las necesidades de sus familias (no podían estar todo el día en la calle como los más jóvenes); segundo, a las divisiones internas del movimiento obrero, que dificultaban su coordinación; y tercero, a la propia represión (Hilterman, 1990a). En cualquier caso, durante la fase de ascenso de la Intifada la participación de los trabajadores fue masiva, independientemente de que secundaran las huelgas de manera directa (voluntad de seguir los mandatos del MNU) o indirectas (impedidos de ejercer otra actividad dado el estado de sitio). Los primeros comunicados del MNU hicieron bastante hincapié en el sector laboral, y con la institucionalización de la revuelta el MNU pidió la expansión de los comités de trabajadores (comunicado n° 13). En definitiva, los trabajadores -como individuos- se vieron ante el dilema de seguir las directrices nacionales o procurar los bienes materiales a sus familias. Elección que reflejó las limitaciones de la revuelta.

18. Cobraron gran importancia en la coordinación de las huelgas y otras acciones de desobediencia civil, como el impago de impuestos. El cierre de los comercios era sinónimo en las grandes urbes de paralización de cualquier otra actividad laboral. La apertura de los comercios durante breves horas al día, señaladas por el horario del MNU, tropezó con la intervención israelí que obligaba a sus dueños a abrirlos, o bien el mismo ejército los abría mediante la fuerza. Esta medida, paradójicamente, contribuyó aún más a que la burguesía comercial se sumara a las movilizaciones\*.

Tradicionalmente tratados con la zanahoria en vez de con el palo de la ocupación, los comerciantes han sido percibidos como el sector social de mayor conciencia individualista. Quizás fuera esa imagen, junto a las más espectaculares de los jóvenes lanzando piedras al ejército, la que empañó su participación activa en la Intifada. Desde el primer acto del levantamiento los comerciantes urbanos siguieron la trayectoria del MNU, delineada en sus comunicados. Fueron los elementos más beligerantes en la guerra económica expresada en el boicot a los productos israelíes, en el impago de impuestos, la presión para lograr la dimisión de los recaudadores, regular el horario de las huelgas, y secundar las huelgas comerciales, que simbólicamente cerraron los centros urbanos a cualquier otra actividad laboral.

El presunto carácter conservador del sector mercantil como pequeña burguesía acomodada por sus intereses a la ocupación "liberal" o -todo lo más- de resistencia pasiva, fue invertido por su adhesión a la acción colectiva de manera notable. Durante la fase de ascenso de la Intifada (de enero a marzo de 1988) su protagonismo resultó primordial en la continuidad e institucionalización de la revuelta. Reflejado también en la campaña del ejército israelí contra el cierre de los centros comerciales urbanos (*guerra de las tiendas*). La presión de los impuestos (imposición del IVA en 1976) y la percepción israelí de las clases medias urbanas como parte de la población hostil, y no como "la práctica mayoría que quiere vivir tranquilamente", fue el proceso que envolvió a los comerciantes enteramente en la insurrección civil (Tamari, 1990c: 163).

\*            \*            \*

\* Kamal, de unos cincuenta años, padre de familia, con cuatro hijos, regenta un establecimiento comercial mediano en una próspera ciudad de la Ribera Occidental, sin empleados y de explotación patriarcal. Sus dos hijos mayores le echan una mano, turnándose entre ellos y de manera intermitente, ya que al mismo tiempo completan sus estudios. Durante la Intifada Kamal tenía un hermano menor en la cárcel al que visitaba cuando le correspondía (una vez al mes o cada dos meses): sus dos hijos también fueron huéspedes de los penales israelíes en distintas ocasiones. Kamal afirmaba que no tenía tiempo ni para atender su negocio ya que a sus quehaceres familiares sumó el de la familia de su hermano, con mujer y dos hijos en su aldea de origen; y también cómo los soldados israelíes abrieron su comercio por la fuerza varias veces, mientras él se tenía que llenar de paciencia hasta que se fueran y volver a cerrarlo. Cuando Israel dictaba la apertura de los establecimientos a una hora determinada el MNU sugería otra. Antes de hacerle la pregunta obligada, Kamal señaló su simpatía *militante* por la revuelta, obvió las razones. Al igual que otros muchos palestinos/as entrevistados las razones de su lucha, colectiva e individual, resultaban tan evidentes que explicitarlas era un ejercicio innecesario o de perogrullo.

19. Con la Intifada las detenciones se incrementaron (llegando a sobrepasar la cifra de 40.000), y también los centros de reclusión o campos de concentración. Los nuevos prisioneros se combinaron con los más veteranos. Los calabozos resultaban familiares para algunos, mientras que para otros eran una nueva experiencia. La protección que brindaron los más experimentados a los noveles no fue muy distinta de la cohesión suministrada en tiempos pretéritos. La extracción social de los prisioneros de la Intifada coadyuva en la indagación de la participación social en la revuelta. Por ejemplo, en el campo de prisioneros de Ansar III (Ketsiot), situado en pleno desierto del Negev, el 71,6% de los detenidos procedía de zonas rurales y campos de refugiados, que representan el 60% de la población de los territorios. La edad media de los detenidos era de 26,4 años. Más de dos tercios tenían estudios de secundaria. De 180 detenidos, 38 lo eran por primera vez, 19 habían sido arrestados durante la Intifada, y el resto en ocasiones anteriores. Algunos de ellos, 43, tenían otro miembro de su familia en prisión. Su ocupación laboral iba desde académicos hasta trabajadores no cualificados. Estos datos permiten concluir que, dado que prácticamente todos los sectores de la población fueron afectados por las detenciones, la Intifada contó con la amplia participación de la sociedad palestina (Isaac, 1989: 102-109).

20. En Cisjordania y Gaza hay unos 850.000 refugiados, que representan más del 50% de la población de un millón y medio. Menos del 50% de éstos (359.183) viven en campos de refugiados: 255.831 en los ocho campos de Gaza y 103.352 en los veinte de Cisjordania (Yahya, 1990: 91). En la franja de Gaza existe una de las concentraciones humanas más altas del planeta en proporción a su espacio (800.000 habitantes en 330 km cuadrados, con un hacinamiento de 2.500 personas por km cuadrado, a finales de 1993). Los refugiados representan más de la mitad de la población. Familias de considerable número viven en espacios de 60 ó 70 metros cuadrados, sin baños ni otros servicios considerados de primera necesidad. Jabalia es el mayor campo de refugiados (60.000) y el más pequeño es Deir el-Balah (12.000). Los campos de refugiados en Cisjordania son menores, siendo el mayor Balata (12.000), a las afueras de Nablus, seguido del campo de Tulkarem (9.950), y, por último, el más pequeño, Ain Sultán (750). Tanto por su pasado y presente de desarraigo como por las condiciones de vida los campos de refugiados han sido una fuente importante del nacionalismo palestino en la diáspora y en el interior. La centralidad de los refugiados en la Intifada resulta evidente desde cualquier punto de vista (muertos, heridos, prisioneros, deportados, toques de queda).

Antes de la revuelta los campos registraron una creciente autonomía y una prosperidad modesta; sin embargo, los refugiados continúan considerándose como tales y son percibidos de la misma manera por los vecindarios de las urbes próximas a su ubicación. La persistencia de la identidad de refugiado, erosionada en los setenta por la emergencia de la identidad nacional palestina, se advierte en la Intifada, que puso fin al programa tripartito (de EE.UU., Israel y Jordania) de mejora (incremento del nivel de vida), y en los pasos torpes del ejército que otorgó a los refugiados el rol de vanguardia en la lucha palestina. Independientemente de la instrumentalización que el mundo árabe ha realizado del tema de los refugiados o de los pasos israelíes inadvertidos en la misma dirección, otra fuente de la identidad de refugiado es la memoria colectiva y su transmisión de generación en generación (documentos de la casa, la llave, recibos de los impuestos sobre propiedades), reforzada por su ubicación física (que guarda el orden regional y vecinal) y étnico (proximidad de las familias y parientes) (Marx, E., 1992).

21. Si la preocupación de los israelíes se centra en el problema de los refugiados como una cuestión irresoluble o incompatible con el derecho al retorno (McDowall, 1989: 78-90), la de los palestinos consiste precisamente en mostrar lo contrario. Este sería el caso de Sara Roy que, en un estudio de campo entre 200 refugiados de la franja de Gaza durante el periodo de octubre de 1988 a mayo de 1989, muestra los cambios producidos en las reivindicaciones políticas territoriales de los refugiados. Existe una clara tendencia a renunciar a sus hogares en el interior de Israel "por imperativo político para la creación de su propio Estado". Con esta aceptación del Estado de Israel, "los palestinos han movido el conflicto del nivel simbólico y existencial de apátridas al pragmático" (Roy, 1989b: 79-81).

22. En los territorios existen 450 aldeas: 435 en Cisjordania y 15 en Gaza. En Cisjordania el 64% de la población vive en las zonas rurales, el 26% en las ciudades y el 10% en los campos de refugiados. En Gaza, sólo el 11% de su población vive en las aldeas, el 46% en las ciudades y el 43% en los campos de refugiados (Barghouti, 1990: 108). Dado su carácter más conservador que las ciudades y la diferencia entre éstas y los medios rurales, Israel realizó varios intentos por cooptar un liderazgo rural vertebrado en su frustrado proyecto de las "ligas de aldeas". Además de su ejército, colonos armados (70.000), servicio de inteligencia (Shin Bet) y red de colaboradores, las autoridades han situado a la cabeza de cada aldea a un *mukhtar*\* o consejo de aldea, con una función civil o de intermediación entre la población y las autoridades militares.

El ámbito comunitario que propició el medio rural fue aprovechado por los contendientes para la consecución de sus demandas. Primero, muchos de los miembros de la policía eran de origen y residencia rural, hecho que facilitó a las milicias y comités populares incentivarles a dimitir; segundo, los mismos comités destituyeron a los *mukhtar* y consejos de aldeas designados por Israel; tercero, la comunidad entera (afectada de una u otra forma) estaba en condiciones (ruptura de la barrera del miedo) para pedir cuentas y destruir la red de colaboradores; y último, el alejamiento físico de las aldeas imposibilitó que el ejército interviniera en todas al mismo tiempo, distancia deshabitada por el ejército y sus colaboradores que era aprovechada por los comités para levantar barreras y cortar el transporte. Esta incomunicación relativa permitía extender la desobediencia civil y declarar a las aldeas "zonas liberadas". esto es, en las que el ejército no podía entrar se izaban los símbolos nacionales (banderas), y el orden social quedaba temporalmente en manos de las milicias (ibid.: 113).

\* \* \*

\* Figura que data del siglo XIX, el *mukhtar* era "el hombre elegido" como representante de la clase campesina ante la autoridad central otomana. La elección se basaba en la antigüedad, propiedad, edad y familia. De ahí que su poder deriva de la relación de clanes y de su estatus oficial. El *mukhtar*, por todas estas razones, era un símbolo tradicional de poder. A diferencia de los concejos de aldeas, que eran un fenómeno nuevo, ya que los campesinos se organizaban por redes de parentesco o de clanes (ibid.: 110-111).

23. La masacre de Sabra y Shatila provocó una de las manifestaciones de repulsa más numerosas en la historia de Israel (400.000), gesto que no fue precedido ni secundado por ninguna otra sociedad de la región.

24. A lo que se añadió la dimisión del jefe de los Servicios de Seguridad General, Shin Bet, que admitió usar métodos de tortura en los interrogatorios mediante los que se obtenían declaraciones válidas para la inculpación.

#### 25. Incidentes violentos

Año	Número	En Jerusalén
1985	13	7
1986	3	4
1987	13	2

Fuente: Shalev, 1991: 28.

26. El evento más común suele ser fijado en la fuga de seis miembros de la *Yihad Islámica*, en mayo, de la cárcel de Gaza (que también era el cuartel de las fuerzas armadas israelíes en la zona y la sede de la Administración Civil). Los evadidos no sólo permanecieron en Gaza, sino que, además, fueron operativos, ya que se les identificó como los autores de algunas actuaciones contra las fuerzas de ocupación: dan muerte al capitán Ron Tal, jefe de la policía militar de Gaza, y choque armado con el ejército israelí con el resultado de cuatro muertos palestinos y un oficial de la inteligencia israelí. La misma organización hizo un llamamiento a la huelga general (el 10 de octubre de 1987). A mitad de noviembre se produjeron varias manifestaciones de protesta contra la deportación del Shej Abdel Aziz Odeh, líder ideológico de la *Yihad*. Las simpatías de la población por los evadidos y sus operaciones, así como su dolor por la muerte de aquéllos, quedó patente en las muestras de condolencias y manifestaciones expresadas públicamente.

Otros autores señalan que tras la muerte de un israelí en Gaza, Simón Peres consideró la idea de la desmilitarización de la franja. Hecho que no pasó desapercibido para los palestinos (Abu Amr, 1989a: 15). El clima de tensión se reflejó en el uso común que las fuerzas militares y los ciudadanos israelíes hicieron de la carretera del litoral en vez de la calzada central de Gaza para evitar, así, el apedreamiento de sus vehículos. Es más, algunos miembros de la fuerza de seguridad llegaron a circular en coches con licencia local en vez de israelí.

Los acontecimientos más importantes sucedidos en Cisjordania se remontaban a los funerales de Dafer el-Masri (1986), alcalde de Nablus, que se transformó en una verdadera manifestación nacionalista, tanto en sus consignas como en los símbolos que portaban (banderas y pañuelos palestinos). Los miembros de la *Shabiba* protagonizaron el servicio del orden en el duelo que agrupó a más de 50.000 personas. El ejército no intervino en esa ocasión, pero sí en la siguiente, en los funerales de Rashad al-Shawa, en Gaza.

En el campo de Balata tuvo lugar uno de los sucesos más importantes, hasta el punto de que hay quienes sostienen que fue donde realmente comenzó la Intifada. El campo estaba situado a las afueras de Nablus, ciudad conocida por su arraigada conciencia política no ajena a la presencia de la Universidad de al-Najah y de su movimiento estudiantil, muchos de cuyos miembros procedían del citado campo de refugiados. Por las mismas fechas dicha universidad fue escenario de algunos incidentes que traspasaron los límites del campus universitario.

La situación comenzaba a ser insostenible para las fuerzas de ocupación entre 1986 y 1987, cuando la *Shabiba* logró prácticamente controlar la vida del campamento (eliminando la prostitución, el consumo de bebidas alcohólicas y las drogas, además de la expulsión o penalización de los informadores y colaboradores de Israel). En claro reto a las autoridades israelíes reabrieron el club de la UNRWA, que aquéllas habían cerrado siete años antes. Los vehículos israelíes eran blanco de las piedras y el ejército no podía patrullar el campo sin que se produjeran incidentes. El clima de desobediencia civil o de retirada de la obediencia a la soberanía israelí llegó a ser evidente. A finales de mayo dos batallones del ejército se adentraron en el campo, lo sitiaron con el resultado de miles de identificaciones y registros de casas. Sin embargo, la operación fue frenada ante la revuelta emprendida por las mujeres del campamento. Hasta cuatro meses después, en octubre, la policía de fronteras no logró desplegarse por el campamento las 24 horas del día. La autogestión de la que había disfrutado durante meses bajo la dirección de la *Shabiba* convirtió en irrisorio el esfuerzo israelí por controlar la volátil odediencia de la población del campamento.

La misma represión incrementó la escalada de la tensión en los territorios. Las tropas israelíes mataron a un joven en la Universidad de Belén (el 28 de octubre), que fue clausurada por tres meses. Días después (el 10 de noviembre), una escolar fue asesinada por un colono israelí. El día internacional de solidaridad con el pueblo palestino (29 de noviembre) fue celebrado con múltiples manifestaciones en las que se originaron enfrentamientos con las fuerzas de ocupación. En diciembre, el presidente de la asociación de periodistas palestinos de Cisjordania, Radwan Abu Ayyash, fue detenido. En el mismo mes, Israel se apropió de la compañía de electricidad de Jerusalén Este, uno de los símbolos institucionales del nacionalismo palestino. Por esa misma fecha, Ariel Sharon anunció la adquisición de una vivienda en el barrio musulmán de Jerusalén.

27. El Frente Popular para la Liberación de Palestina-Comando General (FPLP-CG), liderado por Ahmad Jibril, llevó a cabo una operación militar (o terrorista) en un campamento del ejército israelí en Galilea. La hazaña bélica (o heroica) consistió en su inédita eficacia: un solo guerrillero logró vulnerar las enormes y sofisticadas medidas de seguridad de Israel al introducirse con un Ala-Delta motorizado y dar muerte a siete soldados y herir a otros siete (el 25 de noviembre).

28. Los enérgicos debates del XVI CNP en Argel (1983) vislumbraron las dos tendencias predominantes en el seno de la resistencia durante dicha década. De un lado, los irredentistas no asumieron la derrota frente a Israel como un desmayo de la estrategia revolucionaria (la histórica lucha armada), sino que advirtieron su necesidad de reforzarla como tarea prioritaria. Es más, acusaron del fracaso a la dirección palestina por su desvío de la senda revolucionaria en beneficio de la diplomacia que le condujo a su capitulación. La acción diplomática, además de agrupar al conjunto de los países árabes (o al menos de aquellos que formaban la línea caliente), tenía que reflejar el equilibrio político de las fuerzas árabes y no dissociarse de ellas. De aquí la centralidad que, en esa concepción de confrontación, cobró la alianza con el régimen sirio que defendía tales premisas, junto a razones más prácticas como la protección y apoyo de Siria a la oposición de la dirección de la OLP (y disidentes de Fatah).

De otro lado, los posibilistas no divisaban más terreno de acción que el político-diplomático. La salida de Beirut fue considerada una opción de supervivencia antes que el fracaso de su

acción revolucionaria. En cualquier caso, de la desgracia de aquélla se corresponsabilizó a los regímenes árabes, particularmente a Siria, por haberla desamparado durante el enfrentamiento bélico con Israel. Sin renunciar a la lucha armada ni criticar la misma, el desafiado liderazgo palestino se orientó hacia comportamientos más diplomáticos que culminaron con el acuerdo entre la OLP y Jordania (febrero de 1985). Que sirvió a la central palestina para recuperar su papel de actor regional e impedir su reemplazo y dominio por los regímenes jordano y sirio, respectivamente.

Sería injusto no ver entre ambas tendencias una tercera: la de los escépticos. No se trató de una corriente políticamente articulada como de una actitud ante los acontecimientos. Por lo general de pasividad o de expectativa, difícil de cuantificar pero nada desdeñable, tampoco su calidad. Visualizada en la inmovilidad del movimiento nacional a mediados de los ochenta, en la incertidumbre y apatía de muchos de sus cuadros y militantes situados a medio camino entre los irredentistas y los posibilistas\*. De los primeros asumieron sus críticas a la dirección palestina aunque rechazaron sus modos violentos y, en particular, su alianza con Siria\*\*. De los segundos defendieron su independencia nacional frente a las asechanzas árabes, pero criticaron sus formas autoritarias y casos de corrupción. Al tiempo que cuestionaron la eficacia de la vía diplomática por el temor a ver reducida la cuestión palestina a un asunto político en manos de las cancillerías extranjeras.

La experiencia palestina en las relaciones internacionales no había sido muy afortunada en los últimos tiempos. La aceptación por la OLP del plan Philip Habib para la salida de sus fuerzas de Beirut, bajo el compromiso adquirido por las tropas multinacionales -encabezadas por los EE.UU.- de proteger a la población civil palestina, se cumplió parcialmente: los campos de refugiados de Sabra y Shatila fueron arrasados varias semanas después de la partida de los milicianos palestinos, muchos de ellos habían dejado allí a familiares, parientes, vecinos y amigos.

La aceptación del plan árabe de Fez o el visto bueno a algunos elementos del plan Reagan fueron síntomas de la creciente moderación de la OLP, cada vez más inclinada -por convicción o por falta de otras opciones- hacia la apuesta de una solución negociada. Sin embargo, tampoco encontró en el espacio diplomático respuestas incentivadoras que, salvo el rechazo israelí, hicieran atractiva su posición para mantener la credibilidad entre sus filas. La falta de entusiasmo y deslealtad crecieron en el seno de la OLP en la misma medida que su dirección arriesgaba más en el juego diplomático sin obtener contrapartidas políticas. Las mismas críticas fueron realizadas al diálogo israelo-palestino, por cuanto los primeros aportaban visiones academicistas y los segundos eran los encargados de hacer las concesiones políticas, dada la diferente configuración de las delegaciones: la israelí la formaban académicos y miembros del movimiento por la paz sin carácter oficial alguno\*\*\*, mientras que la palestina la integraban personalidades políticas.

Las discrepancias políticas conocieron días de violencia en la arena interpalestina, el cerco a Trípoli causó mayor desorientación y decepción en sus gentes; y en la escena internacional los brotes terroristas (Larnaka, Roma, Viena y el suceso del Achille Lauro) erosionaron la imagen internacional de la OLP. En este contexto, la debilidad palestina fue hábilmente explotada: Siria apoyó la expansión del movimiento shií, Amal, en la guerra por el dominio de los campamentos palestinos, y Jordania impulsó la opción jordana, al tiempo que resucitó su vieja rivalidad con la OLP por el control y lealtad de los palestinos del interior.

\* \* \*

\* La información aquí vertida se debe a las entrevistas sostenidas con miembros, cuadros y dirigentes de la OLP durante las visitas a su sede central en Túnez, septiembre de 1987 y julio-agosto de 1989.

\*\* Incluso algunos miembros de esta corriente afirman que la expulsión de Arafat de Siria tuvo el efecto contrario al buscado: no su definitivo descrédito, sino la recuperación de su cuestionada reputación.

\*\*\* En algunos casos estaban fuera de la legalidad ya que incumplían la ley anti-OLP, esto es, cualquier ciudadano israelí que mantuviese contacto con la OLP era condenado por traición. por ejemplo, el encarcelamiento del pacifista israelí Abi Natan.

29. El precedente sellado por la cumbre árabe de Ammán era fruto de las transformaciones y retos que afrontaba el mundo árabe: el impacto del "boom" del petróleo y su recesión; las presiones para la liberalización de la economía y la política; el fundamentalismo islámico; y el cambio en el balance de la estrategia regional introducido por las nuevas tecnologías militares (Hudson, 1990: viii). Su mayor preocupación consistió en frenar la expansión del fenómeno islamista, representado por el Irán de Jomeini, más que en avivar los sentimientos nacionalistas simbolizados por la -marginada- causa palestina. Fue precisamente el declive de ésta lo que permitió su subordinación en la reunión de Ammán, que estuvo rodeada de otros pequeños eventos significativos (por ejemplo, el frío recibimiento dispensado al líder de la OLP, Arafat, al que el monarca hachemita, Hussein, no dio el mismo trato que concedió al resto de los jefes de Estado árabes al recibirles en el aeropuerto) (Friedman, T., 1990: 366-369).

30. Setenta años de la Declaración de Balfour (1917) y cuarenta de la partición de Palestina (1947).

31. Por ejemplo, los impuestos, licencias, permisos, documentos de identidad israelíes, registro de nacimientos, trabajar en Israel y comerciar con sus productos.

32. Para nombrar al innombrable, como hizo el cabeza visible de la delegación palestina, Haider Abdul-Shafi, durante su discurso en la Conferencia de Paz en Madrid, el 30 de octubre de 1991. Una reproducción del mismo se encuentra en la revista Política Exterior, 23, 1991: 34-39.

33. El optimismo de Nusseibeh en su propuesta de reemplazar el modelo argelino por el surafricano se apoyaba: primero, en la incapacidad del Estado sionista de resistir un boicot al estilo del impuesto a Sudáfrica, ya que el régimen israelí sería denunciado por sus prácticas segregacionistas o de apartheid; y, segundo, en el crecimiento demográfico palestino mayor que el israelí. En otras palabras, la propuesta del profesor de la Universidad de Bir Zeit desafiaba al Estado israelí a asumir los costes de la ocupación (ciudadanía, ampliación del sistema de bienestar, libertades políticas y de expresión) y no sólo sus beneficios (tierras, aguas, asentamientos de colonias, mano de obra barata y extensión de su mercado).

34. El término de "colaboración pasiva" cabe distinguirlo de la "colaboración activa" o "política" con la potencia ocupante y defraudadora de su comunidad. Por tanto, se entiende por colaboración pasiva la aceptación consciente, individual o colectiva, de colaborar con la ocupación al servirse de sus ofertas (trabajo y producción) y pagar sus demandas (impuestos, certificados, permisos).

## X. SOCIOLOGÍA POLÍTICA DE LA INTIFADA

La Intifada sorprendió por igual a los dos actores principales del conflicto, que con diferente asombro percibieron el levantamiento: desconcierto, en el Estado de Israel; admiración y entusiasmo, en la OLP. Dos fueron las interpretaciones israelíes de la Intifada: la externalista, que responsabilizó a la OLP de estar detrás del levantamiento; y la internalista (o espontaneísta), que la remitió a elementos internos sin vínculos con la OLP (desviados sociales, según Shamir), o bien como expresión espontánea de la frustración del nacionalismo palestino. Ambas explicaciones pusieron al ejecutivo israelí ante un dilema: mientras la primera negaba la representatividad de la OLP y sus vínculos con el pueblo palestino, al mismo tiempo reconocía la capacidad de la OLP para movilizar a los palestinos del interior; la segunda acentuaba su carácter espontáneo por motivaciones políticas que negaban la centralidad de la OLP en la lucha nacional palestina (Abu Lughod, I., 1990: 3), sin embargo, pese a esa debilidad, el ejército israelí no pudo controlarla ni su servicio de inteligencia, Shin Bet, detectarla o prevenirla.

Si la lectura israelí de la Intifada intentó deslegitimar a la OLP, la palestina pretendió reconstruir *-a posteriori-* una Intifada planificada o tutelada (Schiff y Ya'ariv, 1991: 121-123). Cuando, en realidad, la propia OLP no fue menos sorprendida que el Estado israelí, y el conjunto del movimiento palestino no escapó al factor sorpresa ni a sus especulaciones. La ausencia de la OLP en el inicio de la Intifada respondió a la falta de planificación de toda acción espontánea (que surge de manera imprevisible y sin programación previa). Nadie pudo negar su carácter expresivo: las llamadas telefónicas desde la central palestina en Túnez a sus hombres en los territorios para saber qué ocurría y qué relación tenían con los acontecimientos, o las propias declaraciones de los

dirigentes palestinos, son una buena muestra de la espontaneidad del levantamiento (ibid.: 46-48). La apuesta de la OLP por la revuelta comenzó días después de haberse iniciado, no antes, sino durante. La intención de la OLP se dirigió a capitalizar políticamente las protestas de los palestinos del interior, en otras palabras, a instrumentalizar sus acciones expresivas. No obstante, la OLP no vio erosionados sus vínculos con el interior, sino que los reforzó<sup>1</sup>.

### 1. Ciclos de protesta

La mayor sorpresa de la Intifada la ofreció su dimensión popular. La gente se adueñó de las calles de manera festiva y trágica. Nunca antes sus deseos y conductas habían caminado tan próximas o a la par. El rechazo unánime al régimen israelí se expresó en su poder de contagio colectivo, pese a que la campaña represiva amenazaba con aguar la fiesta.

La represión israelí basó su lógica en experiencias aparentemente similares (acabar con los desórdenes era cuestión de horas o, todo lo más, dos o tres días). Sólo había que emprender algunos castigos ejemplares -individuales y colectivos- o imponer el estado de sitio si las cosas se ponían muy feas. A modo paradigmático y disuasor de la adhesión a una potencial revuelta (que cuestionara el armónico orden de la ocupación) había que practicar algunas detenciones o deportaciones de los cabecillas e instigadores de la anarquía; o bien había que aislar las zonas insurgentes para erradicar a los maldicientes y restablecer la *pax colonial* (con el efecto colateral de algunas muertes y heridos). Por primera vez estos cálculos erraron.

La continuación de las protestas llevó a buscar responsabilidades en otros actores: OLP como agente externo instigador<sup>2</sup>, fuerzas locales desvinculadas de

la OLP (islamistas) e incontroladas (desviados sociales), medios de comunicación internacional que incitaban a las demostraciones violentas<sup>3</sup>, personalidades o grupos vanguardistas. De aquí se infirieron nuevas medidas para poner fin a la rebelión: corte de las comunicaciones de los territorios con el exterior para aislar a los palestinos del interior de los de la diáspora, arrestos y deportaciones selectivas de militantes y cuadros destacados del movimiento nacional del interior, cierre de los territorios a los medios de comunicación extranjeros y delegaciones internacionales, golpe mortal al máximo responsable de la OLP para los territorios ocupados (Khalil al-Wazir) y desmantelación del MNU.

En diciembre de 1987 las cosas no retornaron a la normalidad que la fuerzas de la ocupación estaban acostumbradas a lograr -sin grandes esfuerzos- en su dilatado dominio de Cisjordania y Gaza. La población palestina quebró definitivamente la barrera del miedo y llenó las calles con su cólera y protesta. Los disparos perpetrados indiscriminadamente sobre la multitud no impidieron que, después de una breve dispersión, se reagrupara nuevamente en los mismos o diferentes lugares; tampoco evitaron que la movilización fuera secundada paulatinamente por nuevos individuos y escenarios. La sublevación se generalizó por momentos: de un campo de refugiados saltó a otro, de una aldea se transfirió a otra, de un barrio o ciudad pasó a otras urbes (como si quisieran aventajar a la anterior), creando una espiral de protestas.

a) **Ascendiendo en la ola:** las dinámicas cíclicas recogen, en primer lugar, una fase ascendente en la que la gente -individuos y grupos que previamente lo desencadenaron al retirar su confianza del mercado- se arriesgan a sublevarse al confluir nuevos y viejos agravios o al surgir nuevas oportunidades. En sus primeros momentos, la movilización produce el contagio por imitación, extensión, y reacción ante los resultados de las acciones o de las efectuadas por

grupos cercanos (Tarrow, 1989: 51-52), y por el cambio en la relación de costes y beneficios unidos a la acción (Tilly, 1978: 158). En este sentido, la acción colectiva se ensancha de un grupo a otro o de los sectores claves a los periféricos, y se divulga de manera irregular por canales institucionales o naturales (Tarrow, 1989: 52).

La represión involucró -de una u otra forma- a más y diversos sectores sociales de los que originalmente tomaron parte en el levantamiento<sup>4</sup>. Incluso Jerusalén Este, anexionada por Israel, se mostró políticamente activa, y la línea verde resurgió de su invisibilidad<sup>5</sup>. Algunos calificaron la intervención del ejército de contraproducente: por confusa, tardía, vacilante o poco contundente (Shalev, 1991: 39-42); otros opinaron que al margen de lo enérgica u oportuna que ésta hubiera sido sólo habría cortado la ola inicial de la sublevación sin paliar las circunstancias que la causaron: "la rebelión era sólo cuestión de tiempo" (Schiff y Ya'ari, 1991: 29). En cualquier caso, el ejército no pudo controlar a los palestinos como otras tantas veces consiguió. Habitado a enfrentarse con ejércitos clásicos u operaciones de comandos, no tenía experiencia en confrontar una rebelión civil tan intensa y generalizada, que retiró su obediencia al poder colonial para ejercerlo por medio de su propio movimiento y líderes nacionales. De aquí la dificultad para contener la rebelión: ésta no dependió -en su fase inicial- de los agentes políticos por muy brillantes que fueran, sino del estado universal de sublevación colectiva, con la gente echada a la calle y los jóvenes dominando las barricadas. Es más, hasta los palestinos en el Estado de Israel se movilizaron en apoyo a sus hermanos de los territorios (Rouhana, 1991).

A medida que las movilizaciones fueron extendiéndose en el ámbito social y prolongándose en el tiempo con inusitada frecuencia e intensidad, su espontaneidad fue cediendo el terreno a las acciones articuladas por los activistas y

dirigentes políticos. La instrumentalización de las acciones expresivas fue vehiculada por la gradual institucionalización de la acción colectiva: integrando la Intifada en la vida cotidiana de los palestinos en los territorios o haciendo del alzamiento popular una nueva forma de vida. De manera que los preliminares espontáneos del levantamiento dieron lugar a una fase más organizada, caracterizada por el dominio que el movimiento de resistencia ejerció de la iniciativa y de las calles. El MNU diseñó rápidamente un programa con el fin de dar continuidad y mayor dimensión política a la revuelta. Básicamente la estrategia de la Intifada se basó en sustentar la iniciativa y evitar que la retomara el régimen colonial, al que mantuvo a la defensiva, reaccionando ante los acontecimientos (Nasrallah, 1989: 76).

La inventiva estratégica de la Intifada consistió, primero, en una amplia campaña de desobediencia civil (boicot a los bienes y productos israelíes y a trabajar en Israel, impago de impuestos y multas, dimisión de los puestos oficiales, huelgas parciales o generales, manifestaciones, rebelión contra las órdenes militares y administrativas); y, segundo, en la construcción de los comités populares (a modo de autoridad e instituciones nacionales alternativas a la israelí). Creados en los diferentes ámbitos comunitarios, vehicularon las directrices políticas de la Intifada -consignadas en los comunicados emitidos por el MNU- y articularon la infraestructura requerida para su desarrollo.

Ambas iniciativas -concatenadas y complementarias- siguieron una secuencia lógica: primero, retirada de la obediencia a las autoridades de la ocupación (campaña de desobediencia civil) que era, luego, desplazada hacia el liderazgo nacional (creación del MNU y de los comités populares). Desvincularse de Israel exigía de una infraestructura socioeconómica y política alternativa, capaz de proveer servicios y suministros necesarios para, a corto o medio plazo,

sostener la iniciativa del levantamiento y, a largo plazo, preparar el terreno a un *estado de autonomía interina* que, mediatizado por el entramado institucional y controlado por el MNU/OLP, terminara con la ocupación y estableciera un Estado palestino independiente (Hunter, 1991: 121).

b) **Sosteniendo la iniciativa**: la cúspide de la movilización es similar a un estado transitorio de locura colectiva, que pasa rápidamente y es reemplazado por protestas más convencionales y con objetivos más instrumentales. La política inunda todas las facetas de la vida. Sin embargo, el entusiasmo colectivo refleja más los deseos que la realidad. Ya que ésta comienza a registrar una serie de fisuras: conflicto entre grupos, contradicciones y discrepancias en torno a las formas y contenidos que adopta la acción colectiva, y cuestionamiento de la acción colectiva misma (Tarrow, 1989: 52-53).

Si diciembre de 1987 señaló el inicio y contagio de las protestas, el primer trimestre de 1988 advirtió un ascenso de las mismas: formación del MNU; difusión de los comunicados; organización de los comités populares; emisión radiofónica de la "Voz de Jerusalén" (desde el Líbano o Siria); apertura de los comercios durante tres horas al día; boicot a la visita del secretario de Estado norteamericano, Shultz, (ningún palestino se reunió con él); dimisión de los concejos municipales designados por las autoridades israelíes y de otros puestos oficiales (policía, hacienda, tráfico); llamada al arrepentimiento de los colaboradores; y celebración del día de la Tierra (30 de marzo).

En el trimestre siguiente, el ciclo asistió a su ensanchamiento con la cristalización de la empresa de desobediencia civil y resistencia, y con la expansión de las actividades desarrolladas por los comités. Las protestas -en todas sus formas- continuaron (nuevo boicot a otra visita de Shultz en abril) y se añadieron otras

nuevas: con la declaración de "zonas liberadas" en algunas aldeas. Estas acciones, muy similares al juego del ratón y el gato, tenían un fuerte poder simbólico por cuanto, de un lado, animaban psicológica y políticamente a los sublevados y, de otro lado, frustraban a los soldados israelíes, que sólo podían garantizar relativamente su autoridad u obediencia de la población por medio de la fuerza y de su constante presencia física. Una vez alejadas las tropas del lugar, la bandera palestina volvía a ser izada, los jóvenes tomaban las calles, se reanudaba la labor de los comités, las paredes con graffitis que el ejército obligó a borrar se llenaban nuevamente de eslóganes nacionalistas o alusivos a los mártires y prisioneros. En definitiva, se recuperaba la dirección y dinámica del levantamiento, que pretendió deslegitimar simbólicamente la ocupación y transferir su lealtad al MNU/OLP (por ejemplo, con el cambio de hora de la Intifada que se diferenciaba del horario israelí).

Impulsar la Intifada hasta el máximo posible era el objetivo, logrado parcialmente por el curso ascendente que tomó y la internalización de sus pautas de comportamiento. Más difícil resultó mantenerse en ese punto de no retorno que supone la cúspide del ciclo. Fase iniciada por los debates a los que asistió el movimiento nacional (con la plena y novedosa integración de sus redes en el interior y en el exterior) en torno al futuro de los territorios y la estrategia a seguir. La caja de Pandora la abrió el documento firmado por Bassam Abu Sharif, consejero personal de Arafat, que expuso la solución de los dos Estados (en términos tan claros que no se le pudiera reprochar la tradicional ambigüedad tan cara a la OLP), y llamó a la negociación directa entre ambas partes -israelí y palestina- en el marco de una conferencia internacional<sup>6</sup>.

El citado documento contó con el respaldo mayoritario de la población de los territorios, expresado por la prensa palestina de Jerusalén Este junto a otras

personalidades locales. En medio de los debates surgió otro acontecimiento importante: la renuncia del Reino Hachemita de Jordania a Cisjordania (el 31 de julio)<sup>7</sup>. Que no sólo abrogaba la anexión unilateral de Cisjordania efectuada por el rey Abdallah en 1950, sino que reconocía uno de los logros más significativos de la Intifada: lo que no habían conseguido otras generaciones (incluso mediante la estrategia armada) parecían obtenerlo los *shabab*. El reto era llenar el vacío político-administrativo dejado por Jordania. El pulso entre la voluntad de los insurrectos y la presencia israelí giró durante esos meses alrededor de la vacante política. La cima se alcanzó con la declaración de independencia nacional realizada por el XIX CNP, en Argel (el 15 de noviembre de 1988).

El proclamado Estado palestino fue reconocido por unos sesenta países (en su gran mayoría árabes e islámicos o del Tercer Mundo, y algunos del resquebrajado bloque socialista). A pesar de este apoyo político (que llegó a renombrar el título de la delegación de la OLP ante la ONU por el de representación palestina) no pasó de ser una mera proclamación, sin mayor materialización que el propósito anunciado en su nuevo discurso político: el reconocimiento de la resolución 181 (II) de la ONU por la que se proclamó -y creó- el Estado israelí cuatro décadas atrás, gesto que la parte palestina emulaba parcialmente (sólo proclamación) cuarenta años después. Un tercer evento de trascendencia política procedió de la administración norteamericana que impidió al presidente de la OLP, Yasser Arafat, dirigirse a la Asamblea General de la ONU (al negarle el visado de entrada a los EE.UU.), pero la presión internacional logró un hecho sin precedentes: el traslado de la Asamblea a Ginebra. Desde esta tribuna, y en términos más precisos, la OLP aceptó la resolución 242 (XXII) del Consejo de Seguridad de la ONU, reconoció el derecho a la existencia del Estado de Israel

y renunció al uso de la violencia (terrorismo). Al día siguiente el gobierno de los EE.UU. autorizó la apertura del diálogo con la OLP (15 de diciembre).

El entusiasmo popular que siguió a todos estos acontecimientos pareció confundir la proclamación del Estado con su creación, la administración estadounidense con la israelí, los ánimos con la realidad. La cresta de la ola fue percibida como un punto muerto en el que uno de los dos contendientes tenía que tomar la iniciativa. Ciertamente, la pelota estaba del lado israelí, pero su lanzamiento no fue en la dirección esperada por los palestinos, entre los que la frustración de sus expectativas dio comienzo a cierta decepción y división.

c) **Termidor (o los límites de la insurrección civil)**: el auge alcanzado por la Intifada fue un punto decisivo y un reto al mismo tiempo: lograr mediante la relativa autonomía interina del levantamiento la ruptura definitiva con el sistema de ocupación para obtener, así, la independencia; o bien que las autoridades israelíes consiguieran reestablecer gradualmente su control sobre los territorios (Nusseibeh, 1991: 31).

La involución autoritaria (represión) es uno de los elementos que, en combinación con otros, pusieron fin al ciclo de protesta. Si en un primer momento la represión israelí coadyuvó a extender el levantamiento, no menos cierto fue que en su contraofensiva asestó golpes que -a la larga- erosionaron su vitalidad. Así, las represalias para someterlo actuaron, en principio, a modo de revulsivo y, luego, a modo de desgaste.

El uso de municiones de fuego por el ejército contra la población civil e indefensa recibió una amplia cobertura por parte de los medios de comunicación internacionales e israelíes, y se ganó la repulsa y condena de la opinión pública

mundial que desplazó sus simpatías hacia los palestinos (un gesto ejemplar fue la negativa de la CE a ratificar sus protocolos comerciales con Israel). El gobierno israelí introdujo la política de "golpes" (hasta quebrar los huesos y reducir el número de muertos), junto a otras medidas represivas<sup>8</sup>, con objeto de evitar ese desgaste internacional y erradicar la revuelta, que había entrado en su segundo año.

Durante ese tiempo fue suficiente para que el Shin Bet conociera los entresijos de la Intifada y sofisticara sus métodos de contrainsurgencia: uno, capturar en sucesivas ocasiones a la dirección del levantamiento, que era reemplazada por cuadros más jóvenes y menos experimentados que sus antecesores, pero más susceptibles a la radicalización fácil o el infantilismo político, obstinados en ganar terreno a los grupos rivales antes que al enemigo (dada su militancia sectaria en detrimento de la nacional), fueron también más vulnerables a la infiltración o provocación del servicio de inteligencia para su desarticulación; y dos, reflotar la red de colaboradores (algunos armados o con el apoyo del ejército) en las comunidades locales, donde el ejército tenía dificultades para adentrarse y dismantelar la red de empresarios políticos. En este sentido, la herramienta más sutil y eficaz empleada por la inteligencia israelí para sofocar la revuelta fue su conocimiento profundo de la sociedad palestina, en particular, de sus brechas sociales (tribales, comunales, regionales, religiosas, políticas e incluso familiares o personales)<sup>9</sup>, que les permitieron, mediante modos indirectos, difundir rumores y fricciones entre los diferentes miembros de su comunidad o de sus diversos grupos, de manera que pudieran instrumentalizar los problemas sociales y políticos existentes o bien crear otros nuevos<sup>10</sup>.

Entre la pérdida de la iniciativa palestina (sostenida desde el inicio de la Intifada hasta su fase de auge con la declaración de independencia y la apertura del

diálogo de EE.UU. con la OLP), y la contraofensiva israelí por retomarla e imponer nuevamente su soberanía, se conoció un *impasse* o punto de espera (elecciones presidenciales norteamericanas y nacionales en Israel) en favor de Israel que logró cierto control en los territorios. El nuevo gobierno de unidad nacional presentó, en la primavera de 1989, su iniciativa política que básicamente era una prolongación de los acuerdos de Camp David, incluso en la exclusión de la OLP<sup>11</sup>.

El periodo exiguo de cúspide registró, uno, la formación y penetración en la acción colectiva de nuevos movimientos, por ejemplo, los islamistas, y dos, una competencia -intensa y sectaria- entre las viejas y nuevas organizaciones por beneficiarse del respaldo popular. El resultado fue la acción desorganizadora, la ausencia de incentivos concretos que animaran a la participación o a la continuación de ésta, y una radicalización de las tácticas y los temas, que adquirieron formas violentas con su contraproducente irrupción en la vida pública.

El mayor desgaste en la creación de fuerzas de choque o ejército popular fue adentrarse en el círculo de violencia cristalizado en la campaña vanguardista contra los colaboradores que, desde el segundo semestre de 1989 hasta la primavera de 1990, cedió la calle a las milicias<sup>12</sup> (Tamari, 1990b: 5), y fue el medio del que se valió la contraofensiva israelí para desvirtuar la revuelta (Nusseibeh, 1991: 46-47). Pese a las llamadas del MNU y del propio Arafat para frenar las ejecuciones de los colaboradores éstas continuaron con serios atropellos<sup>13</sup>. La violencia se adueñó de las protestas señalando su declive, al tiempo que los diferentes grupos del movimiento de resistencia se radicalizaron en aras de ensanchar su base social y rebrotar el levantamiento.

Las querellas intestinas, los recelos y sospechas entre las diversas facciones contabilizaron un considerable derroche de energía y facilitaron el terreno a Israel para retomar la iniciativa en su guerra de desgaste. La rivalidad más fuerte se dio entre el bloque nacionalista secular, liderado por Fatah, y el islamista, encabezado por Hamas. Los restantes grupos (FPLP, FDLP, PCP y Yihad Islámica), más minoritarios, establecieron sus alianzas con los mayoritarios de manera coyuntural, en función de la importancia que dieron a uno u otro tema, de sus bases sociales y sus deseos de ampliarlas. Las controversias residieron en los contenidos, objetivos y formas de la acción colectiva. Mientras Fatah era partidaria de la proclamación del Estado palestino con todas sus implicaciones (o concesiones) políticas (aceptación del derecho a la existencia del Estado de Israel), Hamas reivindicaba la destrucción del Estado judío y la construcción de otro islámico en todo el territorio histórico de Palestina. Frente a la acción directa o revolucionaria planteada por Hamas, Fatah apostó por la vía política-diplomática con movilizaciones puntuales. La desvirtuación del movimiento no sólo se reflejó en su dinámica de descontrol y descoordinación, sino también en seguir replicando a la iniciativa israelí en vez de asumir la ofensiva estratégica. Ahora era Israel el que tomaba la delantera y decidía el lugar, la fecha y el acontecimiento, mientras los palestinos permanecían a la defensiva (por ejemplo, imponer las tarjetas magnéticas, en Gaza, o el cobro de los impuestos, en Beit Sahur).

El dilema del MNU/OLP residió en mantener el ímpetu revolucionario del movimiento con una estructura organizativa faccionada (Tamari, 1990b: 5). Se trató del típico problema de la acción colectiva que, una vez lograda la cima, contempla los límites de su repertorio político y no ve llegada la hora de su ineludible descenso. El esfuerzo realizado por escalar la cumbre no siempre encuentra el reconocimiento social (o político) esperado. Mantenerse en la

cúspide resulta harto difícil por cuanto alcanzarla refleja, a su vez, la culminación del ascenso. Detrás de los debates que se producen en ese momento se esconden dos conceptos divergentes sobre la acción colectiva: un movimiento revolucionario o de reforma. Las formas que adquieren una u otra posición son conocidas por su bifurcación: la primera, suele radicalizarse y pasar a la acción directa, con operaciones espectaculares y violentas, que acaparen la atención de la gente descontenta y amplíen su base social; la segunda, acostumbra a institucionalizarse, pero sin perder de vista las acciones de los grupos rivales que, amparados en la frustración de expectativas, pretenden legitimarse en los extremos marginales del proceso de reforma (o negociación), o en los altibajos por los que atraviesa habitualmente el mismo. En aras a evitar el desgarramiento de sus filas o el desplazamiento de sus bases de apoyo, la opción minimalista afronta un dilema: de un lado, tiene que sostener acciones contundentes que, de manera puntual y simbólica, recobren o mantengan su credibilidad como movimiento y la confianza en la acción colectiva (en fase descendente); y de otro, o al mismo tiempo, debe impedir que tales acciones no malogren su crédito como movimiento reformista o su voluntad de alcanzar un acuerdo, ni pongan en peligro el potencial proceso de negociación. No es necesario afirmar que semejante equilibrio -en las más de las veces- no se consigue.

Pero no necesariamente hay que asistir al desarrollo de la violencia para apreciar el final del ciclo de protesta, sino que existe un tercer elemento: el nivel de "demanda" de acción colectiva de las masas, que decae (ya sea por la satisfacción parcial de sus peticiones, por el aumento de los costes de la participación, o por simple cansancio, agotamiento y hastío de la acción colectiva) (Tarrow, 1989: 53-55).

Las expectativas depositadas tanto en los esfuerzos de la participación pública (desobediencia civil) como en las concesiones políticas (gestos de moderación de la OLP) no tuvieron la acogida esperada de los gobernantes israelíes, sino la contraria (incremento de la represión y rechazo a la negociación). Pese a que las demandas palestinas no se vieron cumplidas, ni siquiera las más inmediatas o parciales (las de los catorce puntos), la trivialización de la Intifada manifestó la impotencia de la desobediencia civil. Una de las limitaciones más importantes de esta campaña fue su estéril repercusión en Israel que, pese a sus cuantiosas pérdidas económicas (Tessler, 1991: 50), su condición de Estado le permitió resistir el desafío de la Intifada, mientras que ésta tenía un repertorio muy limitado y dependiente en gran medida de los recursos externos, entre los que destacaba -paradójicamente- el propio mercado (laboral y de consumo) israelí. Es más, la polarización de la opinión pública israelí en torno al futuro de los territorios y la adhesión de nuevos grupos (Paz Ahora, Hay un Límite, Stop a la Ocupación) a la reivindicación de poner fin a la ocupación mediante una solución negociada con la OLP, no tuvo el impacto que el movimiento de protesta desarrollado durante la guerra del Líbano con un importante número de bajas israelíes (Bishara, 1990).

La debilidad del proyecto de desobediencia civil residió en su alternativa<sup>14</sup>. Por tanto, fue incapaz de lograr la autonomía interina o de autosuficiencia que, mediatizada en la creación de instituciones alternativas en el apartado económico (industrias domésticas) y político (comités populares), permitiera romper los vínculos de dependencia con la ocupación; o bien, que la estrategia de poder dual transformara la iniciativa política en un proceso de negociación con Israel en términos favorables a los palestinos (Tamari, 1990b: 4-5). El programa de autosuficiencia fue eficiente en las situaciones de emergencia (las zonas sitiadas o sectores sociales castigados eran rápidamente socorridos con alimentos u otros

suministros), pero insuficiente como alternativa capaz de lograr y reemplazar la desvinculación de Israel. No se consolidaron las infraestructuras destinadas a desarrollar la autoridad nacional sustitutoria del sistema de ocupación, tampoco la imagen de la Intifada como una fuerza constructiva y no destructiva.

El resultado fue acelerar la desmovilización y el cansancio de la gente. La acción colectiva misma resultó molesta. Se dudó de su eficacia y de los logros que podía reparar, ya no se esperaba de ella las posibilidades de cambio o salida que suscitó en su comienzo: Los medios de comunicación internacionales ya no prestaban la misma atención a los acontecimientos en los territorios (en competencia con los revolucionarios sucesos en la Europa del Este), ya que se habían convertido en cotidianos, y por tanto se trivializaron. Sólo hechos excepcionales eran publicados. De la misma manera los esfuerzos realizados (costes y riesgos) eran más que suficientes. Los cambios políticos o la materialización de los logros (si los había) dependían más de otros (la voluntad política de Israel o las presiones de la sociedad internacional) que de ellos (acción colectiva). El espíritu colectivo de la Intifada se había esfumado.

Para entonces el grueso de la sociedad se había replegado del ámbito público al privado. El desaliento se había apoderado de aquellos sectores más dañados (trabajadores o jornaleros que dependían de su trabajo en Israel para su sustento familiar, y los comerciantes o burguesía mercantil que requería estabilidad y relaciones económicas con Israel para sostener su estatus o supervivencia misma), junto a otros grupos sociales más autónomos como los profesionales liberales, campesinos o, más dependientes, la mujer (bajo amenaza de segregación por los islamistas). En definitiva, el cansancio de la sociedad palestina resultaba notable. El ciclo de protesta inaugurado por la Intifada había llegado a su fin, pese a los intentos o esfuerzos por renovarla, aquélla tenía sus

propias e inherentes características que la diferenciaban nítidamente de otras acciones desarrolladas tanto *a priori* como *a posteriori*. En esta fase, la Intifada perdió su rasgo principal: la de aglutinar a todos los sectores sociales (burguesía comercial, trabajadores, campesinos, mujeres, profesionales liberales) que se retiraron de las movilizaciones, prolongadas por los jóvenes y estudiantes que acapararon el espacio público como en los tiempos previos a la revuelta.

## 2. Desobediencia civil o resistencia

El MNU intentó materializar el estado de rebelión popular de los territorios en objetivos políticos concretos: terminar con el régimen de ocupación militar. Sus medios eran limitados: el bagaje del movimiento nacional en la diáspora, en general, y bajo la ocupación, en particular. Su mejor recurso era el aprendizaje adquirido a través de esa larga experiencia.

De la trayectoria de lucha armada en la diáspora (1965-82) o de la más efímera en el interior (Gaza, 1968) sólo cabía extraer la superioridad militar israelí en menoscabo de la opción violenta. Por el contrario, la imagen de las movilizaciones civiles frente a la represión israelí (con su alto número de muertos, heridos, detenidos y deportados), incrementó la atención y simpatía internacionales (y de parte de la sociedad israelí) hacia los palestinos. La disparidad de armas entre los dos contendientes, el Estado de Israel (con un ejército fuertemente equipado, tropas pesadas, tanques, helicópteros, vehículos armados, equipos de telecomunicaciones y, el menos letal, gas lacrimógeno) y la población civil palestina (desarmada o sólo armada con piedras), invirtió la percepción tradicional del conflicto: ahora los palestinos encarnaban al pequeño David e Israel al gigante Goliat. La elección era lógica: desechar la vía armada por caduca e inviable (carencia de armas y cuadros militares suficientes para sostener un enfrentamien-

to armado y abierto); y afianzar la insurrección civil que ganaba en utilidad, polarizaba a la sociedad israelí y neutralizaba a su ejército. Desde esta convicción o coyuntura se evocó la desobediencia civil.

El primer llamamiento a la desobediencia (boicot gradual a los productos israelíes, iniciado con el tabaco hasta otros bienes y acciones) lo realizó Hanna Siniora, influenciado por Mubarak Awad<sup>15</sup> (4 de enero de 1988). El siguiente lo realizó un grupo de intelectuales encabezados por Nusseibeh<sup>16</sup> y concretado en el programa de las "catorce demandas"<sup>17</sup> (14 de enero de 1988). El tercero y definitivo procedió del MNU, que anunció gradualmente toda una serie de medidas en línea a la desobediencia civil (e integró las dos anteriores) con un denominador común: la no cooperación con la autoridad colonial para erosionar sus fuentes de poder socioeconómico y político en los territorios.

En puridad teórica la desobediencia civil implica asumir las condenas emanadas de tal comportamiento pacífico sin incurrir en la oposición física o violenta. Cuando esto último ocurre, entonces se trata de un caso de resistencia, pero no de un acto de desobediencia civil (Cotarelo, 1987: 154-156). Ciertamente, el MNU y la OLP censuraron el uso de las armas, pero no pudieron impedir las acciones de violencia -espontáneas e individuales- que surgieron a causa del resentimiento, sentimientos de venganza o de ira. Aunque la OLP sí pudo repeler la acción que, planificada desde el exterior, llevó a cabo un comando en la carretera de Beersheva/Dimona (el 7 de marzo de 1988) contra un autobús procedente de la central nuclear israelí en Dimona<sup>18</sup>. Justificada como objetivo militar, la operación resultó contraproducente e inexplicablemente contradictoria con la desobediencia civil o sólo explicable por las propias contradicciones de la central palestina. Dicha operación no actuó como revulsivo del levantamiento y tuvo un efecto contrario al buscado por la Intifada en la opinión pública y

sociedad israelíes. Es más, ese día la Intifada se vio relegada a un segundo plano e ignorada en las noticias de la televisión israelí, que habitualmente cubría sus eventos (Abu Amr, 1988b: 396).

El lanzamiento de piedras y de cócteles molotov eran expresiones violentas y, por tanto, de dudosa calificación como métodos pacíficos o propios de la desobediencia civil. No obstante, la Intifada fue una rebelión sin armas pero con algunas manifestaciones violentas de pequeña escala o baja intensidad (cuasi irrisorias si se atiende al número de bajas producidas)<sup>19</sup>. Por lo que, lejos de conceptuarla como un movimiento puramente de desobediencia civil, cabe definirla como una insurrección civil, que articuló tanto los instrumentos de la desobediencia como los de la resistencia (no armada ni enteramente pacífica). De aquí que la Intifada no pueda ser considerada como un movimiento estrictamente pasivo o de no violencia en el estilo gandhiano, sino como un movimiento de resistencia civil de masas (Rigby, 1991: 55-58). Por sus objetivos, la Intifada distaba de animar a la violencia, ya que perseguían fines complementarios a los derechos de los israelíes y no exclusivos de ninguna de las dos partes. Combinaban la construcción de una entidad palestina con la existencia del Estado de Israel (y no su destrucción), y alcanzar la libertad y protección de sus vidas sin privar de estos derechos a los otros: los israelíes (Nusseibeh, 1991: 40).

Otra definición de la Intifada procede de la situación jurídico-política de los territorios, si se concibe como parte de una misma entidad, se estaría ante una guerra civil en la que dos comunidades (judíos israelíes y árabes palestinos) reclaman su soberanía sobre la misma tierra, o, si como dos entidades separadas (Estado de Israel y territorios ocupados), se asiste a un tipo de guerra o lucha anticolonial (Peretz, 1988: 968).

### 3. Jóvenes: factor generacional

La imagen más familiar de la Intifada fue la de sus jóvenes desafiando -con piedras- al ejército de ocupación. Estas escenas dieron la vuelta al mundo mostrando la disparidad entre los dos contendientes. A partir de estas imágenes algunos análisis apuntaron rápidamente que la Intifada era una rebelión generacional o de los jóvenes (Levitt, 1988). Ciertamente, no cabe examinar la Intifada sin distinguir el hecho generacional, pero más difícil de afirmar es que dicho fenómeno sea el resultado de una rebelión juvenil. Pese a que algunos autores consideran que en parte lo fue porque desplazó al liderazgo tradicional de viejos líderes (en las aldeas), no por ello dejan de reconocer que también reflejaba la constitución demográfica de su sociedad (McDowall, 1989: 104-5). Otras versiones llegan aún más lejos al definir la revuelta como una transformación revolucionaria en la que los *shabab* no sólo fueron capaces de mantener ese movimiento, sino que infundieron al resto de la sociedad su espíritu de coraje y desafío (Kuttab, 1988b: 26). Muchos de los ensayos que comparten semejantes afirmaciones suelen tener en común la fecha en la que fueron elaborados, esto es, en plena fase de ascenso o auge de la Intifada, con su notable impacto emocional y político. En cualquier caso, la categoría genérica de jóvenes (y luego niños) permite ver el carácter "indeterminado de clase" de la revuelta, extendido a los cuadros y comités de la resistencia, con algunas reservas en el liderazgo (Tamari, 1990b: 6).

Más que una revolución lo que la Intifada brindó a los jóvenes fue su reconocimiento y protagonismo social. La marginación juvenil era doble: la derivada de la ocupación y la emanada de su propia sociedad. El levantamiento no logró derribar la estructura del sistema de ocupación, pero sí ofertó la oportunidad para el ascenso social de los más jóvenes. La sociedad palestina es, al igual que

otras comunidades árabes y tradicionales, patriarcal. Los mayores o más viejos (o, en su defecto, los tíos o primogénitos) poseen la voz de manera frecuente y casi exclusiva<sup>20</sup>. El control social es férreo, la toma de decisiones pasa por la supervisión y conformidad paternas. En este sentido, la centralidad de los jóvenes en la revuelta erosionó ciertas pautas sociales, como la autoridad paterna,

"The family pecking order has been turned on its head. Traditionally it is the oldest man, or patriarch, first; next the wage earner; then the mother; and last the child. By all accounts, this has been exactly reversed during the intifadah. Children are on the front lines, the woman are backing them up, the wage earner is in all likelihood jailed or unemployed. Fathers, if home at all, do not wield the authority they once did"<sup>1</sup>.

Lo mismo cabe decir de los profesores a quienes advirtieron, de vuelta de las barricadas, que su función se limitaba a enseñar y no a castigar (Rouhana, 1989: 120). En el ámbito político se produjo una emancipación para participar en las deliberaciones y acciones públicas. El efecto más distinguible de esa mayoría de edad fue el reemplazo de los *muhktar* en las zonas rurales por los comités populares y los jóvenes.

Los cambios que tuvieron lugar durante la Intifada se enraizaban en la composición demográfica de los territorios y en sus transformaciones sociopolíticas. Dado que el 70 por ciento de la población de Cisjordania y Gaza era menor de 30 años, en una movilización colectiva de la magnitud de la Intifada las capas más jóvenes estaban destinadas a cumplir una función destacada. Su socialización política se realizaba en dos espacios: el privado, que transmitía sus señas

---

<sup>1</sup> (Rouhana, 1989: 117).

de identidad más inmediatas a través de la familia; y el público, que aportaba la identidad colectiva por medio de los grupos de pares.

En los campos de refugiados los padres cuentan (y recrean) a sus hijos la aldea o el pueblo de origen (tal vez ya destruido o habitado por otras gentes); en otras áreas de los territorios, enumeran a sus descendientes las tierras confiscadas y los agravios cometidos por la ocupación (Hunter, 1991: 13). En ambos espacios se cultiva la idea del retorno y del reencuentro (dispersión familiar). Los niños crecen en un ambiente politizado: antes de aprender a leer y escribir aprenden los nombres de los líderes de la OLP, cuyas fotos cuelgan en los muros de los campos de refugiados o de las ciudades; la escuela se convierte en lugar de encuentro de donde parten las manifestaciones y el lanzamiento de piedras; y las calles, el barrio, la aldea o el campo de refugiados son los escenarios públicos donde se manifiestan los símbolos de su identidad colectiva (incluso hasta una boda se presta para reafirmar o recrear dichos sentimientos): ondear la bandera palestina, hacer la señal de la victoria, cubrirse con el pañuelo palestino, vociferar consignas nacionalistas, respetar el calendario nacional (Kuttab, 1988a: 14-15). Sin olvidar, entre todas las actividades de socialización, el trabajo de voluntariado en sus respectivas comunidades, quizás el más importante en el aprendizaje de la cooperación.

La generación que protagonizó la Intifada tiene unos rasgos comunes que, precisamente, permiten introducir la variable generacional. Han nacido o crecido bajo la ocupación. No conocieron ninguna derrota en su propia carne ni la represión de la administración egipcia en Gaza, ni la de la anexión jordana de Cisjordania. Por consiguiente, no rememoran el fracaso árabe (1967) ni guardan lealtad a ninguno de sus regímenes, ni sienten compromiso alguno con el jordano. A diferencia de sus progenitores, mostraron mayores índices de

estudios y preocupación por las actividades públicas. Su talante nacionalista y activista quedó reflejado en su lenguaje. Su interacción con la sociedad israelí cobró un doble sentido: constató la enorme disparidad existente con el nivel de vida de su sociedad (disonancia cognoscitiva); y aprendió a usar los mecanismos democráticos de Israel (*mass media* y Corte Suprema). Ambos aspectos estuvieron inmersos en otro genérico a su sociedad: a más asimilación, mayor palestinización. Fue el efecto no deseado de su integración en Israel que -debido a su discriminación- reafirmó su identidad nacional.

#### 4. Los grupos islamistas

Como subproducto o consecuencia no deseada de la acción colectiva existe un sector del movimiento social radicalizado, con demandas maximalistas y métodos de acción violentos, que pretende prolongar el ciclo de protesta. Su introducción de tácticas nuevas y extremas intenta competir con el limitado repertorio de grupos rivales en el seno del movimiento (proclives a rebajar la tensión y el listón de sus demandas), de forma que amplíe su base social aprovechando el descontento popular.

Presentar a los islamistas como pioneros de la Intifada es confundir el todo con una de sus partes. La Intifada mostró una amplia participación de prácticamente todos los sectores de la sociedad palestina y, por tanto, no puede ser reducida a la acción colectiva de un grupo vanguardista por muy espectaculares (o exóticas) que sean sus proclamas<sup>21</sup>. La oposición de los grupos islamistas a cualquier proceso negociador responde a su propia funcionalidad o naturaleza como movimiento social no institucionalizado y opuesto a una solución del conflicto que no pase por su reivindicación inexorable de ruptura (liberación de

toda Palestina), en clara oposición a la opción de reforma (solución de un mini-Estado en Cisjordania y Gaza).

a) **Origen:** la sociedad palestina, como parte de la comunidad árabe e islámica, se ha hecho eco del fenómeno islamista que recorre ese mundo con el hito del triunfo histórico de la revolución islámica en Irán (1979). Desde entonces se ha registrado un incremento notable de los rituales religiosos, el folclore islámico, el número de mezquitas y escuelas de *sharía*. Su manifestación sociopolítica en los territorios se remite, primero, a principios de los ochenta con el agotamiento del repertorio estratégico del nacionalismo secular (salida de la OLP de Beirut y divisiones internas); y segundo, a finales de la misma década con la irrupción de la Intifada que registró la incorporación de nuevos grupos en su participación política<sup>22</sup>.

En décadas pasadas (sobre todo en los setenta) las raíces políticas e ideológicas de los movimientos islamistas y su apoyo material procedían de las monarquías más recalcitrantes (Arabia Saudí, Kuwait) y de los gobiernos pro-occidentales (Jordania, Egipto), con el fin de contrarrestar la emergencia de los grupos progresistas o de izquierdas (especialmente arraigados entre los jóvenes, estudiantes, profesionales liberales e intelectuales), y movilizar las fuerzas tradicionales y conservadoras de su sociedad en favor de sus regímenes, que les permitiera ganar legitimidad y estabilidad. Entonces dichos movimientos eran considerados como aliados por cuanto no desafiaban el sistema de Estados árabes e islámicos y preservaban el orden social en la región. En los ochenta esas coordenadas cambiaron tanto en su procedencia (de la revolución islámica en Irán y, en menor medida, de la resistencia islámica en Afganistán), como en sus propuestas (que desafiaban el orden estatal establecido), y los islamistas pasaron a ser denominados como grupos antisistémicos.

b) **Recursos:** pese a contar durante todos esos años previos a la Intifada con ingentes recursos morales y materiales (brindados por la cultura islámica arraigada entre los sectores más depauperados y tradicionales, el apoyo financiero de los regímenes árabes conservadores, el control de las instituciones religiosas -Wafq, mezquitas, escuelas, sociedades-), las formaciones islamistas en Cisjordania y Gaza no pudieron traducirlos en apoyos sociopolíticos hacia sus organizaciones (hermandad musulmana y partido de liberación islámico) por carecer del principal recurso: la legitimidad que dotaba resistir a la ocupación<sup>23</sup>. Es más, su programa no ponía tanto énfasis en combatir la ocupación israelí como en contrarrestar el movimiento de liberación secular (formado por nacionalistas e izquierdas) y sus ideas progresistas de modernización (democratización). De hecho, en la competencia entre la OLP y Jordania por el control de los recursos políticos de su comunidad ofrecieron su apoyo a Jordania y negaron la representatividad de la OLP.

Ante una OLP rival, que se extendía por todo el campo nacionalista, el régimen jordano no tenía más espacio sociológico y político que el nacional-islamista, de corte moderado. En esa dirección, y dentro de sus prácticas clientelistas en los territorios, comenzó a cooptar una serie de personalidades y líderes islámicos mediante puestos en su administración (desde el parlamento hasta las instituciones islámicas); y desplegó una serie de escuelas de *sharía* y mezquitas a modo de adoctrinamiento (con fondos saudíes y permisos de construcción israelíes). En esa línea, Israel aplicó la misma lógica que muchos otros regímenes árabes: fortalecer a los elementos fundamentalistas en oposición a los nacionalistas y progresistas. Las autoridades israelíes no ahorraron esfuerzos en hacer la vista gorda ante las batallas campales entre estudiantes seculares e islamistas, sobre todo ante las elecciones estudiantiles que era el barómetro en el que se medían las fuerzas políticas del interior, y en las que en los últimos años era más

frecuente el conflicto entre seculares y religiosos que el tradicional entre nacionalistas y marxistas. El resultado fue el opuesto al buscado: de ser aliados tácticos pasaron a engrosar la lista de enemigos estratégicos.

c) **Organizaciones:** la hermandad musulmana era el grupo mayoritario de los movimientos islámicos, con mayor influencia en Gaza. Su prioridad era el trabajo social, la docencia y la llamada a la conciencia religiosa (reconversión al Islam). Su estrategia no era tanto la intervención pública como la reserva en la esfera privada hasta lograr la conversión individual y la reislamización de su sociedad (la mejor manera de salvar el colectivo es asegurando cada uno su propia salvación personal).

En los ochenta la hermandad registró un cambio en sus filas. En contraposición a sus miembros pasivos, conservadores, clientes del régimen jordano y alejados de la participación política, surgió un nuevo tipo de militante (más joven, activo, con mayor cualificación profesional o estudios superiores, desligado de Jordania, y más sensible a los temas nacionalistas), que debutó en la Intifada con el movimiento de resistencia islámica. Hamas tuvo sus raíces en la hermandad musulmana, que en los últimos tiempo operaba bajo el *Tayammu al-Islami*, autorizada por las autoridades israelíes (1978) con la esperanza de que su desarrollo contrarrestara la influencia de los grupos laicos y nacionalistas afines a la OLP. La *Tayammu* utilizó los canales legales para llevar adelante sus objetivos, que le permitió crear cierta infraestructura (guarderías, escuelas, asociaciones femeninas y juveniles), y desarrollar tareas comunitarias (asistencia material, actividades culturales y deportivas) con un ascendente peso social que, a principios de 1987, contabilizaba en 1.200 el número de sus activistas (Shalev, 1991: 26).

Hamas no vio luz hasta después de iniciada la Intifada que, en su fase de ascenso, entró en competición con el resto de las organizaciones del movimiento social de protesta, en concreto, con los grupos nacionalistas (sobre todo Fatah), y ante el ascenso que tenía por entonces la Yihad Islámica<sup>24</sup>. Ésta se identificaba con el jomeinismo y, en dicha lógica, tenía en la República de Irán su paradigma a emular. Alejada de los regímenes árabes, en la primera mitad de los ochenta comenzó a operar en los territorios, y adoptó la resistencia armada a la ocupación israelí. Sus hazañas antes de la Intifada le dotaron de un gran prestigio que se extendió al conjunto del movimiento islamista. Más propensa a cooperar con las fuerzas nacionalistas seculares que Hamas, la Yihad recibió un duro golpe por parte del ejército israelí, que dismanteló muchas de sus células, en contraposición a la tolerancia que tuvo Israel con Hamas.

Una característica destacada de los grupos islamistas es su alto grado de organización y disciplina interna. La universidad de Gaza simboliza su bastión. En las elecciones de 1987 el bloque islámico sobrepasó al nacionalista (Fatah) y de izquierdas (FPLP, FDLP, PCP) al obtener el 80 por ciento de los votos (Shalev, 1991: 27). Sus diferencias con la OLP residen principalmente en los medios (lucha armada) y objetivos (liberación de toda Palestina). En este sentido, tanto la Yihad como Hamas parecen herederos del programa maximalista abandonado por el nacionalismo secular. No en vano la legitimidad de los islamistas deriva de su agenda nacionalista y no de su mensaje religioso (Budeiri, 1995: 93). De hecho, el enfrentamiento entre Hamas y Fatah reside principalmente en su lucha por ganar la misma base social. La pérdida del tradicional apoyo de Fatah en los campos de refugiados y áreas rurales se debe, primero, al ascenso islamista y, segundo, a las críticas de que es objeto Fatah (agotamiento de su repertorio estratégico, malversación de fondos, caos administrativo). Para mantener su base social Fatah ha aceptado un proceso de islamiza-

ción en sus filas, mientras que para ganarla Hamas ha integrado el discurso nacionalista en las suyas (Abdul Jawad, 1993: 8-10).

## 5. Impacto de la Intifada

El levantamiento espontáneo que en diciembre de 1987 sacudió la estructura de la ocupación israelí de Gaza y Cisjordania marcó un punto decisivo en el conflicto del Próximo Oriente. La acción colectiva emprendida por su población consiguió atraer (y renovar) la atención internacional sobre la *cuestión palestina* (entonces cada vez más desvalida). La Intifada, única palabra árabe introducida en el diccionario político del mundo contemporáneo (Said, 1990: 5), alcanzó tal celebridad que sirvió para definir situaciones similares en otras áreas del planeta y, por ello, dejó de ser un evento palestino y pasó a los anales de los movimientos de liberación nacional (Nusseibeh, 1991: 42).

Sin apenas precedentes o diferenciada considerablemente de movilizaciones anteriores, la Intifada se caracterizó por su carácter espontáneo y civil, que se vertebró como un ciclo de protesta; por su cohesión social, que estrechó los lazos de solidaridad comunitaria; por su rotación del epicentro de la acción colectiva, que -retornada del exilio- se fijó en los territorios ocupados; por su relevo de las bases sociales de apoyo a la OLP, que se transfirió de las comunidades de la diáspora a las del interior; y por su cambio estratégico que pasó de reivindicar el modelo exclusivo y maximalista (un Estado en toda Palestina) a otro integrador y realizable (dos Estados en una Palestina compartida). La Intifada -sin ser una revolución- revolucionó el *statu quo* de la controversia israelo-palestina.

a) **Local**: Si bien la Intifada no logró alterar el dominio israelí sobre los territorios, no menos cierto fue que incrementó las dificultades y costes de mantener la ocupación y el control social. Su efecto más sobresaliente fue la polarización de la vida política israelí entre los que mantenían el compromiso territorial y el maximalismo territorial, al tiempo que inyectó nuevas dosis de realismo en su clase política sobre la cuestión palestina, independientemente de su afiliación en el Likud o en el laborismo (Tessler, 1991).

Con la Intifada renació la línea verde en la conciencia política de los israelíes, que iniciaron un debate sobre el *statu quo* final de los territorios centrado en los temas políticos, seguridad y relación de costes/beneficios que suponía cada una de las opciones: compromiso o maximalismo territorial. Sin duda, la polémica y división en torno al futuro de Cisjordania y Gaza existía en la sociedad israelí antes de la Intifada, sin embargo, ésta le dotó de un carácter de urgencia (ibid.: 87).

La Intifada estrechó los vínculos entre las dos comunidades palestinas a ambos lados de la línea verde, sobre todo con las muestras de solidaridad expresadas por los árabes-israelíes en los momentos más críticos del levantamiento sin traspasar, con ello, los límites de lo permitido por las autoridades israelíes. Pero al mismo tiempo constató la división existente entre ambas comunidades: mientras los palestinos de los territorios buscaban desvincularse de Israel por considerarle un poder ilegítimo (ocupación militar extranjera), los árabes-israelíes no cuestionaban la legitimidad del Estado de Israel (1948), sino que su objetivo era lograr la plena igualdad dentro del mismo. Estas diferencias entre las dos comunidades habían permanecido relegadas a un segundo plano, ya que la relación de los árabes-israelíes con sus connacionales en los territorios y con el Estado israelí había sido supeditada a la espera de la resolución que tomaba

la cuestión palestina. Con la Intifada se puso de manifiesto que los palestinos en Israel tenían un estatus, objetivo y futuro colectivos diferentes a los de sus hermanos en los territorios, que los situaba ante un nuevo reto: redefinir su palestinidad (Rouhana, 1991: 110-3).

El movimiento nacional palestino no escapó a las consecuencias de la Intifada y se podría afirmar que fue el actor político más afectado por la misma, por cuanto le ofreció nuevas oportunidades políticas y diplomáticas para su acción con renovados recursos movilizados: sus bases sociales de apoyo en los territorios. Con el cambio de escenario (del exterior al interior), la Intifada no sólo recobró el protagonismo de los palestinos bajo la ocupación en menoscabo del hasta entonces predominante en la diáspora, sino que redujo la dependencia política de los primeros hacia los segundos; e hizo más impermeable su movimiento nacional a la penetración de los actores externos (regímenes árabes) y a la apropiación de aliados (clientes) dentro de aquél. De manera que brindó a la OLP una oportunidad para revisar la relación paternalista que todavía sostenían algunos regímenes árabes, e iniciar una nueva relación (Talhami, 1990: 238)

b) **Regional**: Jordania, con diferencia de otros países árabes, fue el país más afectado por la Intifada. La afirmación de la identidad palestina en Cisjordania subestimó sus lazos con Jordania y reafirmó el reconocimiento de la OLP como su dirección nacional. Esta nueva situación supuso un cambio en el balance de fuerzas entre la OLP y Jordania en Cisjordania, donde la posición jordana culminó un proceso de deteriorización que resultó insostenible. Por lo que puso fin a sus vínculos en la orilla occidental del Jordán al tiempo que evitaba un potencial choque con la OLP y la propia Intifada. De aquí, que dicha medida fuese también una respuesta a la estabilización de su política doméstica, alterada

por la revuelta de abril de 1989. Esta ola de protesta no fue una consecuencia directa de la Intifada, sino de la carestía de la vida y la política económica del gobierno; no obstante, existieron una serie de indicadores que dejaron entrever la influencia de los jóvenes palestinos confrontando al ejército israelí, que emularon meses más tarde los jóvenes jordanos (Andoni, 1991: 178-180).

Egipto cumplió la función mediadora que le permitió su situación de país con un tradicional peso en la política interárabe (líder regional) y como el único país árabe que mantenía relaciones diplomáticas con Israel (parte del proceso de paz). Desde esa posición privilegiada, y después de su reintegración en el mundo árabe, Egipto apostó por la intermediación entre la OLP, EE.UU. e Israel, tanto para que se estableciera el diálogo (o no se rompiera, por ejemplo, entre la OLP y los EE.UU.) como para que se alcanzara una solución negociada (programa de diez puntos de Mubarak) (Korany, 1991: 208-210). El cambio sustancial de la relación entre Egipto y la OLP fue evidente: Egipto no pretendió representar a los palestinos, ni éstos quedaron absorbidos dentro de su política árabe como marcaban las pautas del pasado (Talhami, 1990: 237).

Siria tuvo una posición vacilante. En un primer momento, se refirió a la Intifada en términos de la política interárabe (respuesta a los acuerdos de Camp David), y, en segundo lugar, reconoció la Intifada como la respuesta natural a la ocupación. Este cambio estaba relacionado con la inestabilidad en el Líbano (1987-88) y su rivalidad con Fatah, el grupo principal de la OLP. La pasividad del régimen sirio se debió tanto a la incompatibilidad de reconciliar su política libanesa con la cuestión palestina, articulada en el apoyo que brindó a las milicias de Amal en la guerra de los campamentos (Lawson, 1991: 230-2), como al irrisorio peso que tuvieron los grupos palestinos pro-sirios (clientelistas) en la revuelta popular de los territorios.

c) **En el ámbito internacional:** El impacto más significativo de la Intifada fue en la opinión pública (en particular, la occidental), al reafirmar la inestabilidad y costes (humanos y políticos) de mantener la situación de *statu quo* de la ocupación (Brynen, 1991: 235). La Intifada esperaba obtener algunos resultados diplomáticos significativos, dada la dimensión internacional del conflicto y las responsabilidades históricas y políticas asumidas en su momento por algunas potencias. En este contexto, los actores externos no podían ser sobrevalorados (sin reparar en la voluntad política de los actores locales o regionales), ni tampoco subestimados (difícilmente se lograría una solución estable sin la mediación efectiva de los actores internacionales) (ibid.: 237).

La Comunidad Europea registró ciertos cambios en la evolución que venía registrando desde la Declaración de Venecia (1980). En la posición sobre el conflicto del Próximo Oriente algunos de sus países (España, Italia, Francia y Grecia) tuvieron un papel más comprometido, que se extendió al resto de sus miembros tras la apertura del diálogo entre los EE.UU. y la OLP. Incluso llegó a presionar a Israel con la no ratificación de los protocolos comerciales hasta que éste dejara de obstruir la exportación de productos palestinos a la CE (Chagnollaud, 1990). Paralelamente, su opinión pública y clase política incrementaron sus simpatías hacia la cuestión palestina, que vino a ser el efecto más común de la Intifada en el ámbito internacional.

Pese a que en su nuevo pensamiento político la URSS tenía como prioridad finalizar la guerra fría y establecer la cooperación con los EE.UU. en la resolución de los conflictos internacionales, en el Próximo Oriente la URSS se alejó de sus tradicionales aliados (Siria), reanudó sus relaciones con Israel y permitió la emigración de los judíos soviéticos (Freedman, 1991). Sin duda, con el establecimiento de relaciones con todos los países de la región la URSS

ganaba cierta influencia, pero su nueva posición en las relaciones internacionales se caracterizaron por su declive, y un evento regional como la Intifada sólo logró subrayar que la irresolución de la cuestión palestina amenazaba la seguridad regional, pero sin mayor trascendencia en la política exterior de la URSS (Weinstein, 1991: 261-2).

En los EE.UU. la imagen de la Intifada fue la mejor promotora de la centralidad de la cuestión palestina en el conflicto del Próximo Oriente. Particularmente importante fue su efecto en la opinión pública norteamericana, dentro de la que participaba la muy importante opinión de la comunidad judía que comenzó a distanciarse de las acciones israelíes en el trato a los palestinos, y apoyaba el diálogo con la OLP. De hecho, la Intifada forzó un debate en los círculos judíos norteamericanos y su relación con el Estado de Israel, centrado en su apoyo a la seguridad de dicho Estado y el respeto a los derechos humanos y civiles de las minorías (Moughrabi, 1990: 241 y 255). Un ejemplo de esa disonancia fue el comunicado emitido por un grupo de intelectuales y artistas norteamericanos de origen judío, entre los que se encontraba Woody Allen.

En el ámbito político, la apertura del diálogo de la administración norteamericana con la OLP fue el acontecimiento más importante, pese a su posterior ruptura por un incidente terrorista, en 1990. A pesar de los impedimentos existentes para que los esfuerzos norteamericanos concluyeran en un proceso de paz en la zona (consideración de un Estado palestino como una amenaza a la seguridad de Israel, presiones del lobby pro-israelí en el Congreso y la política doméstica, etc.), el tradicional apoyo incondicional de los EE.UU. a Israel comenzó a ser revisado. Desde el punto de vista geoestratégico, Israel ya no cumplía la función de antaño ante la amenaza de la URSS. El nuevo fenómeno desestabilizador procedía de las fuerzas islamistas y ultranacionalistas, que

amenazaban el orden regional, y en el que Israel (más que un paliativo) era un revulsivo con su intransigente política, que provocaba conflictos e inestabilidades (por ejemplo, la Intifada como ausencia de voluntad para resolver la cuestión palestina), debilitando a los gobiernos moderados y aliados en vez de fortalecerlos. Desde el prisma político y económico, la administración estadounidense deseaba mantener buenas relaciones con los Estados árabes por cuanto eran vitales para sus intereses en la zona (Khoury, 1991: 297-8). El ejemplo del acuerdo de paz entre Egipto e Israel fue el precedente que avaló la redefinición de la política exterior norteamericana en el Próximo Oriente, en la medida que Israel salió mucho más seguro (Pollock, 1991).

Al mismo tiempo, existía un amplio consenso internacional (sin precedentes) para la solución negociada del conflicto. Pese al paréntesis de la crisis del Golfo, el problema palestino permanecía, y su movimiento nacional (en plena bancarrota y desafiado o cuestionado por los grupos islamistas) había alcanzado un histórico punto de inflexión, que señaló su aceptación a coexistir con el Estado de Israel.

## NOTAS:

1. Después de la muerte de Abu Yihad, encargado de la coordinación entre la central palestina en el exterior y los territorios, la OLP creó un departamento específico para la Intifada, el Comité Supremo de la Intifada, que tenía su sede central en Ammán, y realizó un seguimiento cotidiano de la Intifada, sin despreciar los análisis y opiniones de todas las partes, ya que su principal tarea fue el apoyo logístico al levantamiento.
2. Jerusalem Post International Edition, 26/12/87.
3. O poder diabólico, según la terminología del entonces primer ministro israelí, Isaac Shamir.
4. Primero, retroalimentaban las acciones de protesta (ante nuevas muertes, deportaciones y encarcelamientos surgieron nuevos desordenes, nuevas razones para traspasar los umbrales de conducta colectiva y trivializar la barrera del miedo); y segundo, adherían a nuevos sectores sociales a la acción colectiva (el cierre de los territorios, los toques de queda y estados de sitio contribuyeron a que prácticamente la totalidad de la población secundaria - independientemente de su voluntad- los llamamientos del MNU a la huelga general y el boicot a trabajar en Israel).
5. Era la línea que demarcaba las fronteras del armisticio en la guerra de 1948-49 entre Israel y los Estados árabes de Egipto y Jordania. Dicha línea fue difuminándose ante la política de integración de los territorios en Israel a partir de 1967.
6. Una reproducción de dicho documento se encuentra en: Journal of Palestine Studies, **69**: 272-5.
7. La reproducción del discurso del rey Hussein de Jordania se encuentra en: Journal of Palestine Studies, **69**: 279-283.
8. Cierre de todos los centros docentes (desde universidades hasta guarderías), considerados como punto de reunión y encuentro desde donde partían las manifestaciones; reducción de la cantidad de dinero que se podía introducir en los territorios a través del puente con Jordania que los comunicaba con el mundo árabe para asfixiar la resistencia; demolición de casas; arrestos masivos, domiciliarios y administrativos (sin juicios previos); deportación de los líderes o miembros del MNU o de los comités populares; toques de queda o estados de sitio de barrios, ciudades, campos de refugiados y aldeas; corte de las líneas telefónicas con el exterior para aislar los territorios; censura sobre la prensa y prohibición de reproducir los comunicados del MNU; obligación a la apertura de los comercios por la tarde en vez de por la mañana como sugirió el MNU; cierre de los territorios o de algunas de sus zonas a los *mass media* internacionales, siguiendo el consejo del ex-secretario norteamericano, Kissinger; asesinato de Abu Yihad, eminencia de la Intifada (16 de abril de 1988); ilegalización del movimiento juvenil *Shabiba*; prohibición de exportar las cosechas de aquellas aldeas más activas; quema de tierras cultivadas, tala de olivos y destrozo de sus cosechas; embargo de los coches u otras propiedades en compensación por el impago al fisco; imposición de toques de queda o estados de sitio en periodos de recolección hasta que se perdiera la producción agrícola o gran parte de ella; condenas o pago de multas a los padres cuyos hijos menores

de dieciséis años fueran arrestados; introducción de un nuevo carnet de identidad -magnético- en Gaza para forzar a sus residentes a pagar los impuestos; ilegalización de todos los comités populares; cierre de instituciones palestinas (desde las asociaciones caritativas hasta las profesionales); e introducción de balas de plástico que incrementarían el número de heridos y reduciría el de los muertos. Durante el primer año de la Intifada (desde el 9 de diciembre de 1987 hasta el 9 de diciembre de 1988) el número de muertos registrados fue de 396; el de manifestaciones 5.385; y el de toques de queda 2.643 (Nassar y Heacock, 1990: 317-323).

9. Una manera de captar la colaboración o producir la defección fue mediante el chantaje o coacción, que aprovechaba los valores sociales y culturales de una sociedad con normas patriarcales y tradicionales. Por ejemplo, en el caso de las mujeres lo más frecuente fue la utilización de su honor y, por extensión, el de su familia o parientes. Según algunos testimonios, las chicas eran reclutadas mediante una persona allegada que le administraba un somnífero en su bebida, una vez dormida se le desnudaba y fotografiaba en situación comprometida y a modo de prueba que simulaba la pérdida de su honor. La intimidación y amenaza de utilizar las presuntas pruebas de su deshonor eran la llave para la colaboración, en otros casos para el suicidio.

10. Una práctica muy común, entre las muchas que resultarían difíciles de resumir aquí, era acusar públicamente -mediante los graffitis- a un cuadro o militante político de haber dañado a otros pertenecientes a una facción rival, o bien a una familia con la que la del individuo en cuestión había tenido algún problema (lindes de tierras, negocios, petición de matrimonio, etcétera). Dada la situación, sin una autoridad nítida o suficientemente fuerte, y con los mejores -y más experimentados- empresarios políticos en la cárcel, la justicia se tomaba por cuenta propia y de manera arbitraria. Los sentimientos de impotencia y revancha retroalimentaron la espiral de violencia y confusión, que terminó con el entusiasmo popular de la revuelta. Según los comentarios de algunas personas entrevistadas: "llegó un momento que se temió más a los jóvenes encapuchados que al propio ejército israelí". Si bien otros matizaban que muchos de esos jóvenes no identificados y armados, que por las noches sacaban a algunos individuos de sus casas sin retorno en la mayoría de los casos, eran miembros del temido *Shin Bet*, los servicios secretos israelíes en los territorios, o bien sus colaboradores.

Estas prácticas se vieron facilitadas por la fragmentación de la sociedad palestina, sin un sólo elemento de socialización centralizado. La ausencia, por ejemplo, de medios de comunicación o la fuerte censura sobre los pocos existentes (prensa palestina de Jerusalén oriental con bajos índices de lectores) cosechó una serie de consecuencias perniciosas como los rumores, que hacen pasar por verdadero lo falso, o viceversa. En esta misma línea, la cultura política localista y personalista ligada o, cuando no, reforzada por la falta de instituciones nacionales sólidas (o el desmantelamiento de las existentes y emergentes) consienten -aún más- las prácticas políticas clientelistas y las corruptelas\*. Fenómenos que se resumen, todos ellos, en sus efectos desmovilizadores.

\* Era frecuente escuchar de las diferentes personas entrevistadas (incluso de algunos líderes del movimiento) las quejas y denuncias sobre la malversación de los fondos que la OLP u otras instituciones internacionales enviaban a los territorios.

11. Véase: Jerusalem Post, 15 de mayo de 1989.

12. Los principales grupos armados fueron: Pantera Negra y los Halcones de Fatah, ambos ligados a Fatah, tenían predominio en Cisjordania y Gaza, respectivamente; Brigada Ezzedin al-Kassem, brazo armado de Hamas con mayor arraigo en Gaza; Aguilas Rojas y Estrella Roja pertenecían al FPLP y FDLP, respectivamente.

13. Según las fuentes consultadas en los territorios, la campaña contra los colaboradores tuvo otra acepción: la de ajuste de cuentas entre elementos y grupos rivales, y en la que se ejecutaron a miembros de la máxima valía y lealtad al movimiento de resistencia (lo que hizo sospechar, según las mismas fuentes, que detrás de ciertas ejecuciones se encontraba la mano del temido servicio de información israelí en el interior, el Shin Bet).

14. No ajena tampoco, primero, a las medidas represivas por agotarla o eliminarla ; segundo, al corte de suministros (agua, luz, víveres, medicinas, remesas de dinero, comunicación con el exterior) que fue la práctica más frecuente y contundente para doblegar la voluntad de los sitiados (un caso ejemplar fue Beit Sahur que resistió durante semanas el asedio -y saqueo- de su ciudad al negarse a pagar los impuestos); y, tercero, a la confiscación de las ayudas procedentes del exterior (de la OLP generalmente), que persiguió asfixiar o limitar los recursos de la resistencia civil.

15. Mientras el primero era conocido como uno de los portavoces officiosos de la OLP en los territorios, el segundo era una figura desconocida. Se trataba de un palestino afincado en los EE.UU. que había profundizado en los métodos de desobediencia civil. De regreso a su ciudad natal, Jerusalén, abrió un centro para el estudio de la no violencia. Awad dejó constancia de sus convicciones pacifistas en un manifiesto que explicaba las herramientas de la desobediencia civil, sus costes y beneficios; y al apelar a la Corte Suprema israelí ante su inminente deportación. Fue precisamente este último suceso el que le dio cierta notoriedad en el exterior más que en el interior, donde no pasaba de ser un personaje -entre otros muchos- creado por los medios de comunicación más que por su bagaje político o por su resistencia a la ocupación.

16. Presentados como personalidades e instituciones nacionalistas de Cisjordania y Gaza, entre las que estaban Mustafa al-Natshah, Gabi Baramki, Mubarak Awad. El ejército israelí impidió que algunas personalidades de Gaza acudieran al encuentro, y otras dos, Ibrahim Qara'in y Bassam Ayyub, fueron detenidas a su llegada al Hotel National Palace donde se presentó el documento.

17. Aplicar la IV Convención de Ginebra y las resoluciones de la ONU referentes al respeto de los derechos humanos; liberar a los prisioneros -especialmente los niños- y detenidos por arrestos administrativos y domiciliarios; cancelar las deportaciones y permitir el retorno de los deportados; levantar el sitio a los campos de refugiados y retirada del ejército de los centros urbanos; penalizar el comportamiento violento de los soldados y colonos sobre la población civil; cesar los asentamientos y confiscación de tierras, de las provocaciones y amenazas; renunciar a los cambios en el *statu quo* de los lugares santos, cristianos e islámicos, en Jerusalén; cancelar el IVA y otros impuestos y poner fin al acoso de los empresarios y comerciantes; abolir todas las restricciones de la libertad política y celebrar elecciones municipales bajo supervisión de una autoridad neutral; devolver todo el dinero deducido de los salarios de los trabajadores palestinos en Israel (estimado en unos 800 millones de dólares) para reinvertirlo en los territorios; suprimir las restricciones de

construcción y de proyectos de desarrollo industrial, agrícola, artesano y cultural, y no privar a los territorios de sus recursos de agua; terminar con la discriminación económica de los productos de los territorios para entrar en el mercado israelí, o bien establecer las mismas restricciones a los productos israelíes en los territorios; y eliminar las restricciones de contacto entre la OLP y los habitantes de los territorios, para permitir a estos últimos participar en las sesiones del CNP y otros centros de toma de decisiones de su nación.

18. Probablemente el detonante de la muerte de Abu Yihad por un comando israelí en Túnez (el 16 de abril de 1988) fuera la "operación Dimona", ya que se le responsabilizó directamente por ser el máximo mando de la OLP para los territorios ocupados, esto es, del sector occidental o *Garbi*. Hecho reforzado por su coordinación desde el exterior del levantamiento, conjuntamente con el MNU en el interior.

19. Desde el comienzo de la Intifada hasta el final del mes de junio de 1989, las bajas palestinas producidas por el ejército y los colonos fueron: 550 muertos y más de 6.500 heridos (esto es, una media de un muerto y 12 heridos por día); mientras que las bajas israelíes causadas por los palestinos fueron: 15 muertos y 1.822 heridos (que constituyeron - en contraste con las cifras de bajas palestinas- el 0,3% de muertos y el 28% de heridos). Según fuentes israelíes (Shalev, 1991: 72-73).

20. Era curioso observar como en las reuniones familiares los más jóvenes, en detrimento de sus padres o mayores, llevaban la voz cantante. No menos curioso fue comprobar que en las pocas familias cuyos hijos no habían participado en la revuelta, de manera activa o directa, era el padre o el hermano mayor el que seguía perorando, o bien, el miembro de la familia que más involucrado estaba.

21. Por ejemplo, el papel de conspirador de la revuelta que algunos autores parecen concederle a la Yihad islámica (Schiff y Ya'ariv, 1991).

22. Ali Jarbawi, en su ensayo sobre las élites palestinas en los territorios, no considera que la Intifada registrara la expansión de nuevas fuerzas políticas que previamente no existieran, ni un cambio fundamental en el balance de fuerzas, en particular, entre las nacionales y las islamistas (Jarbawi, 1990: 296). Se hace difícil compartir las conclusiones de tal opinión por cuanto, primero, los hechos demuestran sobradamente la creación de Hamas durante la fase de ascenso de la Intifada (febrero de 1988) (Abu Amr, 1994); y pese a que se originó en la Hermandad Musulmana, Hamas fue un nuevo movimiento (Budeiri, 1995: 92), que respondía a los nuevos grupos que surgen al hilo de los ciclos de protesta (Tarrow, 1989). Segundo, una serie de datos corroboran la expansión del movimiento islamista en detrimento del balance de fuerzas anterior a la Intifada. Por ejemplo, en su estrategia por controlar las instituciones Hamas ganó varias elecciones en las cámaras de comercio de Hebrón, el-Bireh y Ramallah, quedándose a las puertas de la de Nablus (45% de votos) y Qalquilia (43,61%). Junto a resultados considerables en otras sociedades profesionales, sindicatos y universidades (con una media del 35 al 40 por ciento de los votos cuando no gana), mientras que en donde existe una fuerte competencia alcanza una media del 25 al 30 por ciento. Esta expansión del respaldo social llevó a que Hamas exigiera el 40 por ciento de los escaños en el CNP (Abdul Jawad, 1993: 8-10).

23. Además de su negativa a adoptar la lucha armada, su carácter conservador en materias y conductas sociales (mujer, hábitos, costumbres), su falta de cualificación, la ausencia de personalidades públicas y sus disputas internas (Jarbawi, 1990: 293-5).

24. Aunque según las fuentes orales consultadas, cabe distinguir tres grupos con la misma denominación: Yihad Islámica Filistín, dirigida por Fathi al-Shiqaqi; Divisiones al-Aqsa, liderada por Ibrahim Serbil; y Beit al-Maqdas, de Asa'd Beiut Tamimi. Las dos últimas se escindieron de la primera, que es la más conocida y la que mantiene actualmente la confrontación en Palestina. Según las mismas fuentes (orales), el origen de la Yihad no es ajeno, en cierta medida, a la labor de Abu Yihad en los territorios ocupados. Esta tesis, corroborada por una variedad de personas, tiene cierta credibilidad por cuanto la Yihad fue el único grupo islamista con disposición a cooperar con las fuerzas nacionalistas y a emplear la lucha armada en la resistencia a la ocupación (mucho antes de la existencia de Hamas y de su brazo armado). Y, sobre todo, a que su aparición durante los años ochenta, coincidente con los vuelos bajos de la OLP (de acción diplomática sin otros recursos que la apoyaran), pudo haber sido fruto de una acción intencional que no deseaba empañar la nueva imagen de la OLP (organización deslizada hacia una estrategia predominantemente diplomática), al tiempo que situaba a la central palestina como una opción moderada y secular frente al emergente movimiento islamista radicalizado, poco amigo de adentrarse en el juego político y heredero de la tradición guerrillera de los grupos originarios de la OLP.

## XI. CONCLUSIÓN

*Y cuán poco va quedando de cada individuo en el tiempo inútil como la nieve resbaladiza, de qué poco hay constancia, y de ese poco tanto se calla, y de lo que no se calla se recuerda después tan sólo una mínima parte, y durante poco tiempo: mientras viajamos hacia nuestra difuminación lentamente para transitar tan sólo por la espalda o revés de ese tiempo, donde uno no puede seguir pensando ni se puede seguir despidiendo: 'Adiós risas y adiós agravios. No os veré más, ni me veréis vosotros. Y adiós ardor, adiós recuerdos'.*

Javier Marías<sup>1</sup>

El proceso de constitución de la identidad nacional palestina se remite a las profundas transformaciones acaecidas en el Imperio otomano a finales del siglo XIX y principios del XX, con su ingreso en la economía capitalista mundial (desmantelamiento del sistema feudal) y su desmembramiento tras la I Guerra Mundial (configuración de las nuevas fronteras geopolíticas por el sistema de mandatos).

El nacionalismo en las provincias árabes del Imperio otomano, perfilado desde concepciones universales (otomanismo, panarabismo o panislamismo) hasta las particulares (regionales o locales), fue formulado por el grupo social dominante: los notables, que surgieron de la interacción entre la estructura política y económica -alentada por las reformas otomanas (*tanzimats*)- como intermediarios entre el gobierno otomano y su comunidad. En este contexto, la emergencia del nacionalismo palestino coincidió con el sionismo en la reivindicación de la misma base territorial, Palestina, que se reveló como una unidad geopolítica bajo el Mandato británico.

---

<sup>1</sup> Marías, J. (1994): Mañana en la batalla piensa en mí. Barcelona: Anagrama, pp. 366-7.

Durante el periodo de entreguerras el movimiento nacional palestino estuvo dominado por los notables urbanos, empeñados en reproducir su función de mediadores entre el poder establecido y su sociedad. En ese sentido, intentaron reconciliar los intereses británicos con los de su comunidad nacional por métodos pacíficos y conciliadores, que no perjudicaran su propia posición de grupo privilegiado. Pero la irreconciliación de las demandas palestinas y la política mandataria, percibida subjetivamente como favorable a las aspiraciones sionistas, reemplazó su estrategia de negociación por la de confrontación. Esta transformación no fue ajena a la radicalización de su base social campesina, que sufrió gravemente el impacto de la colonización sionista: exclusión del mercado laboral de la mano de obra árabe liberada por el campo o por las tierras que adquiriría la organización sionista. La amenaza de su existencia material y nacional fue traducida en un amplio movimiento de protesta y desobediencia civil, derivado en una *rebelión campesina generalizada en toda Palestina (1936-39)*, que se saldó con la decapitación de su movimiento nacional.

En la nueva coyuntura internacional de la posguerra se recomendó la partición del territorio palestino en oposición y detrimento de los árabes de Palestina (1947), que no sólo rechazaron dicha resolución, sino que dado el desequilibrio de fuerzas vieron eliminada su comunidad e identidad nacionales. Con el desastre (1948) la comunidad árabe de Palestina fue suprimida del mapa geopolítico del Próximo Oriente y condenada al ostracismo.

Entonces, desde su expulsión, desposesión, exilio y dispersión (1948), una gran parte del pueblo palestino deambuló por los campos de la diáspora con un principal objetivo: la supervivencia. Al tiempo que contemplaba con esperanza la idea del retorno, desde sus distintos asientos geográficos y epidérmicos, fue sorprendido por la extensión que alcanzó su tragedia (1967). Si durante ambos

puntos de inflexión (1948-1967) su salida socioeconómica fue la incorporación como mano de obra barata al mercado laboral de los países limítrofes a su extinguido país o la emigración a los países árabes productores de petróleo, su opción política estuvo pasivamente esperanzada en las potencialidades de la Sociedad Internacional y, particularmente, en las militares y diplomáticas de los Estados árabes. Su inactividad política fue suplida por los gobiernos árabes que dominaron el problema de Palestina en todos sus aspectos: los territorios de Gaza y Cisjordania quedaron bajo la administración egipcia y jordana, respectivamente (1949-67); y la cuestión palestina, reducida a su acepción de socorro humanitario (problema de refugiados), quedó englobada en la agenda panárabe.

Paralelamente, durante ese contexto sociopolítico, se asistió al proceso de formación de la identidad colectiva y la emergencia del movimiento nacional palestinos, y en el que cabe distinguir un doble espacio (1967-1987): el desarrollado en la diáspora y bajo la ocupación, que, a su vez, cultivó dos estrategias diferentes, la liberacionista y la del compromiso territorial, respectivamente.

#### a) **Reconstruyendo el paisaje comunitario**

En esta segunda etapa, la reconstrucción de la identidad nacional palestina procedió del grupo social con menor disponibilidad de recursos y situado en el estrato más bajo: los refugiados, que tenían sus orígenes en las comunidades campesinas de Palestina. Violentamente desvinculados de su tierra (su fuente de sustento e identidad), convertidos de la noche a la mañana en refugiados (desclasados e infravalorados), y volcados en las tareas de subsistencia (trabajo, emigración y educación de sus descendientes), usaron los mecanismos de

defensa largamente ensayados en tiempos pretéritos: las redes de solidaridad desplegadas por las comunidades campesinas en épocas críticas (malas cosechas, sequías, incursiones de beduinos) volvieron a extenderse ante su tragedia. Se trataron de relaciones expresivas, surgidas espontánea y libremente, sin planificación previa o interés utilitario. Conectadas a los ámbitos familiares, de parentesco, amistad y vecindad, que eran las pautas seguidas en la ubicación física de la diáspora y en los mismos campos de refugiados.

Marginados del sistema político y económico de los países árabes receptores (por ausencia de voluntad política o incapacidad para integrarlos), y limitados en sus movimientos y demandas por las fuerzas coercitivas de esos Estados (que impidieron cualquier expresión palestina de signo independiente), los refugiados (y exiliados) tejieron sus propias redes de solidaridad con objeto de hacer frente a sus apremiantes necesidades de supervivencia e integración de su atomizado paisaje social. Sus condiciones de vida comunitarias permitieron la recreación de su identidad colectiva de forma expresiva (basada en la mutua reciprocidad de los acuerdos) e instrumental (con la intervención de los empresarios políticos del movimiento de resistencia). Esta instrumentalización de los recursos comunitarios para la acción colectiva insurgente se tradujo en la constitución de las organizaciones sociales (estudiantes, profesionales, trabajadores, mujeres, sanidad, beneficencia), en la vinculación de las dispersas comunidades de refugiados en la diáspora al servicio de la lucha de liberación nacional, y en la extensión de la identidad nacional desde ese grupo agraviado al resto de las colectividades palestinas en el exilio y bajo la ocupación.

El impacto de la derrota árabe de 1967 supuso el descrédito de las tesis panarabistas, con la consiguiente devaluación de los ensayos o apuestas suprarregionales (causa árabe) y el repliegue a las fronteras nacionales de cada

Estado de la región. En el plano político, el desplazamiento estratégico experimentado por muchos de esos actores estatales significó la aceptación de la resolución 242 (XXII) del Consejo de Seguridad de la ONU (o del plan Rogers basado en la citada resolución), y la orientación gradual de sus esfuerzos hacia la retirada israelí de los territorios árabes ocupados en la guerra de 1967 (en detrimento de los conquistados por Israel en 1948-49), lo que, en contrapartida, implicaba el reconocimiento de la soberanía del Estado israelí sobre los territorios palestinos de la línea de armisticio (1949) y su aceptación *de facto* (como hecho consumado).

La confianza, entonces decepcionada, en los recursos militares de los Estados árabes fue vivamente desplazada a la resistencia palestina. La tutela de estos regímenes sobre los palestinos y su cuestión nacional fue deslegitimada para dictar los supuestos estratégicos y tácticos de una apuesta que ellos mismos habían perdido. Las relaciones árabe-palestinas fueron alteradas por la mayoría de edad política alcanzada por el pueblo palestino que, con el giro de las tesis universales (panarabistas) hacia las particulares (nacionalismo palestino), invirtió la consigna panárabe y enfatizó la cuestión palestina sin desligarla de su contexto: "la liberación de Palestina era el camino hacia la unidad árabe".

El vacío político posbélico (1967) conoció el desarrollo y auge del movimiento nacional palestino. Su origen, enraizado en un medio social desarticulado y políticamente pasivo, se relacionó con el nacimiento político de un grupo generacional. Se trató, principalmente, de jóvenes ligados al movimiento estudiantil en las universidades de El Cairo y Beirut, procedentes de las clases medias radicalizadas o familias acomodadas tanto en Palestina como en la diáspora, que facilitaron su acceso a los estudios superiores y su mayor dedicación a los asuntos públicos. De militancia (o simpatías) originariamente

panarabistas en su versión nasserista o ba'asista, también algunas en la hermandad musulmana o, menos, comunistas, conocieron la clandestinidad, la cárcel y la resistencia armada (1948, 1956, 1967).

El nuevo paisaje político, tras conocer un interregno en el ámbito palestino (1967-69), fue testigo del ascenso de las organizaciones revolucionarias (Fatah y FPLP) en el seno de la Organización para la Liberación de Palestina. Hasta entonces, la OLP, auspiciada por la Liga de los Estados Árabes (1964), tenía una función más nominal que real. Sin respaldo popular alguno, era un aparato burocrático con escaso poder de maniobra fuera de la órbita de influencia de los regímenes árabes. Su nuevo perfil estaba familiarizado con el tiempo que le tocó vivir: la era de la descolonización. Orgánicamente articulada como un movimiento de liberación nacional e influenciada estratégica e ideológicamente por los modelos tercermundista e izquierdista (Vietnam y Argelia), la OLP desarrolló todas sus potencialidades políticas y militares dentro de los límites permitidos por una situación peculiar y en la que no existían paradigmas adecuados o precedentes orientativos que asistieran a su realidad.

Primero, la colonización sionista de Palestina no respondía al prototipo clásico (colonia de factoría), por lo que la aplicación de métodos de lucha anticoloniales -derivados de supuestos convencionales- a un modelo tan extremadamente peculiar (colonia de asentamiento) resultó un fiasco: inadaptable a su realidad geográfica (inexistencia de orografía, selva o terrenos aptos para la guerra de guerrillas), demográfica (ausencia de un espeso paisaje social en los territorios de 1948 donde la población palestina había sido reducida a una minoría nacional) e índole del conflicto (suma cero). Por el contrario, allí donde la presencia social palestina era compacta (Cisjordania y Gaza) las organizaciones guerrilleras no instalaron bases autónomas en los años previos a su ocupación

(1967), sino que estuvieron volcadas en las colectividades de la diáspora, sobre todo entre las comunidades de refugiados en los países limítrofes (pese a la abundancia de éstos en los citados territorios de 1967): como proveedores de hombres, apoyo y protección necesarios para la movilidad del movimiento guerrillero.

Cuando los fedayines decidieron provocar -mediante sus acciones militares- la adhesión de su tejido social a la proyectada insurrección popular y armada en Cisjordania y Gaza, aquél se mostró débil para superar los altos costes impuestos por la represión israelí a cualquier tipo de acción violenta; e inexperto por cuanto la administración egipcia de Gaza y, sobre todo, la anexión jordana de Cisjordania estuvieron brutalmente enmudecidas de cualquier expresión nacional palestina (1949-67). El frustrado intento de inducir a la acción revolucionaria (1968) pagó caro su aventura descontextualizada e impregnada de voluntarismo político. Además del coste humano (muertos, heridos, encarcelados, deportados) y organizativo (desmantelamiento de las células organizadas), el precio más alto se cifró, a partir de entonces, en la gravitación de la acción insurgente en el exterior. La incapacidad exhibida por la OLP, desde sus inicios, para establecer bases autónomas en los territorios ocupados y agregar el soporte o protección social requerido, trasladó el centro de su actuación -y atención- a la diáspora.

Segundo, la OLP no contó con una porción de su territorio nacional liberado para moverse "como pez en el agua", a semejanza de otros movimientos de liberación. Por el contrario, tuvo que nadar contra corriente en tanto que las bases militares y sociales de su estrategia estaban ubicadas en el exterior. La sola presencia palestina amenazaba la estabilidad de los países receptores: en lo demográfico (desequilibraba el frágil mosaico étnico, tribal o religioso), en lo

militar (retaba la autoridad gubernamental y la seguridad externa), en lo político (generaba la doble soberanía de un Estado dentro de otro). Aunque la OLP evitara interferir en los asuntos internos árabes y no fuera responsable de sus desajustes estructurales, lo que no pudo impedir fue formar parte de los mismos y exacerbarlos.

Consciente de sus limitaciones militares para derrotar a Israel (debido a su superioridad militar, tecnológica y logística), la resistencia palestina se dirigió a mantener el clima de confrontación entre los Estados árabes e Israel. En lo político intentó impedir una acomodación de los árabes a la coexistencia con Israel, cuyo entendimiento implicaba la marginación política de la cuestión palestina; y, en lo militar, pretendió hacer de los países limítrofes a Palestina/Israel un *Hanoi* árabe o punto de apoyo de sus operaciones en el interior de la tierra ocupada con el fin de agudizar las contradicciones del conflicto: provocar las represalias israelíes que, a su vez, inducirían a la réplica de los ejércitos árabes, éstos podían sufrir varias derrotas, pero el israelí sólo una. Tal lógica fue invertida por las selectivas represalias israelíes dirigidas, principalmente, a centros de población civil con el fin de elevar los costes de las alianzas árabes con la OLP hasta hacerlas insostenibles. Es más, generaron los efectos contrarios a la acción intencional del movimiento de resistencia en la medida que no se produjo la respuesta esperada, sino su opuesta: los ejércitos árabes estuvieron más ocupados en controlar o eliminar la guerrilla palestina de su suelo que salvaguardar éste de la ocupación o ingerencia israelí. Inversamente el movimiento palestino estuvo más atareado en mantener su independencia decisional de las asechanzas e interferencias de los regímenes árabes que centrado en su objetivo, frente al que se desvió y debilitó.

La razón de Estado (soberanía nacional) y la de la revolución (antisistémica) eran irreconciliables, dada la contranatura de la alianza entre unos gobiernos impopulares y un movimiento de liberación popular con diferentes, cuando no opuestas, perspectivas de solución al conflicto: negociada o armada. La dependencia de la OLP hacia sus aliados árabes la hizo vacilante (ambigüedad política capaz de sortear el débil y cambiante equilibrio interárabe) y vulnerable ante las contradicciones de -y con- dichos regímenes (mediante su penetración clientelar, ideológica y política en el conjunto del movimiento nacional). La mayor paradoja de la acción palestina residió en la incapacidad para alcanzar su meta sin el apoyo de los Estados árabes, al tiempo que su desenvolvimiento entró en contradicción con éstos.

Estas contradicciones se desplazaron al seno de la resistencia ante la creciente institucionalización que experimentó después de su reconocimiento árabe e internacional como actor regional no estatal e interlocutor válido de los palestinos (1974). En contrapartida, la OLP se comprometía a reconocer y respetar el orden estatal en la región que, tras la guerra de 1973, cobró una relevante dimensión política en las relaciones internacionales: haciendo más factible la solución política.

La trascendencia de los cambios (políticos, diplomáticos y económicos) en la región exigió la reformulación de la acción palestina, concretada en un debate abierto entre dos opciones: la maximalista (que reafirmaba la validez de la lucha armada como único camino hacia la liberación de toda Palestina) y la minimalista (que aceptaba la solución política de los dos Estados, esto es, un mini-Estado palestino en Cisjordania y Gaza junto al Estado israelí). La transición en la que se adentró el movimiento palestino hacia las proposiciones gradualistas o posibilistas (solución de los dos Estados reflejada en el XIII CNP, en 1977) no

fue lineal, sino que registró una serie de altibajos con la consecuente ambigüedad política de la OLP, que descansó en tres pilares.

Primero, su propia naturaleza política que, como movimiento de liberación nacional arraigado fuertemente en la diáspora, exigía, previa toma de decisión trascendental, cierto grado de consenso entre sus organizaciones para evitar su desgarramiento interno y, consiguiente, debilitamiento. La dispersión física favorecía las tendencias centrífugas de su cultura política (ausencia de territorio soberano que les librara de las hipotecadoras dependencias de algunos regímenes), acrecentadas por su vulnerabilidad a las influencias y presiones de los países receptores (relaciones clientelares con grupúsculos palestinos de obediencia a una u otra capital árabe), y a que no todos los Estados de la región compartían por igual el proyecto de cooperación (e igualmente los palestinos al formar parte del mundo árabe eran sensibles a sus controversias políticas e ideológicas). Por lo que el consenso logrado se realizaba bajo el mínimo común denominador y daba lugar a múltiples y contradictorias interpretaciones: la opción de los dos Estados como solución definitiva del conflicto (posibilista) o como una fase más del mismo hacia la liberación total (inmovilista).

Segundo, los refugiados de 1948 constituían la base social y fundamental de la acción palestina en la diáspora. No existía organización y movilización de la que no fueran sus protagonistas (guerrilleros, empresarios políticos, cuadros de la administración, dirigentes políticos), mientras que la fórmula minimalista (dos Estados) exigía la renuncia a los territorios de 1948. Por tanto, el dilema de la OLP consistió en aceptar (legitimar) una realidad (el reconocimiento del derecho a la existencia del Estado de Israel) que negaba a su más amplia base social: los refugiados y exiliados de 1948.

Tercero, el efecto pendular imposibilitaba un encuentro negociador en el que las partes implicadas realizaran las correspondientes concesiones territoriales previas a un acuerdo (territorios a cambio de paz). A medida que la OLP rebajaba el listón de sus reivindicaciones Israel endurecía el suyo (llegada al poder del bloque ultranacionalista Likud en 1977), con su política de puño de hierro en los territorios ocupados (desmantelamiento del movimiento social y alcaldías nacionalistas) y en la región (invasión del Líbano). Así retroalimentaba las posiciones más radicales e inmovilistas en la OLP, con la esperanza de que una OLP débil y radicalizada desacreditara su creciente prestigio internacional, con voluntad negociadora y capacidad para cumplir sus compromisos. Aspecto, éste, que el Estado israelí eludía cada vez con mayores dificultades en las relaciones internacionales y en su propia sociedad (civil y militar).

Paradójicamente, el hito marcado en la historia palestina por la invasión israelí del Líbano (1982), y la consiguiente salida de la OLP de Beirut, clausuró el debate interpalestino con la derrota de la estrategia de confrontación (armada) y el refuerzo de la de cooperación (diplomática), toda vez que era el único escenario posible de actuación. Pero, al mismo tiempo, agotó el repertorio estratégico de la OLP por cuanto, alejada de sus tradicionales bases de apoyos sociales y territoriales, no contaba con mayores recursos movilizados. Pese a estas graves deficiencias la OLP siguió constituyendo el ascendente simbólico de identificación de todos los palestinos, tanto en la diáspora como bajo la ocupación, por cuanto había logrado durante su trayectoria recrear una nación de un pueblo de refugiados, dotándoles de dignidad política e identidad nacional.

**b) Recomponiendo el tejido social asociativo**

Una tercera etapa en la reinención de la identidad nacional palestina se originó en los territorios ocupados, después de un periodo prolongado de pasividad sociopolítica (centrada en los intereses individuales) y proceso significativo de identificación ante su marginación económica (incorporación de su infraestructura económica a la israelí con la pérdida del control sobre su suelo patrio y expropiación de sus recursos materiales: tierras y agua), y política (subordinación a las prácticas represivas de la administración militar y negación de los derechos de su ciudadanía). Esta integración paulatina de Cisjordania y Gaza en el Estado de Israel (anexión *de facto*), junto a la asimilación de su población, impactó su estructura económica (descampesinización y proletarización del campesinado palestino con su incorporación en el mercado laboral israelí como mano de obra barata), y sociopolítica (erosión de los vínculos de dependencia socioeconómica en los que descansaban las fuentes del poder político de su clase dirigente tradicional, de relaciones clientelares con el régimen jordano).

Este proceso de identificación ante su exclusión del sistema de ocupación, que asumía los beneficios (monopolio del mercado, materia prima y mano de obra barata) pero no sus costes (extender la ciudadanía israelí a sus habitantes), generó un estado de esquizofrenia colectiva entre las aspiraciones nacionales (desvincularse del régimen colonial) y la situación socioeconómica y política (cooptación gradual por el sistema rechazado). Cuanto más alienante era la integración, mayor era la cristalización de la identidad nacional. La brecha existente entre la conciencia nacional y la realidad que la negaba adquirió el dilema de la disonancia cognoscitiva, eliminarla implicaba un reto: variar uno de los dos elementos que la producen. La opción adoptada para suprimirla fue la de oponerse al elemento cognitivo ambiental (la ocupación). Dicha elección

estuvo articulada por la emergencia y proliferación de organizaciones políticas, movimientos sociales e instituciones nacionales; y por la incorporación gradual de los diferentes grupos sociales (campesinos, trabajadores, refugiados, jóvenes, mujeres, profesionales, estudiantes) a la participación pública de actividades sociopolíticas, que dichos marcos organizativos ofrecieron y canalizaron en una misma tarea: la recreación de la identidad colectiva.

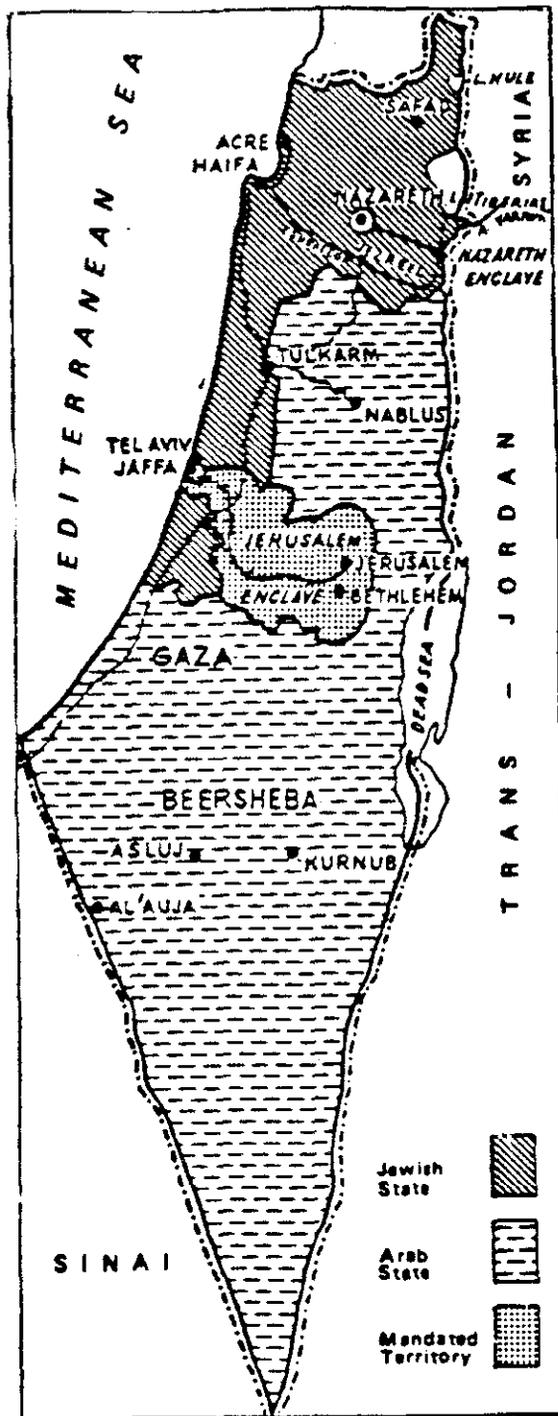
A lo largo de todo el siglo los palestinos no tuvieron un gobierno nacional, ni tampoco consideraron suyo el israelí. Es más, denunciaron como ilegítimo su régimen militar y lucharon por librarse del mismo. Durante este proceso, los palestinos del interior aceptaron a un actor externo, la OLP, como su institución paraestatal. La OLP era la fuente simbólica de la identidad nacional: proveedora de ideología (nacionalista y secular), legitimidad, valores, organización, financiación y motivación para actuar. Cuando dos décadas atrás la acción palestina inició su andadura por la diáspora, centrada en la liberación de toda Palestina por medio de la lucha armada, subestimó la necesidad de construir un movimiento sociopolítico en los territorios. Sin embargo, la reemergencia de la identidad palestina y la formulación de una agenda política independiente, de movilizaciones civiles y metas posibilistas orientadas a la creación del mini Estado palestino en Cisjordania y Gaza (como únicos espacios posibles), hicieron que las bases sociales de los territorios recobraran una mayor centralidad en la estrategia del movimiento de liberación nacional, que fue desplazando la opción liberacionista (suma cero) en favor del compromiso territorial (suma positiva).

La Intifada, como expresión sociopolítica de un movimiento de desobediencia y resistencia civil generalizado, no fue ajena a la infraestructura de organizaciones y movimientos sociales experimentados en la movilización de recursos de

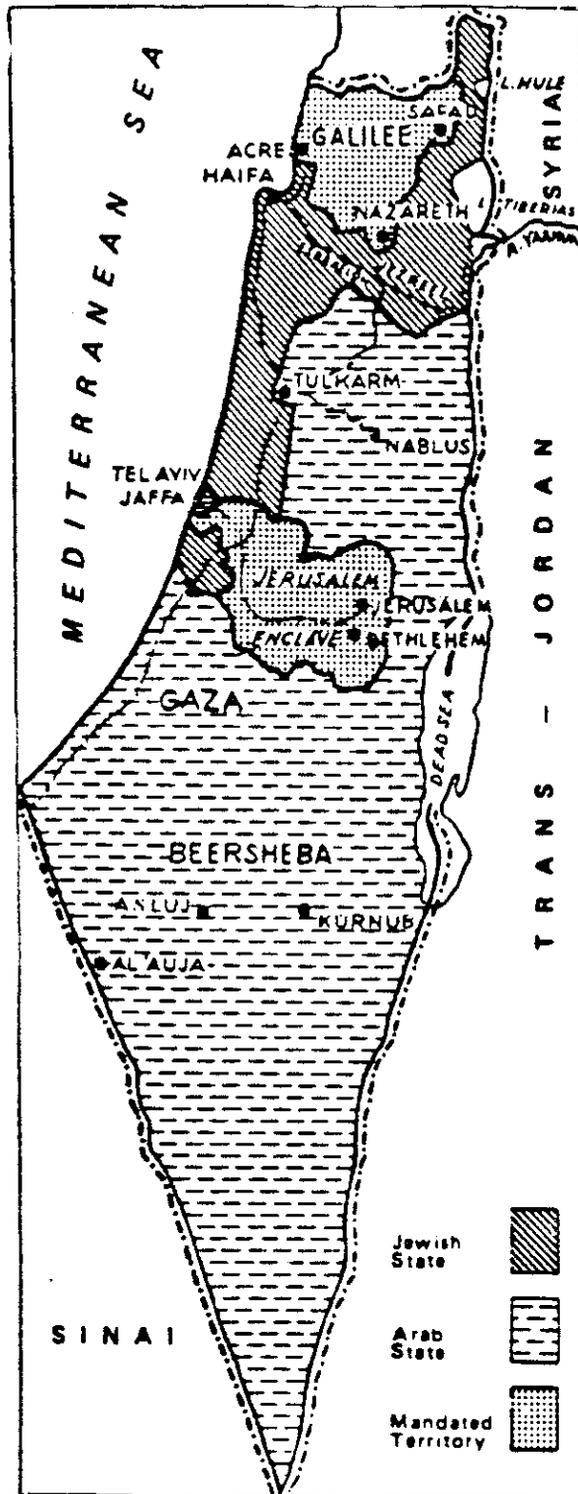
su sociedad que, a lo largo de sus ciclos de protestas y mediante el trabajo comunitario, voluntario y asistencial, generó una trabada red de solidaridad comunitaria vehiculadora de la movilización colectiva. La significación política que revistió fue la de renovación del agotado repertorio estratégico de la OLP en la diáspora, con el relevo de sus bases sociales en el exterior (por los palestinos del interior para quienes -a diferencia de sus connacionales de 1948 en la diáspora- renunciar a sus hogares en los territorios de 1948 no implicaba negar su identidad) y territoriales (desplazamiento del epicentro de la acción colectiva desde la diáspora hacia el interior, rescatándola de la dependencia política y penetración clientelar de los regímenes árabes). Proceso que culminó la transición del movimiento nacional palestino en favor del compromiso territorial (de luchar contra la ocupación israelí y no contra el Estado de Israel aceptado junto a un Estado palestino). En su acepción sociológica, la Intifada simbolizó la emergencia de la sociedad civil: desarrollo y consolidación del tejido social asociativo y recreación de la identidad colectiva.

En este sentido, la parte palestina firmante de los acuerdos de paz en Washington (13 de septiembre de 1993), despegó del destartado campo de refugiados de Jabalia (donde comenzó la Intifada). Sin olvidar la favorable coyuntura internacional: fin de la guerra fría (extinción de la URSS), renovada confianza en los aliados árabes (tras la guerra del Golfo), y cese de la tormenta conservadora en Israel o inversión del efecto pendular (con el gobierno más a la izquierda en toda la corta historia del Estado de Israel). Por su parte, el pueblo palestino inició un nuevo capítulo en su historia no exento de dificultades, pero ya no centrado en la afirmación de su identidad nacional mediante la acción colectiva, sino en la construcción de su entidad nacional.

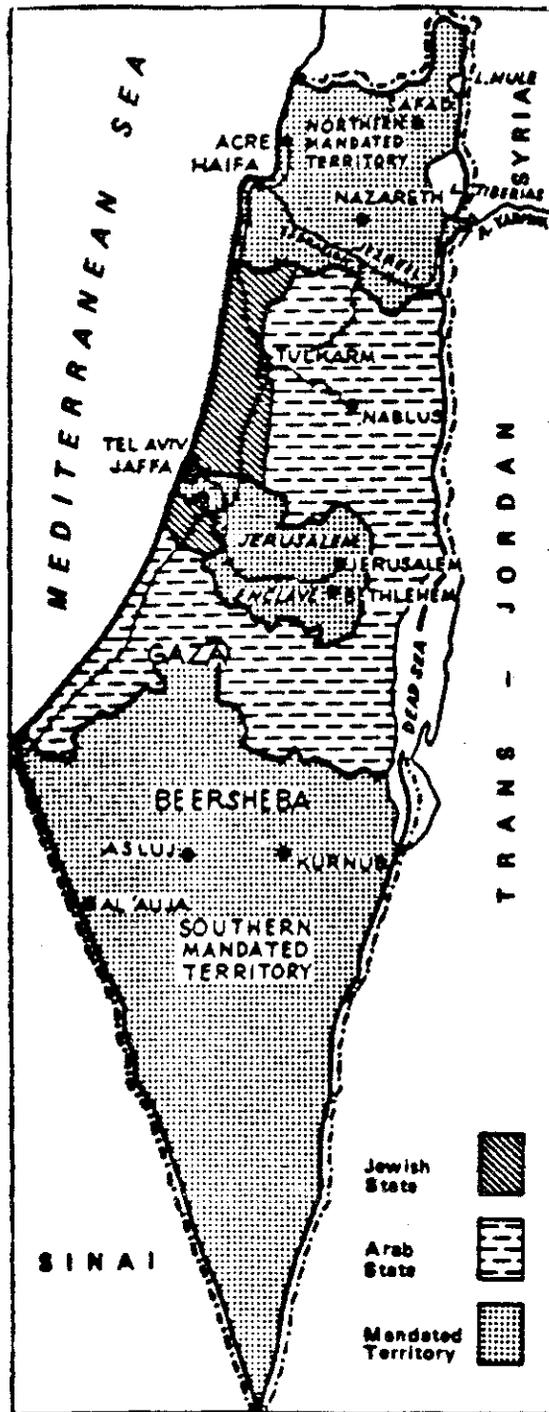
XII. ANEXOS:



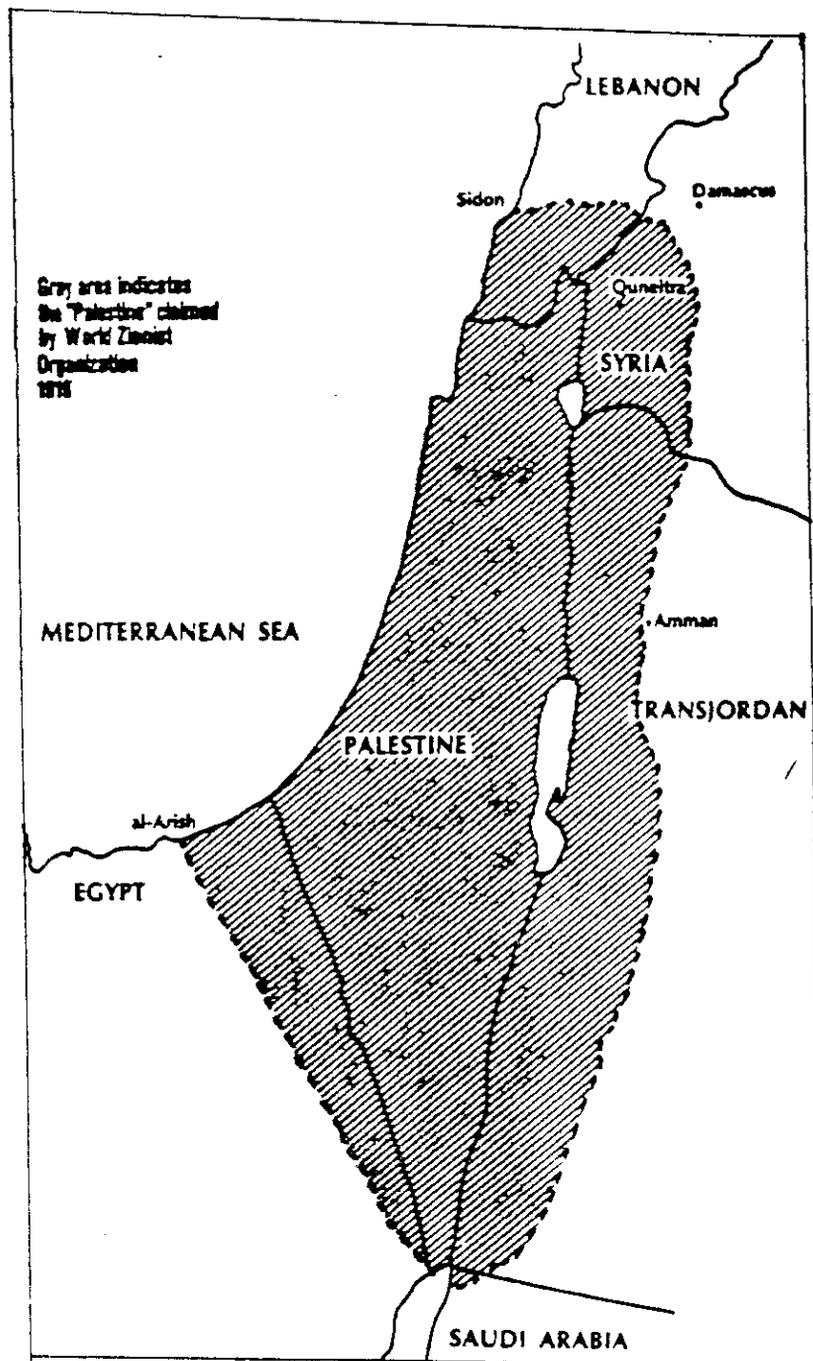
1. PLAN "A" PARA LA PARTICIÓN DE PALESTINA (1938)



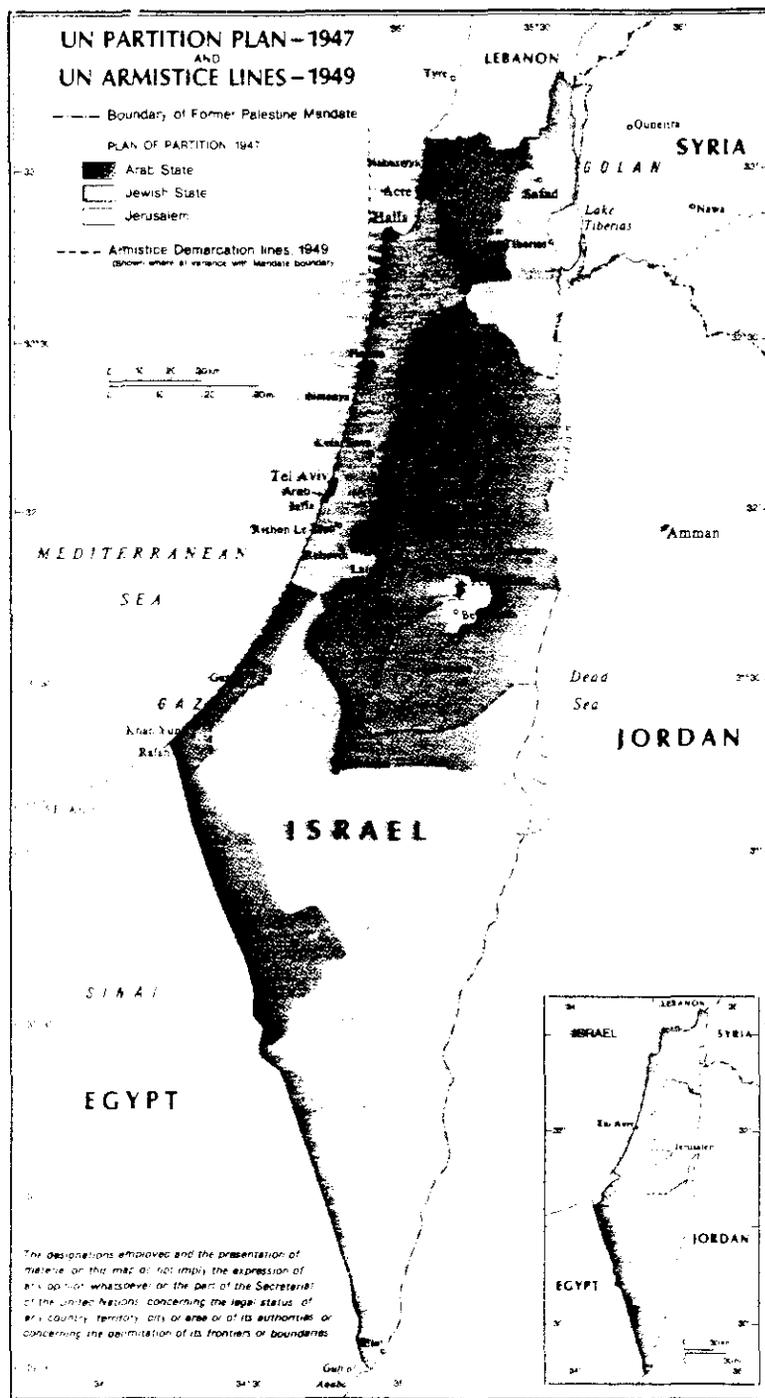
2. PLAN "B" PARA LA PARTICIÓN DE PALESTINA (1938)



3. PLAN "C" PARA LA PARTICIÓN DE PALESTINA (1938)



#### 4. LA PALESTINA REIVINDICADA POR LA ORGANIZACIÓN SIONISTA



## 5. EL PLAN DE PARTICIÓN DE 1947

## 6. DISTRIBUCIÓN DE LA POBLACIÓN PALESTINA

	1947	1970	1975	1981	1982	1984
Israel	133.000	363.600	436.100	550.800	574.800	602.700
Cisjordania	720.000*	683.700	785.400	833.000	871.600	919.000
Gaza	278.520*	345.600	390.300	451.000	476.300	509.900
Líbano	100.000	247.000	288.000	358.207	492.240	492.240
Siria	75.000	155.700	183.000	222.525	229.868	245.288
Egipto	7.000	33.000	39.000	45.605	35.436	37.668
Irak	4.000	30.000	35.000	20.604	21.284	22.712
Jordania	70.000	591.000	644.200	1.148.334	1.189.600	1.297.550
Kuwait		140.300	194.000	299.710	308.177	336.530
Arabia S.		31.000	59.000	136.779	147.549	171.146
Resto del Golfo		15.000	29.000	113.643	64.037	67.802
Libia		5.000	10.000	23.759	23.759	21.568
EE.UU.		25.000	28.000	104.856	108.045	114.402
Otros países árabes					52.683	56.218
Otros países				140.856	143.780	151.649
TOTAL	1.387.520	2.665.900	3.121.100	4.446.938	4.739.158	5.046.373

\* Cantidad en la que queda sumada a los habitantes originales de Cisjordania (440.000) la población refugiada (280.000). Igualmente ocurre con la franja de Gaza cuya población original (88.520) fue rebasada por la refugiada (190.000).

Fuentes: (Brand, 1988a: 9; Khalidi, S., 1990: 260).

### XIII. BIBLIOGRAFÍA

- Abbas, M. (1987): La otra cara: La verdad de las relaciones secretas entre el nazismo y el sionismo. La Habana: OLP.
- Abdel-Malek, A. (1975): La dialéctica social. México: Siglo XXI.
- Abdul Jawad, S. (1993): "The balance of power among the political forces in the West Bank". Al Fajr, Jerusalem Palestinian Weekly, (19 de abril): 8-10.
- Abid, I. (1969a) (ed.): A handbook to the Palestine question. Beirut: Palestine Research Center.
- Abid, I. (1969b) (ed.): Selected essays on the Palestine question. Beirut: Palestine Research Center.
- Abu Amr, Z. (1988): "The palestinian uprising in the West Bank and Gaza Strip". Arab Studies Quartely, 4: 384-405.
- Abu Amr, Z. (1989a): The Intifada: causes and factors of continuity. Jerusalén: Palestinian Academic Society for the Study of International Affairs.
- Abu Amr, Z. (1989b): "Class structure and the political elite in the Gaza Strip: 1948-1988", en Aruri, N. (ed.): Occupation: Israel over Palestine. Belmont, MA.: Association of Arab-American University Graduates, (2ª ed.): 77-98.
- Abu Amr, Z. (1990): "The politics of Intifada", en Hudson, M. (ed.): The palestinians: new directions. Washington, D.C.: Georgetown University, 3-23.
- Abu Amr, Z. (1994): Islamic fundamentalism in the West Bank and Gaza. Bloomington: Indiana University Press.
- Abu-Ghazaleh, A. (1991): Palestinian arab cultural nationalism. Vermont: Amana Books.
- Abu Khalil, A. (1987): "Internal contradictions in the FPLP: decision making and policy orientation". Middle East Journal, 3: 361-378.
- Abu-Lughod, I. (1973): "Educating a community in exile". Journal of Palestine Studies, vol. 2, nº 3: 94-111.
- Abu-Lughod, I. (1987) (ed.): Transformation of Palestine. Evanston: Northwestern University Press, 2ª ed.
- Abu-Lughod, I. (1982) (ed.): Palestinians rights: affirmation and denial. Wilmette, III.: Medina Press.

- Abu-Lughod, I. (1990): "Introduction: on achieving independence", en Nassar, J.; Heacock, R. (eds.): Intifada: Palestine at the crossroads. Nueva York: Praeger, 1-11.
- Abu-Lughod, J. (1984): "The demographic consequences of the occupation", en Aruri, N. (ed.): Occupation: Israel over Palestine. Londres: Zed Books, pp. 255-267.
- Andoni, L. (1991): "Jordan", en Brynen, R. (ed.): Echoes of the Intifada: regional repercussions of the palestinian-israeli conflict. Boulder: Westview Press, 165-194.
- Ajami, F. (1983): Los árabes en el mundo moderno. México: Fondo de Cultura Económica.
- Anderson, P. (1988): Consideraciones sobre el marxismo occidental. Madrid: Siglo XXI.
- Anglo-American Committee of Inquiry (1991): A survey of Palestine. Washington, D.C.: Institute of Palestine Studies, vol. I.
- Aronson, G. (1990): Israel, palestinians and the Intifada: creating facts on the West Bank. Washington, D.C.: Kegan Paul Intenational & Institute for Palestine Studies, 2ª ed.
- Aruri, N. (1978): "Resistance and repression: political prisoners in Israeli occuppies territories". Journal of Palestine Studies, vol. 11, nº 4: 48-66.
- Aruri, N.; Farsoun, S. (1980): "Palestinian communities and arab host countries", en Nakhleh, K.; Zureik, E. (eds.): The sociology of the Palestinians. Londres: Croom Helm, pp. 112-146.
- Avneri, U. (1986): My friend, the enemy. Londres: Zed Books.
- Bailey, C. (1978): "Changing attitudes toward Jordan in the West Bank". Middle East Journal, vol. 32: 155-166.
- Barghouti, M.; Giacaman, R. (1990): "The emergence of an infraestructure of resistance: the case of health", en Nassar, J.; Heacock, R. (eds.): Intifada: Palestine at the crossroads. Nueva York: Praeger, 73-87.
- Barghouti, H.J. (1990): "Jeep versus bare feet: the villages in the Intifada", en Nassar, J.; Heacock, R. (eds.): Intifada: Palestine at the crossroads. Nueva York: Praeger, 107-123.
- Baumgarten, H. (1990): "Discontented people and outside agitators: the PLO in the palestinian uprising", en Nassar, J.; Heacock, R. (eds.): Intifada: Palestine at the Crossroads. Nueva York: Praeger, 207-226.
- Benvenisti, M. (1986): The West Bank handbook: a political lexicon. Boulder, Colo.: Westview Press.

- Benvenisti, M. (1987): 1987 Report: demographic, economic, legal, social and political developments in the West Bank. Jerusalén: West Bank Data Base Project.
- Bill, J.A.; Springborg, R. (1990): Politics in the Middle East. USA: Harper Collins.
- Bishara, A. (1990): "The third factor: impact of the Intifada on Israel", en Nassar, J.; Heacock, R. (eds.): Intifada: Palestine at Crossroads. Nueva York: Praeger, 271-286.
- Bollo Muro, J. (1982): El sionismo, una forma de imperialismo. Madrid: Akal.
- Bowden, T. (1975): "The politics of Arab rebellion in Palestine, 1936-39". Middle Eastern Studies, vol. 31: 147-174.
- Brand, L.A. (1988a): Palestinians in the Arab world. Nueva York: Columbia University Press.
- Brand, L.A. (1988b): "Palestinians in Syria: the politics of integration". Middle East Journal, 4: 621-637.
- Brynen, R., (1991) (ed.): Echoes of the Intifada: regional repercussions of the palestinian-israeli conflict. Boulder: Westview Press.
- Budeiri, M. (1995): "The nationalist dimension of islamic movements in palestinians politics". Journal of Palestine Studies, 95: 89-95.
- Cattan, H. (1974): Palestina, los árabes e Israel. México: Siglo XXI.
- Chagualloud (1990): "The European Community and the Middle East conflict", en Nassar, J.; Heacock, R. (eds.): Intifada: Palestine at the crossroads. Nueva York: Praeger, 257-267.
- Chaliand, G. (1970): La resistencia palestina. Barcelona: Acervo.
- Chomsky, N. (1982): "Razones de una invasión". España Crítica, 7: 40-41.
- Chomsky, N. (1983): The fateful triangle: the United States, Israel & the Palestinians. Boston: South End Press.
- Ciudad, R. (1970): La resistencia palestina. Madrid: Guadarrama.
- Cobban, H. (1989): La Organización para la Liberación de Palestina. México: Fondo de Cultura Económica.
- Cobban, H. (1991a): "The PLO and the Intifada", en Freedman, R. (ed.): The Intifada: its impacts on Israel, the Arab world and the Superpowers. Miami: Florida International University Press, 70-106.

- Cobban, H. (1991b): "The Palestinians: from the Hussein-Arafat agreement to the Intifada", en Freedman, R. (ed.): The Middle East from the Iran-contra affair to the Intifada, Syracuse, NY.: Syracuse University Press, 234-267.
- Cruz Hernández, M. (1981): Historia del pensamiento en el mundo islámico. Desde el Islam andalusí hasta el socialismo árabe. Madrid: Alianza, (vol. 2).
- Cotarelo, R. (1987): Resistencia y desobediencia civil. Madrid: Eudema.
- Dakkak, I. (1983): "Back to square one: a study in the re-emergence of the Palestinian identity in the West Bank 1967-1980", en Schölch, A. (ed.): Palestinians over the Green line. Londres: Ithaca Press, 64-101.
- Darwish, M. (1974): Palestinian leaders discuss the new challenges for the resistance. Beirut: Palestine Research Institute.
- Davis, U. (1987): Israel: an apartheid state. Londres: Zed Books.
- Demant, P. (1984): "Israeli settlement policy today", en Aruri, N. (ed.): Occupation: Israel over Palestine. Londres: Zed Books, 143-164.
- Divine, D. (1980): "The dialectics of palestinian politics", en Migdal, J. (ed.): Palestinian society and politics. Princeton: Princeton University Press, 212-229.
- Fanon, F. (1974): Dialéctica de la liberación. Argentina: Pirata.
- Fanon, F. (1980): Los condenados de la tierra. México: Fondo de Cultura Económica, 6ª ed.
- Favret, R. (1991): Arafat, un destino para un pueblo. Madrid: Espasa-Calpe.
- Festinger, L. (1975): La teoría de la disonancia cognoscitiva. Madrid: Instituto de Estudios Políticos [The theory of cognitive dissonance. Stanford: Stanford University Press, 1967].
- Flapan, S. (1987): The Birth of Israel: myths and realities. Londres: Croom Helm.
- Freedman, R.O. (1991): "The Soviet Union ant the Arab-Israeli conflict since the Intifada", en Freedman, R. (ed.): The Intifada: its impact on Israel, the Arab World, and the superpowers. Miami: Florida International University Press, 136-190.
- Friedman, T. (1990): From Beirut to Jerusalem. Londres, Fontana.
- Garaudy, R. (1987): Palestina, tierra de los mensajes divinos. Madrid: Fundamentos.
- Gellner, E. (1988): Naciones y Nacionalismo. Madrid: Alianza.
- Genet, J. Un cautivo enamorado. Madrid: Debate, 1988.

- Golan, G. (1980): The Soviet Union and the Palestinian Liberation Organization. Nueva York: Praeger.
- Gower, A.; Walker, T. (1990): Behind the myth. Yasser Arafat and the palestinian revolution. Londres: Whallen.
- Graham-Brown, S. (1984a): "The economic consequences of the occupation", en Aruri, N. (ed.): Occupation: Israel over Palestine. Londres: Zed Books, pp. 167-222.
- Graham-Brown, S. (1984b): "Impact on the social structure of palestinian society", en Aruri, N. (ed.): Occupation: Israel over Palestine. Londres: Zed Books, pp. 223-254.
- Gresh, A. (1988): The PLO: the struggle within. Londres: Zed Books, 2º ed.
- Grimberg, L.; Grimberg, R., Sicoanálisis de la emigración y el exilio. Madrid: Alianza, 1984.
- Gurr, T.R. (1970): Why men rebel. Princeton: Princeton University Press.
- Halevi, I. (1979): Palestina bajo Israel. San Sebastian: Ediciones Vascas.
- Hadawi, S. (1972): Palestina, dossier del problema. Madrid: Oficina de Información de la Liga de los Estados Arabes.
- Hajjar, L. (1988): "Organizing around the uprising", MERIP, 155: 34-36.
- Hamid, R. (1975): "What is the PLO?". Journal of Palestine Studies, vol. 4: 90-109.
- Hart, A. (1989): Arafat, biografía política. Madrid: IEPALA.
- Heller, M. (1980): "Politics and social change in the West Bank since 1967", en Migdal, J. (ed.): Palestinian society and politics. Princeton: Princeton University Press, 185-211.
- Hilal, J. (1992): "West Bank and Gaza Strip social formation under Jordanian and Egyptian rule (1948-1967)". Review of Middle East Studies, 5: 33-73.
- Hiltermann, J.R. (1990a): "Work and action: the role of the working class in the uprising", en Nassar, J.; Heacock, R. (eds.): Intifada: Palestine at the crossroads. Nueva York: Praeger, 143-157.
- Hiltermann, J.R. (1990b): "Mass mobilization and the uprising: the labor movement", en Hudson, M. (ed.): The Palestinians: new directions. Washington, D.C.: Georgetown University, 44-62.
- Hiltermann, J.R. (1991): Behind the Intifada. Labor and women's movements in the occupied territories. Oxford: Princeton University Press.
- Hirschman, A. (1977): Salida, voz y lealtad. México: Fondo de Cultura Económica.

- Hirschman, A. (1986): Interés privado y acción pública. México: Fondo de Cultura Económica.
- Hirschman, A. (1994): "Salida, voz y el destino de la RDA". Claves, 39: 66-80.
- Hourani, A. (1968): "Ottoman reform and the politics of notables", en Polk, W., y Chambers, R. (eds.): Beginnings of modernization in the Middle East. Chicago: Chicago University Press, pp. 41-68.
- Hourani, A. (1992): Historia de los pueblos árabes. Barcelona: Ariel.
- Hudson, M. (1977): Arab politics: the search for legitimacy. New Haven: Yale University Press.
- Hudson, M. (1991) (ed.): The Palestinians: new directions. Washington, D.C.: Georgetown University.
- Hunter, F.R. (1991): The palestinian uprising. A war by other means. Londres: I.B. Tauris.
- Huntington, S. (1971): Political orden in changing societies. New Haven: Yale University Press.
- Huntington, S. (1992): "Desarrollo político y deterioro político", en Arbat, T. (ed.): Modernización, desarrollo político y cambio social. Madrid: Alianza, pp. 167-220.
- Inglehart, R. (1977): The silent revolution. Princeton: Princeton University Press.
- Inglehart, R. (1992): El cambio cultural en las sociedad industrial avanzada. Madrid: CIS.
- Isaac, J. (1989): "A socioeconomic study of administrative detainees at Ansar III". Journal of Palestine Studies, 68: 102-109.
- Jad, I. (1990): "From salons to popular committees: palestinian women, 1919-1989", en Nassar, J.; Heacock, R. (eds.): Intifada: Palestine at the crossroads. Nueva York: Praeger, 125-142.
- Jarbawi, A. (1990): "Palestinians elites in the occupied territories: stability and change through the Intifada", en Nassar, J.; Heacock, R. (eds.): Intifada: Palestine at the crossroads. Nueva York: Praeger, 287-305.
- Jenkins, J. C. (1994): "La teoría de la movilización de recursos y los movimiento sociales", Zona Abierta, 69: 5-49. ["Resource mobilization theory and the study of social movements", Annual Review of Sociology, 1983, 9: 527-553].
- Jiryis, S. (1988): "Forty years since the seizure of Palestine", Journal of Palestine Studies, 69: 83-95.

- Kadi, L. (1969): Basic political documents of the armed Palestinian resistance movement. Beirut: Palestine Research Center.
- Kahane, M. (1981): They must go. Nueva York: Grosset & Dunlap.
- Kapeliouk, A. (1980): "La determinación de los palestinos del interior", Le Monde diplomatique (en español), 18: 1 y 12-3.
- Kazziha, W. (1975): Revolutionary transformation in the Arab World: Habash and his comrades from nationalism to marxism. Londres: Charles Knighth.
- Kayyali, A.W. (1979): Palestine: a modern history. Londres: Third World Centre for Research and Publishing.
- Khader, B. (1974): Anatomía de Israel. Madrid: Almenara.
- Khalaf, I. (1991): Politics in Palestine: arab factionalism and social disintegration, 1939-1948. Albany, N.Y.: State University of New York Press.
- Khalidi, R. (1984): "The palestinians in Lebanon: social repercursions of Israel's Invasion". Middle East Journal. 2: 255-266.
- Khalidi, R. (1986): Under siege: PLO decisionmaking during the 1982 war. Nueva York: Columbia University Press.
- Khalidi, R. (1990): "Palestinian population statistics", en Hudson, M. (ed.): The palestinians; new directions. Washington, D. C.: Georgetown University, pp. 260-1.
- Khalidi, W. (1987): Antes de su diáspora. una historia de los palestinos a través de la fotografía 1876-198. París: Les Editions de la Revue d'études palestiniennes.
- Khalidi, W. (1988): "Plan Dalet: master plan for the conquest of Palestine". Journal of Palestine Studies, 69: 4-70.
- Khalidi, W. (1991) (ed.): All that remains: the palestinian villages occupied and depopulated by Israel in 1948. Berkeley: University of California Press.
- Khalidi, W. (1992): Palestine reborn. Londres: I.B. Tauris.
- Khouri, F. (1991): "United States", en Brynen, R. (ed.): Echoes of the Intifada: regional repercussions of the palestinian-israeli conflict. Boulder: Westviw Press, 265-304.
- Kimmerling, B.; Migdal, J.S. (1993): Palestinians: the making of a people. Cambridge, Mass.: Harvard University Press.
- Kirisci, K. (1987): The PLO and world politics. Nueva York: St. Martin's Press.

- Korany, B. (1991): "Egypt", en Brynen, R. (ed.): Echoes of the Intifada: regional repercussions of the palestinian-israeli conflict. Boulder: Westview Press, 195-214.
- Kuroda, Y. (1972): "Young Palestinian commandos in political socialization perspective". Middle East Journal, vol. 26, 3: 253-270.
- Kuttab, D. (1988a): "A prolife of the stonethrowers". Journal of Palestine Studies, 67: 14-23.
- Kuttab, J. (1988b): "The children's revolt". Journal of Palestine Studies, 68: 26-35.
- Lawson, F. (1991): "Syria", en Brynen, R. (ed.): Echoes of the Intifada: regional repercussions of the palestinian-israeli conflict. Boulder: Westview Press, 215-234.
- Lesch, A.M. (1973): "The palestine arab nationalist movement under the Mandate", en Quandt, W., et al.: The politics of palestinian nationalism. Berkeley & Los Angeles: University of California Press, pp. 5-42.
- Lesch, A.M. (1979): "Israeli deportation of palestinians from West Bank and Gaza Strip". Journal of Palestine Studies, vol. 8, (invierno): 101-131, (primavera): 81-112.
- Lesch, A.M. (1980): Political perception of the palestinians on the West Bank and Gaza Strip. Washington, D.C.: The Middle East Institute.
- Levitt, W. (1988): "The palestinian Intifada: the new generation". Arab Affairs, 6: 32-40.
- Lockman, Z.; Beinín, J. (1990) (eds.): Intifada: the palestinian uprising against israeli occupation. Londres: I.B. Tauris.
- Lockman, Z. (1992): "We opened up de arabs minds: labour zionist discourse and the railway workers of Palestine (1919-1929)". Review of Middle East Studies, 5: 5-32.
- Lustick, I. (1980): Arabs in the jewish state: Israel's control of a national minority. Austin: University of Texas Press.
- Lustick, I. (1993): "Writting the Intifada: collective action in the occupied territories". World Politics, 4: 560-594.
- McCarthy y Zald, (1977): "Resource mobilization and social movements". American Journal of Sociology, 82: 1212-1241.
- MacDowall, D. (1989): Palestine and Israel. The uprisig and beyond. Londres: I.B. Tauris.
- McDowall, D. (1994): The palestinians: the road to nationhood. Londres: Minority Rights Publications.
- Mallinson, W. (1987): "The Balfour declaration: an appraisal in International Law", en Abu-Lughod, I. (ed.): Transformation of Palestine. Evanston: Northwestern University Press, 2 ed<sup>o</sup>, pp. 61-111.

- Mandela, N. (1995): El largo camino hacia la libertad. Madrid: El País-Aguilar.
- Mandel, N. (1976): The arabs and zionism before world war I. Berkeley: University of California Press.
- Mando Nacional Unificado (1991): "Comunicados", en Comité de Solidaridad con la Causa Árabe (eds.): Intifada. Navarra: Txalaparta.
- Manna, A. (1994): "Eighteenth- and nineteenth-century rebellions in Palestine". Journal of Palestine Studies, 93: 51-66.
- Ma'oz, M. (1968): Ottoman reform in Syria and Palestine, 1840-1861: the impact of the Tanzimat on politics and society. Oxford: Oxford University Press.
- Ma'oz, M. (1984): Palestinian leadership on the West Bank: the changing role of the mayors under Jordan and Israel. Londres: Frank Cass.
- Marx, E. (1992): "Palestinian refugee camps in the West Bank and the Gaza Strip". Middle Eastern Studies, 2: 281-294.
- Masalha, N. (1988): "On recent Hebrew and Israeli sources for the Palestinian exodus". Journal of Palestine Studies, 69: 121-137.
- Masalha, N. (1992): Expulsion of the Palestinians: the concept of "transfer" in Zionist political thought, 1882-1948. Washington, D.C.: Institute for Palestine Studies.
- Matar, I. (1984): "Israeli settlements and Palestinian rights", en Aruri, N. (ed.): Occupation: Israel over Palestine. Londres: Zed Books, pp. 117-141.
- Mattar, P. (1988): The mufti of Jerusalem: al-Haji Amin al-Husayni and the Palestinian national movement. Nueva York: Columbia University Press, 2º ed.
- Mesa, R. (1975): "Los palestinos", Cuadernos para el Diálogo, 61.
- Mesa, R. (1978): La lucha de liberación del pueblo palestino. Madrid: Cupsa.
- Mesa, R. (1988): "Los palestinos y su movimiento de liberación". Papeles para la Paz, 26: 8-10.
- Mesa, R. (1994): Palestina y la paz en Oriente Medio. Madrid: Beramar.
- Migdal, J.S. (1980) (ed.): Palestinian Society and Politics. Princeton, N.J.: Princeton University Press.
- Mishal, S. (1978): West Bank/East Bank: the Palestinian in Jordan, 1949-1967. New Haven: Yale University Press.

- Mishal, S. (1980): "Conflictual pressures and cooperative interest: observations on West Bank-Amman political relations, 1949-1967", en Migdal, J. (ed.): Palestinian society and politics. Princeton: Princeton University Press, 169-184.
- Mishal, S. (1986): The PLO under 'Arafat. Between gun and olive branch. New Haven: Yale University Press.
- Moughrabi, F. (1990): "The Intifada in the american public opinion", en Nassar, J.; Heacock, R. (eds.): Intifada: Palestine at the crossroads. Nueva York: Praeger, 241-256.
- Morris, B. (1987): The birth of the Palestinian refugee problem, 1947-1949. Cambridge: Cambridge University Press.
- Musallam, S. (1990): The Palestine Liberation Organization: its funtions and structure. Londres: Amana Books.
- Muslih, M. (1976): "Moderates and rejectionists within the Palestine Liberation Organization". Middle East Journal, 2: 127-140.
- Muslih, M. (1988): The origins of the palestinian nationalism. Nueva York: Columbia University Press.
- Muslih, M. (1990): Toward coexistence: an analysis of the resolutions of the Palestine National Council. Washington, D.C.: The Institute for Palestine Studies.
- Muslih, M. (1993): "Palestinian civil society". Middle East Studies, 2: 258-274.
- Nakhleh, K.; Zureik, E. (1980) (eds.): The sociology of the Palestinians. Londres: Croom Helm.
- Nassar, J.; Heacock, R. (1990) (eds.): Intifada: Palestine at the crossroads. Nueva York: Preger.
- Nasrallah, F. (1989): "Strategy, tactics and the Intifada". Arab Affairs, 10: 76-84.
- Noble, P. (1991): "The PLO in regional politics", en Brynen, R. (ed.): Echoes of the Intifada: regional repercussions of the palestinian-israeli conflict. Boulder: Westview Press, 131-164.
- Nusseibeh, S. (1988): "The uprising: a critical analysis". Arab Affairs, 6: 25-31.
- Nusseibeh, S. (1991): Palestine: a State is born. Túnez: PLO.
- NN.UU. (1981): La adquisición de tierras palestinas. Nueva York: Naciones Unidas.
- NN.UU. (1982): Asentamientos israelíes en Gaza y la Ribera Occidental (incluida Jerusalén). Nueva York: Naciones Unidas.

- NN.UU. (1990): Orígenes y evolución de problema palestino, 1917-1988. Nueva York: Naciones Unidas.
- Olson, M. (1971): The logic of collective action. Cambridge: Harvard University Press.
- O'Neill, B. (1991): "The Intifada in the context of armed struggle", en Freedman, R. (ed.): Intifada: its impact on Israel, the Arab World, and the Superpowers. Miami: Florida International University Press, 37-69.
- Owen, R. (1981): The Middle East in the world economy, 1800-1914. Londres: Methuen.
- Owen, R. (1992): State, Power and Politics in the making of the modern Middle East. London: Routledge.
- Palumbo, M. (1987): The Palestinian catastrophe: the 1948 expulsion of a people from their homeland. Nueva York: Quartet Books.
- Paramio, L. (1988): Tras el diluvio. La izquierda ante el fin de siglo. Madrid: Siglo XXI.
- Paramio, L. (1992): "El derecho a la infelicidad", en Gil Calvo, E. (ed.): Los placeres: éxtasis, prohibición y templanza. Barcelona: Tusquets, pp. 135-155.
- Pastor Ridruejo, J. (1987): Curso de Derecho Internacional Público y Organizaciones Internacionales. Madrid: Tecnos.
- Perlmutter, A. (1983): Israel. Madrid: Espasa-Calpe.
- Peretz, D. (1982): "Estratificación social palestina: las implicaciones políticas". Estudios Árabes, 1: 27-52.
- Peretz, D. (1988): "Intifadah: the palestinian uprising". Foreign Affairs, 5: 964-980.
- Peretz, D. (1990): The Intifada. The palestinian uprising. Londres: Westview Press.
- Peteet, J. (1991): Gender in crisis: woman and the palestinian resistance movement. Nueva York: Columbia University Press.
- Pizzorno, A. (1989): "Algún otro tipo de alteridad: una crítica a las teorías de la elección racional", Sistema, 88: 27-42.
- Pizzorno, A. (1994): "Identidad e interés". Zona Abierta, 69: 135-152.
- Pollock, D. (1991): "The american response to the Intifada", en Freedman, R. (ed.): The Intifada: its impact on Israel, the Arab World, and the Superpowers. Miami: Florida International University Press, 109-135.

- Popkin, S.L. (1988), "Political entrepreneurs and peasant movements in Vietnam", en M. Taylor (comp.), Rationality and revolution. Cambridge: Cambridge University Press.
- Porath, Y. (1974): The emergence of the palestinian arab national movement, 1918-1929. Londres: Frank Cass.
- Quandt, W. et al. (1973): The politics of palestinian nationalism. Berkeley & Los Angeles: University of California Press.
- Reichert, R. (1973): Historia de Palestina. Barcelona: Herder.
- Rigby, A. (1991): Living the Intifada. Londres: Zed Books.
- Robinson, G.E. (1993): "The role of the professional middle class in the mobilization of palestinian society: the medical and agricultural committes". Middle East Studies, 25: 301-326.
- Rodinson, M. (1988): Israel: a colonia-settler State?. Nueva York: Anchor Foundation.
- Rouhana, N. (1989): "Children of the Intifada". Journal of Palestine Studies, 72: 110-121.
- Rouhana, N. (1991): "Palestinians in Israel: responses to the uprising", en Brynen, R. (ed.): Echoes of the Intifada: regional repercussions of the palestinian-israeli conflict. Boulder: Westview Press, 97-117.
- Roy, S. (1989a): "The Gaza Strip: critical effects of the occupation", en Aruri, N. (ed.): Occupation: Israel over Palestine. Belmont, MA.: Association of Arab-American University Graduates, (2<sup>a</sup> ed.): 249-296.
- Roy, S. (1989b): "Changing political attitudes among Gaza refugees". Journal of Palestine Studies, 73: 72-82.
- Rubenberg, C. (1983): The Palestine Liberation Organization: its institutional Infrastructure. Massachusetts: Institute of Arab Studies.
- Rubin, B. (1994): Revolution until victory? The politics and history of the PLO. Cambridge: Harvad University Press.
- Ruiz Bravo, C. (1976): La controversia ideológica. Nacionalismo árabe/nacionalismos locales. Madrid: Instituto Hispano Árabe de Cultura.
- Russell, R.; Samoilovich, D. (1980): El conflicto árabe-israelí. Buenos Aires: Belgrano.
- Ryan, S.; Hallaj, M. (1983): Palestine is, but not in Jordan. Belmont, Mass.: Association of Arab-American University Graduates.

- Ryan, S. (1984): "Plan to regularize the occupation", en Aruri, N. (ed.): Occupation: Israel over Palestine. Londres: Zed Books, pp. 339-375.
- Sahliyah, E. (1986): The PLO after the Lebanon war. Boulder, Colo.: Westview Press.
- Sahliyah, E. (1988): In search of leadership: West Bank politics since 1967. Washington, D.C.: The Brookings Institution, 1988.
- Said, E. (1989): "Intifada and the independence", en Lockman, Z.; Beinun, J. (1990) (eds.): Intifada: the palestinian uprising against israeli occupation. Londres: I.B. Tauris, 5-22.
- Salibi, K. (1976): Cross roads to civil war: Lebanon, 1958-1976. Nueva York: Caravan Books.
- Sayigh, R. (1979): Palestinians: from peasants to revolutionaries. Londres: Zed Books.
- Sayigh, Y. (1986): "Palestinian armed struggle: means and ends". Journal of Palestine Studies, 61: 95-112.
- Sayigh, Y. (1989): "Struggle within, struggle without: the transformation of PLO politics since 1982". International Affairs, 2: 245-271.
- Sayigh, Y. (1989): "Structure of occupation: the economic, social, and security impact of israeli controls on the West Bank and Gaza Strip". Arab Affairs, 9: 41-57.
- Sayigh, Y. (1989): "The Intifadah continues: legacy, dynamics and challenges". Third World Quarterly, 3: 20-49.
- Sayigh, Y. (1991): "Reconstructing the paradox: the arab nationalist movement, armed struggle, and Palestine, 1951-1966". Middle East Journal, 4: 608-629.
- Sayigh, Y. (1992): "Turning defeat into opportunity: the palestinian guerrillas after the june 1967 war". Middle East Journal, 2: 244-265.
- Schiff, Z.; Ya'ari, E. (1991): Intifada: The palestinian uprising-Israel third front. Nueva York: Touchstone.
- Schölch, A. (1983) (ed.): Palestinians over the Green Line. Londres: Ithaca Press.
- Shaat, N. (1972): "High level palestinian manpower", Journal of Palestine Studies, vol. 1 n° 2: 80-95.
- Shadid, M.; Seltzer, R. (1988): "Trends in palestinian nationalism: moderate, radical and religious". Journal of South Asian and Middle Eastern Studies, 4: 54-69.
- Shahak, I. (1989): "A history of the concept of *transfer* in Zionism", Journal of Palestine Studies, 71: 22-37.

- Shalev, A. (1991): The Intifada: causes and effects. Boulder, Colo.: Westview Press.
- Shamir, S. (1980): "West Bank refugees-between camp and society", en Migdal, J. (ed.): Palestinian society and politics. Princeton: Princeton University Press, 146-165.
- Sharabi, H. (1987): "It's time for uninhibited debate". Middle East International, 310: 19-20.
- Shehadeh, R. (1988): Occupier's law: Israel and the West Bank. Washington, D.C.: Institute for Palestine Studies, 2<sup>a</sup> ed.
- Shemesh, M. (1984): "The West Bank: rise and decline of traditional leadership, June 1967 to October 1973". Middle Eastern Studies, Vol. 20: 290-323.
- Shlaim, A. (1988): Collusion across the Jordan: king Abdullah the zionist movement, and the partition of Palestine. Oxford: Clarendon Press.
- Smelser, N. (1989): Teoría del comportamiento colectivo. México: Fondo de Cultura Económica [Theory of collective behaviour. Londres: Routledge & Kegan Paul, 1962].
- Smith, A.P. (1988): "West Bank and Gaza: the economic war". Arab Affairs, 7: 13-22.
- Smith, P.A. (1984): Palestine and the palestinians 1876-1983. Londres: Croom Helm.
- Stein, K. (1991): "The Intifada and uprising of 1936-1939: a comparison of the palestinian arab communities", en Freedman, R. (ed.): Intifada: its impact on Israel, the Arab World, and the Superpowers. Miami: Florida International University Press, 3-36.
- Taggar, S. (1985): Workers in struggle. Londres: Editpride.
- Talhawi, G. (1990): "A symmetric of surrogates: Jordan's and Egypt's response to the Intifada", en Nassar, J.; Heacock, R. (eds.): Intifada: Palestine at the crossroads. Nueva York: Praeger, 229-239.
- Tamari, S. (1980): "The Palestinians in the West Bank and Gaza: the sociology of dependency", en Nakleh, K.; Zureik, E., (eds.): The Sociology of the Palestinians. Londres: Croom Helm, pp. 84-111.
- Tamari, S. (1981): "The Palestinian demand for independence cannot be postponed indefinitely". MERIP, 100/101: 28-35.
- Tamari, S. (1984): "Israel's search for a native pillar: the village leagues", Aruri, N. (ed.): Occupation: Israel over Palestine. Londres: Zed Books, pp. 377-390.
- Tamari, S. (1990a): "What the uprising means", en Lockman, Z.; Beinun, J. (eds.): Intifada: the palestinian uprising against israeli occupation. Londres: I.B. Tauris, 127-138.

- Tamari, S. (1990b): "Limited rebellion and civil society: the uprising's dilemma". Middle East Report, 164/165: 4-8.
- Tamari, S. (1990c): "The Revolt of the petite bourgeoisie: urban merchants and the Palestinian uprising", en Nassar, J.; Heacock, R. (eds.): Intifada: Palestine at the crossroads. Nueva York: Praeger, 159-173.
- Tamari, S. (1991): "The Palestinian movement in transition: historical reversals and the uprising". Journal of Palestine Studies, 20: 57-70.
- Tamari, S. (1992): "Soul of the nation: the fellah in the eyes of the urban intelligentsia". Review of the Middle East Studies, 5: 74-83.
- Taraki, L. (1989): "Mass organizations in the West Bank", en Aruri, N. (ed.): Occupation: Israel over Palestine. Belmont, MA.: Association of Arab-American University Graduates, (2ª ed.): 431-463.
- Tarrow, S. (1989): Struggle, politics and reform: collective action, social movements and cycles of protest. Ithaca: Cornell University.
- Taylor, M. (1982): Community, anarchy and liberty. Cambridge: Cambridge University Press.
- Taylor, M. (1988): "Rationality and revolutionary collective action", en Taylor, M. (comp.): Rationality and revolution. Cambridge: Cambridge University Press, 63-97. ["Racionalidad y acción colectiva revolucionaria", Zona Abierta, 1990, 54/55: 69-113].
- Taylor, R. (1987): "Vision and intent in zionist thought", Abu Lughod, I. (ed.): The Transformation of Palestine, Evanston: Northwestern University Press, (2ª ed.): 9-26.
- Tessler, M. (1991): "The impact of the Intifada on Israeli political thinking", en Brynen, R. (ed.): Echoes of the Intifada: regional repercussions of the Palestinian-Israeli conflict. Boulder: Westview Press, 43-96.
- Thompson, E.P. (1989): Tradición, revuelta y conciencia de clase. Barcelona: Crítica, 3ª ed.
- Tilly, C. (1978): From mobilization to revolution, Reading: Addison-Wesley.
- Timerman, J. (1983): Israel: la guerra más larga. Barcelona: Muchnik.
- Timerman, J. (1987): "Israel, intoxicado". El País, (8 de septiembre): 11.
- Tsebelis, G. (1990): Nested Games: national choice in comparative politics. Berkeley: University of California Press.
- Tsemel, L. (1984): "Personal status and rights", en Aruri, N. (ed.): Occupation: Israel over Palestine. Londres: Zed Books, 57-66.

- Verdery, R. (1987): "Arab disturbances and the commissions of inquiry", en Abu-Lughod, I. (ed.): Transformation of Palestine. Evanston: Northwestern University Press, 2ª ed, 257-303.
- Weinstein, T.; Jones, A. (1991): "Soviet Union", en Brynen, R. (ed.): Echoes of the Intifada: regional repercussions of the Palestinian-Israeli conflict. Boulder: Westview Press, 241-264.
- Weinstock, N. (1970): El sionismo contra Israel. Una historia crítica del sionismo. Barcelona: Fontanella.
- Milson, M. (1981): "How to make peace with the palestinians". Commentary, (mayo): 25-35.
- Ya'ari, E. (1968): "Al-Fatah's political thinking". New Outlook, vol. 11, nº 9: 23-29.
- Yahia, A. (1990): "The role of the refugee camps", Nassar, J. & Heacock, R. (eds.): Intifada: Palestine at the crossroads. Nueva York: Praeger, 91-106.
- Yaniv, A. (1987): Dilemmas of security: politics, strategy, and the Israeli experience in Lebanon. Oxford: Oxford University Press.
- Yehoshua, A.B. (1994): "La identidad israelí y la paz", El País, 24 de octubre, p. 14.
- Zureik, E. (1979): The Palestinians in Israel: a study in internal colonialism. Londres: Routledge & Kegan Paul.